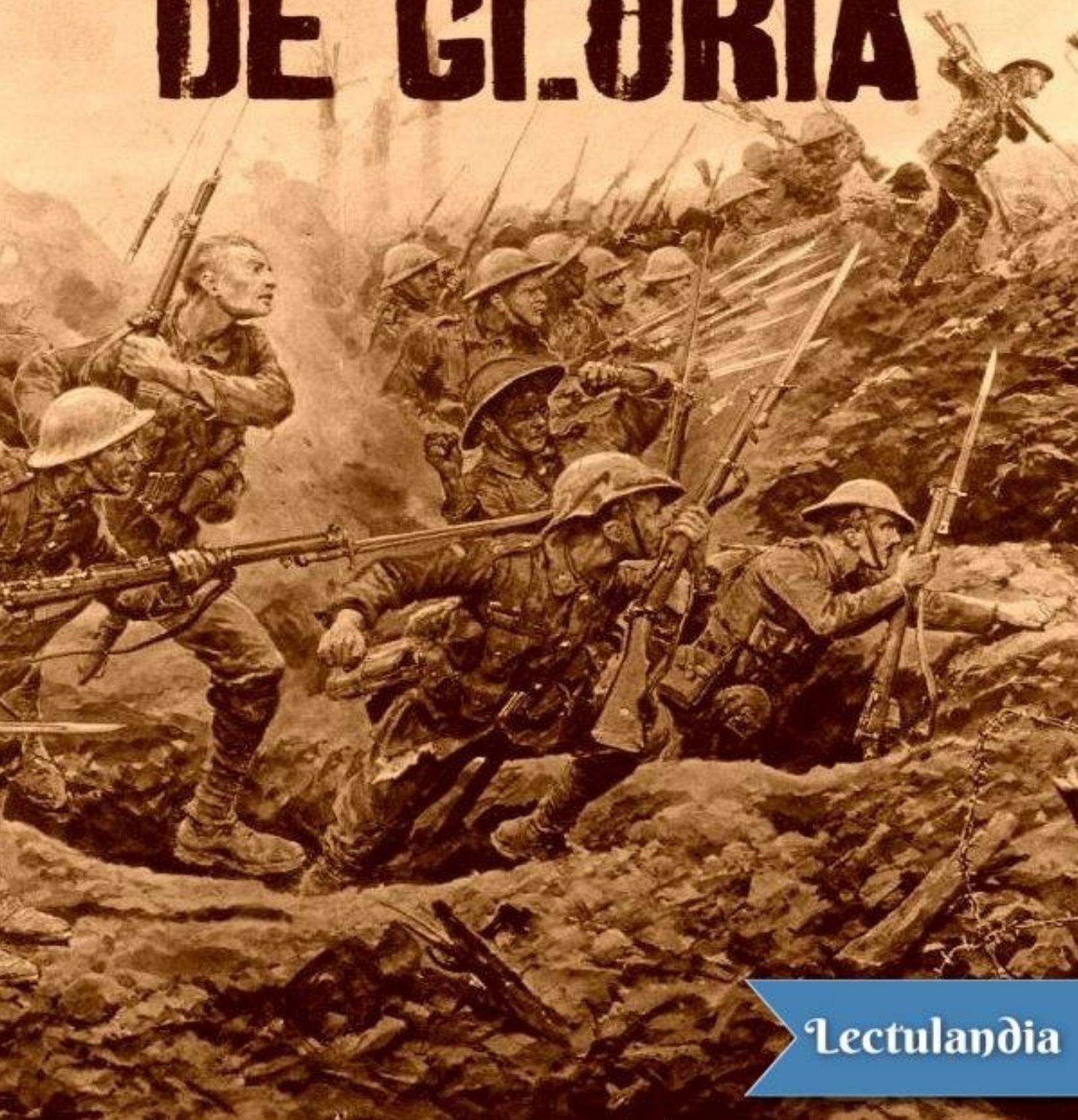


Humphrey Cobb

SENDEROS

DE GLORIA



Lectulandia

Ambientada en la primera guerra mundial, la guerra de trincheras donde cada palmo de terreno se gana con la sangre de cientos de hombres, la historia, basada en acontecimientos reales, narra la ejecución, por insubordinación y cobardía, de cuatro soldados del 181 Regimiento del frente del Ejército Francés. Un ataque suicida contra las posiciones alemanas en un punto de vital importancia estratégica acaba siendo un fracaso estrepitoso. El general Assolant, uno de los principales responsables del desastre, convoca un consejo de guerra. Para escarmentar a las tropas, tres soldados elegidos al azar son acusados falsamente de cobardía ante el enemigo, enfrentándose así a la pena de muerte por fusilamiento.

Conocida por la adaptación cinematográfica de Stanley Kubrick, *Senderos de gloria* es un retrato escalofriante sobre la instrumentalización de la justicia y una de las mejores denuncias del militarismo y sus excesos.

Lectulandia

Humphrey Cobb

Senderos de gloria

ePub r1.0

Titivillus 04.10.15

Título original: *Paths of Glory*
Humphrey Cobb, 1935
Traducción: Ricardo García Pérez
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

David Simón^[*]

Humphrey Cobb nos brindó en una única y sencilla narración una imagen de nuestro último y fallido siglo. Nos habló de unos hombres devorados por la propia institución a la que servían, una institución inapelable y orientada a fines mezquinos, mecánicos y abstractos. En realidad, dado lo poco que la humanidad ha aprendido realmente del osario que supuso el siglo xx, tal vez Cobb nos haya proporcionado un plano del sufrimiento humano que también nos pueda servir de guía para el siguiente siglo.

No obstante, decir que *Senderos de gloria* es una novela adelantada a su tiempo resulta bastante discutible. Las minuciosas descripciones que Cobb hace del estado en que se encuentra la humanidad, del uso del terror institucionalizado y de la brutalidad de la guerra moderna son todas ellas reflejos adecuados de lo que vivió cuando era joven en las trincheras de la primera guerra mundial. Su novela llegaba justo a tiempo; somos todos los demás quienes hemos llegado tarde a comprender sus consecuencias.

Cobb, uno de los primeros voluntarios estadounidenses en acudir al frente occidental de la primera guerra mundial con el ejército canadiense, aborda la narración con la mirada recelosa de un veterano y sin los melindres ni el sentimentalismo que acompañan a tantos relatos de guerra. Sospecha, con razón, que hasta la literatura más antibelicista alberga en sus representaciones del padecimiento cotidiano las semillas de las que se alimentan el heroísmo y el nacionalismo:

«Aquello por lo que todas esas *Sin novedad en el frente* o *Journey's End* [“Fin de jornada”] fracasan abiertamente como propaganda antibelicista e incluso terminan convirtiéndose en propaganda belicista es por el estoicismo, la capacidad de sacrificio, el idealismo y la nobleza romántica que retratan —escribió Cobb a principios de 1933, tan solo dos años antes de la publicación de su obra maestra—. ¡Cuánto odian la guerra los actores y demás, pero, por Dios, con cuánta nobleza sufren! Y un regimiento desfilando por cualquier calle precedido de una buena banda de música... Todos sabemos qué efecto produce sobre nuestra capacidad de raciocinio y nuestro uso de la lógica. La única propaganda antibelicista efectiva que conozco son las fotografías de cuerpos descuartizados y, cuanto más horrendas, mejor».

Las palabras de Cobb no se agotan en el patetismo o el heroísmo estoico del hombre corriente. No, él habla de la realidad de los hechos y *Senderos de gloria* se concentra en la cadena de mando. El blanco es el ejército mismo como institución, un organismo implacable e inflexible que avanza de atrocidad criminal en atrocidad criminal, guiado únicamente por cualesquiera combinaciones de ambiciones y vanidades que estén en juego en determinado momento. Ninguna presencia humana es mayor que la de la institución misma, ninguna tiene capacidad suficiente para trascenderla. La gran constante de *Senderos de gloria* es la muerte repentina e inevitable, cuya omnipresencia sólo se ve mitigada por alguna casualidad fortuita.

Este es ciertamente un libro para un mundo en el que los hombres estrellan aviones contra edificios y se consideran mártires religiosos, en el que las decapitaciones y las explosiones de coches bomba son materia prima para la producción de vídeos de YouTube, en el que el accionamiento de un interruptor desde miles de kilómetros de distancia envía un misil a un mercado local o a la celebración de una boda en una aldea.

A pesar de todas nuestras acaloradas hipérboles humanistas, este es el resultado fundamental del siglo xx. El exterminio masivo y las guerras totales han puesto en ridículo el Código Napoleónico y la Convención de Ginebra; el capital de riesgo, la cultura empresarial internacional y la automatización moderna han puesto de rodillas a los sindicatos. Y mientras los más afortunados o talentosos quizá ganemos más que nunca, el alma humana de la mayoría jamás ha sido tan desechable como ahora.

Los seres humanos, sostiene la obra de Cobb, valen cada día menos.

Esta singular certeza invade la experiencia de la primera guerra mundial y sus repercusiones, y es de esta certeza de la que Cobb, sirviéndose de frases secas y cortantes, se niega a apartarse. La debacle de la primera guerra mundial dejó al descubierto el fraude que ocultaban tantos ideales institucionales. El nacionalismo era un asesino; la religión, cada vez más inútil en medio del horror interminable. Y las instituciones del Estado a las que podríamos apelar en busca de salvación —el gobierno, sus diplomáticos, sus ministros, sus comandantes militares, su clero— eran todas cómplices de conferir carácter de normalidad, incluso de cierta inevitabilidad, al desfile diario de muerte violenta.

En *Senderos de gloria*, Cobb encuentra la alegoría adecuada para hacer entender este aspecto. Utiliza la historia real de los cabos de Souain, según la cual se escogió al azar a cuatro cabos del 136 Regimiento del Ejército Francés con el fin de ejecutarlos «*pour encourager les autres*»^[1] tras el fracaso de un ataque realizado en marzo de 1915 contra una colina próxima a Souain, en la región de Champaña. El sinsentido de la acción, unido a las inmaduras ambiciones de quienes estaban al mando, está ciertamente cargado de presagios para el siglo que comenzaba, un periodo en el que la barbarie descendería tanto sobre la población civil como sobre los combatientes armados de Varsovia, Dresde o Nagasaki. Cuando los generales discuten sobre el número de soldados que hay que fusilar con el fin de ocultar su

propio fracaso, oímos ya los fríos cálculos que se realizarán un siglo después, esa aritmética del terror que entra en juego cada vez que un terrorista suicida sube a un autobús de Tel-Aviv o, del mismo modo, un helicóptero dispara un misil contra una calle abarrotada de Gaza.

Es un siglo en el que hemos calibrado nuestras instituciones más poderosas con la idea misma de inocencia y Cobb, al reflexionar tan solo sobre el sangriento comienzo de esa época, se esmera en retratar la institución del ejército francés no como un monolito insensible e irreflexivo sino como un organismo vivo y operativo, siempre mayor que la suma de sus partes, avanzando de certidumbre en certidumbre, de conveniencia en conveniencia y triturando vidas en el proceso.

Es la ambición de un general. Es el sentido del deber de un coronel. Es la cobardía de un teniente. Y es la incapacidad de un sargento de rechazar la más amoral de las órdenes. Es en todos estos aspectos funcionando de forma simultánea, unas veces en conflicto y otras en contubernio, donde cada pequeña pieza de la maquinaria de matar desempeña su papel y nada más, pero, al final, el resultado siempre es la muerte de inocentes.

Para escribir su monumental tragedia, Cobb no necesitó ningún villano, ningún gran malvado. Como las ametralladoras y el gas venenoso del nuevo siglo ofrecían la posibilidad del exterminio en masa, el relato sólo requiere ambiciones corrientes y vanidades molientes para hacer morir a hombres buenos. Y no se trata tanto de una decisión aislada y vil tomada por alguna sabandija que condena al inocente sino de la ausencia de otra decisión tomada por muchos otros. La inercia de la burocracia moderna y estratificada es inalterable. La institución reclama sangre y, entonces, en líneas generales, los individuos que conforman esa institución simplemente se encogen de hombros, incapaces de ofrecer resistencia o alimentar la rebelión.

Esto no quiere decir que Cobb estuviera dispuesto a absolver de su culpa a los arquitectos de su guerra. Al describir el Château de l'Aigle, donde su novela alcanza el clímax, el autor abandona brevemente el compás marcado por la trama genérica para citar nombres. Al referir la historia de la mansión, dice con mordacidad que se habían alojado allí Von Kluck, John French y Foch, por no hablar de Joffre, quien había «cenado allí, en silencio pero con entusiasmo y, después, se había marchado a acostar y a dormir sin que lo perturbara ninguna pesadilla de Verdún. Haig se sentó en su corcel a las puertas del pabellón y presidió el desfile de los regimientos canadienses antes de que se dirigieran a la carnicería de Passchendaele...».

Y, sin embargo, Cobb sabía que todo aquello que había presenciado de la guerra era demasiado difuso y estaba demasiado matizado para descansar exclusivamente sobre los Grandes Hombres de la Historia. En sus escritos manifiesta su propia complicidad y la de sus compañeros veteranos en la carnicería:

«Muchas veces he tenido la sensación de que cuando un hombre escribía un diario de guerra, lo redactaba ajustándose a la moda y las tendencias dominantes de la posguerra —escribió en 1933—. En cierto modo, resulta patético por la claridad con

la que expresa el sentimiento de culpa por haber hecho de sí mismo, víctima o no del engaño, un asno patriotero, por haber sido terriblemente crédulo. Lo que siento y he sentido durante años es orgullo por mi resistencia física y mental, vergüenza por mi ceguera, por mi ignorancia».

Tampoco la perspectiva de Cobb perdona a los espectadores de la primera guerra mundial, las multitudes que prosiguieron con sus vidas normales y corrientes como si en las trincheras del frente occidental no hubiera sucedido algo extraordinario para la humanidad.

«He visto unas cuantas películas bélicas filmadas en aquella época —escribió en 1933—. Me alegré de que aparecieran varias secuencias de cuerpos muertos y destrozados. Salí del cine enfadadísimo con la guerra, furioso por haber leído algunas cosas, pese a lo saturadas que están de mezquindad, podredumbre y disputas internas, acerca de los hombres que enviaron a esos pobres diablos a aquella horrenda carnicería, pero salí del cine y me sumergí de inmediato en la muchedumbre de Broadway, esa multitud pálida y con la mirada bobalicona compuesta de proxenetas y coristas y pensé que podrían haber sido barridos todos por una ruidosa, limpia y clara ráfaga de ametralladora».

Un tipo cargado de furia, y de razón, por todo lo que había visto, pero el desprecio de Cobb por lo que la humanidad se había hecho a sí misma jamás se aprecia de forma candente en las páginas de su novela. De hecho, es gracias a la contención como *Senderos de gloria* alcanza su lucidez y, en realidad, su cólera.

No es raro que Stanley Kubrick recordara con la suficiente profundidad aquel libro que había leído a los catorce años para volver años después sobre su historia. No es raro que Kirk Douglas —un actor que podía hacer casi cualquier papel con sólo pedirlo— arriesgara su propio dinero para llevarla a la pantalla.

No es un desaire para la creación de Cobb el hecho de que Kubrick y sus guionistas logaran extraer aún más implicaciones políticas de las que la propia novela ofrece. Es la versión cinematográfica de 1957 de *Senderos de gloria* donde se obliga al teniente a enfrentarse, en el último momento, al hombre que ha enviado a la muerte. Y es la versión cinematográfica la que discrimina entre generales cuando uno se vuelve contra otro en el momento en que se da a conocer la ilícita orden de disparar la artillería francesa contra sus propias posiciones. Estos eran matices añadidos, el arte del astuto juego de la ambición y el mando llevados hasta cimas aún más altas por parte de un cineasta que actúa en medio de la tensión de la más sombría guerra fría.

De manera similar, fue Kubrick quien utilizaría el personaje del coronel Dax como centro moral del relato, haciendo posible la interpretación estelar de Kirk Douglas y permitiéndole tanto encabezar el ataque condenado al fracaso contra las posiciones alemanas como, después, defender a sus hombres apasionadamente en el consiguiente consejo de guerra.

Revelador que Cobb no nos muestre en su relato original ninguno de esos héroes

omnipresentes. No hay ningún villano grandioso, ningún héroe épico; sólo la lenta tiranía de una institución con un marcado instinto de supervivencia y autoengrandecimiento. Según parece, cuando preguntaron a Kubrick por qué había hecho una película antibelicista respondió que no era así. Él había hecho una película política, una película sobre la ignorancia autoritaria.

Y entre las pocas libertades que Kubrick se tomó al adaptar para la pantalla la obra maestra de Cobb, no hay queja alguna con su extraordinaria escena final, esa en la que unos soldados franceses de infantería primero se burlan y mofan de la canción de una joven alemana apresada para, al instante, disipar la crueldad y convertirla en dolor y empatía. Cobb no escribió esa escena, pero cada línea del guión de la versión cinematográfica de *Senderos de gloria* nos dice que Cobb se habría reconocido en aquellos rostros extenuados y tristes. De hecho, nos reconoció a todos en aquellas trincheras mirando los jirones de nuestro futuro común, valorando nuestras cada vez más frágiles posibilidades y, no obstante, de algún modo, resistiendo.

SENDEROS DE GLORIA

PRIMERA PARTE ^{[2]-[3]}

Marchan bastante desmadejados —dijo el más joven.

—También andarías tú así si hubieras pasado lo que ellos —respondió el mayor.

Los dos soldados aguardaban medio ocultos detrás de una arboleda situada junto a la carretera. Una brisa ligera del nordeste traía el sonido de cañonazos lejanos que el mayor reconoció como las notas agonizantes de los bombardeos del amanecer. La atención de los dos hombres acabó por fijarse en el cuerpo de los soldados que se les acercaban por el camino. Era un regimiento de infantería y, cuando llegó a su altura, el ruido de la marcha descompasada de muchos pies que no marcaban del todo el paso aumentó y borró el sonido remoto de la artillería. El más joven comenzó de nuevo:

—¿Cómo sabes por lo que han pasado?

—Hay varias formas de distinguirlo —dijo el mayor y, haciendo una pausa que expresaba al mismo tiempo el tedio ante lo obvio y el placer que le proporcionaba tener una oportunidad para hacer uso de su instinto didáctico, se dispuso a explicárselo—. No es porque estén sucios y les haga falta afeitarse. No es precisa una guerra para estar así. No. Pero fíjate en las caras. ¿Ves esa especie de tinte grisáceo en la piel? Eso no se tiene por haber estado sentado en un café una tarde de domingo. Además, fíjate en algunas mandíbulas. ¿Ves que la mandíbula inferior parece como suelta, que parece colgarles un poco? Eso es una reacción. Señal de que la han tenido apretada. Fíjate en sus ojos. Están abiertos, pero tienen aspecto de no ver gran cosa. Lo han pasado mal, no hay duda. Tienen los ojos vidriosos. Casi todos están estreñidos, claro, pero no es tanto eso como...

—Ahora estás tomándome el pelo. Todo el mundo dice siempre que la primera línea causa en uno precisamente lo contrario.

—¿Dicen eso?

—Sí, eso dicen. Vaya, el otro día precisamente fui a ver al oficial médico para pedirle una pastilla. Me dijo: «Vas a incorporarte a tu regimiento, ¿verdad?». Yo respondí: «Sí, señor», y él añadió: «Bueno, pues aquí tienes tu pastilla, pero es la última que vas a necesitar hasta que acabe la guerra. De ahora en adelante los artilleros alemanes te mantendrán flojo el vientre».

—Ese médico era un idiota. Y, además, está claro que nunca ha estado cerca del frente, pues de lo contrario no diría eso.

—Pero todo el mundo...

—Sí, ya sé. Pero no olvides una cosa: todo el aire caliente de este ejército no se almacena solo en la división aerostática.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir lo siguiente. Los alemanes tienen marcadas todas nuestras letrinas. Y nosotros también las tuyas. A un soldado no le gusta ir a un lugar marcado por el enemigo. Es más, no le gusta bajarse los pantalones porque cuando tiene los pantalones por las rodillas no puede saltar, ni correr. ¿Qué hace, entonces? Se cierra.

Llevo en este frente casi dos años y todavía no he visto ningún caso de diarrea. Y la razón es que cuando los hombres se asustan, se ponen tensos y todo en su interior se solidifica. Las funciones se interrumpen. Las secreciones se secan. Cuando oyes un obús venir directamente hacia ti, contienes todo, hasta la respiración. No se puede evitar. Por eso la cara de esos tipos parece gris. La piel está seca. También los ojos, también por falta de sueño. Por eso están vidriosos. No sé por qué la mandíbula parece ser lo primero que se relaja. Cada vez que un hombre sale de la primera línea, en su interior parece romperse el resorte de un reloj. Además, también sé que esos tipos se han dado una paliza terrible en el valle de Souchez.

—Tú sabes mucho, ¿verdad?

—No, no tanto. Simplemente tengo los oídos y los ojos bien abiertos, eso es todo, pero sé con absoluta seguridad que lo han pasado mal porque ese es mi regimiento y porque en la terminal del ferrocarril coincidí con un sargento a quien habían herido allí y me lo contó.

—¿Qué regimiento es ese?

—No sé por qué tengo que decírtelo. Haces tantas preguntas que debes de ser un espía. Es el 181 Regimiento del frente... o lo que queda de él.

—Oye, ese es el regimiento al que me han ordenado incorporarme. Vamos a tenerlo en cuenta. Nos ahorraremos quince kilómetros de caminata hasta Villers y el regreso. Vamos, agarra tus cosas...

—Eh, eh, espera un momento. No hay prisa. Déjame llevar esto a mí y todo irá bien.

—Qué gracioso, he visto los números de tu uniforme, pero, no sé por qué, no me he fijado. Será el nerviosismo de ir al frente y todo eso, supongo... Oye, me llamo Duval. ¿Cómo te llamas tú? Y, por cierto, ¿de dónde vienes? ¿Del hospital?

—No. Soldado de primera Langlois. Directo del Paraíso, más conocido como permiso.

Los dos hombres se estrecharon la mano, se miraron a los ojos por primera vez apresuradamente y sonrieron al retirarse la mirada. El regimiento vestido de azul grisáceo del horizonte —a esa distancia, el azul de un horizonte sobre el que se cernía una tormenta— ya empezaba a desaparecer de la vista y a fundirse con los álamos alineados junto a la carretera. El sonido de su paso acabado y desigual también se había alejado con ellos.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? —dijo Duval.

—Alguien dijo que un buen soldado es el que sabe cuándo desobedecer. Tenía razón, y yo soy un buen soldado. Se nos ha ordenado incorporarnos a nuestro regimiento en Villers, pero parece que se acaban de marchar de allí, de modo que nos ahorraremos treinta kilómetros de caminata inútil. Y tampoco vamos a correr detrás de ellos. ¿Tienes dinero? Bien. Entonces volveremos a ese *bistro* que vimos en el cruce, nos echaremos un par de tragos y pasaremos el rato. Allí nos dirán qué camino ha tomado el regimiento y partiremos para alcanzarlos y llegar a tiempo del rancho de

la noche. En marcha.

Recogieron las mochilas, se colgaron el fusil y treparon hasta la carretera. Giraron a la izquierda y avanzaron sin prisa siguiendo la estela del regimiento dejando caer retazos de información sobre sí mismos. Langlois se enteró de que su compañero trabajaba en un banco de Belfort y vivía con sus padres en las afueras. Acababan de empezar a enviar al frente al reemplazo de su quinta y, no se sabía cómo, el destacamento destinado al 181 Regimiento lo había dejado atrás. Esa era la razón por la que estaba solo. Era una compleja historia de órdenes confusas y Langlois no le prestó mucha atención. Mirando sin querer los galones de Langlois, Duval dijo que esperaba ganar una medalla, se preguntaba cuántas serían las posibilidades de ser oficial cuando cumpliera un año de servicio más o menos. Langlois le respondió que las posibilidades eran altas si se calibraban sólo en función del tiempo y de las bajas de oficiales. Él mismo, decía, no quería ser oficial. Ya tenía bastante con pensar en cuidar de su propio pellejo como para preocuparse por un montón de hombres. Era ingeniero, le contó a Duval, y añadió con sorna que esa era sin duda la razón de que estuviera en infantería. Duval señaló que Joffre era ingeniero, pero Langlois sólo se rió.

Empezó a caer una llovizna fina y la conversación se agotó. Langlois se preguntaba por qué en una marcha la lluvia parecía poner fin siempre a las conversaciones. Agradeció el silencio y lo aprovechó para disfrutar del alivio que suponía verse alejándose del frente. Duval, por su parte, estaba un tanto decepcionado por la dirección que tomaban, ligeramente resentido. Se consoló con el sonido de los cañonazos lejanos. Al final, pensaba, había oído el ruido de la guerra: La Orquestación del Frente Occidental. La expresión permaneció en su imaginación, con sus mayúsculas y todo, igual que la había leído en un titular. Pronto vería la guerra. Su romanticismo y su inexperiencia lo protegían de la idea de que también podría sentirla.

Continuaron caminando. Los dos tenían ya la sensación de ser amigos. Langlois se preguntaba cuánto tardaría esa amistad, iniciada repentinamente, en acabar, como tantas otras, igual de abruptamente. La pregunta le vino a la cabeza sin más e igualmente la dejó desaparecer. En cuanto tuviera oportunidad, debía enviar una nota a su esposa para decirle que su regimiento iba a la retaguardia para descansar y que ella podía contar con que él iba a estar fuera de peligro durante una semana o diez días más.

Era una mañana de principios de primavera y el chaparrón ya había pasado. El campo se había repoblado de ranas y el paisaje parecía a punto de estallar de verdes exquisitos. Los dos hombres se detuvieron para encender un cigarrillo y, luego, prosiguieron tomándose con calma y encontrando un placer inesperado en demorarse. Daba igual, tenían mucho tiempo.

El regimiento llegó al cruce, dibujó un cuarto de círculo en torno al café que allí había y dobló hacia la derecha dejando la carretera principal. Algunos hombres levantaron la vista de las pantorrillas de quienes llevaban delante y miraron al Café du Carrefour. Su interés por él no era abstracto, pues era la primera casa que veían intacta desde hacía tres semanas y, además, era un local donde beber, presagio de otros locales similares donde beber en los que, más adelante, confiaban en acabar su marcha.

—Ya casi hemos llegado —dijo Didier.

—¿Dónde? —preguntó Lejeune.

—Allá donde vamos, claro.

—¿Cómo sabes dónde vamos?

—No lo sé, pero sé que casi hemos llegado porque cuando un regimiento recorre una carretera principal durante cuatro horas sin descanso y después, de repente, gira, está llegando a algún sitio.

Se oyeron otras voces en las filas.

—¡Ah, un descanso! Me vendría bien un poco de descanso...

—A mí también, chico. No eres el único...

—Dormir, eso es lo que yo necesito, dormir, dormir mucho, tranquilo...

—Y quitarme esta ropa. Está tiesa. Tengo buen estómago, te lo aseguro, en esta guerra hay que tenerlo, pero apenas aguanto cómo apesto...

—Estoy de acuerdo contigo, amigo —dijo el hombre que iba detrás—. A mí tampoco me resulta nada agradable.

—Si es por eso, prefiero mi peste a la tuya —replicó el primero.

En cabeza de la sección, el teniente dijo al sargento, que marchaba a su lado:

—Esto suena mejor. Ahora empiezan a olvidarse de todo. Lo que me inquieta es cuando los hombres dejan de bromear.

—Sí, señor —dijo el sargento sin comprender del todo qué había querido decir el oficial.

Empezó a caer una lluvia ligera y la conversación, que borboteó de repente en la curva de la carretera principal, empezó a apagarse. Los hombres bajaban la cabeza para evitar que la lluvia les pegara en la cara y encogían los hombros para que no se les colara por el cuello. Suaves oleadas de lamentos verbales de los soldados azotaban los oídos del teniente: «Descanso... mis pies... descansar... menuda marcha... dormir... descansar».

«No cabe duda de que tienen poca resistencia —se dijo el teniente—. Tan poca como moral. ¿Pero quién puede culparlos? ¿Hasta dónde tenemos que ir? Si nos dijeran de antemano hasta dónde debemos ir, podríamos prepararnos para la marcha. Sabríamos que iba a empezar a llover justo cuando llegáramos al camino de tierra...» Repentinamente furioso por las interminables contrariedades menores de la

existencia, el teniente dejó de pensar y permitió que cruzara por su mente una alborotada sucesión de blasfemias y palabras obscenas y, cuando se le agotaron, se forzó a que reaparecieran. Se le movían los labios al compás de su vehemente discurso interior, pero no salió de ellos ni un solo sonido hasta que, más tranquilo después de ese arrebatado silencioso, se volvió una vez más hacia el sargento y dijo:

—Al menos tendrán que darnos diez, diría yo.

—Al menos diez, señor —coincidió el sargento.

Hablaban con elipsis, como hablan los hombres cuando están profundamente abstraídos en una cuestión vital y omnipresente, como lo están cuando no se les ocurre que nadie pudiera estar pensando en otra cosa que su tema. Sin embargo, ninguno de los dos consiguió en absoluto convencerse a sí mismo ni al otro de que realmente fueran a darles un descanso de diez días.

El regimiento atravesó un poblado y cruzó un arroyo, después una ladera boscosa en cuyo sendero el barro había formado surcos. Los hombres tropezaban, resbalaban, se empujaban y juraban y las filas perdieron la escasa formación que guardaban. El bosque terminó clara y bruscamente en la cima de la colina y aparecieron sobre un altiplano de campos de cultivo. Atravesaron el altiplano maldiciendo la carretera por conducirlos por una ruta con forma de S en lugar de llevarlos recto. Al darse cuenta enseguida de que ningún obstáculo natural había producido semejante desviación, la maldijeron con más ahínco aún por haberse curvado gratuitamente formando una S.

«Esas cosas te enfurecen más que el diablo —pensaba el teniente—. La hostilidad de los objetos inanimados empieza a parecer real, sobre todo cuando se está cansado. Y cuanto más te enfureces, más te cansas, y viceversa». Estaba comenzando ya a darse cuerda para otra andanada de profanaciones interiores cuando el regimiento giró hacia un lado y empezó a descender por una carretera que penetraba en un valle poco profundo. A su espalda estallaron voces:

—Por fin estamos aquí.

—Interesantes ruinas, sin duda...

—De ruinas, nada. ¡Mira! Las casas tienen tejado.

—Entonces no son para nosotros.

Pero en esta ocasión, como más tarde o más temprano era probable que sucediera, el escéptico profesional se equivocaba. La aldea situada en el lecho del valle iba a ser su aldea; las casas con tejado iban a ser sus casas. El paso se aceleró a medida que los hombres iban deslizándose por el camino hacia un destino que por fin tenían al alcance de la vista. La conversación adquirió un carácter más general y un tono más alto de los que había tenido en muchos días. Gracias a la bajada y a lo resbaladizo de aquella pendiente, los hombres avanzaban casi a la par que su impaciencia por llegar. Entonces, de repente, la masa de azul se cerró, se plegó como un acordeón y se detuvo en seco. En la cabecera de la columna, el coronel hablaba con el oficial de acantonamiento, que estaba junto a la cuneta con el destacamento de acantonamiento formado tras de sí como si de una guardia de honor se tratara.

Enseguida, la columna empezó a desplazarse de nuevo, lentamente y a tirones. A medida que iba llegando cada compañía, un hombre del destacamento se apartaba de su formación, saludaba al comandante y decía:

—Por aquí, señor. Mostraré su alojamiento a las secciones y, luego, pueden volver a formar enseguida para hacerse con una comida caliente de las cocinas rodantes. Las órdenes del coronel, señor, son que estos hombres no están de servicio hasta mañana a mediodía.

En el Café du Carrefour, Langlois escribió una nota para su esposa. Se esforzó por transmitir la información de tal modo que resultara lo bastante vaga para asegurarse de que la carta pasaba por el censor con rapidez.

Sólo unas líneas, querida mía, para decirte que no iré al frente, al menos, hasta dentro de una semana o diez días, así que no tienes que preocuparte por mí hasta entonces. En realidad, no tienes que preocuparte por mí en absoluto, como te he dicho ya muchas veces. Estoy absolutamente convencido de que mi destino es salir vivo de esta guerra. Algunos estamos llamados a hacerlo, ya sabes, y estoy seguro de que yo soy uno de ellos. No hay ninguna bomba ni bala alemanas que lleve mi número puesto...

Sabía muy bien que era una necedad escribir semejantes cuentos, también una inutilidad, pero ¿qué iba a hacer un hombre cuando veía esa mirada en los ojos de su esposa, cuando sentía esas presiones espasmódicas de la mano apretando la suya, cuando la veía, cada vez con más frecuencia, dejar bruscamente lo que estuviera haciendo, acercarse a él, tomarlo en sus brazos y abrazarlo, abrazarlo con una ternura terrible?

... Me alegra haber decidido lo que decidimos el jueves pasado. [Contó con los dedos.] A lo mejor puedes darme una pista antes de que volvamos a hacer una excursión a las trincheras. [Se quedó pensando un rato, mirando la carta sin verla y, luego, decidió aventurar la frase, cargada de tantas implicaciones.] Espero que sea niña. Nada más por ahora. Volveré a escribirte pronto. Con todo mi amor, mi tesoro...

Cerró la carta y la guardó en la cartera con la intención de entregarla en la oficina de correos del regimiento aquella noche. «Espero que sea niña». Se preguntaba si el censor lo consideraría una prueba de derrotismo. Se preguntaba qué leería su esposa en esa esperanza, a qué conclusiones llegaría. Tal vez no debiera haberlo dicho, después de todo. Tener un hijo había sido deseo de ella, mencionado inesperadamente dos días antes de que finalizara el permiso. Suponía un cambio radical en relación con el acuerdo y los sentimientos de ambos al respecto, pero él entendía bastante su cambio de actitud, tanto más porque ella se abstuvo de darle razón alguna de él.

La puerta del café se abrió y entró un cabo. Iba cubierto de barro, del barro de las salpicaduras de barro de la carretera, no del barro endurecido de las trincheras. Vio a Duval y Langlois al primer vistazo y el ojo dio primero con sus insignias y, a

continuación, se desplazó a las caras. Parecía tener prisa.

—¿Dónde está vuestro regimiento? —preguntó discriminando instintivamente entre el recluta Duval y el veterano Langlois y dirigiéndose a este último—. Llevo buscándolo de una punta a otra del frente.

—No sé —respondió Langlois—. Yo mismo voy siguiéndole la pista. La patrona de aquí dice que esta mañana torció por esa carretera una columna. Parece como si fueran los nuestros, sin duda. ¿Qué pasa?

—Eche un trago —dijo Duval, que había bebido ya lo bastante para adoptar un tono amistoso con un desconocido.

Sin embargo, difícilmente el cabo pudo oírlo, pues cuando Duval habló, ya estaba a mitad de camino hacia la puerta (que no se detuvo a cerrar). Y si el rugido del escape y el patinazo de la rueda con los que su motocicleta dobló la esquina servían de indicio, aún es más dudoso que hubiera aceptado la oferta en caso de haberla oído.

—¡Vaya! ¡Menudo torbellino! —dijo Duval—. ¿Qué le pica?

—Es un correo motorizado —dijo Langlois—. Siempre se dan importancia. A veces la tienen.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Crees que los boches^[4] habrán cruzado por algún punto o qué?

—Dios mío, no. Seguramente es una invitación para que el Gran Jefe vaya a cenar al comedor de oficiales de la división. O quizá se trate de un tropel de medallas para la lotería...

—Conque fue así como conseguiste la tuya, eh, ¿en la lotería? —preguntó Duval esperando recibir una negación inmediata y ligeramente indignada, que no llegó.

—Prácticamente, sí. Escucha, jovencito, no dejes que la medalla se te meta entre ceja y ceja. Eso te lleva a hacer estupideces y, si tienes paciencia, terminarás haciéndote con la medalla sin hacer estupideces. No te escandalices tanto. ¿Qué otra cosa puede ser, sino una lotería? Si se disponen a repartirlas, todos esos hombres merecen una medalla por lo que han aguantado en Souchez, pero sólo algunos la conseguirán. Así que es una lotería, ¿o no?

—Bueno, tú has tenido bastante suerte agenciándote una *croix de guerre* con dos hojas de palma, por no hablar, además, de la *médaille militaire*. No deberías quejarte.

—No me quejo. Simplemente digo que es una lotería, pero esta lotería se diferencia de las habituales en un aspecto: las oportunidades de ganar premios aumentan cada vez que ganas uno. Bueno, parece que es así como funciona. O quizá sea más parecido a ganar dinero. Después del primer millón, los demás llegan con más facilidad... Oye, se está haciendo tarde. Larguémonos.

Duval pagó la bebida y al salir se introdujeron en un paisaje sobre el que el sol en descenso tendía largas sombras junto a franjas que mostraban un resplandor dorado. El aire era agradable y la luz también se iba volviendo imperceptiblemente más tenue. La tarde presentaba la efímera cualidad de una caricia y Duval se ensanchó ante ella y abrió a su grato roce sus ojos urbanos, sus pulmones urbanos y su carne

urbana. «¡Buen país por el que combatir!», pensó con sus sentidos exaltados por la cantidad justa de vino. Una copa más, apreciaba él, y podría haber echado todo a perder, haberse puesto en ridículo gritando «*Vive la France!*», pero reconocía en su fuero interno que así era como realmente lo sentía.

Langlois desvió su camino intencionadamente un par de pasos para satisfacer el deseo de plantar la bota en la cicatriz que la rueda de la motocicleta y su zumbido habían dejado en el barro. «¿Qué demonios llevaba ese tipo en el portafolios? —se preguntaba—. Jamás he visto a un cabo rechazar una copa y menos si es gratis. Bueno. Pronto lo averiguaremos. O, más bien, nunca lo averiguaremos».

Al doblar la esquina, los dos hombres siguieron el camino enfangado. Pasaron por un poblado y cruzaron un arroyo, después subieron una ladera boscosa rezagándose continuamente el uno con respecto al otro y recuperando el trecho perdido sobre los surcos de barro formados bajo sus pies. El bosque se acabó clara y bruscamente casi en la cima de la ladera y aparecieron sobre un altiplano de campos de cultivo. Andando ya uno junto al otro, el camino los condujo por una ruta sinuosa a través de la llanura. Esa, pensaba Langlois, era una costumbre amable e informal que tenían los caminos. La ligera elevación sobre la que se vio lo retrotrajo al atardecer, que ya había iniciado su despedida mientras él estaba en el bosque. Las curvas del camino parecían prolongar la despedida definitiva y se sentía agradecido porque lo hicieran así.

En el extremo más lejano de la llanura, la carretera empezaba a descender hacia un valle poco profundo. Langlois se detuvo en este punto y se volvió para dirigir una última mirada al crepúsculo antes de avanzar hacia las sombras que enseguida se convertirían en noche. Miró, pero no tanto como quería, la silenciosa y adorable campiña sobre la que los rescoldos de la caída de la tarde se depositaban tan pacíficamente.

«Ahí está —formuló el pensamiento—, paz, tranquilidad. Esto que estoy contemplando es su verdadera esencia. Yo mismo soy la única prueba de que esta imagen es una ilusión». Al darse la vuelta, olvidado por un instante de la presencia de Duval, bajó la mirada hacia su uniforme como si quisiera verificar su discordancia. Veía la culata del fusil sobresalir por delante del portafusil, veía la tela azulada en la rodilla y, después, su bota militar negra. Se quedó mirando la bota en una primera pisada para comprobar que, la siguiente, podía volver a darla sobre la huella de una rueda de motocicleta.

«¿Qué demonios hacía ese cabo...?», comenzaba de nuevo su pensamiento, pero, antes de que hubiera podido completarlo, esta vez la pregunta quedó respondida mediante un toque de corneta que ascendió desde el valle.

Sonaba el toque de llamada.

Si las notas de la corneta hubieran resonado tanto como para llegar unos diez

kilómetros más al sur, habrían alcanzado el cuartel general de una división instalado en la *mairie*^[5] de una ciudad de allí y habrían hecho saber al mayor de dos hombres que estaban solos en una habitación de la planta baja que sus órdenes se estaban obedeciendo.

Era un hombre que se encontraba en esa etapa de la vida en que la apariencia puede ser lo más distinguido porque, aunque madura, todavía no se muestra en absoluto decrepita. El hecho de que era consciente de ello se apreciaba en el decoro de su uniforme y en su forma de llevarlo; también en la corrección de su rostro, bien rasurado a excepción del bigote, una mancha de blanco sobre un fondo de saludable color sonrosado. Tenía los ojos azules, despiertos y bondadosos, pues no había en ellos indicio alguno del carácter temperamental que escondían. La boca y la barbilla no eran tan poderosas, pero tampoco eran poco pronunciadas. Había dos filas de galones sobre el bolsillo superior izquierdo y, en la parte derecha, unas presillas a las que con motivo de actos formales o ceremoniosos se podía prender la estrella de Gran Oficial de la Legión de Honor. Se trataba del comandante del Decimoquinto Ejército.

El otro hombre, el general de división Assolant, no parecía a primera vista que mereciera el apodo por el que se le conocía en los estados mayores: General Insolente.

Su actitud era demasiado respetuosa y sorprendió al comandante del ejército, que esperaba algo distinto de ese formidable subordinado, bien conocido para él por varios informes, pero a quien no había visto hasta ese mismo día. El comandante del ejército miró a Assolant con un interés que hizo poco esfuerzo por disimular.

Lo que veía era un cuerpo bajo y fornido plantado firmemente sobre un par de piernas de caballería, piernas cuyos talones lograba encontrar, pero no así sus rodillas. Veía un uniforme que resultaba nada convencional y muy práctico. Las botas y las polainas eran las de la tropa y era obvio que los pantalones habían salido de un almacén de intendencia de artillería. La guerrera, de segunda mano, parecía de buena hechura y le quedaba envidiablemente holgada y cómoda. Viendo aquel uniforme, nadie habría pensado que su portador era un oficial hasta que los ojos hubieran tenido la oportunidad de dar con las tres estrellas cosidas justo por encima de los puños formando un triángulo, pero la cara era la cara de un hombre de acción. Se trataba de una de esas caras inconfundiblemente recias, es decir, dura, águilina, incluso brutal. Un bigote negro y corto señalaba que la hendidura que había debajo debía de ser una boca. Esa hendidura se curvaba hacia abajo en las comisuras, por donde el bigote las acompañaba y daba la impresión de obligar a descender con él a la carne de las mandíbulas. Todo contribuía a cuadrar un mentón ya de por sí cuadrado. La nariz, aguileña, era prominente y los pelos se erizaban impertinentes en las narinas. Los ojos ligeramente arqueados hacia abajo en los extremos acentuaban el desdén de su expresión. El pelo negro y grueso, cepillado y erecto a lo *pompadour*, nacía en una zona que parecía demasiado próxima de la línea de las cejas. Al comandante del ejército no se le escapaba el detalle de que el *pompadour* estaba allí para añadir altura

a una frente que podía haber estado más alta.

«No —se decía el comandante del ejército—, no le va la posición respetuosa de firmes. Se trata de algo momentáneo. De todas formas, vale. Servirá».

En voz alta dijo:

—Creo que usted estuvo a mis órdenes en Argelia, ¿no es así, Assolant?

—Sí, señor. Usted era el jefe del Estado Mayor del Decimonoveno Cuerpo de Ejército. Yo, entonces, era mayor, destacado en Ain-Sefra.

—Ah, sí, ahora le recuerdo —dijo el comandante del ejército para cambiar de tema rápidamente a fin de evitar que se descubriera que no recordaba nada en absoluto—. Para esto es para lo que he venido a verle. No podía hablar de ello por teléfono. A propósito, ¿están avanzando todas sus tropas?

—Todas las disponibles, salvo el 181, pero en este momento debería estar poniéndose en marcha. A mi correo le costó mucho encontrarlo. Si se me permite decir...

—Sí, sí, ya sé, pero espere a que le exponga la situación, luego le escucharé. ¿Ha leído el *communiqué* de esta mañana?

—Yo no leo *communiqués*, señor, los redacto —dijo Assolant con una sonrisa que confiaba en que atenuara su insolencia.

—Hummm... —reaccionó el comandante del ejército ignorando tanto la sonrisa como la insolencia—. Bueno, se ha producido un error lamentable que voy a exponerle. Sabrá usted que el comandante en jefe lleva quejándose algún tiempo porque no se ha tomado el Pimple^[6]. Últimamente ha estado insistiendo en ello por una razón que le explicaré enseguida. Se han realizado varias tentativas, la última ayer por la mañana, por parte de los Tirailleurs^[7]. Todas han fracasado.

—Nada raro, es un Gibraltar en miniatura.

—El motivo por el que le preguntaba por el *communiqué* es que parece que, por error, se dice que el Pimple fue capturado ayer. No quiero que me malinterprete. Quiero decir que eso no tiene nada que ver con...

—Lo entiendo a la perfección, señor. Va a pedirme que tome con mis bayonetas lo que un chupatintas del cuartel general ya ha capturado sin querer con la punta de la pluma.

—Esa es exactamente la conclusión que yo no quería que usted...

—De manera que así se resume todo, ¿verdad?

Assolant prosiguió en la misma línea, alimentando su fobia al *communiqué*. El comandante del ejército, que ya tenía conocimiento de la existencia de estas rabietas allá donde se mencionaba el nombre de Assolant, decidió probar una de ellas en primera persona.

—De manera que así se resume todo, ¿verdad? El Cuartel General ya no se da por satisfecho con lanzar ataques para maquillar sus *communiqués*. ¡Ahora deben llegar al límite y convertir esa infernal literatura suya en un objetivo en sí mismo! ¿Debo leer el *communiqué*, debo hacerlo, porque ahí es donde encontraré las órdenes de

campana? Mi prestigio como oficial del ejército está lo bastante consolidado en este ejército para avalar mi negativa...

—Ya basta, general —la voz del comandante del ejército lo interrumpió en seco—. No hay necesidad de dramatizar con este asunto y menos aún si es usted tan amable de escucharme.

—Debo disculparme, señor. Me dejé llevar...

—Está bien —dijo en tono tranquilizador que no parecía exactamente disgustado por el estallido de su subordinado.

Al contrario, admiraba el auténtico fuego del hombre, una cualidad que necesitaba por encima de todas las demás para la tarea que se le iba a asignar.

—Bien, esto es rigurosamente secreto, me refiero a esta parte. Decididamente, no debe trascender más allá de su jefe de Estado Mayor y tampoco debe decirse a él siquiera a menos que esté usted seguro de su discreción. En este frente se está reuniendo un grupo de tropas para lanzar dentro de unas tres semanas un ataque que el comandante en jefe está resuelto a convertir en una penetración en las líneas enemigas. Sin embargo, ningún ataque puede triunfar mientras los boches conserven el Pimple. Como usted sabe, se trata de una posición clave que puede contener y paralizar nuestro avance desde el instante mismo de su inicio. Por consiguiente, debe ser tomado... y conservado. Hace un par de días vi a Joffre y me entregó órdenes expresas de que tomara el Pimple antes del día ocho, que es pasado mañana...

—Pero, en el nombre de Dios, señor...

—He confiado esta labor a dos generales ya y, como usted sabe, ambos me han fallado. Si hay en este ejército un hombre capaz de hacerlo, es usted, Assolant. Yo habría recurrido a usted en primera instancia, pero estaba usted con el agua al cuello en Souchez.

—Bien, debo decir, señor, que no podría haberme llamado en peor momento que el actual. Mi división está hecha añicos y lo que queda de ella está absolutamente exhausta. No, es absurdo. No estoy en absoluto en condiciones de poder conservar el Pimple y mucho menos de tomarlo. Ni hablar. ¿No puede conseguir que el comandante en jefe asigne algunas tropas de la reserva del cuartel general para cumplir esa misión? Estarían frescas y...

—Sí, pero no serían tropas de asalto y el éxito de este combate depende de las tropas de asalto.

—Bien, las mías ya no son tropas de asalto, ni volverán a serlo hasta que hayan descansado debidamente y hayan sido reequipadas.

—Puedo darle toda la artillería que necesite, dentro de lo razonable.

—La artillería no va a servir de mucho con el Pimple, señor. Conozco ese lugar. Es un forúnculo, no un grano. Es un laberinto atestado de emplazamientos subterráneos de ametralladoras y está conectado con la retaguardia mediante un pasadizo subterráneo que dispone de varias salidas. No. Los obuses simplemente rebotan, ya lo hemos visto. Es una fortaleza.

—¿Entonces, cómo se propone tomarla?

—Yo no me propongo nada. Sugiero que el comandante en jefe lo tome con parte de las tropas que va a utilizar en el ataque principal. ¿Por qué no utiliza a los marroquíes? Son buenos con la bayoneta, así es como tendrá que ser tomado ese lugar, cuerpo a cuerpo. Y, además, son negros y nuestras bajas van a ser numerosas.

Por un momento el comandante del ejército pensó en la posibilidad de protestar enérgicamente contra ese cinismo que tanta repugnancia le despertaba. Entonces, reparó en que Assolant no sabía lo que se decía.

—No lo aceptará de ningún modo. Ya le he dicho a usted que espera una penetración definitiva en las líneas. ¿Sabe usted dónde se encuentran los objetivos del primer día? A veinte kilómetros. No destinará a un solo hombre en estas «operaciones menores», como las llama él, porque ha reservado a todos para la ofensiva. Deben estar completamente frescos para que puedan aprovechar la penetración y, si es necesario, disponibles de manera indefinida. Él tiene la seguridad de que esta ofensiva será la última de la guerra.

—Bien, pues la ofensiva contra el Pimple será la última de mi división.

—Vamos, vamos, Assolant, tiene usted una división de primera. Tal vez esté un poco cansada, sí, el nuevo reemplazo que acaba de sumarse a ella debe servir de refresco y de estímulo.

—Bueno, señor, no iré a decirme que esos reclutas son material adecuado para un trabajo de esta naturaleza...

—¿Por qué no? Son jóvenes, fuertes, sanos... desbordan ardor juvenil. Con lo único que sueñan es con realizar una carga a la bayoneta. Ni siquiera sabrán que el ataque es un poco... hummm... un poco... inusual.

La satisfacción que el comandante del ejército obtuvo al dar con esa última palabra bastó para disipar el ligero disgusto que sentía por su propio cinismo hasta que Assolant se lo hizo ver sin tacto alguno.

—Eso es absolutamente cierto. Y jamás tendrán oportunidad de descubrirlo.

—¿Cuál de sus unidades es la que se encuentra en mejor forma?

El comandante del ejército volvía a apartarse rápidamente de un tema en el que no quería verse envuelto.

—Supongo que el 181. Dada la estupidez del correo, deberían haber sacado cinco o seis horas de sueño —dijo Assolant, inconsciente de la ironía.

—¡Ah! El 181, sí. Lo he visto citado en las Ordenanzas del Ejército más de una vez. Entonces, póngalo en la primera oleada y que los demás regimientos lo apoyen y consoliden la posición.

—Se podría hacer —dijo Assolant, un poco para sí mismo.

—Claro que se puede hacer. De todas formas, hay que hacerlo. Un regimiento excelente que, precisamente en este momento, se encuentra en su mejor forma, compuesto a partes iguales por reclutas y por veteranos avezados. Los reclutas pondrán el *élan* y los veteranos lo moderarán. No podría haber mejor combinación. Y,

como ya le he dicho, puede disponer de cuanta artillería necesite.

El comandante del ejército sabía que estaba tratando de engañarlo, pero apreció con satisfacción que su entusiasmo empezaba a contagiar a Assolant, susceptible siempre ante las ofensivas, y que este hacía caso omiso del engaño.

—Ahora mismo preferiría tener descanso antes que artillería, señor. Aun así, resulta novedoso que ofrezca munición ilimitada. ¿De cuántos cilindros de gas podría disponer? Si el viento es favorable, quisiera enterrar ese Pimple en gas...

—Haga venir a De Guerville y también a su jefe de Estado Mayor, ¿cómo se llama?, Couderc. Estudiaremos todo minuciosamente. Ahora bien, no flaquee delante de Couderc, nada de mostrar sus reservas. Esas cosas corren.

—No se preocupe, señor, estoy decidido. Tomaré el Pimple para usted si me da mano libre y, además de la artillería, me proporciona granadas en abundancia.

—Le daré mucho más que eso cuando todo haya terminado, Assolant, le entregaré un ejército. ¿Cree usted que podría apoderarse del Pimple mañana?

—Imposible, señor, pero pasado mañana lo tendrá para almorzar. De hecho, puede usted escribirlo ya en el *communiqué*. ¡Oh, no! Lo había olvidado. Ya figura en el *communiqué*. Bien, entonces yo lo haré oficial. Usted ya debe de haber oído, señor, que jamás he dicho que tomaría una posición que no haya tomado.

—Y quizá usted debe de haber oído que yo jamás he hecho una promesa que no haya cumplido.

—Sí, señor. Y eso me lleva a preguntarme si...

El comandante del ejército esperó a que concluyera la frase y, al darse cuenta de que no iba a terminarla, buscó los ojos de Assolant, pero no logró encontrarlos, pues estaban mirando fijamente y con intención deliberada las cuatro pequeñas hebillas de su guerrera, las cuatro pequeñas presillas a las que se podía prender el cierre de una cruz de Gran Oficial de la Legión de Honor para las ocasiones formales o ceremoniosas.

—Tal vez... —respondió el comandante del ejército disimulando su desdén—. Ahora, a trabajar. Pida a los estados mayores que entren, por favor.

A continuación, añadió para sí: «¡Qué indecencia! ¡Menudo sinvergüenza! Pero tomará el Pimple».

Ya había anochecido. El ruido repentino de sus rígidas botas golpeando sobre el adoquinado y su igualmente repentina finalización transmitieron a todas y cada una de las compañías del 181 Regimiento del frente, a medida que iban siguiendo a la precedente, que estaba atravesando una carretera principal.

Didier, de la Compañía nº 2, era, acaso, el único de los tres mil soldados que sabía o le importaba dónde estaba. Y tal vez tampoco le importara tanto, pues estaba tan cansado y preocupado como los demás por el dolor de todos los músculos. Conocer su paradero, sin embargo, era una función automática para quien había sido

guardia de fronteras y observador nocturno, función que continuaba desplegándose ella sola a pesar de la fatiga. Tampoco la ejercía de forma menos minuciosa porque estuviera muy oscuro. Al contrario, sentidos que habían permanecido sumergidos durante las horas de luz y que, por esa misma razón, no conseguían captar impresiones, afloraban de noche e intensificaban percepciones que, al fin y al cabo, habían sido privadas sólo de uno de ellos, y eso sólo en parte en el caso de Didier, la vista.

Su sentido de la orientación era poderoso; tan poderoso, en realidad, que Didier propendía a mostrarse intolerante con quienes no lo tenían y desdeñoso de su pereza, a la que atribuía su deficiencia. Didier sabía exactamente dónde estaba; para él, saberlo era una cuestión de orgullo. Sabía que el regimiento había dejado la aldea poco después del anochecer por el mismo camino por el que había entrado. Sabía que había ascendido una ladera. Había sentido los campos abiertos del pequeño altiplano y la carretera que los atravesaba con sinuosidades. No había sido capaz de distinguir la frontera del bosque en el que se vieron sumidos repentinamente, pero sabía que estaba en un bosque porque sentía el confinamiento del aire y del sonido a su alrededor. Su sexto sentido para la naturaleza le decía que esos lugares eran los mismos lugares por los que había pasado esa misma mañana. La orden de romper el paso, que se volvió a transmitir por toda la columna cuando se aproximaban al puente sobre el arroyo, no hizo más que confirmar su certeza sobre su posición y, poco después, el ligero cambio de tono de los ecos de la marcha del regimiento le hizo consciente de que caminaba entre muros de ladrillo, en lugar de entre muros de árboles: los muros del poblado.

Por consiguiente, cuando oyó golpear en los adoquines y resonar en ellos durante un tramo las botas de la compañía que iba delante de él y, enseguida, ensordecir de nuevo, apreció automáticamente el hecho de que el regimiento estaba atravesando la carretera, al otro lado del Café du Carrefour, y que se dirigía hacia otro sector de ese frente que, a su juicio, acababan de abandonar.

«Bueno, ya está —se dijo—. Orden de combate y en esta dirección. Algo que hacer, está claro. La luna estará alta muy pronto y así podré hacerme una idea del estado del terreno».

El regimiento avanzaba en silencio. Hasta los reclutas recién incorporados habían perdido parte del ánimo, arrebatado por la marcha y la contramarcha. Los demás estaban demasiado cansados y aturdidos por el sueño interrumpido para maldecir siquiera. Con la fatiga y la exasperación se alcanza un grado de aturdimiento que sólo se puede expresar mediante un silencio hosco. Cinco horas de sueño solamente habían servido para anquilosar los músculos de todos aquellos hombres, pero no habían bastado para emprender el trabajo de reanimarlos. El equipamiento, las botas, la ropa, también se habían anquilosado y, lo peor de todo, las botas se les habían quedado una talla pequeña por la hinchazón de los pies, que habían acelerado al despojarse de ellas...

La cola del regimiento se perdía al otro lado de la carretera y aumentaba con cada paso el vacío entre sí misma y el Café du Carrefour.

«A las trincheras de nuevo», dijo la patrona cuando las últimas botas de la columna enmudecieron en la continuación del camino de barro, al otro lado de los adoquines; sus adoquines, como tenía ella por costumbre pensar en ellos. Estaba sentada junto a la estufa que había en el café, con los postigos cuidadosamente cerrados, dando sorbos a un cuenco de café solo. «A las trincheras de nuevo». No añadió «¡Pobres diablos!» porque no le vino a la cabeza semejante idea de conmiseración. Simplemente pronunciaba en voz alta un comentario oral sobre un hecho. Ella se había pasado allí sentada, así, casi dos años enteros, apuntando para sí los misteriosos y desorientados movimientos de los ejércitos que oscilaban por su cruce de carreteras. Al principio se sentaba en la puerta y los observaba. Después, el invierno la llevó dentro y se quedó allí, sola y sin curiosidad. Además, ya no había ninguna necesidad de salir a verlos pues, como descubrió enseguida, había aprendido el significado de los sonidos y su oído le proporcionaba ahora casi todas las noticias de lo que sucedía en torno al cruce de carreteras, como antes habían hecho sus ojos. Era capaz, por ejemplo, de hacer una estimación bastante ajustada de la envergadura de un conjunto de tropas por la duración y el espaciamiento del paso. Conocía la diferencia entre el estruendo de un tren de artillería y el de un convoy de camiones y era capaz de decir si este último iba cargado o vacío. Sabía distinguir entre los ruidos de un coche del Estado Mayor y una ambulancia y, lo que resultaba más asombroso aún, entre una tropa de caballería y una patrulla de la policía militar a caballo. Cuando le preguntaban cómo lo sabía, explicaba esta última habilidad pronunciando la siguiente resolución: «El encargado de un *bistro* debe ser capaz de oler a la policía para no terminar sin negocio». Los soldados se detenían allí expresamente, en el Café du Carrefour, para formular esa pregunta y oír esa respuesta. Nunca quedaban decepcionados, a menos que fueran, por casualidad, de la policía.

Así que estaba allí sentada, en el momento culminante de la guerra en aquellas regiones, a veces dentro de la zona de artillería pesada, sorbiendo sus cuencos de café solo y apuntando los diversos fragmentos del ejército que aporreaban el suelo de un lado a otro frente a su café, contándolos no porque tuviera algún interés, patriótico o de otra naturaleza, por los asuntos militares, pues no tenía ninguno, sino en tanto que eran muchos buenos clientes perdidos.

Fuera, en el camino, un estruendo se aproximaba cuando se terminó el cuenco de café. Atizó un poco la estufa, encendió una vela y apagó la lámpara. Se acercó a la puerta y, vela en mano, se detuvo un momento, a escuchar.

«Cocinas rodantes», dijo. Después, bajó al sótano y se metió en la cama.

El coronel Dax marchaba en cabeza de su regimiento con el oficial al mando de su Primer Batallón, el mayor Vignon.

—Siempre suena como una tormenta lejana, ¿verdad? —dijo el mayor.

Se refería al efecto de relámpagos difusos producido por el resplandor que se veía a lo largo del frente y el trasfondo de reverberaciones de los cañonazos.

—No tan lejana, si es por eso —respondió el coronel con una voz que no animaba a proseguir ninguna conversación.

El mayor captó la indirecta y volvió a sumirse en el silencio. ¿Pero por qué —se preguntaba— había sido invitado a caminar junto a su superior? ¿Era simplemente con la intención de que marcara el paso con él?

«Es tremendo —pensaba el coronel— que no se pueda pedir a un hombre que camine contigo sin que se abalance sobre la conclusión de que también quieres hablar con él. ¿Por qué no puedo decir a un hombre: “Mira, estoy muerto de miedo, como me pasa siempre en estos momentos y, sinceramente, necesito tu compañía, pero tu compañía debe ser silenciosa. Sólo quiero tu masa, tu carne cerca de mí, al alcance de la mano. Alivia mi miedo y me ayuda mucho”? Pero Vignon no comprendería nada. Pensaría que estoy loco. Sencillamente, no tiene capacidad para saber por lo que estoy pasando en este instante. Si sospechara la crisis a la que me aproximo, seguramente consideraría que su obligación es sacar la pistola y meterme una bala en la cabeza. De hecho, esa es exactamente la razón por la que necesito su presencia con tanta urgencia en estos instantes. Él no tiene sangre en las venas».

Tenía razón, además. Ni Vignon ni nadie más sospechaba ni un momento que Dax, el coronel del 181 Regimiento del frente, de la excelente división de Assolant, el siguiente en la lista para las estrellas de general y para un ascenso en la Legión de Honor, cuatro veces nombrado por su valentía en las Ordenanzas del Ejército... nadie sospechaba ni un momento, por lo bien que Dax lo ocultaba, que estaba tan atemorizado que se deslizaba a toda velocidad hacia el pánico.

Por lo que él sabía, ese miedo suyo era una idiosincrasia, una idiosincrasia que crecía con cada paso adelante que daba en ese instante, una idiosincrasia que se agudizaba cada vez que tenía que cumplir con la obligación de conducir a su regimiento hasta las trincheras. En cuanto los hombres estaban en las trincheras, la crisis se esfumaba. Era muy consciente de que sus miedos eran poco razonables y, hasta cierto punto, incluso infundados, pero eso no le facilitaba en modo alguno dominar aquel miedo creciente. Lo único que le venía a la cabeza era la masa compacta de carne humana viva, vulnerable, desplegada a su espalda a lo largo de dos kilómetros. Lo único que le venía a la cabeza era que dentro de media hora la totalidad de esos dos kilómetros de carne compacta, viva, humana y vulnerable estaría bien al alcance de los cañones alemanes. La idea lo horrorizaba, también impedía que se le formara saliva en la boca.

«Carne, cuerpos, nervios, piernas, testículos, sesos, brazos, intestinos, ojos...» Sentía la masa de todo, el peso de todo, empujando hacia adelante, acumulándose sobre sus hombros indefensos, avasallándolo con la alucinación de una carnicería descabellada. Se le formó un nudo de algo en el estómago, luego empezó a

extenderse y a subir lentamente. Alcanzó una altura próxima al diafragma, donde quedó parado y pareció arraigarse. No podía eliminarlo, ni desplazarlo hacia arriba o hacia abajo, pero lo reconocía en lo que era: la náusea provocada por el miedo intenso.

«Tres mil hombres. Mis hombres. Aguantar con tres mil hombres el peso de carreteras desprotegidas y marcadas por el enemigo. Todos empaquetados para la matanza. Es demasiado peso para que lo soporte un hombre. No puedo dar todavía la orden de espaciarse, pues sabrían que tengo miedo. Son rápidos percibiendo cuándo tiene miedo un oficial. En cualquier momento... Esta tensión es insoportable. Qué espantoso barullo arman. ¿Dónde demonios van a recoger esos guías? Parecería un idiota si llegara con el regimiento en fila india, todos espaciados. Piénsalo, no puedo dar todavía la orden de establecer intervalos de zona de fuego porque no parecería correcto. De todos modos, cuánto aliviaría hacerlo... Guardar las apariencias, sin que importe cuántas vidas cueste. Menuda tortura esta y el estúpido de Vignon paseando como si estuviera en un bulevar. ¡El viejo Vignon! ¿Por qué no puedo alcanzar un poco de su...? Tres mil hombres, dos kilómetros de carne concentrada. ¡Menudo blanco! ¿Qué es esa luz de allí?...»

Su imaginación se distrajo repentinamente y, a continuación, volvió a erguirse ante otro espejismo. Mucho más allá del otro lado de las líneas del frente, vio artilleros alemanes, figuras con cascos grotescos, moviéndose con sosegada eficiencia en torno a los cañones. Los veía ajustando obuses y alojando cargas y cerrando las recámaras, interpretando mediciones, haciendo girar ruedas. Vio el gran cañón, con sus aberturas todavía humeantes por la salva anterior, elevándose, despaciosas y eréctiles, hasta que las bocas apuntaron exactamente al punto justo del cielo. Veía la dotación de los cañones bajarse y alejarse y ponerse las manos en los oídos, todos excepto un hombre en cada cañón, que agarraba un cordón. Vio al oficial llevarse un silbato a los labios. Vio a todos ellos inclinar la cabeza un poco y volverse. Vio tensarse los cordones bruscamente, como si ellos hubieran propulsado los cañones hacia atrás, tan instantánea era la explosión y el retroceso.

«Carne, cuerpos, nervios, piernas...» Todas las cosas se mezclaban en su mente. Parecía estar llena de carne, empalagada por el dulce aroma de la carne que se abre, se desgarran y cuya sangre se vierte. Era su propia carne, la carne de ellos, tendida pero todavía viva, pero muriendo, muriendo tan despacio, muriendo tan deprisa...

«Marchar, marchar, marchar. Lentamente, como en un sueño. Marcha lenta, marcha fúnebre...

»El camino desnudo. El camino y su superficie dura. La zanja insuficientemente profunda para proteger siquiera a un conejo del metal silbante, centrífugo...

»La masa limpia, fatalmente compacta, sobre la carretera fatalmente limpia, tan limpiamente marcada en el mapa...

»El limpio capitán alemán en su sólido refugio. Sus figuras fatalmente limpias, las coordenadas fatalmente limpias del camino descubierto...

»Los cordones tensándose súbitamente, como si pareciera que habían propulsado hacia atrás ellos mismos los inmensos cañones...

»El estallido de un ruido escalofriante...

»Dos kilómetros de carne compacta, viva, humana y vulnerable detrás de él. Tres mil hombres paralizados en camino...

»Los cegadores resplandores de las detonaciones...

»Metal silbante, centrífugo...

»Caos...

»Y después humo, expandiéndose, humo acre, asentándose lentamente...»

Las alucinaciones giraban en su cabeza, después se deshacían cuando irrumpían las palabras y las dispersaban.

—Vaya, está saliendo la luna. Al principio pensé que era un reflector. Me había olvidado de la luna... ¡Cuidado con ese hoyo de embudo!

—¡Ah! Gracias, amigo, gracias.

Hasta para Vignon, que no era dado a reparar en esas cosas, el tono de profunda gratitud y alivio de su superior parecía de todo punto desproporcionado tratándose de la deferencia ordinaria de advertirle de que no cayera en un hoyo, tanto que no pudo evitar dirigir a su acompañante una mirada de soslayo. Sintiendo la mirada más que viéndola, Dax decidió que sería mejor calmarse y darle algún tipo de distracción.

—Transmita la orden de que apaguen las pipas y cigarrillos, ¿quiere, mayor? Y también la alerta de máscaras de gas.

Le agradó apreciar que su voz había vuelto a sonar con toda normalidad, también lo complació observar que Vignon parecía haberse tranquilizado por su decidido tono de siempre.

«Es una tontería —pensó Dax—, pero el mero dictado de una orden siempre infunde confianza. Da igual que sea una orden necesaria o siquiera correcta».

Luego, un poco más tarde, le vino a la cabeza algo más: «Inspira confianza incluso en el hombre que la emite».

El regimiento avanzaba. La luz de la luna facilitaba la marcha, no sólo porque dejaba al descubierto las irregularidades del camino sino también porque alumbraba sombras, proporcionaba a los hombres algo a lo que mirar. El ejercicio, además, había empezado a volver más ágiles y flexibles los músculos, las botas y los correajes. El equipo había dejado de ser ya un cuerpo muerto testarudo. Ahora que volvía a estar vivo y animado por cierta movilidad intrínseca, acompañaba el movimiento de los cuerpos, los brazos y las piernas. El ritmo de los hombres en marcha adquiría de nuevo uniformidad.

La orden de dejar de fumar y ajustarse las máscaras de gas fue un mensaje que los hombres comprendieron a la perfección. Su interpretación del mensaje se reflejó en un cambio casi imperceptible del paso de la marcha. No era tanto que hubieran acelerado el ritmo (cosa que no hicieron) como que lo habían ajustado; lo ajustaron, quizá, en respuesta a una contracción visceral interna que, como la orden, recorrió

hasta el final la columna en su avance. Oleadas de expectación, de una especie de expectación nerviosa, parecían aflorar de forma intermitente en los pálidos rostros iluminados por la luna y los hombres tenían cierta tendencia a tropezar con los talones de quienes llevaban delante.

La tormenta lejana del mayor Vignon estaba ahora bastante más cerca. Parecía que se hubiera acercado de un salto con la orden de dejar de fumar. El ruido de la artillería ya no era un ruido, pues se había descompuesto en sus elementos de salvas de baterías. Las bengalas quedaban al otro lado de la colina y todavía producían su efecto de forma colectiva, en lugar de individual, pero ese efecto, sin embargo, había dejado de ser el de los relámpagos difusos porque ahora parecían desvanecerse con demasiada lentitud.

El coronel Dax maldijo la luz de la luna. Sabía que hacerlo era un arrebato infantil, pero no podía evitar sentir que su regimiento así sería más visible para los artilleros enemigos. De todas formas, quería maldecirla y no le importaba lo poco razonable que fuera hacerlo. Vignon, por otra parte, como la mayoría de los soldados, la acogían exactamente en sentido inverso. Agradecían una visibilidad que les ahorraría los accidentes leves, pero en todo caso latosos de realizar el relevo en la oscuridad más absoluta.

—¡Los de ahí! ¿El 181?

El saludo era al mismo tiempo un alto y una pregunta; provenía de detrás del destello de un cigarrillo encendido en la sombra de la cuneta.

El coronel Dax se dio la vuelta y gritó: «¡Alto!» Después, añadió en voz aún más alta: «No se reagrupen. Mantengan los intervalos. Comandantes de compañía, al frente, paso ligero. ¡Transmita la orden!» Se volvió hacia la sombra de la cuneta.

—El 181, sí. Y apague ese cigarrillo.

El cigarrillo cayó al suelo y desapareció debajo de una bota.

—Guías de los Tirailleurs, para recibirlo, señor. Habla el teniente Trocard.

—De acuerdo, teniente, quédese aquí conmigo y con los destacamentos del cuartel general. Destacamentos del cuartel general, rompan filas. Calen bayonetas. ¡Transmitan la orden de calar las bayonetas!

Un ruido de chasquidos metálicos estalló de inmediato y se extendió por todo el camino. En todas partes el sonido de la recámara de un fusil abriéndose y cerrándose indicaba que todavía había, como siempre, algunos hombres lo bastante temerosos con las armas de fuego para posponer cargarlas hasta el último momento. Al otro lado de la loma se oía fuego de ametralladoras desganas, de vez en cuando una explosión sorda. En el aire había cierta dosis de silbidos furtivos, un sonido extraño y fantasmal al que nadie prestaba ninguna atención.

Una bengala que ascendió más alta que el resto estalló y empezó a descender con elegancia, perfilando la cresta de la loma. Cuatro compuertas golpearon de repente,

no precisamente al unísono, pero tan cerca que sobresaltaron a todo el mundo.

—¿Dónde demonios están? —preguntó el coronel.

—A tan solo unos pasos de aquí, señor. Allí hay dos baterías de setenta y cinco.

—Estúpidos —dijo el coronel—. ¿No saben que hay relevo esta noche? ¡Van a atraer el fuego, Herbillon! ¡Herbillon! ¿Dónde está mi ayudante?

—Aquí, señor.

—Vaya a ver si puede conseguir que ese idiota deje de disparar hasta que hayamos terminado el relevo. Y dígame que no provoque ningún problema más de los que él...

Las cuatro compuertas volvieron a golpear.

—Dese prisa, por favor... ¿De quién es esa señal? —El coronel aludía a tres luces de colores que se veía alzarse al otro lado de la loma—. Rojo, verde y rojo. Esa no es nuestra, ¿verdad, teniente?

—No, señor. Es la señal de los boches para la descarga.

—Justo lo que pensaba. Sabía que ese estúpido terminaría provocando algo.

Para ser exactos, no se trataba sólo de lo que el coronel pensara sino más bien de cómo se sentía el coronel. Era un soldado lo bastante veterano para saber que la mayor parte de esas señales de descarga eran, casi siempre, una reacción producida por el nerviosismo de un puesto avanzado o de guardia que había oído moverse a una rata y temía que estuviera a punto de caer sobre él una patrulla de asalto. El cohete de S.O.S. era una esperanza a la que un hombre no podía resistir aferrarse en un momento de pánico. El teniente de los Tirailleurs se lo recordó al coronel indirectamente:

—Es un sector asustadizo, señor, sobre todo después de los ataques que hemos venido haciendo contra el Pimple.

—Aquí están los oficiales. Pongámonos en marcha. Paolacci, ¿está usted ahí? ¿Capitán Charpentier? De acuerdo, teniente, ¿alguna instrucción en particular?

—Sólo una, señor. Aproximadamente a un kilómetro de aquí hay una cantera de caliza junto a la carretera, donde la atraviesa la vía estrecha. Los boches la bombardean de vez en cuando con artillería de 150 mm. Han estado tranquilos hasta esta noche, pero el S.O.S. seguramente vuelva a ponerlos a funcionar. Los obuses suelen llegar con intervalos de treinta segundos. No se puede hacer nada más que tratar de hacerlo a todo correr, en bloques de media sección cada vez, entre obús y obús. No se puede sortear por otro sitio, el terreno está todo plagado de alambradas viejas. ¿Está listo, señor?

—Sí, sí. Ya han oído, caballeros. Actúen en consecuencia y, tajantemente, no se agrupen. Infórmenme en mi refugio de la Tranchée des Zouaves^[8] tan pronto como hayan completado el relevo. La contraseña esta noche es... ¿Cuál es la contraseña, teniente?

—Calais, señor.

—Calais. Vuelvan a sus puestos, caballeros. Charpentier, usted quédese conmigo.

Tengo un trabajo para usted. ¡Primera Compañía, adelante, por secciones!

La columna empezó a moverse de nuevo, en esta ocasión en fila de a uno. Los guías fueron saliendo uno por uno de la sombra de la cuneta y ocuparon su lugar junto a los comandantes de cada compañía, mientras estos se dejaban alcanzar por el grupo del cuartel general. El coronel Dax fue reteniendo personalmente a cada destacamento hasta que el precedente hubiera establecido una distancia de su gusto. Luego, se despidió:

—De acuerdo. ¡Adelante! Recuerden, nada de agruparse. ¡Mantengan las distancias!

Al otro lado de la loma, el fuego de ametralladoras ya no era nada desgano. Los intervalos entre explosiones también se acortaron cuando la mitad del regimiento desapareció del camino. La cresta de la loma era un perfil continuo dibujado contra los festones que formaban las bengalas y el aire estaba invadido por una desazón profunda, una desazón que se transmitía a los hombres, los inquietaba y hacía que sus palabras, sus actos y sus pensamientos incluso brotaran a trompicones.

Tres resplandores de rojo brillante se alzaron perpendicular y parsimoniosamente en el cielo. Alcanzaron su cénit, se detuvieron un instante en lo alto y, luego, abandonando su alineación, empezaron a hundirse de nuevo reposadamente en la tierra.

—Rojo, rojo, rojo —dijo el teniente de Tirailleurs—. Ese es nuestro S.O.S. Va a ser una noche mala. —Después, añadió para sí—: Y tengo que pasar esa cantera de caliza dos veces...

«Al menos avanzan debidamente espaciados y en fila de a uno —pensaba el coronel—. Lo peor ya ha pasado, al menos para mí. Pronto se hallarán entre los muros protectores de la trinchera de comunicación...» Un profundo sentimiento de alivio se apoderó de él.

Sonaron ocho compuertas, en absoluto al unísono. Recibieron la respuesta de otras ocho, más lejos. Las ocho primeras volvieron a sonar... y otra vez... y otra vez...

El coronel gritaba ahora a pleno pulmón, tratando de hacerse oír:

—Espaciados... la cantera de caliza... sin reagrupar-se... intervalos...

La cantera de caliza era una excavación circular situada en el ángulo recto sudoriental formado por la intersección del camino y la vía estrecha. Si se hubiera colocado en su interior un globo aerostático, habría parecido un huevo de buen tamaño en su nido. Cuando se subía por el camino hacia el sector del Pimple, la cantera de caliza quedaba a la derecha. Si uno quería, estaba lo suficientemente cerca del camino para poder escupir en su interior. Muchos hombres que pasaban a su lado sí tenían ganas de hacerlo, pues constituía una escupidera atractiva. También tenía muy mala reputación y escupir allí era una forma de expresar la opinión sobre ella. Sin

embargo, pocos lo hacían, porque hasta el acto banal de escupir obligaba a girar la cabeza y distraer la atención un instante del asunto sumamente crucial de pasar por aquel lugar lo más rápido posible. Además, volver la cabeza a un lado significaba perder la orientación acústica un instante y, por breve que fuera ese momento, podría terminar resultando demasiado prolongado.

Como la formación del regimiento avanzaba por orden, la primera sección de la Compañía Número 1 fue la primera en aproximarse a la cantera. El Tirailleur caminaba al frente y la sección se alargaba a su espalda en fila de a uno. Duval, a quien habían separado de Langlois y asignado a esta sección, se encontraba cerca del final de la fila. Cuando el destacamento se aproximó a la cantera, el ritmo del Tirailleur aumentó. Se agachó un poco y caminó como si pisara descalzo sobre guijarros. Mantenía tenso todo el cuerpo y la sangre le palpitaba en el corazón e iba a hacerle estallar la cabeza. Se le aceleró la respiración porque estaba demasiado preocupado por introducir el aire profundamente en los pulmones; también tenía un sabor agrio. Mantenía los ojos fijos delante de sí, pero sostenía la cabeza ligeramente ladeada hacia la izquierda para que el oído derecho pudiera captar mejor cualquier sonido que se le aproximara desde ese lado. Había ajustado su orientación acústica con precisión y ahora la aguzaba para mantenerla afinada.

Cuando el guía alcanzó la cantera de caliza, empezó a avanzar al trote. Atravesó la línea de vía estrecha a la carrera y la sección seguía su ritmo y lo maldecía por ser tan idiota de dejarse llevar por el pánico. Aun cuando le hubieran llegado los insultos, no los habría percibido, pues tenía los oídos ocupados con otros sonidos y sus pensamientos eran demasiado absorbentes:

—Veinte metros más y habré dejado atrás este lugar, lo habré dejado atrás sano y salvo. Quince... doce... diez... ocho.

Ya había ralentizado la carrera en trote y el trote en paseo, porque podía ver empezar a alzarse ante sí los terraplenes ascendentes, esos montículos protectores de lo que enseguida sería un camino en terreno más bajo.

La tensión de todo el cuerpo se alivió un poco, en todo el cuerpo salvo en los oídos. Todavía se concentraban en captar el primer sonido de alerta...

Un silbido comenzó a sonar muy alto en el aire, por encima de ellos. Apenas había comenzado cuando se convirtió en un pitido penetrante; apenas era un pitido cuando se convirtió en un rugido tremendo, aterrador, que se apresuraba con una terrible velocidad directamente hacia la sección. Todo el mundo se echó a tierra, también Duval, dominado por la sensación de que iba a golpearle algo enorme. La cosa aterradora pareció recorrer todas y cada una de las columnas vertebrales encogidas y, a continuación, estalló con un bramido para reventar detrás de ellas. La explosión le pareció a Duval extrañamente lejana para ser algo que había sucedido encima de él. Levantó la cabeza con la intención de empezar a incorporarse después de que ya hubiera pasado. Tuvo el tiempo justo para apreciar que el resto de la sección todavía estaba tendida en el suelo cuando el aire que lo rodeaba cobró vida

con el zumbido de piezas de metal voladoras. Volvió a tumbarse y escuchó cómo el metal volador quedaba silenciado bruscamente por la tierra en la que se iba sepultando.

«Bautismo de fuego», dijo. Se obsequió con aquel galardón sin afectación, pero con una oleada pasajera de orgullo.

En el instante en que el relámpago de metal remitió, los hombres se levantaron y salieron corriendo por el camino sin detenerse para volver la vista atrás, todos excepto Duval. Se volvió para mirar al lugar donde se había tendido como para conservarlo en la memoria. A continuación, corrió detrás de su sección. Tenía la sensación de que, de algún modo, era una persona diferente. Sin embargo, fue preciso que pasara algún tiempo para que pudiera definir el cambio y sólo entonces se le ocurrió que ese lugar en el camino fue el sitio donde había dejado de ser un niño.

El teniente Paolacci, provisionalmente al mando de la Compañía Número 2 mientras el coronel entretenía al capitán Charpentier, se aproximó a la cantera de caliza cuando le llegó el turno. Entre los hombres tenía fama de ser estricto pero valiente y, entre los oficiales, de ser concienzudo hasta el extremo de la insensatez. Se enorgullecía de no haber temblado ni haberse agachado jamás bajo el fuego si encontraba forma de evitarlo. También se enorgullecía de cuidar muchísimo a sus hombres, tanto que, mientras que casi todos los demás oficiales se contentaban con darles las órdenes necesarias y, a continuación, dejar que las secciones salvaran el obstáculo de la cantera como mejor pudieran, Paolacci consideraba su obligación permanecer él mismo en el lugar de peligro para poder dirigir personalmente el movimiento de sus hombres. Y actuó así con tanta habilidad desde su posición al borde de la excavación que consiguió hacer pasar a tres secciones sanas y salvas bajo el fuego de artillería... un fuego de artillería al que él se vio expuesto sin cesar durante el hostigamiento.

Hacía pasar a sus hombres en tandas de media sección. El último obús había estallado al otro lado de la vía, casi junto al camino. Por lo que había visto, el alcance parecía haberse quedado un poco corto con respecto a la vía, así que tranquilizó a sus secciones acercándose más a ella antes de dar la orden de avanzar. Su última sección estaba ahora tumbada en fila de a uno, boca abajo, en el camino. Paolacci estaba esperando el próximo obús.

—¿Estáis preparados? Después del siguiente, cuando dé la orden, corred.

El siguiente cayó y explotó de lleno en la vía.

—¡Adelante! —gritó.

La tropa se levantó y empezó a correr, agachada. La segunda mitad de la sección se incorporó en ese mismo instante para aproximarse más a la vía.

Sonó un silbido en el aire, muy alto, por encima de ellos. Descendió con una velocidad escalofriante hasta producir un rugido tremendo. Los hombres vacilaron al detectar un impacto directo y, a continuación, se agruparon instintivamente buscando protección en la carne de los demás. Paolacci los miró, paralizado, incapaz de emitir

ningún sonido. Vio a algunos de ellos tenderse a lo largo, a otros volver la espalda y encogerse, a otros empezar a correr en todas direcciones. Vio que en los pocos segundos que el obús tardó en descender, las dos medias secciones se las habían arreglado, increíblemente, para constituirse en un grupo indiferenciado.

Hubo dos detonaciones, casi tan simultáneas que parecieron una. El fogonazo de las explosiones dejó en su mente una instantánea fantástica del caos. Un pedazo de metal irregular viajó girando con velocidad y precisión en dirección a Paolacci. Le atravesó la pelvis arrancándole toda la cadera derecha y lo derribó en el borde de la cantera de caliza. Cayó rodando, rodando, rodando...

Cuando se disipó el humo no quedaba nadie para ver que, donde antes se encontraba la sección, no había ya nada más que dos hoyos en llamas en el centro de un montón de fardos dispersos de ropa inmóvil.

El relevo había quedado concluido a medianoche y la marea alta de la aglomeración duplicada de hombres en las trincheras ya retrocedía con rapidez. Durante la entrada habían muerto 32 hombres del 181 y, en la salida, 17 Tirailleurs. Ninguno de ellos había muerto como consecuencia del hacinamiento causado por el otro regimiento, pero, en todo caso, todo el mundo, desde los dos oficiales al mando para abajo, incurrió en el sofisma pasajero y automático de culpar de las bajas a aquella aglomeración. La razón les decía que las posibilidades de que un determinado hombre muriera en un cierto momento eran las mismas tanto si estaba solo como si iba en grupo. La razón, no obstante, no era la predominante, sino que lo era el sentimiento. Y el sentimiento era demasiado violento como para poder prestar atención a la paradoja que suponía que quienes se aglutinaban a toda prisa en busca de protección ante el fuego de artillería estaban convencidos de que, si permanecían agrupados, por invisibles que fueran para el enemigo, atraerían los cañonazos y se llevarían la peor parte.

El 181 había perdido 32 hombres, los Tirailleurs 17. No era mal dato para un relevo hecho durante un bombardeo intenso y tampoco marcaba la menor diferencia en el transcurso de la guerra. Todos los días y todas las noches morían a un ritmo de unos cuatro por minuto. La línea del frente seguía siendo la misma, todo permanecía igual: uniformes, equipos, rostros, rangos, hombres. Los hombres defendían los mismos puestos, oían los mismos sonidos, olían los mismos aromas, acogían los mismos pensamientos y pronunciaban las mismas palabras. Habían muerto 49 hombres y unos cuantos números de chapas de identificación habían sido reemplazados por otros. Las ratas no estaban interesadas en las chapas de identificación, de modo que eso tampoco suponía ninguna diferencia para ellas.

Los oficiales del servicio de inteligencia, por el contrario, sí estaban interesados en las chapas de identificación, interesados en conocer las de las tropas enemigas y ocultar las de las propias.

Hacia la una de la madrugada, cuando el duelo de artillería había menguado en cierta medida, el capitán Charpentier mandó buscar a Paolacci. Un cuarto de hora más tarde, el teniente Roget entró en el refugio del capitán para decirle que no encontraban a Paolacci.

—Sí —dijo Charpentier—. He oído que una de sus secciones fue sorprendida en la cantera de caliza. Vi allí algunos cuerpos cuando pasé. Seguramente habrá regresado para encargarse de ellos. De todas formas, andamos escasos de oficiales y no puedo esperar, así que tendrá que servir usted. A propósito, ¿ha ido alguna vez de patrulla?

—Sólo una vez, señor, antes de ser oficial.

—Bien, será mejor que se lleve entonces a Didier. Es un veterano en esas cosas. El coronel quiere que salga una patrulla de reconocimiento. Acérqueme ese mapa que hay allí, en la litera. Fíjese en esto, este es el Pimple. Este es nuestro frente, ¿ve?, desde aquí hasta aquí. Aquí está la alambrada de los boches, a unos quinientos metros más o menos desde nuestra línea del frente. Tiene que salir hacia la izquierda y recorrer este camino hasta nuestros límites por la derecha, donde entrará a través de nuestro puesto, véalo aquí, el Puesto Número 8. La división está impaciente por conocer la profundidad y el estado en que se encuentra la alambrada alemana. Este mapa no está actualizado y los Tirailleurs informan de que los boches han reforzado sus alambradas. Esa es su principal misión, averiguar cómo está la alambrada, pero también debe detectar cualquier destacamento avanzado de los boches. En realidad, esto es tan importante como lo otro porque queremos saber dónde están para poder dejarlos fuera de combate antes del ataque. La luna brilla, de manera que si encuentra alguno no debería tener ningún problema para situarlo con precisión. Llévase una brújula reflectante y utilice como referencia la cima del Pimple. Y no olvide traer las chapas de identificación de todos los cuerpos alemanes que encuentre.

—Sí, señor, pero ¿cómo sabré por dónde volver a atravesar nuestras líneas para volver a entrar?

—Déjeme ver. Va a estar fuera unas dos horas. Muy bien, entonces, dos horas después de que se haya marchado ordenaré al Puesto Número 8 que lance bengalas. Una bengala roja a intervalos de cinco minutos hasta que usted regrese.

—¿Y cuántos hombres voy a llevarme?

—Llévese dos, además de usted. Recuerde, se trata de una patrulla de reconocimiento, nada más. Debe evitar a toda costa cualquier combate y, si puede evitarlo, no debe dejar que los boches se enteren de que anda usted por ahí. Salir, reconocer e informar, eso es todo, pero hágalo concienzudamente. Puede contar con Didier. Es un as para ese tipo de cosas.

—Si no le importa, señor, preferiría llevarme a otro.

—¿Qué pasa con Didier?

—Bueno, que... Bien, si le da igual, señor, preferiría llevarme a otro hombre.

—No, ¡no me da igual en absoluto! De hecho, Roget, si no fuera porque el

informe tiene que estar firmado por un oficial, estaría más que satisfecho con poner a Didier a cargo de la patrulla. ¿Qué tiene contra él?

—¿Yo? Nada. Qué tiene él contra mí, eso es lo que me gustaría saber.

—Bueno, ¿qué tiene él contra usted?

Charpentier había deseado muchas veces saber decir exactamente qué era lo que tanto los oficiales (incluido él mismo) como los demás hombres parecían tener contra ese teniente.

—¿Cómo voy a saberlo? Supongo que se me ascendió a mí y a él no. Antes compartíamos litera, ya sabe, y es absolutamente contrario a la norma que se me haya vuelto a destinar de nuevo a la misma compañía. No sé cómo ha podido suceder. Seguramente le molesta que yo sea ahora oficial. Es un tipo resentido, envidioso. Simplemente pensé que si a usted...

—Tal vez sea así, pero es un experto de primera en tareas de reconocimiento y usted va a llevárselo. Quizá se alegre de haberlo hecho antes de que acabe la noche. Ahora, examine el mapa cuidadosamente. Apréndaselo de memoria.

Cuando la luna ascendió más alto en el cielo, la sombra que proyectaba descendió en el costado de la cantera de caliza por el que había caído el teniente Paolacci. La mayor parte del lecho de la cantera todavía seguía en sombra, un lugar de apariencia fúnebre. Si Paolacci hubiera podido volver la cabeza desde donde se encontraba, en lo alto y a lo largo de una entrada a una galería, habría visto el reflejo de la luna en la balsa de agua estancada que cubría el suelo de la fosa. Por mucho que hubiera podido disfrutar de la imagen de la luna, aun reflejada, no volvió la cabeza. No lo hizo por varias razones, ninguna de las cuales adoptaba forma de tal en su mente. En primer lugar, el esfuerzo le resultaba excesivo. En segundo lugar, el mero movimiento de la cabeza ya le había hecho vomitar cada vez que lo intentaba. En tercer lugar, no sabía que hubiera una balsa de agua en la que, mirando hacia abajo, podría ver reflejos; de hecho, pensaba que ya estaba en el mismo fondo de la cantera. En cuarto lugar, sentía la mejilla izquierda atascada en algo que olía a boñiga de caballo.

—Veamos —dijo en voz alta y con tono discursivo—, ¿puedes decirme, por favor, cómo es que hay boñiga de caballo en el fondo de esta fosa? ¿Cómo ha podido llegar aquí un caballo? Muy fácil, por donde yo. ¿Pero cómo he llegado yo aquí? ¿Cómo pudo volver a salir el caballo? No pudo, las paredes son demasiado empinadas. Entonces, debe de haber un caballo aquí abajo. Pura lógica.

La simplicidad de su razonamiento, la claridad de su mente, lo asombraron.

—Es un auténtico placer —prosiguió— descubrir que mi aparato razonador funciona a las mil maravillas. Debo aprovecharlo al máximo y librarme de esta confusión de forma definitiva.

Se lanzó a la caza de aspectos confusos, pero no logró encontrar ninguno. Estaban allí, lo sabía, pero esta vez quedaban simplemente fuera de su alcance,

exasperantemente fuera de su alcance.

—Bien, volvamos a empezar. ¿Dónde estaba? Ah, sí, ya está. Boñiga de caballo, boñiga de caballo... ¿Pero cómo diablos he llegado aquí? Maldita sea. Ahora no funciona en absoluto. Todo revuelto. Espera un instante y volverá a estar claro...

Movió la cabeza tratando de sacudirse la turbación, después se ahogaba. La bilis le llenaba la boca y le corría por las comisuras. Intentó escupir, pero no pudo, de manera que se vio obligado a tragarse el resto. La oscuridad se cernió sobre él y volvió a quedar inconsciente.

La luna ascendió más en el cielo, la sombra descendió más en el costado de la cantera de caliza. Se desplazó imperceptiblemente a través de la figura del teniente y después volvió a caer enseguida desde el techado hasta el umbral de la entrada de la galería. Una piedra bajó rebotando por el costado de la cantera y cayó en la balsa haciendo «plop». Se oía un susurro de ratas correteando.

Paolacci volvió en sí con el olor de la boñiga de caballo en las narices.

—Ah, sí. Un caballo aquí abajo, por aquí, pero no puede salir a menos que yo le ayude. Me ocuparé después, no ahora. Ja, ja, ja, ja, ja...

La idea de que hubiera un caballo allí abajo se había vuelto tremenda, repentina e inexplicablemente divertida. Paolacci rugía con su carcajada, una carcajada que sólo procedía de la garganta. De forma imperceptible, como el desplazamiento de la sombra, la carcajada de Paolacci se transformó en lágrimas y, de lágrimas, en un sollozo profundo y ventral. Esos sollozos lo agitaron como no había conseguido hacerlo la carcajada. Un dolor atroz tomó forma en su hombro izquierdo y se llevó la mano allí. Volvió manchada y húmeda. El miedo se apoderó de él.

—¡Socorro! ¡Socorro! Me han herido. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Camilleros! ¡Sáquenme de aquí! ¡Aquí abajo! ¡Por el amor de Dios! ¡Ayuda! ¡Socorro! Me estoy muriendo. Estoy solo. ¡Aquí abajo! ¡Aquí, en la cantera de caliza! ¡Por Dios! ¡Camilleros! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!... ¡Socorro!

Los gritos resonaban de un lado a otro de las paredes de la cantera formando ecos. Cada vez que se detenía el tiempo suficiente para oír un eco, lo confundía con las voces de sus salvadores y redoblaba los gritos.

La luna desapareció de su vista y él se quedó inmóvil un rato. Una rata trepó sin hacer ruido por la jamba de la puerta de la galería y miró a Paolacci un largo rato. Luego, dio la vuelta y bajó de nuevo. Dos obuses explotaron a lo largo del muro opuesto y una lluvia de gravilla cayó sobre el teniente inconsciente...

Paolacci empezó a sentir dolor en el hombro. También sentía un bulto entre los omoplatos. Descubrió que quería levantarse y escalar la fosa, pero entonces esperó a que el deseo se volviera más imperioso. Mientras esperaba, la mano derecha empezó a moverse para explorar. Entró en contacto con aquello que le atascaba la mejilla. Empujó, cedió y el olor a boñiga de caballo desapareció. Movió la cabeza con cuidado para mirar esa cosa. Aquella era su propia bota, no había duda. ¿Pero cómo había llegado hasta allí, al lado de la cara? Formuló la orden de estirar la pierna, pero no

hubo ninguna respuesta. Su mano se desplazó hacia abajo palpándose el cuerpo. Podía sentir su cuerpo, pero su cuerpo, por debajo del tercer o cuarto botón de la guerrera, no parecía sentir la mano. Pellizcó y el pellizco atenazó el aire. Buscó a tientas el muslo y no pudo encontrarlo. En su lugar, su mano penetró en una enorme cavidad húmeda que parecía contener una hilera de puntas afiladas...

Poco a poco, con una paciencia exhausta y una persistencia que se veía frustrada continuamente por oleadas de delirios silenciosos, desentrañó el caos de su vida. Había sido alcanzado por ese obús. Una herida en el hombro izquierdo y otra, mucho peor, en la cadera derecha. Al caer en la cantera, la pierna se le había doblado hacia arriba, en diagonal, por detrás del cuerpo y ahora estaba tumbado sobre ella, con la mejilla izquierda apoyada en su propio talón.

—Debo de haber pisado alguna boñiga —dijo.

La voz, que no reconoció como suya, lo sobresaltó por lo alto que sonaba, pero la sorpresa duró sólo un momento, pues la muerte venía acompañada de su propia anestesia. La fiebre estaba subiéndole y dando consuelo a su cuerpo y una paz inefable a su mente. El terror de estar solo e indefenso había desaparecido. Cerró los ojos para percibir mejor los deleites de las alucinaciones...

Después se le abrieron los ojos y la mandíbula se relajó.

Más tarde aún, cuando la sombra proyectada por la luna volvía a ascender por el costado de la cantera de caliza una rata trepó silenciosamente por la jamba de la puerta de la galería y observó a Paolacci un momento. A continuación, descendió melindrosamente, saltó sobre el pecho del teniente y se sentó allí. Miró a izquierda y derecha, dos o tres veces, de manera apresurada, y enseguida bajó la cabeza y empezó a comerse el frenillo del labio inferior de Paolacci.

El teniente Roget recorrió la trinchera en busca de Didier. Lo encontró de pie en el escalón de disparo, con el fusil apoyado en una muesca del canto del parapeto, un montoncito de granadas de mano a un lado y una pistola de bengalas al otro. Había otra figura sentada y acurrucada en el escalón de disparo, una forma que carraspeó ante el teniente cuando doblaba la esquina de la barrera de protección, en lugar de darle el alto.

—¿Qué pasa con ustedes dos? ¿Están dormidos? —preguntó Roget.

—Sí —respondió Didier al reconocer la voz.

—Señor —reclamó Roget.

—Señor —añadió Didier subrayando su renuencia.

La figura respondió con otro carraspeo.

—Bien, tengo algo que va a despertarlos. Los dos van a venir de patrulla conmigo.

—Él no —dijo Didier.

—¿Por qué no?

—Porque tiene tos.

—Eso es grave. Y supongo que a usted le duele el trasero.

—Sí, me duele, pero eso es distinto.

—¿En qué se diferencia?

—En que mi dolor de trasero es silencioso y su tos es un ruido descomunal delante de las narices.

—Bueno, no me importa qué extremo tengan indispuerto, los dos van a venir de patrulla. Ahora, en marcha, ¿de acuerdo? No tenemos tiempo que perder.

—Escucha, Pierre, sabes tan bien como yo...

—Me llama usted Pierre otra vez y lo arresto. Ya está bien, ¿entiende?

—De acuerdo, teniente, sólo trataba de explicárselo. Sabe cómo mataron a Marchand, ¿verdad?

—Sí, en una patrulla. Y le estuvo bien empleado además, era casi tan insolente como usted.

—Sí, en una patrulla, pero ¿por qué? Porque tenía tos. Así que esa noche tosió delante de las narices de un boche, ¿entiende? Pues bien, esa fue la última vez que tosió en su vida. El boche se la curó en el acto. Y esa tos nos costó tres hombres más, dos heridos y otro muerto, cuando empezaron a bombardearnos.

—Está bien, entonces, hágalo a su manera, pero póngase en marcha y deje de parlotear. Busque a otro, el que usted quiera.

—Traeré a Lejeune. Ya ha salido conmigo varias veces. Es un buen hombre.

Didier cogió el fusil y bajó del escalón. El hombre de la tos lo sustituyó y colocó su fusil cuidadosamente sobre la ranura.

—Aquí están los cohetes de S.O.S. —dijo Didier—. No se deben disparar salvo por orden de un oficial. ¿Entiendes? Enviaremos a un hombre para que ocupe mi puesto.

La utilización del «nosotros» molestó a Roget. Decididamente, a ese tipo había que bajarle los humos, pero ¿cómo? La vanidad de Roget le impedía reconocerlo con tantas palabras, pero él sabía como el que más que nunca se había ganado el ascenso con más méritos que Didier.

El hombre de la tos miró a tierra de nadie mientras los otros dos se marchaban siguiendo la trinchera en dirección a sus refugios. El teniente caminaba delante y hablaba a Didier por encima del hombro.

—Patrulla de reconocimiento. Sólo tres de nosotros. Alambradas y puestos de ametralladoras alemanes. Identificación de cuerpos, si es posible. Salida por la izquierda. Entrada por el Puesto Número 8, a nuestra derecha. Lanzarán bengalas rojas para guiarnos. Busque a Lejeune y prepárense. Luego, suban al Número 8 y asegúrense de que allí lo han entendido bien. Después infórmenme en mi refugio. Y en el camino de regreso adviertan a todos los centinelas de que va a salir una patrulla. Al resto se lo diremos cuando vayamos hacia la izquierda. Dese prisa. Y, a propósito, trate de comportarse de forma más respetuosa conmigo, sobre todo cuando hay otros

hombres delante. Nada de eso de Pierre, ¿entendido?

—Sí, Pierre. Quiero decir, señor.

—No estoy bromeando. Hablo en serio. No hace más que ponerme las cosas más difíciles. Y también se las pondrá peor a usted mismo si no tiene más cuidado. Este es mi refugio. Infórmeme aquí de nuevo.

Roget se agachó, se metió de lado en el muro de la trinchera y desapareció.

«¡Menudo canalla, con su galoncito dorado! ¿Por qué demonios no mandan a Coriscan con nosotros? Ese es el tipo de hombre que necesita una patrulla».

Didier recorrió la trinchera hasta que vio dos cajas de munición de fusil sobresalir de un nicho del muro. Pasó al otro lado de las cajas, se detuvo súbitamente y también desapareció de la trinchera. Bajó tres o cuatro peldaños, a tientas, hasta que tocó una manta con la mano. La manta estaba húmeda, ligeramente grasienta y era gruesa.

La apartó con la mano y volvió a colocarla cuidadosamente una vez dentro. Muy por debajo de su altura había una luz tenue, olor a carbón y a hombres y sonido de voces. Bajó treinta o cuarenta peldaños más y entró en la galería principal del refugio. Era un lugar cálido y confortable y parecía muy alejado de la guerra. Una doble hilera de literas se alineaba junto a una pared. Estaban ocupadas en su mayoría por suboficiales. Los hombres estaban tumbados en el suelo. Excepto un grupo de tres que estaban charlando sentados en torno a una vela encajada en una botella de vino, todos ellos dormían. El refugio no estaba abarrotado y la mayoría de los hombres que allí había eran veteranos. Didier, que siempre interpretaba las señales, ató cabos y se fijó en que se estaba utilizando a los reclutas para las unidades de apoyo, los destacamentos de víveres y demás necesidades de la línea del frente. Así era como debía ser.

—¿Alguna novedad? —preguntó uno de los hombres próximos a la vela.

—Patrulla. ¿Dónde está Lejeune?

—Es ese concierto de tuba, en aquella punta de allí —y volviéndose hacia sus compañeros, continuó—. No, por Dios, no están tan locos. Vaya, no hemos tenido descanso. He oído que íbamos a descansar un par de días o así, mientras...

—¿Y entonces por qué hemos relevado sólo a medio regimiento del frente? Igual que hicieron los Tirailleurs para su ataque. Estamos aquí como sardinas en lata. Y ahora esta patrulla...

Didier había encontrado a Lejeune y estaba zarandeándolo para tratar de despertarlo.

—Vamos, arriba. Tenemos que salir de patrulla.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. Patrulla.

—No puedo. Estoy molido. Busca a otro. Déjame en paz.

—Vamos, levanta, ¿quieres? No puedo buscar a otro. Órdenes del capitán. El teniente, tú y yo.

Lejeune empezó a rezongar para ganar tiempo:

—¿Quién? ¿Paolacci?

—No. Roget.

—¡Ese bastardo!

—Sí. Vamos. Llegamos tarde.

—¿Qué hora es?

—Más o menos las dos y media.

Sumándose a la escaramuza, Didier había adelantado la hora deliberadamente.

—Las dos y media, vaaaa...

—Sí, las dos y media. Y si no te pones en marcha, nos va a pillar el amanecer y tendremos que pasar el día ahí fuera.

Didier dio a Lejeune una pequeña patada. Dada su impaciencia, la patada resultó ser menos pequeña de lo que se había propuesto.

—Si es así como vas a comportarte con todo esto, ya sabes por dónde te puedes meter tu patrulla —replicó Lejeune.

—Y si es así como vas a comportarte tú con todo esto, ya sabes por dónde voy a meter la bayoneta. Venga, Paul, levanta. Le he pedido al teniente expresamente que seas tú.

—Ah, sí, ¿de verdad? Muy amable por tu parte.

Allá donde las sacudidas, las órdenes e, incluso, las patadas habían fracasado, los halagos tuvieron éxito y Lejeune respondió a los cumplidos levantándose por fin del suelo, pero sin parar de protestar.

Didier retrocedió hasta la zona próxima a la vela y empezó a prepararse. Lo hizo con la solemnidad y precisión de un ritual.

Cogió todo su equipo, incluida la máscara de gas y el casco para la trinchera, y lo apiló junto a su fusil en un rincón. Sacó un gorro de lana y un espejo de acero pulido de su mochila y los dejó a un lado, sobre un estante. Se vació los bolsillos y, después de detenerse para encender la pipa, metió el contenido en la mochila. Se bajó las polainas hasta los tobillos, luego se rascó las pantorrillas durante un minuto largo. Se desató los cordones de las botas y volvió a atárselos, anudándolos a conciencia. Volvió a subirse las polainas y las ajustó también con un nudo. Miró a su alrededor, al suelo del refugio, hasta que encontró lo que buscaba: un corcho. Quemó el corcho en la vela y empezó a tiznarse la cara y las manos meticulosamente, haciendo alguna que otra pausa para comprobar el resultado en el espejo de acero. Cuando hubo terminado, pinchó el corcho en la punta de su bayoneta, captó la mirada de Lejeune y le informó con un gesto de que tenía el corcho a su disposición. Miró a su alrededor una vez más y volvió a encontrar lo que quería, en esa ocasión una pistolera. Sacó el revólver, desenrolló el cordón que llevaba atado a la culata y, a continuación, lo sostuvo en alto para dejar colgando la funda del revólver y enderezar el cordón. Deshizo el nudo, se colocó el cordón sobre el hombro izquierdo y se lo pasó por debajo de la axila derecha y, enseguida, hizo otro nudo y se lo ajustó contra el cuerpo y deslizó el revólver por el cordón como si fuera una aguja de coser. Cogió el arma y

la examinó con detenimiento. La abrió, vació las balas del tambor y, después, se asomó al cañón. Volvió a cerrarla de un golpe, apretó el gatillo varias veces, apuntó a la llama de la vela y lo apretó otro par de veces. Satisfecho de que funcionara correctamente, lo recargó después de haber examinado las balas. Sacó algunas balas más de la cartuchera que llevaba junto a la pistolera y se las guardó en el bolsillo izquierdo de la chaqueta. La pistola fue a parar al bolsillo del pantalón. Se puso el gorro de lana, volvió a mirarse en el espejo, vació la pipa y, entonces, guardó el espejo y la pipa en su mochila y la cerró.

—Si el sargento busca su pistola —dijo al grupo que había junto a la vela—, decidle que la he cogido yo. Puede utilizar mi fusil mientras tanto. Aquí están mis cosas, aquí. Mis pertenencias están en la mochila. No hay dinero, así que no hace falta que empecéis a pelear por él en cuanto me vaya. De todas formas, volveré. ¿Listo, Paul? Entonces, vamos. Cogemos algunas granadas en el refugio del teniente cuando pasemos.

—Oye, creía que era una patrulla de reconocimiento.

—Y así es, pero, de todas formas, vamos a llevar unas cuantas granadas.

—¿Por qué no también alguna ametralladora?

—Vamos, levanta. Hasta luego, chuloputas de refugio.

—¡Buena suerte!

—¡Tráeme un casco puntiagudo!

—Ven y cógelo tú mismo.

—Si no quieres recibir una descarga de obuses pesados, mantén el culo a ras de tierra, Paul.

—Y no corras a mis brazos cuando vuelvas.

—¡Buena suerte!... Lo que iba diciendo. El médico le dice: «¡Qué hermosura! ¿Dónde la has pillado?». Sí que era una hermosura, yo la vi con mis propios ojos. Así de larga. «La pillé del cañón, del cañón de 155 milímetros», dice. «Debes de ser un joven muy fogoso. Yo no estaba refiriéndome a tu venérea. Sólo hay una forma de pillarla, ya sabes», le dice el médico. «Sí, señor. En mi escuadrón había un hombre que la tenía y yo debí de coger la infección en el cañón», responde el tipo. ¡Menudo idiota! ¡Y eso sí que hizo poner el grito en el cielo al médico! Hacedme caso, chicos, el purgante de calomelanos va muy bien para la sífilis, pero nunca sobran precauciones cuando se trata de...

El teniente Roget vio temblar la llama de su vela y supo, antes incluso de oír las pisadas, que alguien había apartado su cortinilla y había vuelto a cerrarla. Escondió debajo de su abrigo, sobre la litera, la botella de la que había estado bebiendo.

—Bueno, os habéis tomado vuestro tiempo —dijo.

—Sólo son las dos y diez —estimó Didier.

—¿Alguna novedad?

—Sí. Todos los centinelas están advertidos, desde abajo hasta aquí. Hay algún bombardeo allí arriba, por la derecha, y también un poco de gas. El Número 8 empezará a lanzar bengalas a las cuatro y media, pero las lanzarán con intervalos de diez minutos, no de cinco. Y no desde su puesto sino cincuenta metros más a la izquierda...

—Ya veo. Quizá prefieran irse al cine.

—El sargento dice que cada cinco minutos es demasiado. Seguro que hace que arranque de nuevo la artillería.

Diez minutos es mucho también, dice él. Eso revelará la situación de su puesto y él calcula que después de la tercera o cuarta bengala ya no habrá puesto, así que mandará a un hombre por la trinchera para que lance la bengala desde cierta distancia. Lo único que tenemos que hacer es torcer hacia la izquierda de la bengala cuando entremos.

—Todo un estratega ese sargento. ¿Cómo se llama?

—No sé.

—Eres un mentiroso, pero no le servirá de nada. Después lo buscaré. ¿Tenía algún otro comentario que hacer?

—No —dijo Didier, disfrutando en su fuero interno de la malicia de su evasiva.

Había omitido decir a Roget que el sargento se había cubierto las espaldas pidiendo permiso al comandante de su compañía para hacer los cambios.

—De acuerdo, vosotros dos, subid y coged unas cuantas granadas. Me reuniré con vosotros enseguida.

—Ya tenemos las granadas.

—¿Dónde están vuestras máscaras de gas?

—No se lleva máscara de gas en una patrulla —dijo Didier—. Molestan en el camino, se enganchan en la alambrada...

—Bien, entonces, adelante, subiré dentro de un minuto.

Didier y Lejeune subieron la escalera del refugio, atravesaron la cortinilla y se quedaron al otro lado, esperando.

—Está cogiendo fuerzas —dijo Didier—. ¿Ves la botella debajo del abrigo?

—No, pero este sitio apesta a *bistro*.

—No cuesta saber cuándo ha tomado unas cuantas. Se vuelve sarcástico.

—Podía haber invitado a una ronda el muy cabrón.

—Para darle agallas no hay suficiente ni en un barril. Escucha, Paul, si se pone gracioso o empieza a armar escándalo...

—Entiendo.

El teniente Roget se sentía bien, casi perfectamente. Su estado era tan próximo a la perfección que concluyó que debía tomar otro poco de coñac para seguir y, ya que esos dos estaban fuera de su vista, podía hacerlo. Sacó la botella de debajo del abrigo y le dio un buen trago, después la dejó sobre la mesa. Encendió un cigarrillo y volvió a mirar el mapa.

«Muy sencillo —pensó—. Salir por aquí arriba, donde el principio del bosque marca la frontera, arrastrarse bajo la alambrada alemana, por allí, recorrerla luego unos cien metros hasta que lleguemos a esta antigua trinchera de comunicación, lo que nos llevará hasta el Puesto Número 8. En realidad, el Número 8 está detrás de una fortificación de trinchera, a unos cincuenta metros de nuestra línea del frente».

Sobre el mapa, por lo demás, era sencillo. La bonita franja sinuosa marcada de blanco, que era tierra de nadie. La alambrada alemana, señalada claramente con dobles filas de X. Las afueras de la aldea, que se extendía a ambos lados de la alambrada alemana y, después, más allá, la fina y sinuosa línea azul que unía los dos frentes y representaba la trinchera de comunicación, sin dueño. En el mapa no aparecían marcados ningún embudo, ningún cadáver, ninguna alambrada suelta, ningún obstáculo de ningún tipo. No había ningún símbolo para indicar los hombres que había tras la alambrada, ni ninguna señal que indicara si estaban armados con fusiles, granadas, ametralladoras o bengalas.

«Será fácil», dijo Roget en voz alta, y eructó. Cogió la botella para guardarla, le pareció que quedaba algo de líquido y la colocó delante de la vela para comprobarlo.

«Para cuando vuelva», dijo, sin dejar de mirarla. Cuando decidió dejar de mirarla, descubrió, como esperaba, que su opinión había cambiado.

«No vale la pena», añadió. El tono de voz tenía esa mezcla de disculpa y jovialidad que habría tenido si hubiera presente otra persona. Arrojó la botella vacía sobre una litera, pisó el cigarrillo y apagó la vela; entonces, subió las escaleras del refugio, chocando contra los braseros y las cajas que había y los maldijo. Encontró a Didier y Lejeune sentados en el escalón de disparo.

Los tres hombres avanzaron por la trinchera, Roget en cabeza, Didier el último. El teniente apretaba el paso y no tardó mucho en dejar atrás a los otros dos, pues se retrasaban en cada barrera de protección por detenerse para advertir a los centinelas de que iba a salir una patrulla. A veces, los centinelas eran un poco obtusos y Didier tenía que perder tiempo explicando de qué se trataba. Didier no lo consideraba en absoluto una pérdida de tiempo, pero Lejeune sí. Él quería apresurarse y tratar de seguir el ritmo del teniente. Didier, sin embargo, insistía en asegurarse de que los centinelas comprendieran todo aquello.

—Si quieres, ve tú adelante —dijo—, pero yo me voy a ocupar de que estos imbéciles se enteren bien de que salimos. Uno de los momentos más peligrosos cuando uno sale de patrulla, ya ves, es tratar de regresar a tus propias líneas. Y podríamos vernos obligados a entrar por cualquier sitio.

Bastante cerca de la frontera izquierda doblaron la esquina de una barrera de protección y encontraron a Roget allí plantado, con los brazos por encima de la cabeza, insultando lleno de furia al centinela. La bayoneta rozaba el pecho del teniente.

—¡Calais! ¡Calais! —dijo Didier en cuanto comprendió la situación de un vistazo.

—De acuerdo —dijo el centinela—. Pasad. ¿De dónde venís todos, de Senegal? Aquí hay un tipo disfrazado de oficial que no sabe la contraseña. Además, habla francés. Oye, manda al sargento, ¿quieres?, lo encontrarás siguiendo la línea del frente. Me sé las órdenes. No soy un idiota, ya sabes...

—Ahora sí estás demostrando serlo —dijo Didier—. A pesar de la cara que llevamos, no somos senegaleses. Baja la bayoneta, él es nuestro teniente. Vamos a salir de patrulla y volveremos en un par de horas. Así que ten cuidado con lo que haces, ¿quieres? ¿Entendido? ¡He preguntado que si lo entiendes!

—Sí, entendido, pero ¿cómo iba a saberlo? Las órdenes son órdenes, ya sabes, y las dictan los oficiales. Aparece un demonio de cara negra por la esquina y cuando le doy el alto...

—Vale, olvídalo. Has actuado bien. Recuerda que vamos a salir ahí fuera. Y no te olvides de decírselo a tu relevo.

Roget se adelantó de nuevo. Unos minutos más tarde lo encontraron conversando con otro oficial y a Didier le agradó oír decir a este último:

—... de todas formas, no era un centinela mío y sin duda no es culpa suya que se te haya olvidado la contraseña.

—Aquí están —dijo Roget—. Didier, busca un lugar por el que atravesar la alambrada.

—Tal vez el capitán conozca algún sitio... —empezó diciendo Didier.

—Sí, sé por dónde. Venga conmigo y se lo mostraré.

Volvieron sobre sus pasos más de dos barreras de protección. Y en la tercera encontraron media docena de hombres, tres apostados junto a una ametralladora que había sobre el parapeto.

—Hay un pasillo que atraviesa la alambrada por aquí —dijo el capitán—. Esa ametralladora está apuntando a la abertura y directamente al pie del pasillo.

—Gracias, Sancy —dijo Roget—. Aparta los dedos de ese molinillo de café hasta que nos apartemos del camino. Muy bien, vosotros dos. ¡Adelante!

Los tres sacaron sus revólveres y los llevaron en la mano, desabotonaron las solapas de los bolsillos donde guardaban las granadas y, luego, de uno en uno, con Roget en cabeza, treparon por el parapeto y arrastrándose se dirigieron rápidamente a la abertura de la alambrada. Entraron a gatas en el pasillo y lo siguieron unos cuantos metros tal como el pasillo los obligaba a hacerlo, de forma oblicua con respecto a la línea del frente. En mitad de la alambrada, el pasillo formaba ángulos rectos e invertía la oblicuidad de su dirección. Justo cuando pensaban que debían de estar saliendo, se descubrieron atrapados por el alambre. Roget empezó a soltar juramentos.

—Tranquilo —susurró Didier—. No es más que un obstáculo en el camino. Sígueme. Podemos reptar por aquí.

Descendió por una ligera pendiente, librándose como podía del alambre, separando laboriosamente las púas del uniforme cuando se quedaba enganchado. Tan

pronto como quedó libre, se puso de rodillas, miró alrededor y, a continuación, se dirigió hacia un embudo cercano. Aguardando en el cráter, examinó los alrededores con atención y detectó la posición del bosque que tenía a sus espaldas en relación con la suya y la de las líneas alemanas. Estaba mirando atentamente la luna cuando Roget y Lejeune se unieron a él.

—¿Quiénes son esos dos? —preguntó Roget señalando a dos figuras que ya ocupaban el embudo y parecían estar durmiendo.

—¿No lo hueles? Están muertos.

—Tirailleurs —informó.

—Bueno, ¡vamos! —dijo Roget incorporándose y empezando a caminar con brío hacia el frente alemán, pensaba él. Se sentía auténticamente bien, muy valiente y muy inteligente. El coñac le había dado la sensación de ser incorpóreo e inmune. Ojalá hubiera tenido un fusil para encabezar una carga de bayonetas, una carga de bayonetas a la luz de la luna. La idea lo atraía enormemente...

—¡Hey! ¡Por ahí no! —dijo Didier—. En un minuto estarás otra vez en nuestra alambrada. Es por aquí. La luna siempre a la derecha. Y a rastras. No estamos en los Campos Elíseos.

—Bueno, esos dos de ahí, sí —dijo Roget, riendo su propio chiste.

—Y si seguimos haciendo tanto ruido, los acompañaremos muy pronto —añadió Lejeune, acribillando al teniente con la mirada.

Roget se orientó y arrancó de un salto por encima del borde del cráter del obús, Didier y Lejeune lo seguían por detrás, de tal manera que él era el vértice y ellos dos los brazos de una V invertida. Roget, aun gateando, pasó a marcar un ritmo rápido, tan rápido que Didier lo detuvo un par de veces y lo agarró del tobillo. La última vez, se puso a su altura y le susurró al oído:

—No tan deprisa. Nos estamos acercando a su alambrada. Creo que es esa de allí. Sí, ahora se ve. Tómalo con calma y, cada pocos metros, te paras y escuchas. Quizá también hayan mandado una patrulla. Y si están poniendo alambrada, seguro que tienen un destacamento para cubrirlos cerca de aquí.

Roget eructó.

—Y corta eso ya, también. Haces un ruido de mil demonios. Mira por dónde vas y no des un golpe a ninguna lata ni cosas así.

—¿Con quién te crees que estás hablando?

—Contigo. Si no sabes dirigir una patrulla correctamente, lo haré yo. Sé cómo se hace esto y no voy a dejar que me vuelen la cabeza simplemente porque tú no lo sepas.

—Ya te enterarás.

Didier no dijo nada y Roget arrancó de nuevo, torciendo un poco hacia la derecha. Didier esperó a que Lejeune lo alcanzara. Había varios cadáveres dispersos y hedían.

—¿Qué pasa? —susurró Lejeune.

—Muchas cosas. Roget está borracho y le importa todo una mierda. Tendremos suerte si salimos de esta sin meternos en ningún lío.

—¿Qué tal si...?

—No. Quizá se despeje.

Roget avanzaba en ese momento a lo largo de la alambrada alemana, con Lejeune detrás de sí y Didier por el costado, a un par de metros. El Pimple se erguía a su izquierda como una mole de aspecto descomunal, perfilada con nitidez contra el cielo iluminado por la luna. Tenían la sensación de estar reptando a sus pies y, en realidad, estaban a unos tres o cuatrocientos metros.

Roget eructó.

Al instante, lanzaron una bengala, tan cerca que parecía lanzada por ellos mismos. Una ametralladora empezó a tabletear y se tendieron, inmóviles como muertos, apretándose contra la tierra firme. La bengala estalló justo encima de ellos, la ametralladora también disparaba por encima de ellos y se sentían grandes y desnudos sobre una superficie desnuda. Contuvieron la respiración y se les vació la mente de todo pensamiento.

La bengala se apagó y, al cabo de dos o tres ráfagas más, la ametralladora dejó de disparar. Didier pudo oír unos cuantos proyectiles viajando despacio, por encima de sus cabezas.

La alambrada alemana empezaba a sobresalir y a obligarlos a retroceder hacia sus propias líneas. Atravesaron una serie de cráteres conectados por trincheras poco profundas. A Didier le pareció que la tierra estaba bastante fresca y se preguntó si Roget habría caído en ese detalle. Un poco más adelante llegaron a una zona llena de cadáveres franceses. El olor era nauseabundo. Roget empezó a eructar de nuevo, acelerando el ritmo, avanzando sin reparar en el ruido que hacía e inconsciente del riesgo que podía estar corriendo.

Didier salió disparado para acercarse a él desde la posición lateral en que se encontraba y consiguió agarrarle la pierna.

—¡En el nombre de Dios! ¡No hagas eso!

Fue casi un grito.

—Si oigo salir de ti otro ruido, te mato —susurró Didier.

—Vale, no aparezcas así. Basta para matar a alguien del susto. Date prisa y llévame lejos de estos cuerpos. Me estoy mareando.

—Adelántate y vomita, cabrón, y hazlo en silencio. Aquí estamos justo delante de una fortificación.

Se oyó un borboteo sordo mientras Roget arrojaba el coñac y lo extendía formando un charco debajo de la nariz.

—Vomita hacia aquí —dijo Didier.

Se alejaron de la maraña de alambrada alemana y se desplazaron hacia el centro de tierra de nadie. Se detuvieron un momento en un cráter para sacar alguna cosa de los bolsillos y darle a Roget la oportunidad de recuperarse. Luego, continuaron en

formación de V, ahora Didier a la izquierda del teniente y Lejeune a su derecha. La sensación de inmunidad se le había esfumado a Roget poco después de haber evacuado el licor. Ahora tenía una necesidad imperiosa de terminar la patrulla y regresar a la seguridad del refugio. Su sensación de bienestar se había evaporado dejándolo indefenso y temeroso en un mundo hostil. Sus nervios volvieron a aflorar tras la anestesia alcohólica. Estaban desbocados y resultaban difíciles de controlar.

Delante de ellos apareció un montículo de lo que parecían ser astillas para encender fuego. Roget se volvió y arrojó terrones de arena a sus compañeros, señal para acercarse. Se tumbaron sobre el estómago con las cabezas juntas. El aliento de Roget estaba ácido.

—¿Qué crees que es eso? —preguntó a Didier.

—Las ruinas de varias casas.

—Entonces, de acuerdo. Lejeune, tú rodeas el montón por la derecha. Didier vendrá conmigo por la izquierda. Nos encontraremos al otro lado.

—De ninguna manera —resopló Didier—. ¿Dividir una patrulla? ¡Estás loco!

—Cállate. Haz lo que se te dice, Lejeune.

—No lo hagas, Paul, es una locura.

Roget giró ligeramente la muñeca y Didier se encontró asomado a la boca del arma del teniente. Lejeune también vio ese movimiento y refrenó un comentario que estuvo a punto de hacer. Buscó la mirada de Didier, de tal manera que en su expresión se apreciara la pregunta que querría haberle hecho abiertamente. Didier, sin embargo, tenía la mirada fija hacia abajo, en el cañón del revólver, mientras su propia arma apuntaba inútilmente a algún sitio desde debajo de su axila izquierda. Lejeune estaba perplejo. Decidió que la salida más segura para aquel dilema sería obedecer. Empezó a arrastrarse hacia la derecha del montículo.

Cuando Roget ya no podía oír a Lejeune, dejó de apuntar con la pistola y sonrió —una sonrisa desagradable— y luego arrancó hacia la izquierda. Didier lo siguió, esforzándose por mantener los cinco sentidos alerta y furioso en silencio con el teniente por el doble error de dividir la patrulla y llevarlo a la zona situada entre las ruinas y la alambrada enemiga. Muy pronto, Roget también percibió que había cometido un error al meterse en semejante pasillo, por corto que resultara ser. Se detuvo para coger un par de granadas de Didier y se las guardó en los bolsillos del pecho, dejando las solapas sin abrochar y, a continuación, ambos siguieron, sufriendo lo indecible por no rozar siquiera los escombros sueltos de aquellas casas en ruinas. Allí avanzaban entre sombras y, por mucho cuidado que se tuviera, era imposible no hacer algún ruido sobre la masa de desperdicios que había repartida, de manera que el teniente sentía que el corazón no le bajaba de la garganta. Didier se preguntaba qué encontrarían al otro lado del montículo. Todos los indicios apuntaban a que habría por allí algún tipo de puesto avanzado. De hecho, lo sorprendía y lo ponía cada vez más nervioso que todavía no hubieran provocado nada más que el ruido de unos cuantos ladrillos y maderos sueltos. ¿Lo conducían directamente hacia una

emboscada? ¿Cómo era posible que Lejeune no hubiera tirado nada? ¿O sí lo había hecho y en ese momento estaba ya tendido con una bayoneta atravesada en la garganta?...

Salieron de las sombras de las ruinas tras lo que les había parecido un largo viaje, tanto en el espacio como en el tiempo. En realidad, sólo habían tardado unos quince minutos en recorrer la fachada de tres o cuatro casas. Avanzaron unos cuantos metros más hasta que dejaron atrás el montículo. Roget se detuvo para examinar los alrededores...

Didier, tendido justo detrás de él, sudaba. Y, entonces, el delicadísimo asunto de unirse de nuevo a la patrulla a Lejeune. La patrulla, que hasta ese momento era una unidad defensiva, se había convertido ahora en dos unidades ofensivas doblemente peligrosas. El reencuentro debía llevarse a cabo bajo las circunstancias más inquietantes que se pudieran imaginar. La tensión sería terrible durante unos segundos, los segundos durante los cuales Lejeune trataría de darse a conocer, darse a conocer a unos hombres de cuya identidad él ya no podía estar seguro. «Esto debería enseñarle a no dividir las patrullas que dirija —se dijo Didier—. ¿Dónde demonios ha ido Paul?»

Cerca, a la derecha, se oyó caer algunas tablas. Didier levantó la cabeza y amartilló despacio el revólver. Vio a Roget ponerse de rodillas. Lo vio iniciar un movimiento del brazo...

En ese momento, Didier disparó a la cabeza de Roget y falló.

El brazo completó el movimiento. Didier vio una forma redondeada separarse de la mano y salir volando hacia arriba, describiendo el arco de un globo.

Se oyó una detonación, un grito de sorpresa y dolor y, a continuación, silencio.

El silencio duró cuatro segundos, bastante para que Didier oyera que gritaban su nombre. Enseguida, el aire se llenó de un rugido ensordecedor y se iluminó con tres bengalas que estallaron simultáneamente encima de ellos. Vio a Roget de pie, con la boca abierta, gesticulando.

Lo vio echar a correr, todavía gesticulando sin control, retrocediendo por el camino por el que había llegado. Lo vio desaparecer tras el montículo de ruinas y esperaba que lo mataran. El rugido se detuvo de repente; luego se reanudó formando un sonido oscilante a medida que la ametralladora iba barriendo de un lado a otro. Didier miró a su alrededor con la máxima cautela y captó el destello del arma. Estaba en lo alto de las ruinas, a un tiro de piedra de donde se encontraba. Reparó en que estaba en un terreno fuera de tiro y volvió a agacharse, como si lo hubieran indultado. Dos bengalas verdes salieron de lo alto del montículo. Didier serpenteó de un lado a otro con cuidado hacia el montículo y se metió en un hoyo poco profundo. Aguardó. La ametralladora seguía tronando. Después, dejó de sonar un momento mientras le ponían otra cinta cargada de cartuchos. Luego volvió a rugir. Al cabo de cinco minutos, la descarga de protección llegó al puesto de la ametralladora. Didier permanecía inmóvil mientras el suelo temblaba a su alrededor y observó la descarga.

En cuanto distinguió a cuánta distancia estaba cayendo, empezó a reptar en busca de Lejeune.

«¡Alerta! ¡Alerta! ¡Al escalón, ahí! ¡Fuera de los refugios! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Todos a sus puestos! ¡Alerta! ¡Alerta!...»

Desde Suiza hasta el mar, oficiales y suboficiales recorrían de arriba abajo las líneas del frente dirigiendo a sus hombres y situándolos en el escalón de disparo. Los dos ejércitos frente a frente, tensos y en estado de alerta. Ni un solo hombre dormía, ni un solo hombre estaba desarmado, ni un solo hombre estaba descalzo mientras las líneas esperaban, mirando al espacio hacia el otro, esperando, observando, esperando...

Duval, de pie en el escalón de disparo desde el que el Puesto Número 8 había lanzado las bengalas rojas, se hallaba en un mundo fantástico. El aire parpadeaba con la iluminación constante de las bengalas, como si se estuviera desarrollando alguna clase de celebración. Oyó tras de sí el ra-ta-ta-ta-tá de las ametralladoras de la brigada. Más atrás, los setenta y cinco cerraban de golpe sus compuertas. De vez en cuando, desde aún más lejos, llegaban los pausados sonidos de la artillería pesada. El ambiente estaba inundado de ruidos, de los ruidos increíbles, estremecedores y quejumbrosos de innumerables obuses en vuelo. Más cerca del suelo, demasiado cerca para que resultara agradable, se oía el silbido sordo de las balas de las ametralladoras cuando hacían escupir a la tierra a lo largo de los parapetos y parados. Los hombres se agachaban y, de vez en cuando, alguno era alcanzado.

«¡Subid ahí! ¡Ahí, al escalón de disparo! ¡Mantened la cabeza agachada! ¡Alerta! ¡Alerta! ¡Poned esa ametralladora más arriba, ahí!»

El ruido aumentó. Se convirtió en un barullo, el barullo en un tumulto, un crescendo de sonidos tan ensordecedores que había que gritar al oído de un hombre para hacerse oír. «La Orquestación del Frente Occidental». La expresión regresó a la cabeza de Duval. «Y tengo butaca de primera fila. ¡Glorioso! ¡Magnífico!» Además de estar nervioso, Duval gritaba con toda la fuerza de sus pulmones, chillaba con mucha euforia pero tan ensordecedor era el estruendo del bombardeo que ni siquiera alcanzaba a sus propios oídos. Los obuses caían en los traveses, las balas de las ametralladoras perforaban el frontal del parapeto, pero Duval seguía gritando, ebrio casi hasta el extremo de la histeria por la vibración de los cañonazos, ajeno a todo peligro.

Las bengalas se volvieron menos numerosas, pero aun así persistía cierto fulgor. El bombardeo era entonces un redoble continuo y el aire estaba cargado del olor de los explosivos. Se volvía cada vez más difícil ver el resplandor de las detonaciones porque la oscuridad de la noche se diluía poco a poco, pero la tierra seguía saltando y estremeciéndose y secciones enteras de la trinchera cedían, se desmoronaban y quedaban inmóviles, humeando un poco. La alambrada silbaba ante el metal volador

y los obuses hacían saltar por los aires fragmentos de alambre que después descendían y caían en la trinchera.

El horizonte empezó a ensancharse poco a poco, como barrido por el amanecer que ya avanzaba con una velocidad creciente. Los hombres contemplaron los escombros que los rodeaban y se miraron unos a otros en busca del rostro de los amigos antes de volver a esperar y observar...

Se declaró un incendio al otro lado de las líneas alemanas. El fuego se iba volviendo cada vez más radiante y reveló su forma: el sol. Se levantaba de la tierra despacio, enrojecido y con aspecto hostil, pero era bienvenido por los hombres que lo observaban. Se inflamó hasta alcanzar un tamaño enorme y, a continuación, se detuvo manteniendo un delicado contacto con el borde del mundo como un bailarín a la espera de las primeras notas del ballet. Durante un instante los dos contornos fueron tangentes y parecían adheridos. Enseguida, el sol se desgajó del filo de la tierra y se puso a flotar de inmediato en su propio espacio.

El bombardeo comenzaba a apagarse lentamente y el holocausto fue extinguiéndose de forma gradual. La tierra parecía relajarse del temible castigo de acero recibido. Los hombres también se relajaron un tanto y empezaron a conversar con monosílabos, de manera elíptica. Después, tras la ira del paroxismo de cañonazos, todo parecía muy tranquilo. Más tarde, cuando pasó todo el peligro de recibir un ataque al amanecer, llegó a la línea del frente la orden, corriéndose de boca en boca:

«¡Desciendan! ¡Desciendan! ¡Desciendan!...»

Duval descendió por la derecha; lo mismo hizo Langlois, por la izquierda. Didier también descendió, cerca de la zona central, donde le había sorprendido el bombardeo. Todo el mundo descendió, excepto algunos centinelas aislados. Todo el mundo atendió calladamente a las magulladuras internas recibidas por el bombardeo.

El sol, de cuya aparición este infierno no había sido más que un preludio, subió más alto en el cielo despejado, despreocupado, se diría, por los estragos causados en honor de aquel acontecimiento. Ya era de día y Langlois se fijó en que ya había llegado la primavera. Vio las delicadas hojas de hierba que los cuerpos de sus camaradas habían fertilizado; vio los pequeños brotes en los árboles golpeados. Vio las ráfagas de humo de los obuses shrapnel arrastradas por brisas ligeras. Vio pájaros apareándose en las alambradas que tan solo un rato antes repicaban con el metal volador. Oyó el agradable sonido de las alondras en lo alto, cerca del cénit de todas las trayectorias. Esbozó una sonrisa. Había algo profundamente entristecedor en todo aquello. ¡Todo parecía tan frágil y tan absurdo!

Había transcurrido casi una hora desde la salida del sol cuando el coche del general Assolant llegó al Número 5. El Número 5 era el lugar donde los guías de los Tirailleurs habían recibido al coronel Dax la noche anterior y el punto donde el

coronel Dax estuviera esperando había quedado marcado con el cráter inmenso y bastante reciente de un obús. De hecho, fue ese cráter el que obligó al coche del general a detenerse. De no haber estado allí, el general habría pasado de largo fingiendo no haber visto al oficial que lo saludaba desde el borde más lejano. Para consternación de su chófer y del edecán que lo acompañaba, habría seguido directamente hasta la entrada de la trinchera de comunicaciones, unos cientos de metros más allá de la cantera de caliza y podría haber seguido directamente hasta la mismísima línea del frente. Ese era el tipo de cosas que le gustaba hacer al general. Creía él que a ese tipo de proezas de la gallardía debía su reputación de hombre valioso, una fama a cuya altura dedicaba buena parte de tiempo a tratar de estar.

El chófer detuvo el coche con un patinazo al borde del cráter. En su rostro se apreciaba una expresión de alivio cuando se volvió y dijo:

—No se puede seguir, señor.

—De acuerdo. Entonces, espérenos aquí. Vamos, Saint-Auban, tendremos que caminar.

El edecán salió y mantuvo la puerta abierta para el general y, a continuación, ambos rodearon el borde del cráter.

El oficial del otro lado del hoyo mantuvo el saludo y, cuando el general se aproximaba, hizo girar los tacones para mantener el gesto ante el hombre a quien iba dirigido.

—Está bien, capitán. Creo que ya he sido suficientemente saludado. Puede continuar.

—El coronel Dax me ha enviado para recibirlo, señor, y para escoltarlo hasta su cuartel general. Soy el ayudante del 181, Herbillon, señor.

—¿Dax no me cree capaz de encontrar el camino hasta mis propias trincheras?

—Oh, no, señor, sí, señor. Todo el mundo sabe que siempre se puede encontrar al general en las trincheras.

Esa no era respuesta a la pregunta, pero eso era exactamente lo que había que decir.

«Si logra salir de esta, algún día será edecán», se dijo Saint-Auban.

—Dígame, Herbillon, ¿por qué este lugar claramente indiferenciado del camino se llama «Número 5»?

Los nombres de los lugares, en especial los militares, eran una afición del general. De hecho, tomaba notas personales con la intención de publicar un libro sobre el tema después de la guerra.

—«Número 5», sin más. Es extraño. ¿El qué Número 5? ¿Batería? ¿Regimiento? ¿Qué?

—Yo... Hummm... No sé, señor. Tal vez, una coordenada de un mapa...

—Es absurdo. ¿Quién ha visto alguna vez una coordenada de un mapa con una sola cifra?

—Sí, señor. Quiero decir, no, señor.

«Sí, señor. No, señor». Herbillon tropezaba intentando recuperar el paso verbal. Después de esperar un poco para asegurarse de que el secretario no iba a llevarle la contraria, el edecán intervino con una respuesta brillante, una respuesta aún más brillante por ser de invención espontánea:

—Kilómetro número 5, señor —dijo en voz baja, con una sonrisa que se esforzó por hacer tan radiante como su respuesta.

—Claro —dijo Assolant.

Tomó nota mental del dato y le agradó tanto la información que no pudo reparar en que estaba incompleta: kilómetro número 5, ¿desde dónde? Saint-Auban no podría haber respondido a eso, pues el lugar no se encontraba en realidad a cinco kilómetros de ningún otro sitio concreto. Siempre había sido, y seguía siendo —salvo en las notas personales del general—, el número 5, nada más, ni menos.

Era una mañana despejada y fresca de primavera. El bombardeo del amanecer se había extinguido y no había nada que mostrar de él salvo algunos cráteres nuevos, conectados entre sí en ciertos lugares, superpuestos sobre los antiguos en otros. El general recorrió el camino disfrutando de la mañana fresca y fragante. De vez en cuando, una vaharada de un olor menos fragante se filtraba entre los pelos de la nariz y, en cierto modo, también lo disfrutaba. Las bajas formaban parte de la guerra. Donde no había ninguna baja, no se había librado combate. Sería impensable no librar combate estando a las órdenes de un comandante de guerra. En ese sentido, el olor de los muertos lo tranquilizaba.

—¿Y qué tal salió el relevo, Herbillon?

—Bastante bien, señor. Sólo perdimos unos treinta hombres. Un impacto directo en una sección. Al parecer, un oficial desaparecido.

—¿Y el bombardeo?

—Cuando salí, los informes todavía no habían llegado, señor.

—¿Averiguó algo la patrulla?

—Nada que no supiéramos. La alambrada de los boches es compacta y sus líneas parecen bien guarnecidas. Encontraron un puesto de ametralladora en unas ruinas a nuestra derecha. Si desea verlo, señor, el teniente está en el cuartel general para informarle personalmente.

—Bueno, haremos que la artillería lo borre del mapa durante la descarga de protección... Ah, esta debe de ser la famosa cantera de caliza. Un lugar verdaderamente malo. Supongo que ellos piensan que escondemos aquí dentro cañones o algún cuartel general. Bien podrían imaginar que se trata de una posición demasiado evidente.

—Sí, señor, este es el lugar donde alcanzaron a la sección. Vea, ahí están los cuerpos.

Assolant miró a los montones de ropa inmóviles sin alterar la zancada. Observó que un grupo llevaba el uniforme de un regimiento del frente y que otro, más reducido, llevaba el uniforme de los Tirailleurs. Grandes moscones azules zumbaban

indiscriminadamente sobre ambos grupos y racimos de ellos se alimentaban afanosamente de ojos, narices, bocas y heridas abiertas.

—El instinto fatalmente gregario de las tropas en presencia del enemigo.

No había lástima en el apostrofe del general, tan solo un ligero desdén. Herbillon consideró que aquel comentario era muy acertado. Quizá simplemente porque así no le quedaba otra que resignarse al misterio de por qué los Assolant eran generales y los Herbillon no.

—Exactamente, señor —dijo sin hacer el menor esfuerzo por ocultar la auténtica admiración que sentía por tan asombrosa capacidad para la síntesis.

Saint-Auban no dijo nada. Había oído antes la expresión y conocía la fuente cuya autoría había pasado por alto reconocer el general: un manual militar.

Al otro lado de la cantera de caliza, el camino se convertía en un camino empapado. Vieron un destacamento del 181 bajando para llenar sus ruidosas latas de gasolina en los depósitos de agua. El cabo al mando saludó prudentemente a Herbillon que, para él, era el oficial de grado superior de los tres. No reparó en las estrellas de las mangas de Assolant, la única señal de que había presente un general. A Assolant le complació el error del cabo y lo aceptó como un homenaje a su aspecto soldadesco.

Los oficiales llegaron a un lugar en el que las boñigas de caballo y los cráteres de los obuses se extendían con mayor densidad sobre el camino, indicio de que se encontraban en una especie de punto de encuentro habitual.

—Esta es la entrada de la trinchera de comunicación, señor. Boyau des Perdus.

—¡Malditos nombres llorones! —exclamó Assolant malhumorado—. ¿Por qué no podemos poner nombres que sirvan de inspiración, nombres que expresen el espíritu ofensivo de las tropas? Pero siempre es algo relacionado con la muerte, casi propaganda derrotista. Boyau des Perdus, Tranchée des Supplies, Carrefour de la Mort^[9]. Me estoy cansando. ¡Boyau des Perdus! ¡Bah! ¡Y fíjese en eso! ¿Quiere? Ni siquiera saben escribirlo. ¿Qué era eso? ¿Un burdel por aquí?

El general señalaba al cartel de madera que había al lado del camino y se refería a la ortografía femenina de la palabra francesa «perdu». El cartel estaba escrito así: BOYAU DES PERDUES y, debajo, había una flecha apuntando en la única dirección que seguía la trinchera, es decir, directo hacia el terraplén en la mano derecha del camino.

—Sí, señor —dijo Herbillon—, está mal. Me ocuparé de que lo cambien de inmediato. ¿Qué nombre sugiere, señor? ¿Permitiría mi general... quiero decir... eh... nos concedería mi general el honor de bautizar la trinchera con su nombre?...

—Claro que no —dijo Assolant, con rotundidad, con tanta rotundidad que Herbillon percibió, como sabía Saint-Auban, que nada le habría complacido más—. No pueden ir por ahí cambiando los nombres de las cosas. Causaría demasiada confusión, por no hablar de la labor que supondría rehacer los mapas, pero cuando tenga la oportunidad voy a ocuparme del asunto de estos nombres derrotistas en el ejército. De todas formas, si mientras tanto quieren revolcarse en la perdición, al

menos escríbanlo bien.

—En realidad, señor —dijo Saint-Auban con un nerviosismo contenido que denotaba que había llegado un gran momento en su trayectoria de edecán—, el error de ese cartel es más bien de omisión, no de ortografía.

—¿A qué se refiere?

—Si me permite explicarlo, señor.

—Eso es lo que estoy esperando que haga.

—Bien, señor. En un principio había ahí otra palabra, una palabra que es al mismo tiempo femenina y masculina. Eso quiere decir femenina por la gramática, masculina por la anatomía.

Saint-Auban encendía de nuevo esa sonrisa brillante suya, la sonrisa que debía dar la brillantez necesaria en caso de que su inteligencia no lo consiguiera.

—Deje de sonreír y decir adivinanzas y vaya al grano.

—Sí, señor, sí, señor. Lo que quiero decir es que esta trinchera recibió ese nombre por una legendaria herida que supuestamente se produjo alguien aquí. El cartel decía originalmente: Boyau des Couilles Perdues...^[10] en memoria de la castración de un sargento. Más de uno se ofendió por el cartel y suprimieron la palabra censurable. Sin embargo, la ortografía del adjetivo permaneció ahí. Al menos, eso es lo que dice la leyenda.

—Ah, interesante, sin duda muy interesante, Saint-Auban. No, bajo ningún concepto se debe cambiar el nombre de la trinchera. ¡Ja, ja, ja! ¿No cree usted que el sargento se sentirá compensado de su sacrificio por tener una trinchera bautizada para conmemorar aquello? Cuando se sabe, es un honor, ¡un honor de eunuco!

Estallaron en una sonora carcajada y entraron en la trinchera, Herbillon abriendo el camino.

Tan pronto como se dio la orden de descender, Didier recorrió la trinchera para llegar hasta su compañía. Descendió al refugio, encendió una cerilla y localizó su equipo. La cerilla se apagó y palpó en sus cosas hasta que la mano entró en contacto con una navaja, un mendrugo de pan y una lata de sardinas. Cogió la cantimplora y subió las escaleras a tientas. Se sentó en el peldaño más alto y abrió la lata de sardinas con el abridor de la navaja. Cuando hubo retirado la cubierta hasta la mitad, plegó el abrelatas y abrió la hoja de la navaja. Destapó la cantimplora y tomó un trago del vino tinto agrio. El vino le hizo fruncir y apretar los labios e hizo una mueca; luego, empezó a comer. Comía deprisa y con habilidad, utilizando la hoja de la navaja alternativamente como tenedor para las sardinas y como cuchillo para el pan. Cada bocado iba bañado con un trago de vino. Tenía hambre y la comida le sabía bien. Había otros hombres acuclillados más arriba o más abajo en la escalera del refugio, o fuera, junto al través. También estaban desayunando, conversando entre bocado y bocado.

—¡Hombre, Caratizón! ¿Qué tal fue la patrulla?
—Bien. ¿Qué tal fue el refugio?
—¡El refugio mis...! Me he tirado moviendo granadas toda la noche.
—¿Dónde está el casco de los boches que me prometiste?
—Puedes recogerlo tú mismo mañana.
—Sí. ¿Dónde?
—En el Pimple.
—¿Es oficial?
—Absolutamente. *Gaceta de la Letrina*.
—¿Qué habéis hecho con Lejeune?
—Muerto.
—Bueno, se le han acabado los problemas.
—¿Cómo fue?
—Una bomba.
—¿Y el teniente?
—No sé.
—¡Buena patrulla, muy bien!
—Sí, buena patrulla.
—He visto al teniente por aquí cuando dieron la alerta.
—¿Sí? ¿Cuándo entró? —Didier empezó a mostrar interés.
—Y yo qué sé. Simplemente apareció, eso es todo, pero se marchó antes de que empezaran los bombardeos.
—Muy propio de él —dijo Didier.
—Oye, ¿qué te hace pensar que vamos a atacar, Didier?
—Interpreto las señales.
—¡O lees la *Gaceta de la Letrina*!
—Bueno, has dicho que te has tirado toda la noche moviendo bombas, ¿no?
—De todas formas, ¿dónde le pilló a Lejeune? ¿Cómo...?
—Por el amor de Dios, déjame comer.
—¡Eres un bastardo charlatán!
—Anda, vete a vender el bacalao a otra calle.
—Lejeune no era mal tipo. Su problema era que le apestaban los pies.
—Oye, Didier, ¿estás seguro de que lo han matado? Me debía tres francos, ya me entiendes.
—Bueno, mañana los recuperarás, cuando vayas a acompañarlo.
—Gracias. Espero que estés allí para ver cómo me paga.
—Allí estaré seguramente.
—Dios, no digáis eso. Seguro que ahora nos toca.
—Le va a tocar igualmente. ¡Fíjate! ¡Ya tiene cara de plañidera! ¡Ja, ja, ja!
—No habléis así, ¡trae mala suerte!
—¡Suerte por mis...! Si te quedas aquí el tiempo suficiente, te toca.

—Yo no me voy a quedar mucho. Al otro lado no tienen mi número.

—Digo que no habléis así. Trae mala suerte. No tentéis a Dios...

—¡Para lo que tiene que ver él con todo esto!

—De todas formas, va con los boches.

—Si atacamos, los boches nunca van a saber qué ha sido lo que les ha pasado.

Didier levantó la vista y descubrió, como esperaba, que aquel comentario había sido hecho por un recién llegado del nuevo reemplazo.

—No digas tonterías —replicó.

—El chico tiene razón —intervino uno de los veteranos.

—Digo que se equivoca de medio a medio —insistió Didier.

—Tú sabes mucho de eso.

—Siempre más que tú. He visto la alambrada de los boches. También lo que les hicieron a los Tirailleurs.

Didier se levantó y empezó a recoger sus cosas.

—Oye, Didier. Por los tres francos. Dime dónde están las cosas de Lejeune, ¿quieres?

—No —respondió Didier sin tratar siquiera de disimular ni de subrayar su desprecio.

Didier volvió a bajar al refugio y empezó a cambiarse de ropa otra vez, de la de explorador a la de soldado de trinchera. En ese momento ese sitio estaba abarrotado, atestado de hombres que ya dormían el sueño del agotamiento. Didier hizo todo lo posible por no molestarlos. En cuanto se cambió, se marchó para informar al cuartel general de su compañía.

Cuando entró Didier en el refugio del cuartel general de la compañía, Roget estaba solo, sentado en la mesa de Charpentier. En ese momento, estaba leyendo su informe de la patrulla. Le estaba proporcionando cierta dosis de placer porque tanto su caligrafía como su prosa le parecían fluidas y admirables.

Sintió la presencia de un hombre delante de sí, pero prosiguió un instante para embeberse de su informe. Didier esperó, tolerante. Le parecía que podía permitirse ser tolerante bajo unas circunstancias cuya existencia le otorgaban ventaja y cuya explicación aguardaba con curiosidad. También le divertía el evidente placer que el teniente obtenía con su propia redacción.

—¿Y bien? —preguntó Roget al fin, sin levantar la cabeza.

—¿Y bien? —dijo Didier.

Roget se sobresaltó ante el sonido de su voz, entonces levantó la vista. La expresión de su rostro era de desagrado, de sorpresa casi enojada.

—Vaya, me... Pensé que lo habrían matado. De hecho, he informado aquí de que...

—Pero no esperaste a confirmarlo, ¿verdad, Roget?

—Espera... ¿Qué quieres decir con eso?

—Cuando saliste corriendo. Después de matar a Lejeune.

—¿Te has vuelto loco? Matar a Lejeune, ¿de qué estás hablando?

—Lo sabes muy bien. Tú lanzaste la granada.

—Claro que lancé la granada. ¿Qué querías que lanzara? ¿Ramos de flores?

—Bueno, esa granada mató a Lejeune. Y si no hubieras estado borracho...

—¡No aguanto más!

—No lo dudo. Te has metido en un pequeño lío, Roget.

—Bien, si va a ser esa tu actitud, no me importa decirte que tú te has metido en un lío peor.

—¿Cómo es posible?

—Te lo explicaré —dijo Roget—. Lo he estado pensando. En primer lugar, cometer insubordinación. En segundo lugar, amenazar con matar a tu oficial superior. Ese es el cargo de amotinamiento número uno. En tercer lugar, negarse a obedecer una orden e incitar a otros a que la desobedezcan. Esos son los cargos de amotinamiento número dos y tres. En cuarto lugar, disparar a tu oficial superior. Eso es tentativa de asesinato y el cargo de amotinamiento número cuatro. ¿Cómo crees que van a quedar estos cargos sobre el papel?

—Bien, ya que lo insinúas —respondió Didier—, diría que no van a quedar ni la mitad de bien que estos. Borracho en acto de servicio. Poner en peligro la vida de sus hombres por imprudencia y ebriedad. Incompetencia flagrante en general y, por último, Roget, cobardía ante el enemigo. No te olvides de que saliste huyendo. ¿Cómo explicas eso en tu informe?

Los dos se quedaron callados unos instantes y, a continuación, Roget empezó a sonreír con esa antipática sonrisa suya.

—Ya veo. ¿Conque esas tenemos? No he explicado eso en el informe, pero te voy a explicar otra cosa y te aconsejo que te lo pienses con detenimiento. Se trata, sencillamente, de lo siguiente. Yo soy un oficial y tú eres un soldado. Es mi palabra contra la tuya. ¿Cuál crees que van a creer? Permíteme que te lo diga de otra forma, si lo prefieres. ¿Cuál crees que se va a aceptar? ¿Has intentado presentar cargos alguna vez contra un oficial? Piénsalo un rato.

Los dos hombres volvieron a quedar en silencio. Roget regresó a su informe y fingió dedicarse a leerlo. Didier miraba a la coronilla del teniente.

«Eso servirá para que se lo piense dos veces —se dijo Roget—. Suerte que maté a Lejeune, si acaso fui yo quien lo hizo. Habría sido un testigo endiabladamente inconveniente. Tan pronto como se largue de aquí, redactaré los cargos, sólo por si empieza a darle a la lengua. Sí, le diré lo que voy a hacer. Sí, claro que se lo diré. Tal vez lo convenza de que se busque otro entretenimiento. Menudo idiota, presentar semejantes acusaciones contra un oficial. No tiene ninguna posibilidad. Espero que se dé cuenta. O lo deja de inmediato o me abalanzo sobre él y ordeno que lo arresten. Confío en que Dios lo mate mañana. Un tipo peligroso. Supongamos que se

emborracha y empieza a hablar. ¿Arrestarlo ahora y cortar con todo este asunto de raíz? Pero, ¿y si lo matan? Sí, eso sería lo mejor. Dios mío, mávalo, mávalo, mávalo...»

—De acuerdo, Roget, ya lo he pensado. ¿Qué propones? En realidad, Didier no había pensado nada desde el primer instante de silencio, ese instante en el que había dedicado su imaginación tremendamente práctica a recoger el siguiente pensamiento: «Me tiene en sus manos. No puedo hacer nada». Sólo había estado mirándolo, matando el tiempo, postergando instintivamente su capitulación con la esperanza de que pareciera menos absoluta.

—Sólo una cosa. Si mantienes la boca cerrada, yo también la cerraré. Y no te olvides de apretarla bien. Entonces, acordaremos entre los dos la historia de lo que ha pasado en la patrulla. Y eso pondrá fin al asunto. ¿Qué dices?

Roget se mostraba casi afable. Tenía el aspecto de un hombre de negocios que acaba de cerrar un trato turbio, pero ventajoso. También se felicitaba por otra idea que se le acababa de ocurrir acerca de lo de decirle a Didier que dejaría constancia escrita de los cargos. Decidió que, mejor, no se lo contaría, pues conjeturó astutamente que tal vez eso despertara en la cabeza de Didier la idea de hacer lo mismo.

—De acuerdo —respondió Didier, con una reticencia que no hacía justicia en absoluto al dolor que le produjo la rendición—. Pero ya sabes lo que pienso de ti.

Ahora le tocaba a Roget ser tolerante y ejerció el privilegio de ignorar el comentario de Didier.

—Muy bien —dijo tomando la última página de su informe y empezando a leer—. Entonces, esto es lo que sucedió:

Hice una seña a los hombres para que me siguieran por la izquierda del montículo de las ruinas. Salí por el extremo más alejado y me detuve para echar un vistazo y escuchar. Oí un ruido de madera moviéndose a mi derecha y vi claramente el casco de un boche. Arrojé una granada al boche y lo maté. En ese momento, una ametralladora situada en algún lugar de lo alto de las ruinas abrió fuego mientras, al mismo tiempo, estallaban tres bengalas justo encima de nosotros. Miré a mi alrededor en busca de mis hombres, pero no los encontré. Reparé en que habían entendido mal mi indicación y habían ido por la derecha del montículo. El puesto de ametralladoras lanzó dos bengalas verdes y, al cabo de unos minutos, empezó a caer delante de nosotros el bombardeo de protección. Me retiré de mi posición por el camino por el que había llegado. Tras esperar un rato a que el bombardeo se detuviera, reingresé en nuestras líneas a través de la posición de la Compañía Número 2. El bombardeo cortó todos los accesos hacia el extremo derecho de la tierra de nadie. Los soldados Didier y Lejeune habían quedado aislados por el bombardeo y habían muerto.

—Apuesto a que lamentas que no fuera así —dijo Didier—. En cualquier caso, se trata de una historia muy bonita. ¿Cómo vas a encajar ahí todas las demás mentiras?

—Bueno, déjalo, ¿quieres? En cuanto al informe, es fácil. Añadiré un epílogo, de este estilo: «Según parece, el soldado Didier no quedó atrapado por el bombardeo sino que regresó sano y salvo a nuestras líneas e informa de lo que sigue». Muy bien, ahora dime lo que hiciste.

—Después de que mataras a Lejeune... Sí, mataste a Lejeune, lo sabes. Acudí a verlo y había quedado tendido muy por detrás de la cortina de artillería y tan pegado al montículo que tampoco estaba al alcance de la ametralladora. La granada debió de caerle justo al lado de la cabeza. Aquello era una papilla...

—Entonces, ¿cómo sabes que era Lejeune?

—Recogí su chapa de identificación. ¿Te basta con eso?

—No pensarás que voy a creer que hiciste todo ese recorrido hacia la derecha bajo el fuego de una ametralladora, ¿verdad?

—No me importa que lo creas o no, pero así fue. Si supieras de patrullas tanto como yo, sabrías que, si conservas la calma, muchas veces estás más seguro justo al lado de una ametralladora que huyendo de ella. Sobre todo donde estábamos, en la retaguardia de la ametralladora y en zona ciega, aun cuando disparara hacia nosotros. Toda la base del montículo era zona ciega. Podrían habernos lanzado una granada, pero tenían la mirada puesta delante de ellos, no en su flanco. Así que me arrastré y eché un vistazo a Lejeune mientras se produjo el bombardeo. No podía hacer nada por él, de modo que retrocedí hasta la alambrada de los boches y avancé pegado a ella hacia la derecha. Resultó fácil, pues todos estaban pendientes del alboroto en los alrededores del montículo. Bueno, me tomé mi tiempo porque estaba solo. No quería toparme con nada. Llegué a la vieja trinchera de comunicación justo cuando el Número 8 lanzaba la primera bengala. La trinchera tenía huellas frescas, de manera que la evité todo lo que pude. Luego, me metí a toda prisa en una alambrada nueva y me alejé, pero justo en ese momento oí voces. Me metí en el embudo y lancé un par de piedras a la alambrada. Como sospechaba, una ametralladora abrió fuego. Estaba a unos treinta metros de las líneas alemanas, en la misma trinchera de comunicación que nuestro puesto Número 8. No olvides poner eso en tu informe y decir que tenía una alambrada muy tupida.

—Y, después, ¿qué hiciste?

—Localicé el puesto, así que entré —dijo Didier, con sencillez.

No era propio de él reparar en que Roget se las había ingeniado para colocarle en situación de ofrecer explicaciones innecesarias, por someras que fueran.

—Entonces ya está arreglado. Terminaré el informe y lo mandaré al cuartel general. Y si sabes lo que te conviene...

Pero Didier ya estaba a punto de subir la escalera del refugio. Se quedó en la entrada, a un lado, para dejar paso al capitán Charpentier, que empezaba a bajar.

—Buenos días, Didier —saludó el capitán, amablemente.

—Buenos días, señor —dijo Didier.

—¿Qué tal fue la patrulla?

—No del todo mal señor —dijo Didier, incapaz de reprimir una mirada al capitán que se quedó al borde de ser un guiño—. El teniente está abajo. Ha redactado el informe.

—Claro —dijo Charpentier con sequedad y, a continuación, siguió bajando

deseoso de que su tono hubiera sido menos áspero, sus palabras menos cáusticas.

Didier sonrió. «Un buen tipo —se dijo—. Y no es tonto. No se le puede engañar».

Una vez abajo, en el refugio, Charpentier recibió el informe de la patrulla de manos de Roget, quizá, advirtió, en exceso inquietas. Leyó el informe detenidamente y, a continuación, pidió un mapa y una fotografía aérea. Tomó prestado el bloc de notas de Roget y, utilizando el nombre en clave del regimiento y consultando el mapa y la fotografía mientras redactaba, escribió lo siguiente:

Para: Sanglier

Asunto: Patrulla

El oficial al mando de la patrulla informa de lo siguiente: puesto de ametralladoras situado en las casas en ruinas, en 8B-63-24. Otro puesto de ametralladoras situado en la antigua trinchera, en 8B-61-24: Alambrada enemiga tupida y en buen estado. Trinchera enemiga aparentemente bien guarnecida y alerta.

Charpentier, capitán
Compañía N° 2

Arrancó del cuaderno el informe y la copia en carboncillo y entregó el original a Roget.

—Llévelo al cuartel general —dijo— y espere allí por si el coronel quiere hablar con usted.

Dobló juntos el informe de Roget y la copia del suyo y se los guardó en el bolsillo. En las maneras de Charpentier había algo que impedía que Roget iniciara una conversación, conversación que habría pretendido que condujera a hablar de su actuación durante la patrulla. Sentía la necesidad de cristalizar la versión que había inventado y su instinto le decía que no había mejor modo de hacerlo que expresarlo en voz alta. Sin embargo, por el contrario, descubrió que salía del refugio con más odio y menos descanso de lo que esperaba.

Charpentier quedó pensativo: «Resulta gracioso. Un hombre muerto. Roget entrando por un sitio, Didier por otro. ¿Eso que me dirigió en la escalera fue una mirada significativa o han sido imaginaciones mías? No es propio de él acabar separado de su oficial. ¿Y por qué el bombardeo no le impidió también concluir la patrulla? Examinaré esto cuando tenga más tiempo. Después del ataque».

Como si a nadie se le ocurriera jamás que, si quería examinar algo, tal vez fuera mejor que lo hiciera antes de un ataque.

El general Assolant y el edecán siguieron al coronel Dax a lo largo de la Tranchée des Zouaves y sus sinuosidades sobre el frente de la loma de la colina, la misma colina desde cuya otra cara Dax había visto los cohetes de señales la noche anterior. La trinchera formaba una suave pendiente sobre la ladera. A muy pocos metros de su punto más alto llegaron a un abrigo discreto construido en su costado. Se agacharon para entrar en el refugio, en cuyo acceso volvieron a colocar cuidadosamente la

cortina de sacos de arena vacíos que servía de telón de fondo. El lugar donde se encontraban era un puesto de observación que ya estaba ocupado por un observador. El espacio se había concebido para albergar cómodamente a dos hombres o a tres con apreturas, por lo que se dio al observador la orden de que aguardara fuera. También se quedó Saint-Auban después de haber entregado a Assolant un mapa, unas cuantas fotografías aéreas y un telescopio.

El costado del puesto que daba a las líneas alemanas estaba compuesto por sacos de arena, perfectamente dispuestos para proteger una rendija horizontal abierta con un armazón de listones a la altura del pecho. La rendija tenía la anchura justa para alojar el extremo más grueso de un telescopio. Su longitud era ligeramente menor que la del propio puesto de observación y había un trozo de saco de arena colgando delante de ella, lo que ocultaba la vista. Los observadores prudentes siempre bajaban esa hoja cuando el repentino aumento de la luz en el interior del puesto les advertía de que alguien había abierto la cortina que tenían detrás. Podría parecer excesiva semejante precaución para impedir que pudiera dejarse ver un pequeño rectángulo de luz de fondo, pero el hombre que tenía que permanecer en el puesto no la consideraba así. Después de haber detectado puestos alemanes de vez en cuando mediante idénticos y reveladores destellos de luz o por los brillos de lentes, sabía que era igualmente vulnerable. Además, la prudencia, la cautela, jamás se consideraban excesivas en los lugares donde su ausencia pudiera significar muerte segura y dolorosa.

Dax y Assolant desplegaron los mapas y las fotografías sobre unos tableros que servían de apoyabrazos, se quitaron el casco de asalto y la máscara de gas y se dispusieron a echar una ojeada detenida a la vista que se les ofrecía cuando retiraron la hoja. Al principio observaron a simple vista, después utilizaron el telescopio. Durante diez o quince minutos apenas dijeron nada, salvo intercambiar preguntas y respuestas para identificar las características del terreno.

Lo que vieron era lo que habían ido a ver: el Pimple. Por su perfil general y su tamaño parecía un trasatlántico inmediatamente después de haber sido botado, lo que quiere decir, un trasatlántico con sus superestructuras pero sin la altura añadida que le proporcionarían las chimeneas. Se alzaba tan desviado de la línea del frente y tan de costado con respecto al frente francés que parecía que su proa se propusiera arremeter contra los límites del 181 y de su vecino de la izquierda, el 183. A simple vista, presentaba un color parduzco y perfiles suaves. Sin embargo, el telescopio mostraba que no era tan redondeado como parecía sino que, en realidad, estaba marcado por infinidad de agujeros de explosiones y bien tejido de alambradas. Hacía mucho tiempo que los arbustos que pudiera haber habido allí habían sido sustituidos por agujeros de obuses y que las manchas más oscuras eran matas tupidas de alambres, no de hojas. A simple vista, la ladera de su flanco habría parecido atractiva a un hombre que quisiera salir a dar un paseo, pero vista con el telescopio, resultaba imponente.

«Siniestro —se dijo Dax—. Eso es lo que es. ¿O es porque sé que es siniestro por lo que creo que lo parece?»

Sin demasiado éxito, intentó disociarla de la guerra, valorarla tal como si se encontrara en cualquier colina de cualquier entorno, pero no lograba hacerla existir en su mente sin su intachable reputación. La luz matutina se proyectaba radiante y alegre sobre ella, pero, aun así, no parecía alegre, no podía parecerlo. Un vapor casi imperceptible parecía emanar de allí y adherirse a ella. «Si lo viera el sacerdote —pensó Dax—, diría que son los espíritus de todos los hombres que han muerto en aquellas laderas. Deben de ser los gases extraídos de las catacumbas mediante la ventilación. Si alguna vez pusiéramos el pie en la colina, sí que serían catacumbas, pero si son espíritus, mañana a estas horas habrá muchos más».

Para Assolant, el Pimple era exactamente igual que otras colinas: obstáculos topográficos que tenían ser atacados o defendidos. Vio en su cara más lejana el caótico revoltijo de tierra de nadie y la línea marrón de la alambrada alemana. La ladera de la colina le pareció asequible, pero era perfectamente consciente de que no lo era tanto. En silencio, mientras pasaba revista a los diversos accidentes del terreno, fue estableciendo mentalmente porcentajes de bajas. Le agradó descubrir que sus cuentas dejaban un margen sustancial de efectivos para abarrotar la cima de la colina y afianzarse en el terreno del otro lado. Su optimismo fue aumentando y, proporcionalmente, la altura y la fama de la colina fueron disminuyendo. Con las suficientes tropas y la suficiente munición, podría tomar cualquier cosa. Todo era cuestión de porcentajes. Tendrían que morir hombres, claro está, a veces muchos. Esos hombres recibirían balas y metralla y, gracias a eso, harían posible que otros avanzaran. Aproximadamente, el cinco por cien muerto por nuestro propio bombardeo de protección (un margen calculado al alza). El diez por cien perdido al cruzar tierra de nadie y otro veinte por cien al atravesar la alambrada. Eso dejaba un sesenta y cinco por cien... y la peor parte de la tarea, la más expuesta.

La argumentación era incorrecta y los porcentajes no eran más que conjeturas, pero dominado por la euforia que sentía por ganar una batalla, no conseguía reparar en las falacias. Ni siquiera conseguía apreciarlas cuando ellas mismas le daban una pista bajo la forma de una idea, una idea que lo fascinaba tanto que desplazaba a todas las demás, lo dejaba ciego para percibir la propia luz de la que era fuente. La idea era sencillamente la siguiente: después del ataque, mandaría partidas de sepultureros para registrar con detalle en los mapas dónde se habían encontrado exactamente los muertos. Después, él y su Estado Mayor correlacionarían la información, elaborarían un informe y un análisis crítico y lo remitirían por la escala jerárquica con la esperanza de que llegara finalmente al cuartel general para que allí llamara la atención sobre el hecho de que su autor era un hombre tan de ideas como de bayonetas. El general Assolant empezó a impacientarse de inmediato para que empezara el ataque con el fin de poder poner en práctica su idea cuanto antes. No tenía el menor ánimo de recordar que una batalla es una marea constante y que no se

puede medir la marea por la resaca que deja. Tampoco se le ocurría que, aun cuando una operación pudiera ser desde el punto de vista estratégico un plan pulcramente concebido, desde el punto de vista táctico solía acabar siendo casi siempre una sucesión de accidentes.

—La hora cero será las 7 a.m. —dijo Assolant, como si estuviera hablándose a sí mismo—. Escogí esa hora porque no podemos atacar en mitad del bombardeo del amanecer y no quiero atacar antes. Este asunto habrá que llevarlo a cabo a plena luz del día para poder ver lo que hacemos. Además, tenemos esta ventaja adicional: después del bombardeo del amanecer, los boches pensarán que el peligro de recibir un ataque habrá pasado ya para todo el día. Los pillaremos desprevenidos.

—Lo dudo, señor —dijo Dax—. Por mi experiencia y por lo que me han contado, allí nunca están desprevenidos.

Saben que el Pimple es tan importante para nosotros como para ellos. Las descargas de artillería responden a sus señales casi al instante. Y están bien calibradas.

—Además —añadió Assolant ignorando los comentarios de Dax—, como el bombardeo del amanecer parece una costumbre consolidada por aquí, podemos hacer que la artillería corte la alambrada en ese momento.

—¿No se darán cuenta los boches de que lo estamos haciendo, señor?

—¿Y qué? No pueden repararla hasta que haya caído la noche y, para entonces, ya no será suya.

—Sí, pero pueden defender las zonas cortadas con ametralladoras. Les indicará exactamente los puntos por los que deben esperarnos.

—Bueno, la alambrada hay que cortarla. ¿Preferiría usted que se hiciera durante el bombardeo de cobertura anterior al ataque? Sólo va a durar cinco minutos, antes de empezar a avanzar. Usted sabe qué es un ataque sorpresa. No lo esperarán tan seguido con respecto al otro.

Dax no fingía saber lo que los alemanes esperarían o no, pero sí sabía que el problema de cortar la alambrada era siempre un asunto que lo desconcertaba. Cortar la alambrada con antelación supone también advertir al enemigo de que se va a atacar por esos puntos en las veinticuatro horas siguientes. Esperar al bombardeo preliminar para hacer ese trabajo supone correr el riesgo de no hacerlo concienzudamente, en especial si el bombardeo iba a ser, como en este caso, muy breve.

—En líneas generales, señor, creo que tiene usted razón. Mejor cortar la alambrada con antelación. Así todos los cañones quedarán libres para atender a los boches cuando la hayamos cruzado.

—Ordenaré a la artillería que lo haga discretamente. Les pediré que lancen obuses esporádicos a la alambrada, como si se quedaran cortos. Pueden realizar unos cuantos esta tarde para calibrar el disparo. Un oficial puede darles referencias desde este puesto. Y eso me ha dado una buena idea. Este sería un lugar excelente para observar el ataque. ¡Saint-Auban!

—Sí, señor.

—Vaya al cuartel general del coronel Dax y busque a Couderc. Dígale que se ocupe de tender hilo telefónico hasta este puesto directamente desde mi cuartel general.

La vista de la ladera contigua al Pimple había dado a Assolant otra idea, la de dirigir el ataque personalmente desde el puesto de observación.

—Espere un instante. Dax, puede conseguirme una línea con los setenta y cinco de detrás de la colina de aquí, ¿no es así?

—Claro, señor.

—Bien. Entonces, dígale a Couderc que después del bombardeo preliminar estas dos baterías de aquí atrás, averigüe cuáles son, quedarán bajo mi mando personal. Desarrollarán el programa de bombardeo tal como está planeado, pero deben estar preparados para bombardear cualquier objetivo que pueda sugerirles yo durante el avance.

Assolant se mostraba encantado por el modo en que las cosas iban tomando forma, por la perspectiva de poder seleccionar objetivos él mismo y permanecer allí y contemplar cómo volaban en pedazos. Iba a ser una guerra tal como se debe librar. El terreno estaba perfecto para semejante proeza, una hazaña cuya novedad, ya estaba seguro, le valdría para ganar buena parte del camino de alcanzar de manera indudable su codiciado ascenso para la Legión de Honor. Regresó a su telescopio y contempló de nuevo el Pimple. Cuando volvió a hablar, Dax vio en su rostro una expresión de avidez y afecto combinados, la expresión de un hombre que acaba de contemplar un trofeo muy deseado.

—Quiero bajar a inspeccionar la primera línea de trincheras.

—Sí, señor, pero debo advertirle que es una zona peligrosa.

—Me gustan las zonas peligrosas —dijo el general, lo cual no era más que la verdad.

Dax se sentía cansado y pesimista mientras conducía a Assolant por las trincheras que llevaban a la trinchera frontal. Para él estaba bastante claro, demoledoramente claro, que la hora o más que había pasado en su cuartel general señalando al general las dificultades del ataque y el agotamiento de sus soldados habían sido una pérdida de tiempo. Además, la discusión había terminado con una nota de carácter desagradable, un comentario que sólo había servido para herir la vanidad de Assolant y para consolidar su obstinada negativa a considerar que el ataque fuera en modo alguno una ofensiva cuestionable. Abundando en el argumento de que sus soldados no estaban en condiciones de acometer la tarea que se les asignaba, Dax había incurrido en una indiscreción que había supuesto una ofensa instantánea. Había dicho:

—Además, señor, se trata de una operación más propia de un cuerpo de ejército, no de una división.

La respuesta fue fría, intimidatoria:

—Por favor, límitese a obedecer las órdenes de sus superiores, coronel Dax, no las critique.

Desde el puesto de observación, la imagen del Pimple y la del terreno que lo rodeaba habían agudizado los recelos de Dax. Los del general, si es que albergaba alguno, parecían haberse disipado con aquella misma imagen.

«Raras veces —se dijo Dax— un soldado ve algo a simple vista. Casi siempre mira a través de una lente, de la lente hecha con la insignia de su rango».

Los dos hombres llegaron a la trinchera frontal y giraron a su izquierda. Avanzando con cuidado entre los traveses que mostraban abiertamente los efectos del bombardeo del amanecer, se toparon con grupos de trabajo que paleaban las avalanchas de tierra que habían caído en la trinchera. Esa tierra se introducía cuidadosamente en sacos y se almacenaba en los traveses como si fuera algo valioso. Y sí se trataba de algo valioso, pero la razón por la que se almacenaba era que los soldados no querían dar a conocer su posición al enemigo lanzando paladas de tierra alegremente por encima del parapeto. Sin embargo, en varios lugares, allí donde el parapeto había quedado peligrosamente descubierto, se arrojaban sacos de tierra o se empujaban cuidadosamente hacia la abertura. Que los alemanes también tenían observadores y que permanecían alerta quedaba demostrado mediante las frecuentes andanadas de fuego de ametralladora que atraían esos quehaceres de parchear el parapeto.

A Dax no lo contrariaba ese fuego intermitente. Confiaba en que Assolant se diera cuenta de lo minucioso que era, de lo bien dirigido que estaba, y cuando pensó que quizá el general no reparara en ello, le llamó la atención al respecto. Más de una vez tuvieron que acuclillarse con la espalda contra el parapeto deteriorado y contemplar la pequeña humareda de polvo escupida desde los parados, a treinta o cuarenta centímetros por encima de su cabeza. Al margen de eso, Assolant no había dejado de subirse constantemente al escalón de disparo para echar algún vistazo rápido a tierra de nadie. A juicio de Dax, esas miradas rápidas parecían ir reduciéndose y volviéndose más breves.

—Por favor, señor —dijo cuando ya no pudo contenerse más—, esto es un suicidio. Me coloca usted en una incómoda posición, pues soy más o menos responsable de su seguridad, ya sabe, y no podré responder si sigue usted asomándose. Ya ha visto con cuánta precisión barren nuestra línea. Tenemos un periscopio un poco más adelante y me sentiría más cómodo si usted se espera y se sirve de él allí.

A pesar de que lo atrajeran las zonas peligrosas, Assolant descubrió que aquellos ruegos de Dax produjeron un sonido agradable en sus oídos, tan agradable, de hecho, que de repente se dio cuenta de que bien podría haberlos tenido en cuenta hacía un buen rato.

Cuando los dos hombres doblaron la esquina, el periscopio de la trinchera estaba ya instalado sobre su trípode. Dax llegó primero, como pretendía, y se puso manos a

la obra elevándolo con cuidado por encima del parapeto. Buscó con él durante un rato hasta que encontró lo que deseaba encontrar, después lo enfocó y se apartó para ofrecérselo al general con un ademán.

Assolant se asomó a los binoculares y no logró controlar el respingo que Dax confiaba en arrancarle por sorpresa con la vista que le había preparado. Las lentes telescópicas parecían arrojar directamente sobre su rostro un amasijo de cuerpos. Los cuerpos estaban tan enredados entre sí que, en su mayoría, habría sido imposible distinguir los unos de los otros. Horrendos, contorsionados y putrefactos, yacían amontonados o colgados de la alambrada en posturas obscenas, un escalofriante túmulo de carne humana, hinchada y descolorida. En todas partes se apreciaban visiblemente los números de identificación de los Tirailleurs.

Assolant se volvió hacia Dax, indignado por la impertinencia de una lección que, al fin, había comprendido y, mientras se le abarrotaban en la punta de la lengua palabras de enojo...

Se oyó un estrépito, un ruido de cristales rotos y el periscopio se vino abajo, hecho añicos.

—No lo entretendré más, coronel. Buenos días.

Assolant dobló la esquina del través caminando en solitario.

El sargento Picard, que había estado a cargo del Puesto Número 8 la noche anterior, entró en el refugio del capitán Renouart y saludó.

—Disculpe, señor. ¿Es verdad que atacamos por la mañana? Corre el rumor por todas partes.

—Sí, es verdad, sargento. Y después de la cena quiero ver aquí a todos los suboficiales. Transmita la orden, ¿quiere?

—Sí, señor. ¿Tengo su permiso para visitar a los hombres? No estoy de servicio.

—Claro.

El sargento buscó algo en su bolsillo un instante y sacó una cinta larga y estrecha de tela morada ribeteada de gris. La besó, se la pasó por la cabeza y la dejó colgando delante de sus rodillas.

—Hijo mío —dijo, y su voz pareció adoptar un tono más amable ahora que llevaba la estola—, ¿deseas quedar en paz con Dios?

—Sí, padre —dijo el capitán—. ¿Dónde podemos ir?

—¿Por qué no fuera? —preguntó el sargento.

Se volvió hacia los demás presentes en el refugio, media docena de oficiales, corredores y ordenanzas, y añadió:

—Cuando vuelva el capitán, podéis ir subiendo. Yo estaré esperándoos.

El sargento se sentó en el escalón de disparo y el capitán Renouart se arrodilló en el suelo de la trinchera y dio comienzo a la confesión. Un soldado se introdujo en el través a toda prisa, al parecer sin reparar en lo que sucedía.

Cuando recibió la absolución, el capitán se levantó, se sacudió las rodillas y regresó al refugio.

El sargento esperó sentado en el escalón de disparo. Aguardó diez minutos y, después, también se levantó y se volvió hacia la entrada del refugio. Hizo la señal de la cruz en esa dirección, dispensó en silencio una absolución general a los ocupantes y, a continuación, recogió el fusil y se marchó por la trinchera.

Durante la tarde, Langlois fue enviado de regreso a la unidad de abastecimiento y provisiones con un mensaje para el oficial de intendencia. Entregó el mensaje y se marchó a buscar a un amigo suyo, el cabo que ejercía de carpintero del regimiento. El cabo no estaba, pero la disposición de las herramientas indicaba que su ausencia era temporal. Langlois se sentó en un cajón que había fuera de la tienda del cabo para esperarlo y fumar un cigarrillo. Todavía llevaba en el bolsillo la carta que había escrito a su esposa el día anterior en el Café du Carrefour, donde le decía que estaría fuera de peligro más o menos una semana. Ahora tenía la oportunidad de enviarla, pero no se decidía a hacerlo o no. Si la enviaba y, después, moría, la notificación del Ministerio de la Guerra resultaría un golpe doblemente cruel para su esposa, pero si la enviaba y él salía bien librado, habría tenido con ella un detalle nada desdeñable anticipándole su destino. En todo caso, ¿tenía derecho a jugar con los sentimientos de otra persona? La respuesta a eso era sí, si ganaba la apuesta, y no en caso de que no la ganara. Otra vez se encontraba en el punto de partida.

Perdió la mirada en la obra inconclusa del cabo: una sierra, un martillo, clavos y, apilados pulcramente junto a un banco improvisado, tiras de madera. Los listones de un montón eran más largos que los del otro y tenían forma apuntada sólo en un extremo. «¿Qué está haciendo?», se preguntó Langlois. La respuesta le evitó hasta que terminó el cigarrillo. Arrojó la colilla y la siguió con la mirada hasta el punto en que aterrizó, al lado casi de una caja de troqueles. Al instante, las diversas partes de la obra del cabo se reunieron y se alzaron ensambladas en su mente: hitos para señalar el lugar de las sepulturas.

Langlois se levantó y encendió otro cigarrillo. Protegió la cerilla mientras sacaba la carta del bolsillo con la mano libre y, a continuación, le prendió fuego y la tiró al suelo, donde la observó arder, retorcerse y quedar inmóvil.

El día pasó rápidamente para la mayoría de los hombres del 181. Hubo mucha actividad pero nada escandalosa en el sector, actividades subterráneas y medio subterráneas que no podían ver los observadores enemigos. El objetivo de todos a lo largo de todo el día era preservar, ante los alemanes, una apariencia de normalidad que no podía ser en absoluto normal. La víspera de un ataque siempre cualquier actividad parecía adquirir la cualidad de ser novedosa, de excitar la novedad, con

independencia de la frecuencia con que se repitiera.

Uno o dos vuelos de aeroplanos atravesaron las líneas alemanas a cierta distancia, por el norte, viraron hacia la derecha y regresaron a sus líneas después de haber recorrido un número de kilómetros casi idéntico hacia el sur. No obstante, el sector del Pimple no había escapado a la atención de los observadores o a sus cámaras.

En el refugio del cuartel general, en la Tranchée des Zouaves, el ayudante Herbillon había dedicado casi toda la tarde a hacer papeleo. Lo último que hizo antes de levantarse para tomar el fresco por la tarde fue confeccionar la solicitud de las raciones del día siguiente para el regimiento. Y, con sobrada facilidad y de forma rutinaria, resolvió el asunto cogiendo la solicitud del día anterior y reduciéndola en un cincuenta por cien.

Un oficial de artillería, seguido por un hombre que iba tendiendo un cable, llegó al puesto de observación. Sin que se supiera por qué, no le gustó mucho su localización y se dispuso a encontrar un lugar más de su agrado.

Allí verificó la precisión de una serie de disparos contra la alambrada alemana utilizando una misteriosa jerga propia y, a continuación, recogió y se marchó llevándose consigo el cable. Todo lo que hacía, lo hacía con precisión y seguridad y, si tenía que dirigirse a un hombre de infantería, aun de rango superior al suyo, sus modales exhibían un ligero aire de superioridad.

Quizá la razón por la que al oficial de artillería no le gustara el puesto de observación fuera que, desde la visita del general, se había convertido en un lugar de encuentro inusualmente frecuentado. En primer lugar, llegaron los telefonistas del regimiento para tender el hilo telefónico para comunicarse con las baterías de los setenta y cinco. Todavía no habían terminado el trabajo cuando aparecieron otros telefonistas llevando consigo la línea privada desde el cuartel general de la división. La cooperación entre ambos grupos no fue entusiasta. Los propietarios del hilo de la división se consideraban con derecho de prioridad, mientras que a quienes realmente tenían la prioridad no se los animaba a disfrutarla. Las riñas dieron toda clase de muestras de ir evolucionando desde lo verbal hasta lo físico cuando los oficiales del regimiento empezaron a llegar al puesto por parejas para familiarizarse con sus objetivos y sus demarcaciones, fáciles de identificar ahora que la caída del sol proyectaba toda su luz sobre la ladera de la colina de enfrente. Por consiguiente, los telefonistas se vieron obligados a resolver sus diferencias y a concluir su trabajo con la adecuada observancia de un comportamiento correcto cuando se encontraban en presencia de la autoridad.

Todas estas y otras actividades no eran más que una mera proyección de la intensa actividad de la fuente de origen: el cuartel general de la división. La energía se difundía desde el origen, en abanico, hacia los diversos núcleos de comunicación y subordinados, perdiendo parte de su intensidad en proporción directa a la distancia que recorría. La hora cero invertiría el flujo de energía y el centro de actividad se desplazaría de golpe desde la retaguardia hacia el frente, lo que daba lugar a una de

las principales quejas de Assolant contra la guerra moderna: que un general se veía condenado a pasar días de preparación enormemente ajetreados antes de un ataque, pero que cuando se aproximaba la hora cero podría perfectamente darse media vuelta y marcharse a dormir.

Sin embargo, precisamente en este instante, todo estaba relativamente relajado y tranquilo en las tropas, salvo en aquellos destinados a las faenas más fatigosas, principalmente la de arrastrar munición de armas de pequeño calibre, granadas y cargas de explosivos para los refugios. Los hombres dormían en abrigos o refugios o permanecían sentados en sus accesos o en los traveses, retocando su equipo, despiojándose, fumando, pensando o charlando.

El sargento Picard acababa de dejar las líneas de la Compañía Número 4 del capitán Sancy. La imagen del sargento, pero más concretamente la visión de su estola, tuvo por consecuencia convertir en certeza el rumor imperante de un ataque. Un grupo de la Compañía Número 4 estaba conversando.

—Cuando los sacerdotes se pasan por aquí siempre sabe uno que se respira muerte.

—Sí, y tú eres el primero en salir corriendo a buscarlos.

—Naturalmente, yo tomo siempre toda clase de precauciones.

—¿Incluido el permanganato de potasio?

—No blasfemes —dijo en tono sarcástico.

—¡Mira quién habla de blasfemias! ¡El judío!

—Bueno, aquí nadie sabe tanto de ese asunto como esos dos.

—¿A qué te refieres?

—Vaya, tú pasaste una temporada en el presidio de Cayena, ¿no, Meyer? Y Férol ha servido en la Legión. Esos lugares no son precisamente seminarios.

—Tú lo has dicho. Hay que ser un hombre para soportar la guillotina seca —dijo Meyer.

—Y hay que ser dos hombres para estar en la Legión —replicó Férol.

Meyer y Férol volvieron a iniciar una de sus eternas disputas, una disputa que siempre los apartaba de la conversación general y que con mucha frecuencia acababa a golpes.

—Ya están otra vez. ¿A quién le importa un cojón qué sea más duro, si Argelia o Guayana?

—Tienes razón. Esta guerra ya es bastante dura para mí. Ahora mismo le cambiaría el puesto a cualquier presidiario o legionario, en cualquier sitio...

—Eso es porque tienes miedo de saltar la barrera mañana, miedo de que te maten.

—No me van a matar.

—No digas eso, trae mala suerte.

—De mala suerte, nada. Esta guerra es mala suerte.

—Sé que no me van a matar porque no tengo miedo. A quienes les toca es siempre a quienes tienen miedo. Ya lo habéis visto.

—Quizá sea cierto. No lo sé. Pero yo tengo miedo y todavía no me ha tocado. Es más, no van a matarme. No tienen mi número.

—No digas eso, te lo advierto. Así seguro que te toca.

—Si te quedas aquí el tiempo suficiente, te toca. Eso sí es seguro.

—¿Cuál es la hora cero?

—La de siempre. El amanecer, supongo.

—Dicen que el general ha bajado por aquí hoy.

—¿Cuál de todos? Hay millones de generales. El ejército está lleno de generales y de soldados.

—Joffre, claro.

—Oye, no podía meter ese corpachón suyo en la trinchera.

—Y no lo haría aunque pudiera.

—Deben de dar de comer bien allí, en el cuartel general.

—Los generales y los sacerdotes siempre están gordos.

—Nunca he visto una fotografía de un general inglés gordo. Y Assolant no está gordo.

—¿Quién es Assolant?

—Cuéntale.

—Es la mascota de la división. Un tigre mimado. Te mata con la mirada.

—Bueno, da igual, los generales y los sacerdotes siempre significan muerte. Eso sí es seguro.

—Si los colonos cerraran la boca alguna vez, echaría un sueñecito.

—Eso de colonos está bien...

Langlois regresó a su sección a tiempo de la cena, el desayuno para los hombres que habían conseguido dormir algo durante el día.

—Hey, Langlois, ¿qué hay de nuevo por la unidad de abastecimiento? ¿Algún papeleo?

—Papeleo no, pero va a haber un ataque en toda regla.

—¿No me digas? Aquí es oficial desde hace horas.

—Sí, el general estuvo por aquí...

—Y el sacerdote...

—Y mira esas cajas de munición extra...

—Sí, ya sé. El carpintero estaba haciendo cruces de madera.

—¿Eran bonitas?

—La mía no la ha hecho.

—No digas eso. Así seguro que te toca una.

—Quedándote aquí mucho tiempo, así es como sí aseguras que te toque.

—¿Ha hecho una para ti, Langlois? ¿Has escrito tu nombre en ella ahora que todavía puedes hacerlo?

—Ni lo sé, ni me importa demasiado. No me da miedo morir, sólo que me maten.

—Eso está tan claro como el barro de la trinchera.

—Bueno, ¿cómo os gustaría que acabaran con vosotros? ¿A la bayoneta o con ametralladora?

—Con ametralladora, está claro.

—Naturalmente... Eso es lo que digo yo. Los dos son trozos de acero que se te meten en las entrañas, pero la ametralladora es más limpia, más rápida, menos dolorosa, ¿verdad?

—¿Y qué demuestra eso?

—Eso demuestra que la mayoría de nosotros tiene más miedo a que le hagan daño y no tanto a que lo maten. Mira a Bernard. Está aterrorizado cuando se trata de gas, pero a mí el gas no me dice nada. Ha visto fotografías de gente muerta por gas y le parece horrible, pero a mí eso no me preocupa lo más mínimo. Lo que odio como al demonio es estar sin casco de acero, pero no me importa no tener casco para el trasero. ¿Por qué?

—Bueno, debería importarte, pues ahí es donde parece que tienes los sesos. ¿Por qué no quieres un casco de acero para el trasero? Cuéntanos.

—Porque sé que una herida en la cabeza duele mucho más que en el trasero. El trasero es sólo carne, pero la cabeza es toda hueso...

—Habla por ti.

—Eso hago. Ahora, cuéntame, aparte de las bayonetas, ¿qué es lo que más miedo os da?

—Los grandes explosivos.

—A mí también.

—Y a mí.

—Exactamente. A mí me pasa lo mismo —dijo Langlois—, porque te dejan peor que cualquier otra cosa. Eso es precisamente lo que trato de deciros. Si realmente te da miedo morir, vivirías muerto de miedo toda la vida porque sabes que tienes que morirte algún día, cualquier día. Y, además, si es la muerte lo que te da miedo, ¿por qué te iba a preocupar qué es lo que te mata? ¿Por qué os dan más miedo las bombas que las ametralladoras o las bayonetas que las bombas?

—Eres demasiado sesudo para mí, profesor. Lo único que sé es que nadie quiere morir.

—¿Quieres decir que tú no quieres?

—Sí, y tú tampoco.

—Ahí es donde te equivocas —dijo Langlois—. Personalmente, preferiría morir. Es lo único absoluto en la vida. Tiene su propia perfección y su propio misterio. Yo tengo mucha curiosidad por la muerte. Tanta que, a veces, he pensado muy seriamente en suicidarme.

—Bueno, aguanta la curiosidad unas cuantas horas más y se verá satisfecha sin peligro de que echas a perder tu alma inmortal.

—No invoques al destino. Trae mala suerte.

—¿Pero cómo sabes que mi alma es inmortal? —A Langlois le gustaba discutir esas cosas.

—Simplemente, lo sé. Eso es todo.

—Bueno, yo no. En realidad, mi intelecto me dice que no lo es. Nada de nada, ¿por qué no? Pura lógica.

—Sí, ¿pero, entonces, para qué estamos aquí?

—No hay ninguna razón, al menos así lo veo yo.

—Estamos aquí para perpetuar la especie.

—Esa es otra expresión que me saca de mis casillas —dijo Langlois, contento por la oportunidad de exponer sus ideas sobre la cuestión—, tanto como la idea de «supervivencia». Cogen el instinto de no sufrir daños y lo llaman instinto de supervivencia. ¡Claro, algún instinto de supervivencia es lo que hace que la gente siga viviendo justo al pie de un volcán o en una zona de tifones! Y entonces al asunto de irse con una mujer lo llaman instinto de reproducción, cuando no es más que el instinto de irse con una mujer. ¿Quieres tener un niño cada vez que te cobras una pieza? Tú no, y tienes buen cuidado de no tenerlo. Es el mejor deporte que hay a cubierto y al aire libre y no hace falta buscarle ninguna otra justificación. ¿Por qué la gente tiene que andarse con rodeos para tratar de convertirlo en algo noble diciendo que están perpetuando la especie, cuando lo único que están haciendo es divertirse un rato?

—Bueno, si actuaran como tú dices, la raza se extinguiría.

—De acuerdo, ¿y a quién le importaría eso? Hay un montón de especies que se han extinguido y nadie parece llorar por ellas. La nuestra también desaparecerá y te apuesto a que los animales estarán encantados cuando llegue ese día.

—¿Qué pasa con los niños no nacidos?

—¿Qué pasa? ¡Ojalá yo fuera un niño no nacido en este mismo minuto...!

—Eso es porque atacamos mañana.

—¿Crees que haces algún favor a alguien creándolos de la nada para el muy dudoso gozo de llevar una vida de miseria y dolor en el mundo de los hombres, el animal más salvaje de los depredadores?

—Es ley natural. Yo no tengo nada que ver con eso.

—Piensa en esta guerra —continuó Langlois—. ¿Crees que nuestros padres nos habrían tenido si hubieran previsto las cosas a las que nos estaban condenando?

—Seguramente. Guerras ha habido siempre y siempre las habrá. Son parte de la vida, como la enfermedad, las tormentas, la muerte. Me vienen a la cabeza un montón de cosas peores que la guerra. Por ejemplo, plantar el culo en la oficina del algún cabrón y hacerle ganar dinero y llevarle las cuentas. Hace falta ser un hombre para hacer una guerra, pero para ganar dinero vale cualquier canalla.

—A juzgar por quienes están haciendo esta, para hacer una guerra hace falta ser un loco. Este ataque al que nos mandan ahora no es más que un asesinato planeado.

Mira lo que hicieron los boches a los Tirailleurs. Da igual, la guerra nunca ha resuelto nada más que quién era el más fuerte.

—Bueno, algo es algo.

—No es suficiente.

—Nunca es suficiente.

—Voy a dormir un poco —dijo Langlois.

—Buenas noches. Y no te duermas. Te perderías la oportunidad de satisfacer esa curiosa curiosidad tuya.

Durante la noche, algunos destacamentos abrieron pasillos a través de la maraña de alambradas francesas utilizando corta alambres. En el transcurso de esa operación, cuatro hombres murieron y nueve resultaron heridos.

SENDEROS DE GLORIA

SEGUNDA PARTE

A la hora cero menos treinta minutos, lo que quiere decir a las seis y media en punto de la mañana, todos los hombres de la división, desde el general hasta el último soldado, se encontraban en sus puestos. Todo el mundo estaba equipado, armado y listo para la orden de ataque. Los cañones estaban cargados y apuntados. Los relojes estaban sincronizados. Los mapas, demarcaciones y objetivos se sabían de memoria. Las líneas telefónicas estaban reparadas y en perfecto estado de funcionamiento. Los cohetes de señales habían sido inspeccionados y comprobados.

En todo el frente reinaba la habitual tranquilidad posterior al bombardeo del amanecer.

Assolant y el capitán de artillería Nicolás se encontraban en el puesto de observación. Ambos disponían de potentes binoculares en lugar de telescopios y ambos estudiaban un mapa que había sido dividido en infinidad de pequeñas cuadrículas numeradas. Acucillados en el suelo y tratando de no rozar las rodillas del oficial de artillería, había un cabo telefonista. Hablaba en voz baja por dos receptores que sostenía en ambas manos, primero por uno y, a continuación, por el otro.

—Con la división, señor —dijo—. Con el Polígono —añadió utilizando el nombre en clave de los setenta y cinco.

Nicolás no decía nada. Assolant no decía nada. El general no tenía el ánimo hablador. En realidad, estaba atenazado por una ira que lo consumía, una ira que resultaba aún más amarga porque no tenía nada sobre lo que volcarla más que el clima, un blanco indiferente.

En algún momento, por la noche, había empezado a soplar un viento del nordeste que traía consigo intensos aguaceros. Precisamente en ese instante no llovía, pero el deterioro del terreno ya se había producido. Además, las nubes seguían avanzando por el cielo, volando tan bajo que parecían pasar rozando la cima del Pimple con sus oscuros vientres, unos vientres tan oscuros que en cualquier momento verterían más agua. «¿Qué prisa tenéis?», quiso preguntarles Nicolás, a quien le parecían oficinistas acuciadas por el tiempo, apresurándose por llegar a su trabajo por la mañana.

Con razón, aquel desapacible día había dejado a Assolant en un desapacible estado de ánimo. Debido a la dirección del viento, había que renunciar al bombardeo con gas. Si volvía a llover, ese mismo viento golpearía con agua los rostros de los hombres durante su avance y los cegaría. A ello había que añadir el barro. El barro y la lluvia, como bien sabía Assolant, habían desprovisto del aguijón a más de un ataque. Pero lo que más lo irritaba quizá fuera que su sueño de dirigir el fuego contra algún objetivo pudiera echarse a perder por un chubasco repentino. La atmósfera cargada de humedad ya había reducido bastante la visibilidad. Si volvía a llover, la visibilidad quedaría aún más reducida y tal vez la línea del horizonte acabara siendo no más extensa que su propia primera línea de trincheras, a cuatrocientos o quinientos metros.

—Pida el último parte meteorológico —ordenó el general todo irascibilidad, nada

más.

Era el tercer parte que le habían pedido al cabo. Assolant se acercó al puesto y fue el primer e idéntico parte lo que le repitieron de nuevo:

—Vientos del nordeste, lluvia y chubascos en las próximas seis horas.

Pero el general ya había olvidado que había pedido parte alguno. Miraba despojado de las gafas y con los oculares ligeramente apretados contra los ojos.

—Cero menos quince minutos —anunció el cabo repitiendo lo que le decía la voz del auricular de la división—. Todo en calma. Todas las unidades informan de que están preparadas.

La trinchera de ataque estaba abarrotada, más abarrotada, según parecía, que cuando había estado atestada por el doble hacinamiento del relevo, hacía dos noches, atestada de hombres cuyos uniformes eran gris pizarra de humedad y cuyos pensamientos eran gris pizarra de aprensión. Permanecían en las posiciones de salida absolutamente callados y casi inmóviles, mirando al frente. Cada hombre llevaba dos paquetes extra de munición de fusil y una bolsa pequeña de granadas. Por todas partes se veía a alguno bastante cargado de lo que parecían carteras, lo que les confería el aspecto de viajeros a la espera de un tren. Las carteras contenían cargas de explosivos para utilizarlas en las galerías y refugios del Pimple. Esos hombres parecían bastante más altos que el resto, pero era una ilusión causada por el efecto empequeñecedor de los fusiles de los demás, alargados como estaban por una bayoneta desproporcionadamente larga.

Un objeto de aspecto cruel, la bayoneta, pensó Langlois. Y la de aspecto más cruel, la francesa. Tal vez por ser la más fina, la pureza de sus líneas la más perfecta, sus proporciones intrínsecas las más agradables. O quizá por tener fama de producir las heridas más siniestras, esa herida cuadrangular tan difícil de sanar. Langlois nunca había utilizado la bayoneta y jamás la utilizaría a menos que lo sorprendieran con la recámara vacía delante de un alemán en ciernes. Preguntó la hora al teniente Bonnier, que estaba de pie, justo a su lado.

—Cero menos veinte minutos —dijo el teniente.

Estaba al mando de la compañía y sentía una leve náusea en la boca del estómago.

Langlois miró a los hombres que había a su alrededor. Algunos estaban condenados a estar muertos al cabo de media hora. Quizá él fuera uno de ellos. Se le pasó por la cabeza ese pensamiento, un pensamiento extrañamente impersonal, como si no hubiera sido siquiera un pensamiento suyo sino un relato que estuviera leyendo. Reparó en la inusual serenidad de esos hombres, pero ya la había visto antes y la asumió sin valorarla. El pensamiento regresaba: este, ese o aquel otro, inevitablemente, estarían muertos dentro de unos minutos. Sin esforzarse mucho, intentó adivinar cuáles. Después, una serie de vidas allí mismo, a su lado, al alcance

de su mano, con algunas de las cuales había mantenido una relación estrecha, se apresuraban con una velocidad increíble (pero, sin embargo, también inmóvil) hacia su fin. No, el fin se apresuraba hacia las vidas. Treinta minutos más para vivir y, a continuación, la apoteosis, absolutamente desconocida. La idea tenía una fuerza tan conmovedora en ese momento y lugar que se asfixió y desapareció.

Una vez vaciada de un pensamiento cuya fuerza ya no era capaz de soportar, su mente regresó sobre el tema más ordinario y personal de su propio cuerpo. Había tres heridas a las que Langlois tenía pánico: en los ojos, en los genitales y en los pies. Cuando lo pensaba, como hacía cada dos por tres cuando se encontraba en un lugar seguro, la que más aborrecía era la herida en los genitales. La noche le hacía desear que por encima de todo se salvaran sus ojos, pero entonces, en los instantes previos a un encuentro cuerpo a cuerpo con el enemigo, eran los pies lo que lo obsesionaba, los pies sin los que sería incapaz de moverse. Así es como se sentía y eso era lo único que le importaba. Sí, los pies no le servirían de mucho si había perdido los ojos, pero aun así preferiría conservarlos. Si tenía pies, podría moverse, avanzar palpando, se los arreglaría. Sobre todo, podría moverse, moverse, moverse...

—Cero menos quince —dijo Bonnier, sin que nadie le hubiera preguntado.

«Esta vez me va a tocar», se decía Didier. En realidad, no se veía a sí mismo muerto, pues la imagen escapaba a su imaginación. «La séptima vez que salto por la trinchera y todavía sin un rasguño, eso es más de lo que se podría esperar». Si hubiera cabido en sí razonar sobre las señales en cuya interpretación era tan diestro, él habría dicho: «Esta vez debe tocarme». Sentía que su racha de suerte había adquirido una carga acumulada de probabilidades en contra. Esa carga lo oprimía y sentía vagamente que tenía algo de injusto, que ahora se encontraba en desventaja. Langlois habría sabido asegurarle que sus posibilidades, cualesquiera que fuesen, supongamos que del cincuenta por cien, eran las mismas en cada ataque, con independencia de la frecuencia con que anteriormente hubiera salido bien parado de ellas. Una vez que se lo hubieran expuesto, Didier habría comprendido el razonamiento con facilidad, pero aun así habría continuado casi convencido de que era un hombre señalado.

Miró el reloj y vio que era una determinada hora. El hombre que tenía al lado le preguntó la hora y Didier tuvo que volver a mirar el reloj.

—Quince minutos para salir —dijo.

Al capitán Charpentier se le había formado una ampolla en el talón que le dolía tanto que le hacía cojear. Además, le dolía tanto como para haberse apoderado casi por completo de su mente. Se encontraba en la trinchera y la maldecía infinita y repetitivamente. Maldijo también el clima por haberse añadido a la dificultad de caminar en el preciso momento en que necesitaba la máxima soltura corporal, cuando

deseaba ser tan inconsciente de tener un cuerpo como fuera posible.

Miró el reloj de pulsera por vigésima vez, pero vio que en la esfera la carne viva de su talón, esa exasperante ampolla que se imponía a todo lo demás. Charpentier estaba enfurecido...

A las cero menos seis minutos empezó a llover de nuevo, una lluvia de costado, hostil, desesperante y penetrante.

«Esto es determinante —reflexionó Dax, con amargura—. El tiempo siempre está de parte de los boches. Mala cosa». Bostezó, un bostezo nervioso, breve e incompleto.

El general Assolant estaba inquieto. Su reloj de pulsera parecía haberse parado. Lo cotejó con el del oficial de artillería y comprobó que no era así. Por más apretados que sintiera aquellos potentes binoculares contra sus globos oculares, no podía apartarse más de unos pocos segundos seguidos, tan desmedida era la impaciencia por que diera comienzo su victoria. Así era como pensaba en ella en ese momento, pues su mente le suministraba con toda franqueza la palabra victoria, en lugar de ataque.

Nicolás no miraba el reloj. Había aprendido a dejar en paz al tiempo. Sabía que en el preciso instante en que se sentía observado empezaba a hacer alardes. Aflojaba el paso, te jugaba malas pasadas.

—Cero menos un minuto —dijo el cabo, repitiendo todavía la información procedente del hilo telefónico.

Assolant se puso las gafas, pero tuvo que quitárselas otra vez casi de inmediato porque se habían empañado por la humedad de la frente. Las secó con un pañuelo y esa vez las mantuvo retiradas del rostro. Tenía la imagen borrosa, pero eso era mejor que no ver nada y pudo asustárselas a las órbitas de los ojos con un movimiento de la muñeca tan pronto como empezó todo. Nicolás, que quería ahorrarle a sus ojos la presión de las lentes, dejó pasar tres cuartos de minuto contándolo con sus pulsaciones, antes de volver a ponerse las suyas.

La concentración de ambos hombres estaba tan intensamente enfocada en lo que iban a ver que nunca oían el estruendo de la primera descarga. De repente un muro de humo negro tomó forma en las lentes de sus binoculares y los sobresaltó. Nicolás estalló en una carcajada ante sí mismo por haberse sorprendido por algo para lo que no había hecho otra cosa que planificar y trabajar en las últimas treinta y seis horas.

—Allá va... —dijo.

—Allá va —dijo el capitán Charpentier cuando a su espalda el cielo se inundó del penetrante aullido de innumerables obuses. El fragor de la descarga, como el de una fuerza inmensa y contenida mucho tiempo que hubiera desbordado sus límites, borró

todo pensamiento de su mente. Silencio a su espalda, un instante, mientras se volvían a cargar los cañones, delante de él el estruendo de la descarga de artillería cuando golpeaba en el suelo y estallaba a doscientos metros de la trinchera. La tierra tembló con la sacudida del impacto. Nubes de humo negro brotaban hacia arriba y, a continuación, se inclinaban ante el viento. Al instante, el olor acre de los explosivos invadía todo. Paladas de barro salían despedidas por los aires y después volvían a caer, esparcidas. La zona era un hervidero y un coro de metal volador. Los hombres se agachaban un poco y se aproximaban unos a otros.

Charpentier miró el reloj. Ya eran cero más cuarenta segundos.

El terremoto continuaba. La descarga de artillería parecía una rebelión de los elementos, terrible por igual para aquellos a quienes pretendía proteger y para aquellos otros a los que pretendía destruir. Estallaban a lo largo de toda la línea enemiga cohetes de S.O.S., alzándose, reventando y cayendo con su absurda lentitud, ajenos a la confusión que se vivía más abajo.

Las balas de las ametralladoras empezaron a perforar el parapeto francés y a salpicar barro por todas partes.

A cero más tres minutos se sumó al caos el bombardeo defensivo alemán arrancando sus propias alambradas, desplazándose hacia adelante y hacia atrás de la primera línea del frente. En las trincheras ya se oían gritos llamando a los camilleros, pero nadie podía oírlos. Al mismo tiempo, la artillería pesada del enemigo entraba en acción a lo largo de todo el sector y los parapetos se encontraban bajo una lluvia pulverizada y constante de balas.

A cero más cinco hubo una tregua momentánea mientras se reorientaban los cañones franceses para el bombardeo rodante.

Sonaban silbatos a lo largo de toda la línea de salto de la trinchera.

Charpentier se encaramó al parapeto humeante gritando y haciendo señas a sus hombres para que lo siguieran. Permaneció allí, gritando y haciendo señas, como una figura heroica, idónea para cualquier cartel de reclutamiento. De todas formas, no se sentía un héroe. Lo único que sentía era la ampolla en el talón y la embriaguez de la vibración de todo a su alrededor.

Los hombres empezaron a saltar por encima del parapeto, arrastrándose, abriéndose paso con las uñas, jadeando.

Charpentier se volvió para encabezar el avance. Al instante siguiente, su cuerpo decapitado cayó en su propia trinchera.

Otros cuatro cuerpos siguieron inmediatamente al suyo, golpeando a algunos hombres que intentaban salir. En tres ocasiones los hombres de la Compañía Número 2 trataron de avanzar y en todas ellas el parapeto quedaba barrido por el fuego mortal de las ametralladoras. Imposible hacerlo, no había más. Los hombres, de común acuerdo, decidieron esperar.

La Compañía Número 1 llegó hasta su alambrada, pero allí fue avasallada por la descarga de artillería alemana. Incapaces de avanzar, los hombres retrocedieron

arrastrándose, uno por uno, hacia la menos precaria protección de su trinchera. El capitán Renouart fue el último en marcharse. Había dejado de ordenar a sus hombres que avanzaran. No tenía sentido.

Las dos compañías de la izquierda hicieron un papel un poco más meritorio al empezar. Unos cincuenta hombres de la Compañía Número 4 consiguieron traspasar su alambrada, pero sólo sobrevivieron una docena, entre ellos Meyer y Férol.

La Compañía Número 3, al mando del teniente Bonnier, avanzó desde la posición de salida con menos dificultades que la otra, pero no encontró algunos pasillos, quedó enredada en su propia alambrada y fue allí donde la atrapó el arrollador fuego de ametralladora alemán. Todo el mundo gritaba, nadie los oía. En su desesperado intento de desenredarse parecía estar bailando una ridícula danza...

—¡Agachaos! ¡Agachaos! —gritaba Bonnier, enredado él mismo hasta la cintura en la alambrada—. ¡Agachaos! ¡Agachaos!...

Sus gritos se tornaron borboteos. La sangre le borboteó de la boca. Las piernas cedieron. El estruendo se desvaneció en sus oídos con una rapidez asombrosa. Silencio. Oscuridad. El teniente Bonnier se sentó en la alambrada. Se sentó allí como si estuviera leyendo un libro atentamente. Una ráfaga de ametralladora lo había alcanzado de lleno en el pecho.

A cero más treinta y cinco minutos, el tercer ataque contra el Pimple había terminado por completo, se había detenido en seco, ahogado.

El papeleo realizado por el ayudante Herbillon sobre la solicitud de raciones se había calculado con bastante exactitud.

El cabo telefonista Nolot tenía una historia interesante que contar. Eso era algo tan obvio para sus compañeros de rancho de la división que le cedieron el asiento de honor en la mesa y pusieron a su alcance una botella y una jarra.

—El mejor día de mi vida —empezó diciendo retorciéndose de placer—. Al amigo Caratiburón le dijeron dónde tenía que disparar. ¡Y nada menos que un capitán! Me enteré de todo el asunto. Yo no podía clausurar la línea porque él estaba hablando por la extensión general. No se puede poner un interruptor en un puesto de observación, ya sabes. Y, de todas formas, habría oído su parte de la...

—Todo eso da igual...

—Sí, empieza por el principio...

—Y no te dejes nada...

—Pero tampoco añadas nada.

—Abrevia, que tengo que irme.

—No le hagas caso, cuéntanos todo.

—Pues bien, yo estaba acuclillado en el suelo. Tenía en una mano el auricular de los setenta y cinco y, en la otra, el otro. Ernest, este, estaba al otro extremo de esa. El general había pedido el parte meteorológico trescientas setenta y nueve veces...

—Sesenta y nueve —corrigió Ernest.

—Bueno, deshazte de tu ingenio un ratito...

—Sí, no interrumpas. Tengo que marcharme dentro de un minuto y quiero oírlo.

—Bueno, yo seguí dándole partes meteorológicos. Todos eran el mismo. La última vez que lo pidió eran cero menos quince. Una pérdida de tiempo, Ernest diciéndome la hora cada minuto y yo repitiéndola. Y, en todo caso, malgastando mi aliento, porque lo único que Caratiburón miraba era su reloj y el Pimple. Un ojo en cada cosa, para entendernos.

»Entonces, al cabo de un rato, Ernest dice “Cero”. Yo ya sabía muy bien qué suponía que fuera cero. Se acababa de desatar el infierno. Cero para los boches y para muchos de nuestros chicos, también...

—No te preocupes por la compañía...

—Caratiburón y Nicolás, ese es el oficial de artillería, estaban pegados a sus binoculares. Y a ellos siguieron pegados. Entonces Ernest dice «Cero más cinco» y oímos el fuego aflojar un instante mientras ajustan los cañones. Ernest empieza a contarme una historia asquerosa. A propósito, ¿dónde dijiste que se despertó la pulga...?

—Venga, vamos.

—Bueno, de repente oigo gritar a Caratiburón: «¡En el nombre de Dios! ¿Dónde están?».

»“Allí, a la izquierda, señor”, le responde Nicolás a voz en grito.

»“Pero esos son sólo un puñado. ¿Dónde están los demás? ¡Cero más seis y todavía no han salido de la trinchera...!”

»Luego, un par de minutos después, Caratiburón dice por la línea: “¿Hay algún informe ya?”.

»Ernest responde que todavía no hay informes. ¡Como si ya pudiera haber habido informes! Yo empiezo a gritarle eso a Nicolás pero Caratiburón ya está gritando por su cuenta:

»“¡Sucios cobardes! No están avanzando. La descarga de protección los adelanta muchos metros...” Entonces, supongo que se para a pensar y ¿qué creéis que es lo siguiente que dice? Está hecho una furia. Dice: “¡Por Dios! ¡Si no avanzan por detrás de una descarga de protección, no lo van a hacer delante de otra del enemigo! Capitán, ordene a los setenta y cinco que disparen sobre las posiciones de salida. Eso les hará salir despedidos”.

—¡Dios mío! No lo dirás en serio.

—Tan cierto como que estoy aquí sentado.

—¿Y qué hace el capitán?

—Mira como si le hubieran disparado. Y dice: «¿Señor?».

Como si fuera una pregunta, ¿entendéis?

—¿Y qué dice Caratiburón?

Nolot dejaba que tuvieran que sonsacarle y disfrutaba entreteniéndolos.

—Va y dice: «Ya me ha oído», y le lanza al capitán una mirada que lo habría fulminado. Entonces Nicolás coge el mapa y el auricular de la extensión de los setenta y cinco y dice:

»“Hola, Polígono. El general ordena que ambas baterías disparen sobre 32, 58 y 73. Fin de la comunicación. Repita”. Esas eran las cuadrículas marcadas en el mapa. El tipo de allí abajo las repite correctamente y entonces lo escucho transmitir la orden. Pasan un par de minutos y la misma voz replica:

»“Aquí Polígono al habla. El comandante de la batería dice que debe de haber algún error. Esas coordenadas son de nuestras líneas. Por favor, verifique. Fin de la comunicación”.

»Así que Nicolás le dice eso a Caratiburón, que responde: “Dícales que no es ningún error y que obedezcan de inmediato. Las tropas se están amotinando, se niegan a avanzar. Disparen como se les ordena hasta nuevo aviso”. Y blasfema como jamás he oído hacer a ningún soldado.

»Hay otra espera, un poco más larga. Entonces, la voz dice, escuchad esto, dice: “El comandante de la batería informa respetuosamente que no puede ejecutar semejante orden a menos que venga por escrito y firmada por el general”.

»“Deme eso”, dice Caratiburón arrancando el auricular de la mano de Nicolás. Muge como un toro. “¡Póngame de inmediato con el comandante de la batería! Al habla el general Assolant”.

»Yo oigo desvivirse al tipo del otro lado de la línea. Enseguida, otra voz empieza a decir:

»“Al habla el comandante de la batería, señor”.

»“¿Va usted a obedecer mis órdenes?”, brama Caratiburón. “Esa no, señor, con todo respeto, a menos que venga por escrito”. Sereno, tal cual.

»“Se lo digo por última vez, en el nombre de Dios, ¡obedezca mi orden, en el nombre de Dios!”

»“Con todo respeto, señor, no. A menos que venga por escrito y firmada por usted”.

»Hay una pausa de un momento. Caratiburón estaba que bufaba y parecía como si estuviera a punto de estallar. Entonces, la voz empieza otra vez:

»“Con todo respeto, señor, no tiene ningún derecho a ordenarme que dispare contra mis hombres a menos que esté usted dispuesto a asumir toda la responsabilidad en exclusiva. Debo recibir una orden escrita para poder ejecutar semejante acción. Suponga que lo matan, señor, ¿dónde me vería yo...?”.

»“Mañana por la mañana estará ante un pelotón de fusilamiento, ahí es donde estará. Estoy dirigiendo una batalla, no un banco. ¿Cree usted que voy cargado con una oficina? ¿Cómo se llama usted?”

»“Pelletier, señor”.

»“Transfiera el mando y preséntese en mi cuartel general, está usted arrestado”.

»“Sí, señor”. Y lo dice así, tal cual. Parecía un poco abatido.

»En ese momento eran cero más treinta y Ernest empieza a zumbarme en la otra oreja: “Según los primeros informes, parece que el ataque ha fracasado en toda la línea”. Pero Caratiburón interrumpe: “Diga a mi jefe del Estado Mayor que disponga el relevo inmediato del Regimiento 181. Mándelos al Château de l’Aigle^[11]. Dígale que convoque un consejo de guerra allí mismo y que lo tenga listo para que se celebre a mediodía”. Y luego sigue hablando con Nicolás: “Si esos malnacidos no se enfrentan a las balas alemanas, se enfrentarán a las francesas”.

»“¿Qué va a hacer, señor?”, dice Nicolás. Está tan pasmado que empieza a preguntar al general, pero Caratiburón parece alegrarse de la oportunidad de hablar.

»“Voy a hacer que fusilen a una sección de cada compañía por amotinamiento y cobardía ante el enemigo, eso es lo que voy a hacer”.

»“¡Dios!”, dice Nicolás. “¡Una sección de cada compañía! ¡Jesús! Vaya, tendrá que utilizar usted una ametralladora”.

»“Esa es una idea de primera, hijo mío”, responde Caratiburón. Estaba tan complacido con ella que ya se sentía mejor. Y no parecía reparar en que Nicolás no había dicho ‘señor’ y le hablaba exactamente igual que si fuera un amigo suyo.

»“Vamos”, dice el general. “No tiene sentido seguir aquí, pero les voy a dar una lección que no van a olvidar. Gastárselas así conmigo. Yo también sé gastarlas buenas”. Y entonces recogen sus cosas y salen. Nicolás sigue diciendo “¡Jesús! ¡Jesús! ¡Virgen Santa!”. Pero Caratiburón sólo sonríe, si es que se puede llamar sonrisa a esa mueca. Le cae bien el nombre, además, Caratiburón. Jamás he visto que le caiga mejor que cuando salió andando de aquel puesto de observación. ¡Menudo día!»

El cabo telefonista Nolot se retorció de gusto.

Había tres razones por las que Assolant había enviado al Regimiento 181 al Château de l’Aigle. Más tarde se alegraría al descubrir que había una cuarta. Las razones sobrevenidas eran excrecencias habituales de las decisiones del general y siempre las aceptaba como un tributo adicional a su sagacidad, sin reconocer jamás lo espurias que eran. Más bien, las acogía de mejor gana aún por haber contribuido a construir una pieza argumentativa sólida, como él pensaba, más sólida.

Sin embargo, la principal de las tres auténticas razones que en el puesto de observación habían emitido un destello en su mente y lo habían llevado a decidirse al instante por el Château de l’Aigle, era el hecho de que parecía que ese castillo poseía el mejor campo de paradas de esa región del país. Como sabía el general, en los confines septentrionales de esa finca, había una extensión de tierra espaciosa y llana, delimitada en dos costados por bosques y, en los otros dos, por el paseo de álamos que partía desde los edificios hasta la carretera principal a la que daba acceso.

No obstante, ¿cómo era posible que, en medio de la tensión y la amargura de la situación del puesto de observación, la mente del general hubiera conservado tanto el orden que en el preciso instante en que decidió relevar al regimiento supiera exactamente dónde quería enviarlo?

Si se viera sorprendido con semejante cuestión, habría respondido a cualquiera que le preguntara que era sencillísimo: él conocía bien el lugar. En más de una ocasión había pasado allí revista a tropas.

Bajo esta explicación tan sencilla había otra razón igualmente simple pero más profunda para su inusual retentiva de los detalles de un campo de paradas. Desde el primer momento en que lo vio, ese campo de paradas se había convertido en un ingrediente permanente de sus ensoñaciones. Era el lugar donde el Presidente de la República, nada menos, impondría la estrella de Gran Oficial de la Legión de Honor en la pechera derecha del general de división Assolant. ¿Qué más adecuado, pues, que aquellos que le habían hecho perder la estrella pagaran su deuda en el mismo suelo? Los bosques abastecerían sobradamente de postes de ejecución y había muchísimo espacio para que el regimiento formara en *U* de manera que nadie se perdiera el espectáculo.

Las otras dos razones para la elección del Château de l'Aigle eran su conveniente distancia tanto desde la línea del frente como desde el cuartel general de la división (se encontraba a unos diez kilómetros de cada uno) y la sensación del general de que un castillo sería un lugar más digno y, por consiguiente, más apropiado para la celebración de un consejo de guerra que cualquier alojamiento en ruinas más próximo a las líneas.

En su época, aquella finca había desprendido sin duda alguna cierto encanto, el encanto decoroso que todavía se palpaba en ciertos lugares a pesar de encontrarse en territorio de ejércitos en lucha desde el comienzo de la guerra. El propio castillo estaba situado en el centro de un parque de bastante envergadura. La mayor parte del parque estaba ahora plagado de cabañas, construidas bajo los árboles con el fin de ocultarlas. Eran los alojamientos y comedores de oficiales. Más allá del parque había prados y, al otro lado de los prados, bosques. Algunas zonas de bosque del norte y del oeste habían sido desbrozadas y aliviadas de densidad para hacer posible la construcción de dos acantonamientos para las tropas, los Campamentos A y B. El más próximo al campo de paradas de Assolant era el Campamento B y ahí era donde ahora se aproximaba el Regimiento 181 bajando por la avenida de álamos.

Los hombres conversaban.

—... He oído que el coronel se suicidó.

—Pues se ha repuesto enseguida: acabo de verlo pasar en ese coche.

—Así es. Iba en el coche con el general.

—A lo mejor está arrestado.

—Debería estarlo, por mandarnos a semejante matadero.

—Dicen que amenazó con disparar a un oficial.

—¿Quién?

—El general.

—Debería disparar al coronel por mandarnos hacer ese ataque.

—Entonces debería pegarse un tiro él. El coronel no tenía nada que ver con eso.

Sólo obedecía órdenes.

—Eso es verdad. El coronel dijo que si seguían adelante con el ataque, él renunciaba a su puesto.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Lo he oído.

—Y yo he oído decir a uno de los corredores del cuartel general que el telefonista había dicho que en algún lugar hubo una escena del demonio y que los dos amenazaron con dispararse.

—¿Quiénes?

—Dax y el general.

—Me pega que lo hagan.

—Sí, algo se respira. Este relevo repentino...

—Nadie pudo avanzar contra semejante fuego. Georges, tú conoces a Georges, asomó la cabeza para saltar el parapeto y las ametralladoras le volaron la parte de arriba, justo atravesándole las narices.

—Las ametralladoras no rebanan tan limpiamente.

—Esa sí. Los sesos quedaron esparcidos encima de mí.

—¡Qué gracioso! Creía que no tenía.

—Y más que tú.

—No. Yo tengo seso suficiente para que no me maten.

—Para esconderse en un refugio no hacen falta sesos, sólo miedo.

—Bueno, se le han acabado los problemas. Siempre estaba diciendo que no tenían su número. Así seguro que te toca.

—Si te quedas aquí el tiempo suficiente, te toca.

—A alguien le va a tocar por este fiasco, eso sí es seguro.

—A tocar, ¿qué?

—Bueno, si eres un general, te toca una medalla. Pase lo que pase, a ellos siempre les tocan medallas, pero si eres un soldado, te dan una patada en el hocico. Y eso también te toca pase lo que pase.

—Está pasando algo raro. Lo noto. Todo este ajeteo para sacarnos del frente. Y los oficiales no actúan con naturalidad. ¡Hola! Dragones...

El regimiento había doblado a la derecha en la avenida de álamos y se dirigía a los bosques, unos cincuenta metros más allá. Podían ver las cabañas más cercanas justo al otro lado de la línea de los árboles y, frente a la entrada al campamento, un grupo de Dragones a caballo.

La caballería se parecía muchísimo a un comité de recepción, pero no muy efusivo, eso había que reconocerlo.

La columna pasó entre las filas de los Dragones, que los miraban con una curiosidad fría, y luego desapareció en el bosque. Cuando formaron en las zonas para las compañías antes de ser destinados a sus alojamientos, enseguida descubrieron para qué estaba la guardia de honor. Los comandantes de las compañías leyeron la

siguiente orden:

El regimiento está bajo arresto colectivo y permanecerá confinado en los cuarteles hasta nuevo aviso. El campamento está bajo vigilancia y se disparará contra todo aquel que trate de abandonarlo sin permiso tan pronto como sea avistado.

La presencia de los Dragones era la cuarta razón sobrevenida para sentirse satisfecho con el Château de l'Aigle.

El capitán Pelletier terminó el café en el Café du Carrefour y preguntó a la patrona cuánto le debía.

—Cinco *sous* —dijo.

Pelletier dejó el dinero y encendió un cigarrillo.

—¿De permiso? —preguntó mientras recogía las monedas.

Era la primera pregunta netamente familiar que había formulado a alguien en varias semanas.

—Sí —respondió Pelletier.

—¿Diez días? —insistió ella.

—No, yo creo que más —contestó Pelletier sonriendo, mitad para ella y mitad para sí.

Tenía un aspecto muy juvenil, muy cansado y muy sucio. La patrona se fijó en su palidez, en los músculos tensos en torno a la boca, en el aspecto vidrioso de sus ojos. También reparó en que sus gestos y movimientos empezaban con arrancadas y terminaban con apatía.

—¿Ha estado mucho tiempo? —preguntó.

—Demasiado —respondió él.

—Tómese otro café con una gota de coñac —propuso.

—No, gracias, debo marcharme.

—Si espera media hora, los camiones vacíos de munición pasarán de vuelta hacia la terminal de ferrocarril.

—Gracias, pero creo que empezaré a caminar. El ejercicio me sentará bien.

—Hace mal día.

—Sí que hace mal día.

—Bien, buena suerte, joven.

—Gracias, la voy a necesitar. Y lo mismo le deseo.

—*Au revoir*, capitán.

—*Adieu, madame*.

Cuando, poco antes de mediodía, el general De Guerville, jefe del Estado Mayor del Decimoquinto Ejército, entró en el despacho de Assolant en el cuartel general de la

división, tuvo por un instante la sensación de que estaba interrumpiendo un consejo de guerra, tanto se parecía aquella escena a uno. Encontró al general Assolant sentado detrás de una mesa alargada que le servía de escritorio. A su izquierda, estaba sentado el jefe del Estado Mayor de la división, el coronel Couderc, y, a su derecha, una silla vacía. Delante de la mesa había un grupo de oficiales en una actitud muy semejante a la que el propio Assolant había mostrado hacía dos noches cuando manifestara al comandante del ejército sus dudas acerca del ataque. Lo que quiera que se estuviera diciendo quedó acallado cuando Assolant se levantó para saludar a De Guerville. Todo el mundo hizo sonar los tacones y saludó.

—Buenos días, general. Buenos días, caballeros —dijo De Guerville, afablemente, mientras avanzaba por la estancia hacia la silla vacía que Couderc sostenía para él—. Un día horrible. Por favor, no permitan que les interrumpa.

—Buenos días, señor —dijo Assolant—. Permítame presentarle a estos oficiales. Al coronel Couderc creo que ya lo conoce. El coronel Dax, al mando del Regimiento 181 del frente. El coronel Labouchère, miembro de mi Estado Mayor. El capitán Herbillon, ayudante del coronel Dax.

Hubo más taconazos y más saludos, incluso de Saint-Auban y de otros dos oficiales jóvenes a quienes Assolant no se molestó en presentar.

—Por favor, no permitan que les interrumpa —dijo De Guerville.

Dax le tomó la palabra y, dirigiéndose a Assolant, que le había brindado un gesto de asentimiento con la cabeza, se zambulló de nuevo en el punto en el que se había detenido.

—Se lo repito, señor. Insisto en que no fue un motín.

—Ordeno un ataque y sus soldados se niegan a atacar. ¿Qué es eso sino un motín?

—Mis tropas atacaron, señor, pero no pudieron avanzar lo más mínimo.

—Porque ni siquiera lo intentaron. Usted sabe que yo lo vi con mis propios ojos, desde el puesto de observación.

Tres cuartas partes del regimiento jamás abandonaron las posiciones de salida.

—Dos tercios del regimiento realizaban labores de apoyo, señor. Ni siquiera estaban en la trinchera de ataque.

—Me refiero al batallón, claro está. Por favor, no ponga objeciones. A propósito, ¿dónde está el comandante del batallón? Debería estar aquí.

—¿El mayor Vignon? Murió. A causa de fuego de nuestra descarga de artillería. Varios obuses quedaron cortos. En cuanto pueda, redactaré un informe. Esa era otra cosa, señor...

—¿Quiere usted ceñirse al asunto, Dax, que es que su primer batallón no avanzó como se le ordenó y que, como ya he repetido en varias ocasiones, voy a ordenar que se ejecute a una sección de cada compañía? Y porque soy indulgente. Con la ley en la mano, todo el batallón debería...

—Indulgente, no puede hablar en serio, señor. Y los hombres sí avanzaron. Por Dios, hemos tenido casi un cincuenta por cien de bajas...

—Sí, en nuestras propias trincheras, Dax. Con una cifra tan alta deberíamos haber llegado al otro lado del Pimple.

—Me parece, Assolant —intervino De Guerville— que las bajas demuestran que el fuego fue intenso, aun cuando la mayoría de ellos se encontrara en las posiciones de salida.

—Sí —dijo Assolant—, pero la cuestión es que los hombres no avanzaron. Deberían haberse dejado abatir fuera de las trincheras, no dentro de ellas.

—No escogieron el lugar donde iban a matarlos —replicó Dax—. Los alemanes escogieron por ellos.

—No avanzaron. ¿No lo entiende? —insistió Assolant.

—Sí, señor —respondió Dax—, pero usted dice que se negaron a avanzar y yo digo que no pudieron avanzar. Era materialmente imposible. A pesar de todo, muchos de ellos lograron avanzar unos cuantos metros. Algunos salieron literalmente volando hacia atrás, al interior de su propia trinchera.

Pensando que había encontrado un aliado en De Guerville, se volvió hacia él y concluyó sus comentarios dirigiéndoselos.

—¡Oh! —dijo De Guerville, renunciando a toda prisa a la alianza—. Debemos dar ejemplo con algunos.

—Sin duda —coincidió Assolant—. Una sección de cada compañía.

—Eso resulta un tanto excesivo, creo yo, general —añadió De Guerville.

—Bien, ¿qué sugiere, señor? —preguntó Assolant.

—Bueno, digamos diez hombres de cada compañía. Cuarenta.

—Tal como está ahora mismo de efectivos el batallón, eso es prácticamente una sección —intervino Dax.

—¿No exagera un poco, coronel? —preguntó De Guerville con una amable sonrisa.

—Si lo que quiere es dar ejemplo, señor —prosiguió Dax—, un hombre servirá igual que un centenar, pero yo no sabía cómo escogerlo. Tendría que ofrecerme yo mismo. Al fin y al cabo, soy el oficial responsable.

—Vamos, vamos, coronel —dijo De Guerville—, creo que está usted alterado. No es una cuestión de oficiales.

—¿Y por qué no? —preguntó Dax.

Habiendo reparado en que De Guerville se había inquietado ante la propuesta, decidió insistir en ese punto. En realidad, a De Guerville no le gustaba en absoluto el giro que estaba adoptando la discusión. Rápidamente, optó por emprender la paradójica maniobra de replegarse y, al mismo tiempo, ignorar el ataque de Dax. Se volvió hacia Assolant y dijo:

—Supongamos que lo dejamos en una docena. No diremos que fue un motín. Podríamos perfectamente, creo, dejar esa problemática palabra al margen. Simplemente, cobardía ante el enemigo.

—Empecé hablando de cuatro secciones —protestó Assolant— y ya hemos

bajado a un escuadrón...

—Se lo ruego, caballeros —irrumpió Dax, que ya no deseaba contenerse ahora que le parecía que tenía a De Guerville dominado—. ¡Una docena de hombres! Una docena de hombres, como si fuera una docena de cabezas de ganado. ¡Eso es monstruoso! O es culpable el batallón entero o lo soy sólo yo. Pero piensen en nuestra hoja de servicios, en nuestros *fourragères*^[12], en lo que acabamos de pasar en Souchez. En el estado en que se encuentran los hombres. En la lluvia. Y en el criminal fuego de los boches. El general recibió en persona una muestra ayer. Si lo que quieren es dar ejemplo, ¿no bastaría con un hombre? ¡Pero doce hombres! ¿Y quién sabe quiénes serán? ¿De dónde proceden? ¿Qué contactos pueden tener? ¡Pobres diablos! Trataron de avanzar. Era imposible. Por mi honor, caballeros, no fueron cobardes. Nada más lejos. Fueron héroes...

De Guerville volvió a interrumpir. Uno de los comentarios de Dax se le había quedado prendido y seguía allí: «¿Quién sabe qué contactos pueden tener?» A De Guerville no le agradaba las posibilidades que evocaba esa frase. Se veía obligado a reconocer que las posibilidades decían que una docena de hombres tendría más contactos que una cifra inferior. Y esos contactos estarían también más diseminados por todas partes. Además, entre los soldados había diputados. Una interpelación en la Cámara supondría...

—Creo que, en su conjunto, Assolant, sería mejor que optáramos por un hombre de cada compañía. Eso serían cuatro.

—Pero, señor... —empezó a decir Assolant.

—Nada de peros, general. Estoy decidido.

—Si insiste, señor, me veo obligado a ceder, pero sólo porque habla usted con una autoridad superior.

—Sí, debo insistir, Assolant. No más de cuatro.

—Muy bien, tendré que darme por satisfecho con cuatro. Un hombre de cada compañía, Dax, que serán fusilados mañana. ¿Está claro?

—Pero, ¿sin juicio, señor?

—Oh, no. El consejo de guerra se celebrará en el castillo a las tres de esta tarde. Le viene bien, Labouchère, ¿verdad?

Dax se volvió hacia Labouchère, que estaba de pie cerca de él y, después, de nuevo hacia Assolant.

—No lo entiendo bien, señor —dijo—. ¿He quedado relevado del mando? ¿El coronel Labouchère...?

—En absoluto —dijo Assolant—. El coronel Labouchère presidirá el consejo de guerra, eso es todo.

—Entonces, le ruego que acepte formalmente mi protesta —dijo Dax—, y con mayor énfasis aún, contra la propuesta de que el coronel Labouchère presida el consejo de guerra después de haber estado presente en esta discusión.

—Permítame recordarle, Dax, que soy yo quien da las órdenes...

—Sí, señor, pero expongo respetuosamente que es impropio de usted hacerlo de forma que un oficial que va a prestar servicio en un proceso judicial...

—¡Silencio, en el nombre de Dios! ¡Se acabaron los comentarios!

—¿Puedo preguntar, señor —dijo Dax hablando entre dientes y con los labios apretados—, a qué cuatro hombres quiere usted ejecutar?

—Eso me es irrelevante. Lo único que quiero son cuatro, uno de cada compañía, para dar a los demás una lección de obediencia y cumplimiento del deber.

—No tengo candidatos para semejante honor, señor.

—Entonces busque a alguien que los encuentre.

—Pero, ¿cómo? Son todos igualmente inocentes...

—¡Por el amor de Dios, coronel! ¿Trata usted de ponerme obstáculos? Si está intentándolo, se está colocando en una posición muy delicada. Que los comandantes de la compañía escojan a los... hummm... culpables. Es una orden y es terminante. Pueden retirarse, caballeros. General, espero que pueda quedarse a almorzar.

—Será un placer —dijo De Guerville.

Media hora más tarde, tiempo durante el cual De Guerville explicó a Assolant los motivos para reducir el número de ejecuciones, los dos hombres abandonaron el despacho. Se encontraron en el vestíbulo con dos capitanes, que se detuvieron y saludaron. Uno de ellos parecía muy joven, muy cansado y muy sucio.

—¿Qué quiere? —preguntó Assolant en un tono que parecía desprovisto de toda invitación a expresar una necesidad.

—Usted me ordenó que me presentara aquí ante usted, señor —comenzó diciendo aquel cuya tez revestía la máxima palidez, cuyos músculos de las mandíbulas todavía estaban bastante tensos y cuyos ojos estaban vidriosos—. Pelletier, comandante de la batería de...

Assolant no lo dejó continuar.

—Sí, sí, quería hablar con usted porque algunos obuses quedaron cortos. El coronel del Regimiento 181 me ha presentado un informe oral y puede ser un caso que requiera una comisión de investigación. No tengo tiempo para dedicarme a ello ahora. Preséntese a sus mandos hasta nueva orden.

El rostro de Assolant estaba bajo control absoluto y la expresión que había en él no animaba a continuar con aquella conversación. Pelletier miró a De Guerville, vio el distintivo del Estado Mayor del Ejército en la manga y se apartó a un lado para dejar paso a los generales.

Cuando ya no podía oírlos, De Guerville comenzó:

—Eso es grave, disparar sobre su propia infantería. Debes castigar ese tipo de cosas con la máxima severidad, Assolant.

—Estoy absolutamente de acuerdo con usted —dijo Assolant—. Y el peor castigo para él sería alejarlo. Digamos a Macedonia o a alguna colonia. Es un hombre ambicioso y problemático. Cursaré la orden de inmediato. ¿Puede ocuparse de que se confirme lo antes posible?

—Claro, si eso es lo que desea, pero, ¿qué pasa con la comisión de investigación?

—Bueno, en los casos en que alguien abre fuego contra sus propios soldados siempre intento evitar la investigación. Se difunde entre los hombres y causa muy mala impresión. Alejarlo será para él la mejor medida disciplinaria. Enviaré la orden de su traslado a lo largo del día y, si tiene usted a bien acelerar su confirmación...

—Como usted diga, Assolant. Seguramente sabe usted más...

—Sí, señor, por el bien del cuerpo.

Además de que el general parecía mostrarse extrañamente cercano con un simple capitán de artillería, De Guerville reparó en lo innecesario de la explicación, pero no hizo ningún comentario.

Los hombres estaban hablando. Siempre estaban hablando. Parecían estar hablando incluso cuando guardaban silencio, como en una marcha, en un desfile o esperando en las trincheras, es decir, siempre parecían estar comunicándose. Una mirada, el movimiento de una mano o de un pie, la expresión de una cara o la inclinación de una cabeza o el propio ángulo de inclinación con que se llevaba el casco a menudo tenían una significación extraordinaria en una conversación en curso. ¿De qué hablaban? En su mayoría de sí mismos, como es natural, pero también de todo, de todo lo relacionado con ellos mismos y viceversa. Inexplicablemente, la conversación era siempre la misma y siempre nueva. Parecía formar parte de una conversación más extensa que se había iniciado en un pasado lejano y se iba a proseguir monótonamente adentrándose en un futuro cuya duración nadie sabía calcular. Tenía la extraña cualidad de perpetuarse a sí misma, lo que hacía sentir que, aunque los hombres murieran o se marcharan, la conversación nunca desaparecería porque llegarían otros hombres para alimentarla, como de paso, con despreocupación.

Había dejado de llover y los hombres se habían reunido cerca de la cocina de campaña para el rancho de mediodía, de pie.

—... los Dragones.

—Un montón de amargados, está claro. Ni que fuéramos prisioneros boches.

—Ojalá fuéramos prisioneros boches, entonces estaríamos a salvo.

—De no ser por los artificieros nocturnos, estamos bastante a salvo.

—Ahora no es eso lo que me preocupa. Son los oficiales. ¿Estamos a salvo de ellos?

—Siempre hemos estado a salvo de los oficiales. ¿Qué estás insinuado?

—Se rumorea por ahí que va a haber ejecuciones.

—Sí, ¡las pelotas! Esto no es un cine.

—Muy bien, las pelotas, entonces, pero no pensarás lo mismo cuando descubras que son las pelotas del fusil.

—Tiene razón. Se masca algo en el aire.

—Quizá alguien haya vaciado una letrina.

—Claro que tiene razón. ¿Por qué, entonces, estamos bajo arresto? Todo el regimiento. Algo así no se ha visto nunca, todo un regimiento.

—Y supongo que creerás que van a fusilar a todo el regimiento.

—¿Por qué no? Pueden hacer lo que quieran.

—No digas tonterías.

—¿Qué tiene eso de tontería?

—Simplemente es una tontería, una tontería.

—Entonces, supongo que no fue una tontería mandarnos a aquel ataque.

—Eso es distinto, se trataba de un ataque.

—Bueno, da igual, no me gusta. Está todo demasiado tranquilo. Se está tramando algo sucio. Siempre ocurre algo así cuando la cosa está tranquila.

—Sí, ¿y dónde están todos los oficiales? Nada de pasar revista, nada de desfiles, nada.

—Tampoco han venido a probar la sopa.

—Se limitaron a leer la orden y se largaron.

—Será porque ellos tienen su propia sopa.

—Y nosotros nadaremos en ella, te apuesto lo que quieras.

—Uno de los Dragones ha dicho que iba a haber consejos de guerra.

—Un consejo de guerra en el campo de batalla significa ejecuciones en el campo de batalla.

—Bueno, todavía no han dado la orden con los detalles para cavar las tumbas. Algo es algo.

—¿De qué sirve engañarse? Os digo que...

Meyer, que no había aportado a esta conversación nada más que su atención, se acabó la comida y se marchó hacia su barracón. Sin limpiarlos, dejó a un lado sus cubiertos de campaña y después se quedó pensativo unos minutos. Sus ojos, igual que sus pensamientos, empezaron a vagar. Muy pronto su cuerpo estaba también en movimiento, pausado, decidido. Sacó su cartera y verificó el contenido: cinco francos y tres fotografías obscenas. Sacó de la mochila la navaja y una tableta de chocolate y se las guardó en el bolsillo. Buscó un par de calcetines, pero, al no encontrar ninguno entre sus cosas, buscó en las mochilas más próximas hasta que encontró un par seco. Se cambió de calcetines, con calma. Los ojos dieron con una guerrera colgada de un clavo a mitad del barracón y se acercó a ella y empezó a hurgar en los bolsillos. Encontró una carta, que empezó a leer, pero no había dinero. A su espalda, un hombre entró en el barracón y Meyer se volvió. Vio de reojo que el hombre llevaba la guerrera puesta, de modo que continuó con lo que estaba haciendo. Meyer era así, tranquilo. Era un ardid cuya enseñanza tenía que agradecer al ejército. Su sargento de instrucción hacía un énfasis soez al respecto: «Si estáis haciendo algo incorrecto, tranquilidad, mantened la calma. No llaméis la atención sobre ello para tratar de salvaros». Era una buena artimaña y funcionaba. El hombre salió del barracón sin prestar la menor atención a Meyer. Meyer acabó la carta y volvió a sus cosas. Se

preguntaba si debería llevarse el abrigo. Vendría muy bien para dormir al raso. Luego, decidió no hacerlo. Significaría tener que cargar con más cosas y quizá llamara la atención. Salvo cuando llovía, ya nadie llevaba abrigo.

Meyer salió y deambuló por el campamento, casi siempre cerca de los límites, donde pudo ver a los Dragones. Dirigió la palabra a un par de ellos, pero no recibió una gran respuesta. «Unos cerdos maleducados», se dijo, confundiendo el bochorno que sentían con la mala educación, el bochorno de unos hombres sencillos que ejercen el desacostumbrado y antipático papel de carceleros.

Meyer se acercó más, cada vez más, al extremo superior del campamento, cuyo final se adentraba profundamente en el bosque. Sacó un cigarrillo, luego lo devolvió a su lugar para usarlo más adelante. Se desabrochó la guerrera, embutió la gorra en uno de los bolsillos inferiores y sintió que estaba fingiendo bien el andar sin rumbo. No veía a ningún Dragón por los alrededores, de manera que se adentró en el bosque, caminando despacio y reproduciendo con el rostro una expresión distraída...

—¡Alto!

Meyer fingió no haber oído.

—¡Alto ahí o disparo!

Meyer se volvió y vio a un Dragón desmontado a unos cuantos pasos. Apoyó el fusil contra un árbol y Meyer vio que él era el blanco al que apuntaba.

—Si es eso lo que mejor te parece hacer...

—Sí, eso es lo que me parece hacer. Las órdenes son las órdenes. Vuelva a su lugar.

—Espera un instante, amigo, sólo voy al pueblo a divertirme un rato. Volveré dentro de una hora. Nadie notará la diferencia.

—La notará usted si da un paso más. Tengo órdenes de disparar...

—¿Y por qué eso de disparar?

—Ustedes, compañeros, están bajo arresto. Mañana habrá muchos disparos...

—¿Por qué, por el amor de Dios? ¿Qué he hecho yo?

—Usted sabrá. Está tratando de escapar.

—Yo no trato de escapar. Sólo voy a dar un paseo...

—Amante de la naturaleza, ¿verdad?

—Sí.

—Usted verá. Bien, recoja las margaritas que quiera por aquí. Será mejor para usted que arrancarlas por allí.

El Dragón señaló en dirección al campamento sacudiendo la cabeza. Meyer apreció que lo hacía sin mover el fusil, que seguía apuntándole al pecho.

Meyer sopesó las posibilidades de emprender la fuga. Había un árbol cerca, pero era demasiado delgado para protegerse detrás de él. Al otro lado había un árbol de buen tamaño, detrás del cual podría poner cierta distancia con seguridad entre él y el Dragón, pero necesitaría dar cuatro pasos para llegar, tres para la mayoría. Meyer vio que el Dragón llevaba espuelas y se maldijo por no llevar el cigarrillo en la mano.

Podría habérselo arrojado al Dragón y haberle obligado a bajar el cañón lo justo para dar un salto hacia el árbol y esconderse allí. Con espuelas nadie podía correr mucho, menos aún en un bosque, pero llevaba las manos libres y las espuelas no interferían con la acción de las balas.

—De acuerdo, comeboñigas —dijo, y emprendió camino de regreso al campamento, mirándolo por encima del hombro.

El Dragón lo siguió a través de la mira rodeando el árbol contra el que tenía apoyado el fusil y no perdió de vista a Meyer hasta que se hubo marchado.

Cuartel General del Regimiento

Regimiento 181 del frente

N° 13.934-CD-19

Confidencial. Urgente.

Para: Cap. Renouart, Oficial al mando de la Compañía N° 1 Cap. Sancy, Oficial al mando de la Compañía N° 4 Ten. Roget, Oficial habilitado al mando de la Compañía N° 2 Sarg.-mayor Jonnart, Suboficial habilitado al mando provisional de la Compañía N° 3

Por la presente se les ordena que escojan y arresten a un hombre de cada una de sus compañías y que los conduzcan al calabozo del castillo antes de las 14:30 en punto de hoy para que comparezcan en consejo de guerra por los cargos de cobardía ante el enemigo.

Por orden:
Herbillon
Ayudante del capitán

—¿Qué significa esto, señor? —preguntó Herbillon, entregando el trozo de papel al coronel Dax.

—Hummm... —respondió Dax—. Eso parece disimular la situación, pero no lo consigue. Lo que quiero decir es que... Quiero que esos hombres sepan qué se les está pidiendo que hagan. Que, muy probablemente, estarán escogiendo a un hombre para que lo fusilen, no sólo para que lo juzguen en consejo de guerra.

—¿Por qué no llamarlos y explicárselo, señor?

—No puedo, Herbillon. No podría mirarlos a la cara. No desempeñaré el papel que Assolant me impone. No podría soportar sus reproches...

—Ellos no se atreverían, señor...

—No, me refiero a los reproches tácitos. Esos serían los más difíciles de soportar. Soy literalmente incapaz de argumentar más a este respecto. ¡Una orden es una orden, por Dios! He luchado contra esto desde que nos enviaron al frente. Protestas, protestas, protestas, y todo como golpear contra un muro, el muro de la obstinación y la vanidad de Assolant. De acuerdo que está un poco loco, ya lo sé, pero me temo que tendrán que matar a muchos más hombres para que lo descubran más arriba. Bueno, ¿sabe lo que ha hecho? ¡Ordenó que los setenta y cinco dispararan sobre nuestras posiciones de salida para hacer avanzar a los hombres! Pelletier se negó a hacerlo si no le daban la orden por escrito, pero tampoco Assolant estaba tan desesperado como para escribir nada. Me lo contó el oficial de observación de artillería de Pelletier. De manera que ya ve a lo que me enfrento. Estoy cansado. Acabo de pasar dos horas con

el general discutiendo sobre el asunto. Y me van a apartar por el empeño, eso era evidente.

—Oh, no creo que eso suceda, señor...

—Claro, había olvidado que estuvo usted presente en la reunión.

—Por favor, permítame explicar la situación a los comandantes de cada compañía, señor —dijo Herbillon, que realmente quería hacer algo para aliviar la angustia de su jefe.

—No, no tiene sentido. Sólo serviría para que insistieran en verme y también para desplazar la responsabilidad sobre mí. Tienen que asumir su propia responsabilidad y actuar como mejor sepan. En todo caso, esas eran las órdenes del general y voy servirme de ellas a mi favor todo lo que pueda. Por otra parte, si cabe algo de justicia en toda esta calamidad, seguramente se conseguirá mejor dejando que los comandantes de las compañías obren según les dicte su propio criterio. Ellos conocen a sus hombres o, al menos, los conocen mejor que yo. El general quería que se fusilara a una sección entera de cada compañía. Piénselo, ¡una sección! Ese hombre es un demente. Con la ayuda del oficial del Estado Mayor del Ejército logré que fueran cuatro. He hecho todo lo que he podido. Ha sido un ejercicio de regateo degradante, se lo aseguro. No, que las cosas sigan su curso. Compareceré ante el consejo de guerra para hacer un alegato final, aunque seguramente tampoco servirá de nada. Usted oyó cómo Assolant daba a Labouchère prácticamente la orden de que se condenara a los hombres. Si llega a suceder lo peor, apelaré también al comandante del ejército, la cabeza que está justo por encima de la de Assolant. Pero quiero que estos oficiales conozcan la gravedad de la decisión que tienen que tomar.

—Bien, ¿pongo algo acerca de las ejecuciones...?

—No. Eso sería dar por supuestas demasiadas cosas. En realidad, aunque sé que son capaces, no puedo creer que vayan a seguir con esto hasta el final. Y jamás serviría de nada reconocer que esperábamos algo semejante. Sería injusto para los hombres. Siempre hay alguna esperanza, ya sabe, hasta que estén realmente muertos.

—¿Qué le parece una frase como esta, señor, «Más adelante se darán órdenes relativas a los pelotones de fusilamiento...»?

—Eso es casi lo mismo. Le voy a decir lo que vamos a hacer. Ponga «consejo de guerra sumarísimo», en lugar de simplemente «consejo de guerra». Eso les hará caer en la cuenta de la gravedad del asunto. También sabrán que no hay apelación posible. Y, a propósito, cambie el encabezamiento. Si Assolant va a dar semejantes órdenes, quiero que aparezcan en el documento. Empiece de este modo: «Por la presente se les transmite la instrucción de que, por orden del comandante general de la división, seleccionen y arresten, etcétera». Eso les indicará que yo no trato de eludir mi responsabilidad transfiriéndosela a ellos. También les transmitirá la impresión de que la orden es definitiva y es inútil tratar de discutirla conmigo. Voy a intentar dormir un poco, pero si alguien quiere verme por este asunto, puede despertarme, por supuesto.

Una vez que Dax se marchó, Herbillon recogió el borrador de la orden y lo

redactó de nuevo en la máquina de escribir con los cambios que había propuesto Dax y utilizando cuatro hojas de papel carbón. Firmó todas las copias, las introdujo en sobres y los cerró. A continuación, escribió el destinatario en los sobres, donde resaltó «Urgente y personal» y llamó a un corredor.

—Distribuya esto y entréguelo en mano a los oficiales a quienes va dirigido — dijo—. Y que le firmen un recibí.

El corredor saludó y salió. En cuanto se alejó de la puerta y se sintió seguro de que no lo veían, miró los sobres y trató, sin éxito, de abrirlos para husmear. Se le amustió el gesto, después volvió a iluminarse al ver una dirigida al sargento mayor Jonnart. Eso significaba una excursión hasta el Campamento B, un paseo agradable. También era una oportunidad para chismorrear con los chicos. Ser corredor tenía sus ventajas, pero también sus inconvenientes. Estar sentado en la puerta de un despacho, sin hacer nada, a veces durante toda una mañana. Tampoco se le permitía fumar. Y tener que levantarse y saludar cada vez que pasaba un oficial. Nadie con quien hablar, salvo los demás corredores, y uno mismo sabía ya tanto como todos ellos o incluso más. Claro que uno solía enterarse de lo que se cocía en los cuarteles generales, lo que le convertía a uno en una persona de cierta relevancia. Hasta los sargentos lo escuchaban o trataban de sonsacarle algo. Pero se perdía uno la posibilidad de estar con quienes eran como él y hablando de sus cosas, libremente. Había que tener cuidado con lo que se decía en los alrededores del despacho. Y, por muy decente que fuera un oficial, nunca dejaba de ser un oficial y uno no lo era. Los oficiales hablaban un lenguaje distinto. Comían incluso comida distinta...

El corredor se dirigió hacia el campamento para entregar las cartas.

«Una tontería de Herbillon eso de decir que pida recibís —iba pensando—. Siempre se piden recibís. Un idiota quisquilloso. Pero los ayudantes son siempre quisquillosos. Piensan que llevan el peso del universo sobre los hombros. Ahora, un cigarrillo de camino al Campamento B. El sargento mayor Jonnart, ¿eh? No es mal tipo, pero sí un poco duro de mollera. Los sargentos mayores siempre lo son. Quizá pueda decirme qué se cuece. La verdad es que el cuartel general guarda silencio absoluto con todo esto. Hablan encerrados en el despacho, así que uno no puede oírlos desde fuera. Quizá los Dragones sepan algo. ¡Todo un regimiento bajo arresto! Gracias a Dios por tener oportunidad de fumar. A pesar de todo, parece que va a hacer buen día. El campo está muy bien.

Estará fabuloso precisamente cuando me vaya de permiso el mes que viene. A lo mejor puedo agenciarme un trago en la cantina en el camino de vuelta...»

El corredor se tomó su tiempo. Inhaló profundamente el humo del cigarrillo dándole a los pulmones la nicotina de la que habían sido privados y por la que se mostraban agradecidos. Estaba encantado de que lo enviaran a hacer un recado.

SENDEROS DE GLORIA

TERCERA PARTE

El capitán Renouart rompió el sobre para abrirlo, sacó la delgada hoja de papel oficial y miró su reloj. Extendió el papel y, en la esquina superior derecha, escribió en diagonal «Recibido a las 12:48» y lo firmó con una *R*. Mientras lo hacía, sus ojos ya se ocupaban en extraer el mensaje de las líneas mecanografiadas. Tenía la mirada tan entrenada y había desarrollado una vista tan selectiva que sabía lo que contenía la orden casi antes de haber firmado con la inicial. Los ojos trabajaban telegráficamente para suministrarle la información del siguiente modo: «Renouart... arreste a un hombre... calabozo... 14:30... consejo de guerra... cobardía».

¡Por fin! Ahí estaba. De modo que iban a hacerlo así. Sí esperaba que sucediera algo, pero no de semejante naturaleza. Refiriéndose a todo este lío, en el almuerzo se había hablado mucho y sin disimulo de ejecuciones. Renouart, que discrepaba de los demás, se inclinaba a pensar que, si se adoptaba alguna medida disciplinaria, sería contra los oficiales y, entre ellos, seguramente, contra él mismo. En cuanto a los hombres, estaba seguro de que se les privaría del permiso y se les impondrían periodos de servicio extras en sectores peligrosos. Pero aquello era otra cosa.

Renouart puso fin a sus especulaciones, ya inútiles, acerca de lo que fueran a hacer y leyó la orden detenidamente, palabra por palabra.

Escoja y arreste a un hombre. Repitió la frase en voz alta y empezó a repetirla de nuevo una y otra vez, pero descubrió que se detenía siempre y repetía tan solo la palabra «escoja».

A una distancia que se le antojaba inmensa, su elección iba tomando forma, una forma diminuta. En ese mismo instante adquirió una envergadura gigantesca pero intangible y se abalanzaba sobre él con una velocidad fabulosa avasallándolo con su irrevocabilidad absoluta.

No. No podía escoger a un hombre y no iba a hacerlo. Consejo de guerra sumarísimo, sabía lo que significaba eso. Nadie tenía poder para obligarlo a hacerlo. Antes tendrían que fusilarlo, pero no se atreverían. Mejor acudir a ver a Dax, comentarlo con él. No, mejor no. Lo único que haría Dax sería ordenarle que obedeciera y él no podría negarse. Eso lo obligaría a tomar una decisión y, con toda probabilidad, empeoraría las cosas para todo el mundo. ¿Qué tal si llamaba al sacerdote? Tampoco tenía sentido. Sabía lo que le iba a decir. No matarás. Triste traducción esa. Debería decir «No cometerás asesinato». Mejor aún: «No cometerás asesinato individual». La Iglesia debería ocuparse de que corrigieran la redacción antes de que estallara la siguiente guerra. Facilitaría mucho a los buenos católicos responder a preguntas embarazosas. ¿Por qué molestarse en seguir dándole vueltas? Sobre ese problema concreto veía las cosas con absoluta claridad y, además, ya estaba decidido...

Renouart buscó un trozo de papel y se dispuso a redactar una respuesta.

Coronel Dax:

Como ya le indicaba en mi informe, mi compañía abandonó las posiciones de salida al unísono y trató

de avanzar. Bajo un fuego enemigo que, sin exagerar, los diezmaba, consiguieron llegar a su propia alambrada, donde literalmente fueron abatidos. En dos ocasiones ordené avanzar a los hombres y las dos veces obedecieron, pese a que en cada una de ellas muchos soldados, demasiados, no se levantaron para nada más que para ser alcanzados por una bala. Ya habían exhibido un heroísmo sobrehumano. No obstante, el heroísmo no les brindaba protección alguna contra el fuego de las ametralladoras y la artillería. Por consiguiente, les permití que buscaran la protección que pudieran en su propia trinchera a la espera de encontrar una oportunidad mejor para iniciar un nuevo asalto.

En la Compañía N° 1 no hubo ningún cobarde. Puedo ofrecer testimonio al respecto personalmente y bajo juramento porque yo mismo estuve con ellos y los vi actuar con mis propios ojos.

Por consiguiente, en mi compañía no hay ningún hombre contra el que pueda presentar cargos de cobardía y, menos aún, acusaciones que pudieran ser defendibles.

Además, y con todo mi respeto, considero que no forman parte de las prerrogativas de las autoridades militares ordenarme actuar de un modo que pueda suponer una violación de mis obligaciones como ciudadano y de mis escrúpulos como cristiano y católico practicante. Como oficial, si prestara declaración en un proceso judicial, sería culpable de negligencia al formular acusaciones que sé que son falsas. Como cristiano, no puedo adoptar una medida que me convertiría en un asesino ante mí mismo, así como ante Dios y ante mis congéneres.

Expongo esta respuesta con el mayor respeto hacia su persona y su rango y, al hacerlo, soy plenamente consciente de las consecuencias que puede acarrear. Sin embargo, mi sentido del deber como oficial y como hombre no me permite actuar de otra manera.

Renouart redactó otras dos respuestas, cada cual más breve que la anterior. Luego, escribió la definitiva:

De: Capitán Renouart, Oficial al mando de la Compañía N° 1
Para: Coronel Dax, Oficial al mando del 181 Regimiento del frente

Señor:

En respuesta a su comunicado N° 13.934-CD-19 de fecha de hoy, tengo el honor de informarle de que soy incapaz de cumplir sus instrucciones porque no hay ningún miembro de mi compañía contra quien se puedan presentar o sostener acusaciones de cobardía ante el enemigo.

(Firmado) Renouart capitán

«Así está mejor —se dijo Renouart—. Suena como una respuesta rutinaria a una orden rutinaria. Me alegro de que se me ocurriera utilizar la palabra instrucciones, en lugar de órdenes, así la negación no parece tanto una negación. Buen trabajo, desde todo punto de vista. Las otras eran controvertidas, esta no».

Satisfecho con el tono anodino que había conseguido imprimir a su respuesta, Renouart decidió extenderlo a sus actos desapareciendo del alcance de todos hasta que el consejo de guerra hubiera concluido. Sabía que, hasta en un procedimiento judicial militar, el retraso contribuía a frustrar los objetivos de la acusación. También daría a los trámites la oportunidad de que se complicaran, una ocasión de la que nunca se podía descartar extraer algún provecho. Cerró la nota, escribió que era personal para el coronel Dax, se la guardó en el bolsillo y llamó al ordenanza.

—Tenga preparado aquí mi caballo dentro de media hora —dijo—. Voy a dar una vuelta.

Añadió la explicación de sus intenciones a propósito, con la esperanza de transmitir, y de que se transmitiera, que su ausencia sería temporal y que, por tanto,

no se molestaba en delegar la autoridad sobre nadie.

Renouart caminó lentamente hacia el castillo. El secretario del ayudante estaba solo en el despacho.

—¿Dónde está todo el mundo?

—No lo sé. Durmiendo, supongo —dijo el secretario, que lo miraba como si hubiera preferido poder estar haciendo lo mismo.

—Traigo una nota para el jefe...

—Bueno, él sí está durmiendo y no quiere que se le moleste a menos que...

—¿Quién pide que se le moleste? Simplemente, entréguesela cuando llegue, ¿quiere? Voy a dar una vuelta. No regresaré hasta la hora de cenar.

—Oiga, pregúntele si tiene una hermana o una amiga que quiera...

El teniente Roget, habilitado al mando de la Compañía N° 2, leyó la orden procedente del cuartel general del regimiento, y si bien al final de su lectura le vino a la mente el nombre de Didier, lo rechazó de inmediato. Después de haber repelido una idea tan indigna, se sintió recompensado con un sentimiento de admiración por sí mismo. No era una experiencia nueva para Roget, pero la autenticidad de aquel arrebato sí lo era. Durante un instante, su mente quedó paralizada, es decir, todas las ideas que contenía parecían haberse aposentado, como personas en una antesala que son conscientes de que todavía no ha llegado la hora de algo. Fue entonces cuando descubrió que el rechazo del nombre de Didier no había venido seguido en su mente de su expulsión. Seguía allí e iba a quedarse, lo sabía, aun cuando todavía no estuviera del todo dispuesto a reconocerlo con tantas palabras.

En todo caso, tampoco había forma de evitar aquello. Tenía que escoger un hombre. Era una orden y procedía directamente del general. No es que supusiera gran diferencia. Una orden no era más que una orden, con independencia del rango de quien la emitiera, siempre que ejerciera la autoridad. Roget sacó la botella de coñac de entre sus cosas y la dejó en el suelo, cerca de la litera en la que había estado tumbado. Esa era siempre su forma de proceder y, si Roget hubiera sentido la curiosidad de examinar y detallar sus procesos psicológicos, los habría descrito como sigue:

«El alcohol me despeja la mente y engrasa su funcionamiento. Allana la confusión, la vuelve remota y menos trascendental, bueno, eso, con la cantidad justa de alcohol. Los dos o tres primeros tragos son siempre la cantidad justa o, al menos, una buena medida. El licor se apodera de las ideas vaporosas y vagas que ya tengo y las consolida y las fija. También parece mejorar sus cualidades y las despoja de sus desarrollos e irregularidades accesorias. Al mismo tiempo, produce otro conjunto de ideas vaporosas y vagas que representan siempre una mejora sustancial de las antiguas debido a su originalidad. Por tanto, es una idiotez no hacer uso de este depósito de originalidad cuando, casi en cualquier botella, se puede encontrar la clave

de un asunto. Además, el alcohol tiene la propiedad de infundir valentía e impeler a la acción. ¿Qué importa que se trate de una ilusión y que no acreciente en realidad la valentía sino que reduzca el miedo gracias a sus cualidades anestésicas? El resultado es el mismo. Ahora estoy a punto de escoger a un hombre... para que lo fusilen. Eso requerirá valentía, pero requerirá infinitamente más valentía escoger al hombre que es mi enemigo, al hombre que puede convertirse en mi aniquilador, y apartarlo del camino con la más fría de las sangres, es decir, sin correr el menor riesgo. Por otra parte, mi obligación es escoger un hombre y voy a tener las agallas de escoger uno en particular. Semejante cinismo requerirá valentía...»

Todo esto no pasaba por la mente de Roget bajo la forma de pensamiento consciente. Simplemente, él sabía que un trago le ayudaría y bebió, un trago largo, y después encendió un cigarrillo. Sin pensar, fumó unos minutos, durante los cuales el alcohol fue abriéndose paso en su cerebro. Luego, se puso en funcionamiento el pensamiento consciente, lo bastante consciente como para reflejarse en el movimiento silencioso de los labios y en pequeños gestos vagos e inconclusos, tan suyos que resultaban inexpresivos en un principio.

«No sería justo que otro hombre, quienquiera que fuese, resultara penalizado porque yo me echo atrás con Didier. No se debe permitir que el hecho de que yo quiera librarme de él le conceda el menor beneficio de inmunidad. Al contrario, mis razones para querer librarme de él son sensatas, absolutamente legítimas, y cualquiera de ellas en solitario basta para mandarle ante un pelotón de fusilamiento. El único problema es que mis deseos personales coinciden con mi obligación con demasiada exactitud».

Roget tomó otro trago de coñac, más escueto. La coincidencia entre sus deseos y su obligación ya estaba empezando a desaparecer de su pensamiento.

«Hay que escoger un hombre para que comparezca ante un consejo de guerra sumarísimo. Eso significa, a ciencia cierta, ejecución. A Didier no lo mataron en el ataque, ni siquiera lo hirieron. ¿Dónde se encontraba en ese momento? Está claro que no en el parapeto, pues todos los hombres de nuestra compañía que saltaron por el parapeto murieron. Prácticamente todos, da igual, o resultaron heridos. Así que esto lo convierte al instante en un candidato. No salió de la trinchera. Por si fuera poco, su conducta durante la patrulla basta para que lo fusilen tres veces. Si es necesario, sacaré eso en el consejo de guerra. Y si le da por hablar, lo único que conseguirá es empeorar las cosas. Se darán cuenta de que es un hombre en una situación desesperada haciendo acusaciones absurdas en su afán por salvarse a costa de otro. Causará muy mala impresión. Gracias a Dios que Charpentier lo pilló. Nunca me ha caído bien y no me gustó la forma en que actuó con mi informe. No hay duda de que he tenido un poco de suerte. En todo caso, sería el colmo de la estupidez que hiciera cualquier otra cosa que no fuera tomar la senda que los acontecimientos parecen estar tomando. Después, quizá pueda conseguir que me trasladen de regimiento. Deshacerme de todo esto... tal vez una herida leve...»

—¡Corredor!

—¿Señor?

—¿Está por ahí el sargento Gounod?

—Creo que sí, señor. Iré a ver.

—Dígale que venga de inmediato.

Roget tomó un tercer trago, ocultó la botella y encendió otro cigarrillo. Estaba bastante satisfecho de sí mismo por haber llegado a esa conclusión y tomado la decisión, una decisión que ahora parecía lógica, diligente, inevitable. El alcohol le había anesthesiado con eficacia sus escrúpulos y había eliminado su falta de resolución. Sin darse cuenta de que lo estaba haciendo, le rindió homenaje, le reconoció la ayuda: «Cada crisis tiene bastante con su propio alcohol», se dijo, y rió^[13].

—¿Quería verme, señor? —preguntó el sargento saludando en la puerta del barracón.

—Sí, Gounod, venga. Lea esto. ¿Lo entiende? Muy bien, vaya al campamento y arreste al soldado Didier y llévelo al calabozo como se ha ordenado, pero hágalo discretamente, sin que nadie se entere, si puede.

—Será difícil, señor, con todos los hombres por ahí.

—Le voy a decir cómo. Mejor, hágalo así. Dígale simplemente que lo acompañe, que tiene una misión para él. No lo arreste formalmente hasta que se hayan alejado del campamento. Y no le diga nada. Si hace preguntas, dígale que no sabe. Por cierto, ¿sabe quién es Didier?

—Sí, señor.

—Bien, no cometa ningún error.

—¡Hey! Fíjese en esto, Arnaud. ¿Quién dice que no hay nada nuevo en este mundo? He vivido unas cuantas cosas en mi vida, pero esta es la primera vez que se me impone que desempeñe el papel del destino, de Dios o como se le quiera llamar. Va a ser interesante.

—Interesante, es curioso que llame así a una responsabilidad como la que esta orden deposita sobre usted, Sancy.

—No se ponga solemne, hijo. Para un hombre de mi temperamento todo resulta interesante. Y esto es más interesante que cualquier otra cosa. Hasta el momento, en mi quehacer científico jamás he jugado a ser Dios con otra cosa que con microbios, monos o ratas, pero ahora tengo que jugar a ser Dios con mi propia especie, con hombres. ¡Qué oportunidad de ejercitar mis facultades intelectuales!

—Habla de sí mismo y de Dios como si compartieran rancho. Como poco, es algo de mal gusto. Y, al fin y al cabo, ese papel no es tan inusual. Cualquier oficial que haya estado al mando de tropas en el frente ha sido responsable del destino de sus hombres en un momento u otro.

—Bueno, pero eso es muy distinto. Es una responsabilidad más o menos predeterminada o colectiva. Uno no es más que un eslabón de una cadena de responsabilidad. Y no se puede ponderar lo que corresponde a uno ni con la menor precisión. Pero esto es distinto. Heme aquí, el capitán Sancy de la Compañía Número 4, tal vez el único hombre del mundo a quien se pide que tome a un compatriota para destruirlo. Que lo escoja, si no le importa. Dicho de otra forma, que dedique su inteligencia a resolver un problema que no comporta una suma de dinero ni afecta a un asunto ordinario de la vida, ni siquiera de ámbito militar, sino a la existencia de un hombre. Deslizo mi dedo sobre una fila de hombres y, cuando se detiene y señala un punto, ese punto es fatídico.

—Es usted un tipo extraño, Sancy. Parece que disfruta con la tarea. Pero se equivoca en un par de cosas. En primer lugar, usted no es el único hombre del mundo que juega a ser Dios, como usted dice. No se olvide de que los comandantes de las otras compañías tienen que hacer lo mismo. En segundo lugar, claro que es un asunto militar. En tercer lugar, los cirujanos se encuentran a diario en la misma situación que usted...

—En absoluto es la misma. Ellos utilizan su inteligencia para preservar la vida. Yo, por el contrario, la arrebataré.

—Creo que, a veces, resulta usted un poco excéntrico. Ahora bien, me encanta que sea usted quien tiene que hacer la selección y no yo. Yo no sabría cómo hacerlo.

—Sí, supongo que usted lo echaría a suertes. Sin la menor imaginación.

—Bueno, ¿no va a echarlo a suertes usted?

—Claro que no. Además, si lo hiciera, estaría desobedeciendo. Las órdenes dicen que el capitán Sancy, no el azar, escoja a un hombre. Y es la primera orden inteligente que he visto venir de arriba. No hay duda de que el comandante de la compañía es el mejor cualificado para escoger un hombre para que lo fusilen, puesto que él conoce a sus hombres.

—Jamás lo he visto tan complacido desde el día en que le encomendaron ese ataque...

—Me gusta utilizar la cabeza, Arnaud. La belleza de este caso reside en su ausencia de complejidades, puesto que todos los hombres son igualmente inocentes. Ninguno de ellos mostró cobardía ante el enemigo, pero, aun así, uno tendrá que ser fusilado por ello. Ahora, la cuestión es... ¿cuál?

—Un hombre tiene que ser fusilado por un delito que no ha cometido, que nadie ha cometido. ¿Llama a eso justicia?

—¿Quién ha hablado aquí de justicia? Eso no existe. La injusticia forma parte de la vida, igual que el clima. Y usted vuelve a escabullirse de la cuestión. No va a ser fusilado por un delito que no ha cometido. Va a ser fusilado para dar ejemplo. Esa es su contribución a la victoria en la guerra. Una contribución heroica, si así lo prefiere usted.

—Entonces, ¿usted imagina que el hombre que va a ser fusilado para dar ejemplo

forma parte del plan para una ofensiva, del mismo modo que el hombre que realiza los cálculos para los disparos de la artillería, el soldado de infantería que salta el parapeto o el de intendencia que no lo salta?

—Por supuesto, ¿por qué no? La disciplina es el primer requisito de un ejército. Se debe mantener y una de las formas de hacerlo es fusilar a un hombre de vez en cuando. Por consiguiente, muere en beneficio último de sus camaradas y de su país.

—Entonces, en otras palabras, ¿usted cree que el general debe pasarse por aquí e imponer a la víctima la *médaille militaire* y, después, quitársela y dejar que el pelotón de fusilamiento cumpla su misión?

—¡Excelente, hijo, excelente!

—En todas las compañías hay haraganes. He sido agraciado con uno de ellos en mi sección, si es así como quiere usted plantearlo.

—No, no, va usted mal encaminado.

—¿Qué camino sigue usted, entonces? ¿No quiere estrecharlo para que queden sólo quienes son peores soldados?

—Ciudadanos, hijo, ciudadanos, no soldados. Esta guerra no va a durar toda la vida y, cuando haya terminado, nos alegraremos de habernos deshecho de los soldados y de tener ciudadanos, para variar. Además de lo cual, lo que usted llama un mal soldado suele ser un buen ciudadano. Piense en mí, por ejemplo. Desde el punto de vista militar, yo soy un soldado pésimo. Esa es la razón por la que sólo tengo tres galones, en lugar de tres estrellas. Sin embargo, en realidad, sí soy muy buen soldado, pero soy un ciudadano aún mejor. Soy inteligente, trabajador, culto y tengo buena salud, física y mental. Y apporto mi talento al mejoramiento del mundo en que vivo. No por petulancia, ya me entiende, sino por inteligencia. Cuanto mejor sea el mundo, mejor para todos y, por tanto, mejor para mí y los míos.

—Bueno, ¿en quién está pensando?

—Es fácil responder de inmediato: en los dos incorregibles, Meyer y Férol.

—Pero, son los mejores soldados de la compañía. Y hay constancia de que en el ataque avanzaron mucho más que cualquier otro hombre del regimiento.

—Lo que añade una prueba más de su estupidez. Escúcheme, Arnaud. Trate de comprender esto con claridad. Si todo el regimiento estuviera compuesto de Meyers y de Férols, ¿le habría ido mejor?, ¿acaso habría avanzado más? No. Los obuses matan a los buenos y los malos soldados sin discriminación alguna. Así que, incluso desde el punto de vista militar, no merecen más que cualquier otro. Todos somos carne de cañón. ¿Va usted a pedirme que preserve la vida de uno de esos animales y, en su lugar, sacrifique la de otro hombre que podría ser de utilidad para la sociedad, otro hombre que acaso pueda producir repercusiones negativas para la sociedad pero que, al menos, no constituirá un riesgo fehaciente para ella como estos dos, que ya lo han demostrado? No. Será Meyer o será Férol y, cuando lo haya meditado cuidadosamente, se lo haré saber a usted en unos minutos.

Hubo silencio durante un rato, mientras el capitán Sancy sopesaba el problema.

Paseaba de un extremo a otro del barracón, deteniéndose de vez en cuando para hacer una anotación en un trozo de papel que había sobre la mesa. El teniente Arnaud, sentado al lado, veía que las notas del capitán iban adoptando poco a poco la forma de dos columnas. Una columna era más larga que la otra y llevó siempre la delantera durante las deliberaciones de Sancy. Arnaud trató de leer los nombres que encabezaban las columnas, pero con la distancia no podía descifrar la minúscula caligrafía de Sancy. Transcurridos unos veinte minutos, Sancy le entregó el papel sin decir nada y esto fue lo que Arnaud leyó:

MEYER

Delitos sexuales, algunos contra menores

Sospechoso de asesinato

Sifilítico

Antecedentes de drogadicción

Absolutamente poco fiable

FÉROL

Robos

Deficiente mental

Alcohólico

Absolutamente poco fiable

Animal

—Estas son sus grandes hazañas —dijo Sancy—. Buena pareja, ¿verdad?

—Parece que Meyer es el elegido —concluyó Arnaud.

—¿Qué le hace pensar así?

—Su lista de agravios es más larga, ¿no es cierto? Y más turbia.

—Sí, en apariencia sí, cualquiera de ellos podría pudrirse perfectamente, pero hay otra circunstancia que pasa usted por alto. Es judío.

—Razón de más para...

—Ahí es donde manifiesta usted pocas miras. Este es un momento en el que ser judío va a salvar a un hombre en lugar de costarle la vida.

—¿Cómo? No le sigo...

—Le explicaré. Estoy, sin duda, utilizando la cabeza en todo este asunto. ¿Recuerda el caso Dreyfus?...

—Algo he oído, por supuesto, pero, ¿qué tiene eso que ver con todo esto?

—Sirve de enseñanza, eso es todo, una lección contra la imprudencia de exponerse a lo mismo una y otra vez.

—Pero esto no va a ser un caso Dreyfus...

—Nadie pensó tampoco que el caso Dreyfus fuera a serlo. Cuando escogieron a ese oficial judío menudo y tranquilo, nadie se imaginó que todo el mundo apelaría a ese nombre durante años, que caerían un ministro tras otro y que se avecinaría guerra por su causa, ni que toda Francia viviría sumida en un estado de perturbación continua por él y por su destino.

—Pero Dreyfus era un oficial. Este Meyer no es más que un simple criminal, un ex presidiario...

—Bueno, medio mundo pensaba que Dreyfus también era un criminal. Y de los

peores, un traidor a su patria. Y con el caso sacaron de él a un ex presidiario. No, hijo mío, no pienso tocar a Meyer. En primer lugar, nunca se sabe qué contactos pueden tener estos judíos. En segundo lugar, aun cuando no tuviera ninguno, y este asunto seguro que los sacará a la luz, clamará al instante el grito de antisemitismo. Y una vez que se alce el grito, nadie sabe cuándo ni a qué precio quedará acallado. Aquí, siendo previsor, es donde empleo la cabeza.

—Mala suerte para Férol que Meyer sea judío y usted sea tan previsor.

—La mala suerte siempre recae sobre alguien, Arnaud. La vida es mala suerte. El mundo es un cementerio inmenso que recibe las atenciones perpetuas de los supervivientes que viven a su costa.

—Pero Meyer representa para la sociedad un peligro mucho mayor que Férol. Sólo por la sífilis puede causar en la sociedad estragos inefables y lo más probable es que los cause.

—Seguro que sí, pero le digo que muriendo podría suponer un peligro aún mayor para la sociedad, causar aún más estragos, quiero decir, muriendo ejecutado por un pelotón de fusilamiento. Además, un día u otro lo matarán. No, no hay dos formas de verlo. Mi intelecto es firme en este aspecto. Así que acérquese al campamento, ¿quiere?, y diga a uno de los sargentos que tiene que arrestar a Férol y meterlo en el calabozo de inmediato.

—Porque usted lo ordena, pero no puedo evitar pensar que...

—Lo que realmente me habría hecho disfrutar, Arnaud, habría sido haber encontrado entre los soldados uno que tuviera muy buenas relaciones, al más alto nivel, con el Cuartel General del ejército o que fuera diputado o algo así. Lo habría escogido por hacer una travesura, simplemente para ver al consejo de guerra y a los mandamases retorciéndose ante el dilema. Habría revestido el máximo interés...

—Sí —dijo Arnaud, al tiempo que se ponía la gorra—. Seguramente, más interesante para usted de lo que habría podido imaginar.

El sargento mayor Jonnart pertenecía a esa clase de hombres de los que se dice que conforman la espina dorsal de un ejército, es decir, los suboficiales con muchos años de servicio. Tenía el cuerpo duro, es verdad, pero no era tan duro de mollera como el corredor había supuesto. Sucedió únicamente que era indiferente, que carecía de imaginación, que era metódico y taciturno. La vida militar le sentaba a la perfección. Le gustaba la rutina y, como había pasado a formar parte de su sangre hacía mucho tiempo, no habría sabido qué hacer sin ella.

La orden del coronel Dax no sorprendió lo más mínimo a Jonnart. Nada lo sorprendía en el ejército porque todo era rutinario y la rutina no era más que otra denominación para referirse a los cauces a través de los cuales fluía la autoridad. De manera que el sargento mayor Jonnart se puso manos a la obra metódicamente para obedecer la orden del coronel. Buscó la lista de turnos de la compañía, que ya había

corregido tras las bajas de aquella mañana, y vio que el número de raciones ascendía a 158 hombres. Tachó los nombres de tres sargentos, nueve cabos y 36 soldados a quienes se había asignado obligaciones especiales durante el ataque o que se habían quedado en la retaguardia del regimiento como núcleo básico pero que, por la razón que fuera, no habían intervenido en las oleadas de ataque. A continuación, mandó buscar a sus tres sargentos, les leyó la orden y les explicó sus intenciones.

—Van ustedes a reunir a toda la Compañía Número 3 —añadió— en la entrada del barracón del comedor de los sargentos. Habrá sitio suficiente para todos, ¿verdad?

—Mucho.

—Dos de ustedes entrarán en el barracón y permanecerán junto a cada una de las puertas. El otro se quedará conmigo. Tengo aquí una lista con los nombres y, a medida que vaya leyéndolos, los hombres irán entrando en el barracón de uno en uno. Ustedes los contarán e irán marcándolos en la lista conforme vayan entrando. Cuando estén todos dentro, entraré yo y quedarán descartados todos aquellos cuyo nombre no haya sido enunciado.

—¿Por qué no los metemos a todos primero en el barracón y, después, sacamos a los que no quiera?

El sargento mayor miró al que habló, pero no hizo ningún comentario.

—Muy bien, ¡entonces, manos a la obra! Ni una palabra a nadie de esta orden. Saldré dentro de diez minutos.

Cuando el último hombre hubo entrado en el barracón y se había descartado al resto, Jonnart se sintió desconcertado al descubrir que había olvidado algo. «Al fin y al cabo —se excusó—, esta es la primera vez en toda mi carrera que he tenido que hacer un trabajo como este». Volvió a la oficina de la compañía, cogió dos lapiceros y un recambio para el bloc; después, volvió al barracón del comedor de los sargentos.

—¡Atención! —gritó el sargento junto a la puerta.

El zumbido de la conversación se detuvo como si lo hubieran aniquilado de una cuchillada. A Jonnart le complacía el brío de la compañía y sabía a quién debía reconocérselo. Recorrió caminando la mitad del barracón, con energía, sin mirar a los ojos a ningún hombre, pasó por encima de una mesa y se volvió para mirarlos desde el otro lado.

—¡Descansen! ¡Descansen! —ordenó—. Pero no hablen. Tengo que leerles una orden que dice lo siguiente:

«Cuartel general del regimiento. 181 regimiento del frente uno, tres, cuatro, c, d, diecinueve a los capitanes tal y tal y al sargento mayor Jonnart habilitado al mando provisional de la compañía número tres por la presente se les ordena que escojan y arresten a un hombre de cada una de sus compañías y que los conduzcan al calabozo del castillo antes de las 14:30 en punto de hoy para que comparezcan en consejo de guerra por los cargos de cobardía ante el enemigo por orden firmado herbillon ayudante del capitán».

En su precipitada lectura de la orden, el sargento mayor llegó al final

atropelladamente y apenas sin aliento y advirtió que estaba en medio de un silencio estupefacto. El silencio fue interrumpido por fin por una risotada de incredulidad procedente de la zona trasera de la multitud.

—¡Silencio absoluto! —ordenó uno de los sargentos.

La carcajada se extinguió.

—Esto no es cosa de risa, caballeros —dijo Jonnart, y el tono amable de su voz inquietó a más de uno de los miembros de su público—. En realidad, es muy grave. Todos saben lo que significa un consejo de guerra sumarísimo. Significa que cuando salgamos de este barracón a uno de ustedes le quedará poco tiempo de vida...

—¿A quién?

—¡Están locos!

—No me lo creo.

—¡Yo no he sido un cobarde!

—Es una broma.

—Y, por cierto, nada graciosa.

—¿A quién?

—¡Silencio! ¡Silencio todo el mundo! —gritó Jonnart—. ¿Cómo voy a decirles a quién si no dejan de montar este escándalo? Escúchenme. He revisado cuidadosamente la lista de servicio de la compañía y todos los que están en este barracón participaron esta mañana en el ataque. Todos aquellos miembros de nuestra compañía que no están en el barracón desempeñaban obligaciones especiales o estaban en la sección de suministros...

—Yo no participé en el ataque...

—¿Quién ha dicho eso? Venga aquí. ¿Dónde estuvo usted?

—¿No lo recuerda, jefe? Usted mismo me envió al depósito de municiones a por detonadores por si las bombas que encontrábamos no tenían.

—Es verdad. Entonces, puede marcharse.

—Creo que me quedaré por aquí para ver el espectáculo.

—Salga de aquí, pedazo de cabrón, antes de que cambie de opinión y le haga participar en el sorteo...

—¡Jesús! Va a hacer un sorteo.

—Sorteo...

—Yo no voy a sortear nada...

—Yo tampoco.

—No tienen ningún derecho...

—Los casados deberían quedar exentos.

—Los hombres cuya madre vive...

—Desde luego, los que tengan una madre viuda.

—O hermanas...

—Yo fui el que más avanzó en el frente.

—Sólo los que se rezagaran...

—Ya han matado a mis tres hermanos.

—Yo no he sido un cobarde. No voy a participar en ningún sorteo.

—Ja, ja. Mira cómo aumenta el número de flojos...

—No hubo ningún cobarde.

—El coronel no opina lo mismo que tú.

—¿Dónde están los cabos? ¿Hay algún...?

—Yo tengo cuatro hijos...

—A mí me han condecorado con la Medalla de la Orden de la División y con la del Ejército...

—¡Basta, señores! —interrumpió Jonnart—. ¡Silencio, les digo! Todo el mundo tiene una buena razón para no querer morir. Las órdenes son las órdenes y uno de ustedes tiene que ser la víctima. Así que se va a sortear. En esta sala se encuentran ciento once soldados. Voy a cortar ciento once trozos de papel. Uno de ellos se marcará con una cruz. El hombre que extraiga ese trozo de papel comparecerá ante el consejo de guerra. Estoy dándoles una orden, pero, como se trata de un asunto grave, estoy dispuesto a escuchar las objeciones que cualquiera pueda tener contra este método.

—Sí, yo tengo una objeción. El papel es fino y veremos cuál tiene la cruz.

—Eso es una tontería. Los trozos de papel van a estar doblados y metidos dentro de mi gorra. A todo el mundo se le vendarán los ojos antes de que se acerque a extraer un papel.

—Una venda no impide que se vea algo por la parte de abajo, junto a la nariz.

—Además, el hombre que lo saque podría borrar la cruz o sustituirlo por otro trozo de papel. La mayoría de nosotros lleva alguno. Es fino y viene muy bien para...

—Vale, de acuerdo —aceptó Jonnart—. Lo haremos del siguiente modo, aunque será más largo...

—No tenemos ninguna prisa, jefe...

—Escribiremos dos conjuntos de papeles con números del uno al ciento once. Uno irá a parar a mi gorra y el otro, a la del sargento Darde. Cada hombre se acercará aquí por orden alfabético, sacará un número y lo abrirá de inmediato. Se anotará junto a su nombre. Cuando hayamos sacado todos, el sargento Darde sacará un número de su gorra. El hombre que tenga el correspondiente número será el elegido. Sí, así es mejor. Todos los papeles tendrán una marca y no se sabrá quién es el desafortunado hasta después de que se hayan extraído todos los números.

—Desafortunado está bien...

—De acuerdo, Darde. Aquí hay lápiz y papel. Parta cada hoja en cuatro trozos iguales y escriba en ellos los números, del uno al ciento once. Escríbalos con atención, pero no los doble hasta que yo le diga.

El sargento Darde tardó unos doce minutos en escribir los números y Jonnart necesitó otros cinco más. Los hombres estuvieron observándolos en silencio, fascinados por la tarea.

—¿Ha terminado, Darde? —le preguntó Jonnart cuando él mismo ya había terminado—. Ahora, mientras yo digo cada número, usted lo coge, lo repite, lo dobla y lo mete en su gorra. Yo haré lo mismo con el mío. Uno.

—Uno —repitió Darde.

—Dos.

—Dos...

—Oiga, jefe, ¿puedo elegir el número trece?

—No, no puede —dijo Jonnart—, a menos que lo saque al azar. Sesenta y dos.

—Sesenta y dos...

—Me gustaría tener el número uno —dijo una voz.

—¿Por qué el uno?

—Porque nunca he oído que salga el número uno en ningún sorteo.

—¡Eres muy listo! Entonces, yo cogeré el cien...

—Cogerán el que saquen todos ustedes —dijo Jonnart—. Ciento tres.

—Ciento tres...

—Oiga, jefe, ¿puedo salir a echar un pitillo?

—Ciento once.

—Ciento once.

—... y se acabó —dijo Jonnart—. No. Nada de fumar y nada de salir. Nadie sale del barracón hasta que hayamos terminado con este asunto. Ahora, déjenme ver, ¿dónde está la lista de nombres? Ah, sí. Primero, Aboville. Venga aquí, Aboville. No tan deprisa. Espere a que haya terminado de revolverlos. Ahora, saque un número de aquí, de mi gorra. Tenga cuidado de no sacar dos. ¿Cuál es? Déjeme verlo. Veintidós.

»Aboville, veintidós. ¿Lo tiene, Darde? Apúntelo aquí, justo delante de su nombre. El siguiente. ¿Quién es el siguiente? Ajalbert. Vamos, acérquese con más brío. No saque más de uno. Déjeme ver.

»Ajalbert, cincuenta y nueve...

»Lalance, ciento tres...

»Tenga cuidado, se pegan a los dedos. Langlois, setenta y seis...

»Ravary, cuarenta y siete.

»Richet... Richet... —Jonnart dudó con este número, pues se dio cuenta de repente de que había pasado por alto una cuestión... algo que podría acabar resultando problemático—. *Merde!* —se dijo—. ¡Si hubiera escrito los números con letra en lugar de escribir sólo las cifras! Pero quizá salga bien si logro retener en la memoria los números que ya han salido y acierto a decirlos con rapidez.

»Richet, seis...»

Uno por uno, los hombres se acercaban para extraer su número y para que se les apuntara junto a su nombre. Uno por uno bromeaban, fanfarroneaban, lloriqueaban, discutían, fingían despreocupación o actuaban como si estuvieran sacando rescoldos del fuego. Todos hacían exactamente lo que se les decía, pero todos y cada uno sentían que ese era un momento en el que podían permitirse que se viera en su

obediencia a la orden alguna particularidad propia. No hubo ninguno que no viera agudizada cierto sentido de la teatralidad, de la individualidad... sobre todo, quizá, de poder, esa curiosa sensación de poder que tiene un hombre cuando vota.

El reparto y el apunte de los números tardaron en hacerse, en total, unos tres cuartos de hora. Cuando hubo concluido, el sargento mayor Jonnart comprobó la lista y la leyó en voz alta. Por el momento, su memoria le había prestado un buen servicio.

—Bien, Darde —dijo—, revuelva a conciencia los trozos de papel de su gorra y, después, vuelva la espalda y extraiga uno.

—Si no le importa, jefe, preferiría no ser yo quien...

—¡Haga lo que le digo!

—De acuerdo, pero no me entusiasma la tarea.

—¿A quién cree que le entusiasma esta tarea? Dese prisa.

Darde mezcló bien los trozos de papel en el interior de su gorra. Los mezcló con ambas manos, como si estuviera examinando grano. Los mezcló, los mezcló y los mezcló...

—¡Por el amor de Dios, saque uno! —dijo una voz ahogada entre la multitud.

Darde dejó de mezclar. Lo hizo sin ninguna gana.

—Vuelva la espalda a los hombres —dijo Jonnart— y sáquelo con la otra mano detrás.

Se hizo un silencio absoluto en el barracón, un silencio que parecía imponerse sobre un único cuerpo de hombres callados, inmóviles y expectantes. Darde se volvió y miró a la pared del barracón. Encontró en ella un clavo y descansó la mirada en él. Jonnart cogió la gorra del sargento y la elevó hasta que la mano de Darde quedó sumergida en los trozos de papel. Darde miraba el clavo y sentía que tenía la mano rodeada de papeles. Movié los dedos, agarró un trozo de papel, lo dejó escapar, agarró otro y también dejó escapar ese...

—¡Saque uno, por el amor de Dios, saque uno!

Era la misma voz asfixiada.

Los dedos del sargento se cerraron sobre un papel. Sintió que había cogido dos trozos y soltó uno. Sacó el otro y lo levantó por encima de la cabeza.

Jonnart cogió el trozo de papel de la mano de Darde, lo desdobló y lo aplanó sobre la mesa con la palma de la mano.

—Sesenta y ocho —dijo.

Dirigió la vista hacia la lista de la compañía, pero ya antes de que se anunciara el nombre había un hombre que se abrió paso entre todos hacia la mesa.

—Fasquelle.

Se oyeron muchos suspiros en el barracón.

Fasquelle, delante de la mesa, miró el trozo de papel y, a continuación, miró a Jonnart.

—¿Qué le hace pensar que ese es el número sesenta y ocho, sargento mayor? —preguntó con tranquilidad.

—Mírelo. ¿No sabe leer? —dijo Jonnart con una aspereza que, en realidad, no era más que irritación hacia sí mismo.

—Por suerte para mí, sé leer —respondió Fasquelle—. Desde donde yo estoy ese es el número ochenta y nueve, no el sesenta y ocho.

—Pero puede ver que el sesenta y ocho está justo sobre la línea del papel, ¿no lo ve?, mientras que al revés, el ochenta y nueve, no.

—¿Me va a mandar a un consejo de guerra por una línea, sargento mayor? —Fasquelle todavía hablaba despacio.

—Bueno, no. Yo no —replicó Jonnart—. Lo que hay que hacer, entonces, evidentemente, es que usted y el hombre que tiene el ochenta y nueve participen en otro sorteo. ¿Quién tiene el ochenta y nueve? Poujade. Acérquese aquí, Poujade. Tiene usted que echarlo a suertes con Fasquelle.

—Nada de eso —respondió Poujade—. El número es claramente el sesenta y ocho. Y mi número queda muy lejos del suyo.

—No está claro —replicó Fasquelle— que este número sea el sesenta y ocho.

—Además —prosiguió Poujade—, me niego a echarlo a suertes contigo. Me niego a que me obliguen a entrar en un sorteo en el que tengo una de dos probabilidades de que me toque después de haber ganado teniendo una contra ciento once.

—No quiero volver a oír hablar de negarse a nada —intervino Jonnart.

—Bueno —dijo Poujade—, pues si pretende que lo eche a suertes con otro hombre cuando tengo derecho a entrar en un sorteo en el que haya más de cien números, volverá a oírlo. Además, está claro que este número es el sesenta y ocho y el sorteo ya se ha hecho. Yo he sacado un número igual que todos los demás y sin montar ningún alboroto. Se trata de mi vida, sargento mayor, y voy a ejercer mis derechos.

Jonnart estaba desconcertado y enfadado consigo mismo por no haber previsto la posibilidad de que sucediera algo semejante. Estaba convencido de que el número era el sesenta y ocho, pero aun así no quería enviar a un hombre al poste de fusilamiento basándose en una simple convicción personal. Menos aún cuando la conducta de Fasquelle en todo este asunto se había ganado su aprobación. De repente, se le ocurrió una idea.

—Darde, saque todos los números de su gorra y deme el ochenta y nueve.

La incertidumbre se mantuvo. Cuando lo encontraron, el número ochenta y nueve estaba escrito de tal modo que no descansaba sobre ningún tipo de línea del papel, se pusiera del lado que se pusiera. Podría haber sido el ochenta y nueve o el sesenta y ocho.

—Lo único que se puede hacer para resolverlo —dijo Jonnart— es volver a hacer el sorteo...

Al instante estalló un coro de protestas.

—¿Cuántas veces? ¡En el nombre de Dios!

—Ya hemos sorteado una vez...

—Esa era la definitiva.

—Que estos dos lo resuelvan a puñetazos.

—Es indignante.

—Yo ya lo he echado a suertes con los demás y no voy a volver participar en ningún sorteo.

—¡Silencio, todos! —bramó Jonnart—. Harán lo que se les diga. Se acabaron los comentarios o sacaré algún número adicional. Se volverá a hacer el sorteo. Conservarán el mismo número, pero arreglaré los otros para que esta vez no haya ningún tipo de confusión.

Jonnart repasó los trozos de papel de Darde uno por uno, levantando cada uno y mirándolo de arriba abajo. Cuando hubo terminado, había subrayado los siguientes pares de números del siguiente modo:

6 9 66 99 68 89 86 98

Había otros números que contenían el 1, como el 18 y el 81 y que podrían haber sido objeto de la misma confusión al darles la vuelta, de no haber sido porque Darde era francés. Como era francés y como había escrito él los dígitos, el sargento había dibujado los unos con dos trazos diferenciados y no había ninguna duda acerca de cómo debía colocarse el papel para leer los números.

—De acuerdo. ¡Atención, señores! Estamos preparados. Y esta vez no habrá ningún error. Darde, vuelva a mezclar los trozos de papel. Todos los números que podrían confundirse con otros están subrayados. La línea indica cómo debe leerse el número, con la línea debajo.

—Por favor, sargento —dijo una voz—, a mi compañero y a mí nos gustaría intercambiar el número...

—No —respondió Jonnart.

—¿Por qué se les ha ocurrido semejante idea? —preguntó Darde.

—Bueno, creemos que nuestros números ya nos han ido bien en una ocasión y no quisiéramos pedirles demasiado otra vez...

—Si les ha ido bien con ellos una vez —dijo Jonnart—, será mejor que no los suelten. ¿Listo, Darde?

Darde volvió la espalda de nuevo a los hombres, volvió a colocar una mano a la espalda y sintió la gorra ascender y los papeles rodearle la otra mano. Sus dedos volvieron a palpar en busca de un trozo de papel, cogieron un pequeño fajo, soltaron todos excepto uno, que extrajo, y extendió el brazo en alto por encima de la cabeza. Jonnart lo cogió.

—Número setenta y seis.

La multitud se echó a ambos lados para abrir paso al poseedor del número 76, pero no era necesario, pues Langlois había estado cerca de la mesa todo el rato.

El calabozo había sido instalado en uno de los edificios anexos al castillo, en las cocheras, para ser exactos. La propia cochera servía de puesto de guardia, mientras que la sala de arreos, contigua, había sido convertida en prisión simplemente construyendo un camastro corrido, desnivelado y de la longitud de un hombre a base de apilar tablones a lo largo de una de las paredes. Era así para que los prisioneros no tuvieran que dormir sobre el suelo de cemento y, a excepción de un cubo para orinar, situado cerca de la puerta, ese constituía el único mobiliario de aquel lugar.

Férol fue el primero de los tres hombres a quienes se dejó en la cárcel. Una mirada le bastó para saber cuál era el mejor sitio de la habitación, el rincón próximo a la ventana y más alejado de la puerta, y acudió allí directamente para tomar posesión del mismo. Férol hizo por sentirse como en casa en un lugar en el que se sentía casi como en casa. Había estado en muchas cárceles en distintos lugares del mundo y esa no era en modo alguno la peor de ellas. Se quitó la guerrera y las botas, se desabrochó los pantalones y se tendió sobre los tablones desnudos apoyando la cabeza sobre la guerrera, que había doblado en varios pliegues para formar una almohada. A los pocos instantes, ya estaba dormido.

A lo largo de la media hora siguiente Didier y Langlois fueron escoltados por separado hasta el calabozo. Despertaron a Férol y fue la primera vez que los tres hombres se hablaron entre sí. Intercambiaron su nombre y confirmaron la certeza de que ninguno de ellos tenía cigarrillos.

—¿Por qué te han traído aquí? —preguntó Didier a Férol.

—¿Cómo voy a saberlo? Este es mi cuartel general. Siempre estoy aquí. Y, antes o después, siempre averiguo por qué. ¿Alguno de vosotros tiene una baraja?

—¿Por qué estás tú aquí? —preguntó Langlois a Didier.

—Es una larga historia y me la guardaré para después —respondió Didier—. Hay un pequeño hijo de puta de teniente que anda detrás de mi pellejo, eso es todo. Sé que ese es su trabajo, de acuerdo, pero... Y tú, ¿por qué estás tú aquí?

—Bueno, estoy aquí por la misma razón que vosotros dos, aunque no lo sepáis. Pronto debe aparecer el cuarto. Entonces, si tuviéramos cartas, podríamos jugar al *bridge*...

—El *bridge*, ¿qué es eso? —preguntó Férol.

—Un juego —respondió Langlois.

—¿En qué consiste este juego? Eso es lo que me gustaría saber —preguntó Didier.

—Bueno, este juego —dijo Langlois—, este juego es mucho más sencillo que el *bridge*.

—Vale, ¿en qué consiste?, si es que sabes tanto como dices.

—Consiste sencillamente en esto. Estamos aquí acusados de cobardía ante el enemigo y vamos a comparecer en consejo de guerra esta tarde, un consejo de guerra sumarísimo —dijo Langlois.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Didier.

—Porque me han leído la orden.

—¿Y qué decía la orden? Venga, afloja el pico, ¿quieres?

—Lo que os he dicho. Cada uno de los comandantes de la compañía tenía que escoger a un hombre y arrestarlo para que compareciera ante un consejo de guerra sumarísimo bajo la acusación de cobardía ante el enemigo.

—¿Pero qué cobardía? ¿La cobardía de quién? No entiendo nada.

—Esta mañana —dijo Langlois—. Supongo que será porque el ataque fracasó. El Estado Mayor quiere dar ejemplo y nosotros somos los ejemplos.

—¿Por qué nosotros? —preguntó Férol.

—Yo no sé por qué tú —respondió Langlois—, pero sí sé por qué yo. Porque en nuestra compañía se sorteó y yo cogí el número equivocado. Equivocado para mí, claro, y acertado para todos los demás.

—¡Jesús! —exclamó Didier—. Un sorteo, ¿eh? Eso parece serio.

—Sí —dijo Férol—, vale, eso parece algo, pero en mi compañía no se sorteó. El sargento simplemente viene y me dice: «Ven conmigo». En cuanto salimos del campamento me dice que estoy arrestado. Como si fuera una novedad para mí...

—Así es exactamente como lo hicieron conmigo —intervino Didier—. En mi compañía tampoco hubo sorteo. Ah, ahora empiezo a entenderlo. ¿«Escoja y arreste a un hombre», has dicho que decía la orden? ¡Sucio bastardo apestoso! ¡Y hablan de cobardes! Pues voy a contar un par de cosas en el consejo de guerra. No dejaré que ese cerdo se libre así como así...

La puerta de la trena se abrió de golpe y entró el sargento al mando de la guardia.

—¡Atención, prisioneros! —ordenó—. Pónganse de pie, aquí. ¡Muévanse!

Entró un oficial, un capitán, y salió el sargento cerrando la puerta con llave al salir. El capitán miró una hoja de papel que llevaba.

—¿Soldado Didier?

—Aquí, señor.

—¿Langlois?

—Aquí, señor.

—¿Férol?

—Yo, señor.

—Descansen, caballeros. Siéntense, si lo desean. Esto es grave y no dispongo de mucho tiempo, de manera que escúchenme atentamente...

—¿Lleva encima un cigarrillo, capitán? —preguntó Férol.

El capitán hizo circular un paquete de cigarrillos y, después de hacerlo circular, lo vio desaparecer en el bolsillo de Férol. Entregó a Didier una cerilla y los hombres se encendieron sus cigarrillos.

—Todos ustedes saben —prosiguió el capitán— que el ataque de esta mañana fue un fracaso. La división insiste en que se debió a que la oleada ofensiva no logró avanzar por cobardía. No pueden castigar a todo un regimiento, de modo que han decidido que comparezcan en consejo de guerra acusados de cobardía un hombre de cada compañía de la primera oleada. No puedo discutir ahora sobre el acierto o el error de esta medida. No tengo tiempo. Y, de todas formas, tampoco nos llevaría a ninguna parte. El coronel Dax ha hecho personalmente todo lo que está en su mano para impedirlo, pero se ha topado contra un muro. Las órdenes son las órdenes. Me llamo Etienne. Estoy al mando de la Compañía Número 7 del Segundo Batallón y el coronel me ha encomendado que los defienda en el consejo de guerra porque en la vida civil soy abogado. Está por ver de qué me pueda servir eso en un consejo de guerra. Haré todo lo que pueda, se lo aseguro, pero no quiero infundirles falsas esperanzas ni dar nada por supuesto. Un consejo de guerra es una cosa muy distinta de un juicio en la vida civil, aun cuando se trate de un proceso penal.

»Ahora, en primer lugar, quiero hacerles a cada uno de ustedes una pregunta y quiero que la respondan con absoluta sinceridad. Si así lo hacen, redundará en su propio bien. Si tengo que defenderlos, no se me debe ocultar nada. Y recuerden que todo lo que me digan aquí quedará en el más estricto secreto. Estará tan seguro a mi cuidado como si se lo dijeran a un sacerdote en el confesionario.

»¿Hizo alguno de ustedes tres algo o mostró algún signo que algún testigo pudiera interpretar como cobardía ante el enemigo?

—No.

La palabra fue pronunciada tres veces con distintos énfasis.

—Si lo hicieron, les ruego que me lo cuenten para que pueda preparar la defensa. No quiero que me sorprendan con algún testigo y no tener una respuesta preparada.

—Yo llegué bastante más allá de la alambrada —dijo Férol—. Meyer puede decírselo, iba conmigo. Y también se lo puede decir el capitán Sancy.

—Yo estaba casi al lado del teniente Bonnier en la alambrada cuando lo mataron —dijo Langlois.

—Y yo estaba subiendo el parapeto —respondió Didier— cuando el cuerpo del cabo Valladier me cayó encima y me devolvió a la trinchera. Me cortó la respiración. Cuando logré ponerme de pie de nuevo, mi compañía había regresado a la trinchera. No podían avanzar.

—Eso está bien —dijo el capitán con una jovialidad que no sentía—. Mi consejo es que se aferren a estas historias y no permitan que el fiscal los aparte de ellas. Los ayudaré en todo lo que pueda, pero en los consejos de guerra la valoración de las pruebas no rige como en los demás procesos judiciales. Deben estar preparados para que todo este asunto les parezca muy arbitrario.

»Ahora, un par de indicaciones sobre su conducta. Recuerden que siguen siendo soldados en presencia de oficiales superiores, no litigantes en un tribunal de justicia ordinario. Que sus modales sean respetuosos, pero en modo alguno serviles. Actúen

como lo que son, soldados y valientes, pero no lo exageren hasta el punto de que pueda parecer que son arrogantes o que carecen del sentido de la disciplina. He echado un vistazo a la sala donde se celebrará el consejo. Les dará la luz del sol de la tarde en los ojos. No dejen que eso los desconcierte y, sobre todo, no permitan que parezca que bajan la vista, como si se avergonzaran de algo. Simplemente, prepárense para que les dé esa luz. Mantengan la barbilla alta. Repítanselo si es necesario: “Tengo que mantener la barbilla alta”. Cuando hablen, miren a todos los jueces a los ojos. No lloriqueen, ni supliquen, ni hagan discursos. Limítense a hacer declaraciones en tono marcial. Que sean breves, pero que se puedan oír en toda la sala. Intenten no repetirse. Ya lo yo haré por ustedes cuando recapitule los hechos. Subrayaré los aspectos que ustedes hayan expuesto en su testimonio. Limítense a responder a las preguntas que se les formulen y déjenme a mí los discursos. ¿Hay algo que quieran decirme ahora?

—Sí —respondió Férol—. ¿Puede dejarnos unas cuantas cerillas antes de irse?

—Sí —dijo Langlois—. A mí me escogieron para todo esto mediante un sorteo. ¿No sería ese detalle una defensa excelente? Demuestra a todas luces que en mi compañía no hay ningún cobarde al que el sargento mayor pueda señalar con el dedo.

—Sí —dijo Didier, y empezó a contar al capitán el asunto de la patrulla.

Se lo contó despacio, sin omitir nada, ni siquiera que él había disparado a Roget para impedir que matara a Lejeune. Los tres hombres lo escucharon atentamente y, cuando terminó, todos ellos, cada cual según su capacidad, se indignó de corazón.

—Me cree usted, ¿verdad, señor? —preguntó Didier ansioso por que le creyera.

—Sí, le creo, Didier, ¿pero quién más le creerá? ¿Quién más querrá creerle? Me temo que su historia no le va a beneficiar gran cosa y podría perjudicarle mucho. En primer lugar, no tiene ningún testigo. Eso ya es muy malo. En segundo lugar, aun cuando tuviera alguno, creo que esa historia sólo serviría para ponerse al tribunal en contra. No tolerarían muy bien que un soldado raso formulara semejantes acusaciones contra un oficial. Y se verían obligados a desconfiar y a creer que está inventando acusaciones para salvarse. Se volvería contra usted del peor modo posible. Siga mi consejo y no diga una palabra de ese asunto en el consejo de guerra. Si las cosas se ponen feas, ya veré qué uso se puede hacer de él más adelante, en conversación privada con alguno de los jueces o algo así.

—¿Cree usted que las cosas se pondrán feas? ¿Qué posibilidades tenemos?

—Francamente, caballeros, debo decirles que es un asunto muy grave para ustedes. La división quiere dar ejemplo. Lo que lo convierte en grave es que, al parecer, no les importa quiénes sean quienes sirvan de ejemplo.

—Pero sortear... —empezó a decir Langlois.

—Sí, lo sé, pero es práctica habitual en el ejército. Me temo que, precisamente porque fueron ustedes seleccionados por sorteo, su posición será de la máxima debilidad. Tendré que ver cómo se desarrolla el proceso antes de decidir qué hacer con eso. ¿Y usted, Férol? ¿Cómo se decidieron por usted?

—Siempre se deciden por mí, eso es todo.

—Bien, tengo que marcharme. Conserven la valentía, vayan con la frente bien alta. Haremos todo lo que podamos para ayudarles, pueden estar seguros. El mismísimo coronel pronunciará un alegato en su favor. He hablado con él al respecto y vamos a aportar sus antecedentes, tanto individuales como del regimiento...

—Los míos, déjelos —dijo Férol.

—Me refiero a su hoja de servicios como soldado de asalto. Después, haremos una petición firme de clemencia o pediremos que, como máximo, los encarcelen. Yo otorgo mucha importancia a eso. El tribunal se reunirá dentro de una media hora. ¡Sargento! ¡Abra la puerta, por favor!

—Capitán, las cerillas... —dijo Férol.

Un sargento asomó la cabeza en el despacho del coronel Couderc, en el cuartel general de la división.

—Tengo al coronel Dax, señor —dijo—. Está al teléfono.

Couderc asintió con un gesto y descolgó el auricular de su mesa.

—¡Sí! ¿Dax?

—Dax al habla.

—Aquí Couderc. Es por los hombres que comparecen en consejo de guerra. En su informe sólo veo el nombre de tres. Deben ser cuatro. ¿Dónde está el cuarto? ¿Quién es?

—No lo sé.

—¿Cómo dice?

—He dicho que no lo sé.

—¡No lo sabe! Pero su obligación es saberlo.

—Sólo he obedecido instrucciones, Couderc. Di al comandante de cada compañía las órdenes que transmitió el general, es decir, que cada uno escogiera a un hombre para el consejo de guerra. Uno de ellos no lo ha hecho, eso es todo.

—¿Dice usted que uno no lo ha hecho? ¿Por qué no lo ha hecho? ¿Se ha negado?

—Oh, no, no se ha negado. Dijo simplemente que en su compañía no había ningún hombre contra el que se pudieran esgrimir semejantes acusaciones.

—¿Cuándo ha dicho eso?

—Bueno, no lo ha dicho. Lo ha escrito.

—Debería haberme enviado una copia.

—¿No lo he hecho? Lo siento mucho. Debe de haberseme pasado.

—¿Tiene ahí su nota, Dax? Léamela.

—Dice: «En respuesta a su comunicado tal y tal tengo el honor de informarle de que soy incapaz de cumplir sus instrucciones porque no hay ningún miembro de mi compañía contra quien se puedan presentar o sostener acusaciones de cobardía ante el enemigo».

—Eso es nada menos que una negativa. ¿Le ha llamado la atención sobre ese detalle?

—No puedo. Ha salido a dar una vuelta y no regresará hasta que el consejo de guerra haya concluido.

—Entonces, se trata claramente de un caso de desobediencia. Debe arrestarlo en cuanto regrese. ¿Cómo se llama?

—Capitán Renouart, de la Compañía Número 1.

—Deletréelo.

—R, e, n, o, u, a, r, t.

—Bien, arréstelo en cuanto regrese y ya le diré lo que hay que hacer con él. ¿Está ahí el coronel Labouchère?

—¿Ha apuntado su nombre correctamente? ¿Renouart?

—Sí, entendido: Renouart. Bueno, Dax, pásame a Labouchère.

—Le ruego que me disculpe, pero creo que no ha entendido usted...

—¿Qué no he entendido?

—Que Renouart es un oficial de la máxima independencia y valentía...

—En este ejército no hay sitio para la independencia.

—Quizá sea así, pero Renouart no es el tipo de hombre que acepte nada mansamente. Es un hombre de convicciones sólidas y las defenderá hasta su último aliento. Sólo le estoy advirtiéndole, Couderc, que se las verá con una personalidad vehemente que puede resultar más problemática de lo que cree. En su lugar, yo tendría paciencia con este asunto, especialmente en vista de todas las circunstancias que rodean a este consejo de guerra. Como poco, todo ha sido un poco precipitado...

—Bien, no puedo preocuparme por eso, Dax. No ha sido cosa mía, pero ningún oficial de esta división va a negarse a obedecer órdenes impunemente. Tiene que arrestarlo. Sólo hay una forma de hacer esto.

—Hay otra cuestión que parece pasar usted por alto y es que hay un tal senador Renouart que es miembro de la Comisión Parlamentaria del Ejército. No sé si tienen alguna clase de parentesco, pero pensé que le gustaría tener en cuenta este aspecto de la cuestión antes de...

—Ah, bueno, eso es distinto. ¿Por qué no lo ha dicho antes? Tiene mucha razón, Dax, debemos tener cuidado. Le diré lo que vamos a hacer. Envíeme una copia de la orden que le remitió y el original de su respuesta. Trataré el asunto con el general y veremos lo que dice él. Aun cuando tal vez no tenga nada que ver, me alegra que haya mencionado ese detalle. Ahora, permítame cambiar unas palabras con Labouchère, ¿quiere?

—Se lo paso.

—Labouchère al habla.

—Es una suerte que haya podido localizarlo, Labouchère. ¿Ha oído mi conversación con Dax?

—Sí, la he oído.

—Entonces sabe que finalmente sólo habrá que juzgar a tres hombres. Como presidente del tribunal, por favor, ocúpese de que este asunto del cuarto hombre no

aparezca en el juicio. De lo que quería hablar con usted era de lo siguiente. El general me ha entregado una nota para usted, pero tendré que leérsela por teléfono porque ya no hay tiempo para que se la envíe. Quiere que informe usted de ella a los demás jueces antes de que comience el proceso. Dice lo siguiente: «Los acusados comparecerán ante el consejo de guerra tan pronto como sea posible. No tengo la menor duda de que el tribunal sabrá cómo cumplir con su obligación. Firmado, Assolant». ¿Está claro?

—Completamente.

—¿Cuándo va a empezar el consejo de guerra?

—Dentro de unos minutos.

—Entonces, de acuerdo. Llámeme en cuanto hayan dictado sentencia y, a continuación, envíeme el informe aquí. *Au revoir*.

El salón del castillo era una estancia espaciosa y de techos altos que estaba orientada hacia el oeste cuyas ventanas se abrían a una parte del jardín cuyo césped parecía haber sido extendido hasta allí como una alfombra sobre el que cayeran los rayos del sol en declive. Desde que se construyera a finales del siglo XVIII, aquella estancia había recibido su cuota de guerra y de soldados. Napoleón había pasado dos noches allí y fue en honor del acontecimiento por lo que su nombre había pasado a ser Château de l'Aigle. Más tarde, Wellington había bailado allí mismo las horas más cortas de otra noche. Como resultaba quedar demasiado hacia el oeste, el castillo había sido despreciado por los soldados de la guerra francoprusiana. Sin embargo, cuarenta y cuatro años después, sus suelos de madera pulida y las losas de piedra del patio habían vuelto a hacer sonar el tintineo de las espuelas y sus espejos habían vuelto a reflejar uniformes resplandecientes, unos uniformes que fueron perdiendo brillo a medida que fue pasando el tiempo. Von Kluck había almorzado allí un día, poco antes de que cometiera su fatídico y garrafal error ante las puertas de París. Eso sucedió tres días después de que sir John French hubiera cenado en el mismo lugar. Un oficial patizambo con un mostacho hirsuto que exhibía en la gorra las hojas de roble de general se había detenido allí a telefonar cuando se dirigía a visitar al rey de los belgas. «Al habla Foch», había dicho. En una u otra época, la mayoría de los oficiales de más alta graduación de los ejércitos aliados se habían alojado allí. Joffre había cenado allí, en silencio pero con entusiasmo y, después, se había marchado a acostarse y a dormir sin que le perturbara ninguna pesadilla de Verdún. Haig había montado a su corcel a las puertas del pabellón y había presidido el desfile de los regimientos canadienses antes de que se dirigieran a la carnicería de Passchendaele. Clemenceau se había detenido en el mismo pabellón para que le indicaran el camino.

—Le tengo envidia a usted —dijo a la señora que vivía allí.

—¿Por qué, *monsieur le minister*? —le preguntó ella.

—Porque es usted más veterana que yo.

Por curioso que resulte, el desfile de celebridades y oficiales de alta graduación que visitaba aquel lugar estaba destinado a concluir, como se había iniciado esa guerra, con la presencia de un alemán espigado, frío y afligido que se había sentado a tomar una cena frugal en aquella espaciosa estancia con un pequeño grupo de compatriotas una noche de noviembre de 1918, muy tarde. En esa ocasión se trataba del general Von Winterfeldt, militar integrante de una delegación que la mañana siguiente iba a suplicar a Foch buenas condiciones para el armisticio.

Sin embargo, precisamente en ese momento, el oficial de más alta graduación que había en la estancia era el capitán Etienne del 181 Regimiento del frente. Estaba sentado en una mesa situada junto a otra más larga, enfrentada a él y paralela al muro occidental y a las ventanas de la estancia. Detrás del capitán había sentados tres hombres en un banco. No llevaban casco, iban desarmados y parecían no saber qué hacer con las manos. Tenían el aspecto de lo que eran, prisioneros. Inmediatamente detrás de los tres hombres, había un sargento y otros seis soldados, sentados. Llevaban casco, iban equipados para desfilarse, es decir, con morrales de munición y fusiles con la bayoneta calada. Ellos contaban con el fusil para tener ocupadas las manos, pero tampoco parecían estar en agradable posición de descanso.

La estancia empezó a llenarse. Iban apareciendo oficiales y tomaban asiento en la parte trasera. Entró Boulanger, sargento mayor del Regimiento, puso unos papeles sobre la mesa alargada y, a continuación, contempló la escena con detalle, movió un par de sillas y situó a los centinelas en las puertas y junto a las paredes.

La tensión iba aumentando en la estancia. Cada vez que entraba alguien parecía aliviarse, para después regresar con mayor intensidad.

Entró otro oficial portando un sobre grande. Cruzó la sala y estrechó la mano de Étienne, sonrió e intercambió con él unas palabras sin mirar a los prisioneros; a continuación, se trasladó a una mesa contigua y extrajo del sobre algunos documentos. Étienne se sintió ligeramente animado cuando reparó en lo escaso que era su volumen.

—El fiscal —dijo Étienne volviéndose hacia los prisioneros.

Didier y Langlois lo miraron, examinaron sus rasgos, la parte trasera de sus hombros, el cuello y la cabeza. Al parecer, Férol no tenía interés ninguno en todo aquello.

El fiscal miró a su alrededor buscando a alguien.

—Ordenanza, ¡que venga el sargento mayor!

Al cabo de un minuto, Boulanger estaba inclinado sobre la mesa del fiscal.

—Esto es extremadamente irregular —dijo el fiscal—. Saque a los prisioneros de aquí. No deben entrar hasta que el tribunal esté constituido y así lo ordene.

El sargento mayor dio unas cuantas instrucciones. Los prisioneros fueron rodeados por sus guardianes y salieron desfilando. De inmediato, empezó a crecer en ellos cierta esperanza.

Volvió a entrar el sargento e hizo señas a los centinelas para que abrieran las

puertas de par en par.

—¡Atención! —rugió—. ¡Guardias, presenten armas!

Se oyó un ruidoso arrastrar de sillas, repiqueteo de guarniciones y taconazos con espuelas y sin espuelas. Saludos petrificados.

Tres oficiales entraron andando en fila india, con el coronel Labouchère en cabeza. El último, un teniente, llevaba el paso descompasado, pero lo recuperó antes de llegar a la mitad de la estancia. El coronel fue directamente hacia el sillón central de la mesa del tribunal y se detuvo detrás de él; luego, esperó a que el capitán y el teniente se situaran respectivamente a su derecha e izquierda. Labouchère saludó al grupo que tenía delante y dijo: «¡Descansen!»

La tensión corporal de la sala amainó, pero no así la emocional.

—Se abre la sesión del consejo de guerra —dijo el coronel—. Hagan pasar a los acusados.

Las órdenes se transmitieron a gritos en el vestíbulo y se hizo entrar a los prisioneros, desfilando.

—Este es un consejo de guerra sumarísimo —dijo Labouchère cuando todo estuvo en silencio otra vez— y, por tanto, prescindiremos de casi todas las formalidades. Sin embargo, se debe leer el nombramiento del tribunal. Proceda, por favor, el secretario.

Un teniente que estaba sentado en un extremo del tribunal y en ángulo recto se puso de pie y empezó a leer:

El general al mando de la división ordena que el consejo de guerra sumarísimo celebrado en el Château de l'Aigle para juzgar el caso de cuatro hombres acusados de cobardía ante el enemigo quede compuesto como sigue:

Presidente: Coronel Labouchère.

Jueces: Capitán Tanon; Teniente Marignan.

Fiscal: Capitán Ibels.

Secretario: Teniente Mercier.

(Firmado) Assolant
General de División.

ÉTIENNE (*levantándose*): ¿Puedo solicitar que se indique dónde prestan servicio los oficiales que componen el tribunal?

PRESIDENTE: ¿Cuál es la finalidad de la petición?

ÉTIENNE: Determinar si prestan servicio en la retaguardia o si son oficiales del frente. En otras palabras, oficiales de combate.

TANON (*el único oficial de combate del tribunal, moviéndose para que así se pudiera ver en el cuello de su guerrera*): Puede verlo fijándose en nuestras insignias.

PRESIDENTE: Absolutamente irrelevante. Por favor, no nos robe tiempo con estúpidos tecnicismos. Omitiremos la lectura de los cargos. Es extensa y afirma que los prisioneros están acusados de haber mostrado cobardía ante el enemigo durante el

asalto al Pimple esta mañana. ¡Pónganse en pie los acusados!

ÉTIENNE (*levantándose al mismo tiempo*): ¡señor presidente! El escrito de acusación es un documento importante del proceso. Yo mismo ni siquiera lo he visto. Solicito que se lea.

PRESIDENTE (*que tampoco ha visto el escrito de acusación, por la sencilla razón de que no hay*): Solicitud denegada.

La expresión del rostro de Étienne es de perplejidad, incluso de pánico. No le gusta el cariz que adquieren estos momentos iniciales y siente que se hará todo lo posible para que no cambie.

ÉTIENNE: Pero, señor presidente, el escrito de acusación reviste una importancia capital. Tenemos derecho a saber que los cargos son los que...

PRESIDENTE: La solicitud ha sido denegada. Por favor, no retrase el procedimiento. Digan su nombre los acusados.

Langlois, Didier y Férol *se miran, vacilantes.*

ÉTIENNE: De izquierda a derecha. Usted primero. ¡Hablen!

Los prisioneros dicen su nombre.

PRESIDENTE: ¿Dónde está el cuarto...? Retiro la pregunta. De acuerdo, siéntense. El fiscal llamará a su primer testigo.

Este es el momento que Étienne lleva esperando ansiosamente. La comparecencia del primer testigo le dará una muy necesaria pista de cuál va a ser la táctica del fiscal. Cuando oye el nombre del testigo, queda sorprendido y desconcertado.

IBELS: ¡El acusado, soldado Férol!

Dos guardias se apartan del grupo y conducen a Férol hasta un lugar situado enfrente del secretario, al otro extremo de la mesa alargada, y le colocan en ángulo mirando hacia la derecha, hacia los jueces. EL PRESIDENTE consulta unas notas y, a continuación, empieza a interrogar a Férol, al principio sin mirarlo.

PRESIDENTE: ¿Formó usted parte de la Compañía Número 4 durante el asalto de esta mañana?

FÉROL: Sí, señor.

PRESIDENTE: ¿Se negó usted a avanzar?

FÉROL: No, señor.

PRESIDENTE: ¿Avanzó usted?

FÉROL: Sí, señor.

PRESIDENTE: ¿Hasta dónde avanzó?

FÉROL: Aproximadamente, hasta la mitad de tierra de nadie.

PRESIDENTE: Después, ¿qué hizo usted?

FÉROL: Bueno, la ametralladora de los boches parecía una tormenta de granizo y vi que...

PRESIDENTE: No. Responda a mi pregunta. ¿Qué hizo usted?

FÉROL: Bueno, señor, vi que yo y Meyer...

PRESIDENTE: No le he preguntado lo que vio. Le he preguntado qué hizo.

FÉROL: Sí, señor.

PRESIDENTE: ¿Avanzó usted?

FÉROL: No, cuando vi que yo y Meyer...

PRESIDENTE: ¿Dio media vuelta y regresó?

FÉROL: Bueno, cuando vi que...

PRESIDENTE: ¡Escuche! Responda a mi pregunta, ¿dio media vuelta y regresó? ¿Sí o no?

FÉROL: Sí, señor.

PRESIDENTE: ¿Alguna pregunta, señor fiscal?

IBELS (*Con una sonrisa que pretende transmitir que las hábiles preguntas del presidente han vuelto superflua cualquier otra*): no, señor.

PRESIDENTE: El acusado puede regresar a su asiento.

ÉTIENNE: Un instante, señor presidente, me gustaría interrogar al testigo.

PRESIDENTE: ¿Quiere decir al acusado?

ÉTIENNE: Sí, señor.

PRESIDENTE: Hágalo, entonces, pero que sea breve.

ÉTIENNE: Férol, cuando llegó usted al centro de tierra de nadie, diga al presidente por qué se dio la vuelta.

PRESIDENTE: ¿Es esa una pregunta?

ÉTIENNE: Sí, señor.

PRESIDENTE: Entonces, fórmulela en forma de pregunta.

ÉTIENNE: Sí, señor, cuando llegó usted al centro de la tierra de nadie, ¿estaban solos Meyer y usted?

FÉROL: Sí, señor.

ÉTIENNE: Diríjase al tribunal, ¿qué le había sucedido al resto de su compañía?

FÉROL: No lo sé. Los que iban cerca de nosotros estaban todos muertos o heridos. Supongo que el resto había retrocedido.

ÉTIENNE: Entonces, al ver que estaban solos, ¿decidieron que lo único que había que hacer era retroceder y tomar contacto con su compañía?

FÉROL: Sí, señor.

ÉTIENNE: ¿Era intenso el fuego?

FÉROL: Ya había acabado con la mitad de nuestra compañía.

ÉTIENNE: Entonces, si hubieran avanzado, ¿habrían sido ustedes dos hombres avanzando en solitario?

FÉROL: Sí, y no habríamos podido llegar ni dos metros más adelante. Ante eso, tuvimos que retroceder arrastrándonos.

ÉTIENNE: Eso es todo.

PRESIDENTE: ¿Señor fiscal?

IBELS: Entonces, ¿se retiraron?

FÉROL: Bueno, cuando vimos que...

IBELS: ¿Se retiraron ustedes? ¿Sí o no?

FÉROL: Sí.

IBELS: Sí, ¿qué?

FÉROL: Sí, señor.

PRESIDENTE: Puede el acusado regresar a su asiento. Señor fiscal, llame al siguiente testigo.

Étienne se acongoja. Ahora ve con claridad la táctica de la acusación, nauseabunda. No se van a molestar en recabar testimonios, ni siquiera en citar a testigos presenciales. Simple y cínicamente van a obligar a los prisioneros a inculparse. Farfulla para sí: «¡Jesuitas! ¡Tiranos! ¡Asesinos!»

IBELS: ¡El acusado, soldado Langlois, al estrado!

Langlois mira a los jueces, los guardias lo llevan sujeto por los codos. Los mira de medio lado porque quiere que se vean su médaille militaire y su croix de guerre.

PRESIDENTE: ¿De qué compañía formaba parte usted durante el asalto?

LANGLOIS: De la Número 3, señor.

PRESIDENTE: ¿Se negó usted a avanzar?

LANGLOIS: No, señor.

PRESIDENTE: ¿Avanzó usted?

LANGLOIS: Sí, señor. Avancé, señor.

PRESIDENTE: Entonces, ¿por qué está usted aquí?

LANGLOIS: Porque hubo un sorteo y yo...

PRESIDENTE: Retiro la pregunta. ¿Hasta dónde avanzó usted?

LANGLOIS: Estaba justo al lado del teniente Bonnier cuando lo mataron en la alambrada.

PRESIDENTE: ¿La alambrada enemiga?

LANGLOIS: No, señor. Nuestra alambrada.

PRESIDENTE: Nuestra alambrada está cerca de nuestra trinchera, ¿no es así?

LANGLOIS: No tan cerca, señor. Hay cierta distancia entre la alambrada y la trinchera.

PRESIDENTE: Pero no era la alambrada enemiga, ¿verdad?

LANGLOIS: No, señor.

PRESIDENTE: Entiendo. Y, después, ¿qué hizo usted?

LANGLOIS: Habían matado al teniente Bonnier. Mataron a muchos hombres. No parecía haber nadie al mando. No sabía qué hacer.

PRESIDENTE: ¿Asumió usted el mando? ¿Instó a los hombres a avanzar?

LANGLOIS: No había hombres a quienes instar a avanzar.

PRESIDENTE: Responda a mi pregunta. ¿Asumió usted el mando?

LANGLOIS: No, señor. No había nada sobre lo que asumir el mando.

PRESIDENTE: ¿Se quedó usted donde estaba?

LANGLOIS: Sí, señor.

PRESIDENTE: Entonces, ¿no avanzó usted más?

LANGLOIS: No podía. El fuego era demasiado intenso. El asalto parecía haber terminado.

PRESIDENTE: Entonces, ¿se replegó usted hacia la trinchera?

LANGLOIS: Regresé a ella cuando vi que el avance se había detenido.

PRESIDENTE: Pero si el avance hubiera continuado, se habría detenido, ¿no?

LANGLOIS: ¿...?

PRESIDENTE: Responda a mi pregunta.

LANGLOIS: Sí, creo que sí. Ya había sido detenido por el fuego alemán que...

PRESIDENTE: O por la cobardía francesa. Da igual, no avanzó, ¿no es así?

LANGLOIS: No, señor.

PRESIDENTE: ¿Qué quiere decir «No, señor»? Usted mismo ha dicho que no llegó más allá de nuestra propia alambrada.

LANGLOIS: No pude, señor.

PRESIDENTE: Porque tenía miedo.

LANGLOIS: Porque hacerlo habría sido inútil.

PRESIDENTE: Ah, ya veo. Usted, un soldado del frente, decidió que habría sido inútil. ¿Alguna pregunta, señor fiscal?

IBELS: No, señor.

PRESIDENTE: ¿Alguna pregunta, capitán Étienne?

ÉTIENNE: Con el permiso del tribunal, me gustaría leer las menciones a la valentía que este hombre ya ha recibido en dos ocasiones. En primer lugar, mención de las Ordenanzas del Ejército por...

PRESIDENTE: En absoluto pertinente, capitán. No se está juzgando al acusado por su valentía anterior sino por su cobardía reciente. Las medallas no constituyen defensa alguna.

ÉTIENNE: ¿Puedo, entonces, citar como prueba su carácter y el hecho de que aparece en la lista de promoción para la escuela de formación de oficiales?

PRESIDENTE: No puede, pero, si puede, podría citar algún testigo que asegurase que llegó a la alambrada alemana.

ÉTIENNE: Soy incapaz de hacerlo, señor, porque no hubo nadie en todo el regimiento que llegara siquiera a acercarse a la alambrada alemana.

PRESIDENTE: Eso es discutible. Me permitirá que discrepe de usted, capitán.

ÉTIENNE: Así lo esperaba, señor.

PRESIDENTE: Le agradezco que piense que no voy a defraudarlo. Puede el acusado regresar a su asiento. Señor fiscal, el siguiente testigo.

IBELS: ¡El acusado, soldado Didier!

PRESIDENTE: Ya ha oído las preguntas formuladas a los otros prisioneros. Supongo que usted también formó parte de la oleada de ataque, que no se negó a avanzar y que, en realidad, avanzó, sin duda, lo máximo posible en su compañía. ¿Es así?

DIDIER: Sí, señor, traté de avanzar.

PRESIDENTE: Trató de avanzar. Y entiendo que no lo consiguió, ¿verdad?

DIDIER: Bien, señor, si es por eso, llegué más lejos que otros.

PRESIDENTE: Explíquese.

DIDIER: Dentro de la trinchera estábamos en tres o cuatro filas. Yo tenía la espalda apoyada contra el parados. Cuando sonaron los silbatos, los hombres que estaban

delante empezaron a subir por el parapeto. El capitán Charpentier fue el primero y lo mataron de inmediato. Llegó mi turno y empecé a subir por la escalera. Justo en ese momento, el cuerpo del cabo Valladier salió catapultado hacia atrás, encima de mí. Derribó la escalera, conmigo subido encima. Valladier era un hombre muy corpulento y él y la escalera cayeron sobre mí como un saco de carbón. Me dejaron sin respiración. Cuando me recuperé y conseguí salir de debajo, el ataque ya había concluido.

PRESIDENTE: Entonces, ¿usted nunca abandonó la posición de salida de la trinchera?

DIDIER: Sí, estaba casi fuera.

TANON (*interrumpiendo*): ¿Puso los pies sobre el parapeto?

DIDIER: Bueno, casi, señor.

PRESIDENTE: ¿Qué parte de usted estaba realmente en el parapeto?

DIDIER: Bueno, ninguna parte de mí estaba sobre el parapeto. Como he dicho, estaba en la escalera, pero estaba por encima del parapeto de cintura para arriba.

PRESIDENTE: ¿Pero tenía los pies sobre la escalera, no en el parapeto?

DIDIER: Bueno, tenían que estar sobre la escalera para subir al parapeto.

PRESIDENTE: Sí, eso lo entiendo. En realidad, no obstante, todo su cuerpo se encontraba en el espacio delimitado por los muros de la trinchera, ¿no es así?

DIDIER: No entiendo qué quiere decir, señor.

PRESIDENTE: ¿No es un hecho que usted nunca llegó siquiera a abandonar la posición de salida de la trinchera?

DIDIER: Bueno, como le decía, señor, estaba precisamente saliendo cuando el cuerpo de Valladier...

PRESIDENTE: Responda a mi pregunta. ¿Abandonó usted la posición de salida de la trinchera o no?

DIDIER: Estaba intentando decirle, señor...

PRESIDENTE: Responda sí o no.

DIDIER:...

PRESIDENTE: Respóndame, le digo.

DIDIER: No.

PRESIDENTE: ¿Alguna pregunta, señor fiscal?

IBELS: No hay preguntas, señor.

PRESIDENTE: Capitán Étienne.

ÉTIENNE: Me gustaría oír testimonios que indicaran cuáles eran las condiciones reinantes en la trinchera de la Compañía Número 2. Me gustaría demostrar que...

PRESIDENTE: Absolutamente innecesario. El propio acusado nos ha dicho que jamás

abandonó la posición de salida.

ÉTIENNE: Es igual, quisiera demostrar que...

PRESIDENTE: Solicitud denegada.

ÉTIENNE: ¿Puedo, entonces, aportar testimonios de los antecedentes y el carácter del acusado...?

PRESIDENTE: Ya se lo he dicho, no estamos juzgando al acusado por su carácter. Desearía que dejara de tratar de introducir estos aspectos irrelevantes. Puede el acusado regresar a su asiento. Si desea presentar su alegato, capitán Étienne, puede hacerlo ahora. Dispone de cinco minutos.

ÉTIENNE: Sí, señor. En primer lugar, considero mi obligación presentar respetuosamente una protesta contra la forma en que se ha desarrollado este juicio. Protesto con la máxima formalidad contra el hecho de que no se haya leído el escrito de acusación. Considero que se trata de una omisión cuya ilegalidad anula e invalida a este consejo de guerra. En segundo lugar, protesto contra el hecho de que no se hayan recogido notas taquigráficas del proceso. Esto priva a los acusados de un instrumento con el que sustentar el escrito de apelación de indulto al Presidente de la República...

PRESIDENTE: Pasa usted por alto el hecho de que ya no existe el indulto presidencial, capitán Étienne. Fue precisamente porque se incrementaban estos casos de cobardía e insubordinación por lo que el Presidente renunció a la prerrogativa del indulto y por lo que se reinstauraron los consejos de guerra sumarísimos.

ÉTIENNE: De todas formas, señor, me parece ofensiva la omisión. Elevo mi protesta con más énfasis aún a causa de la tercera de ellas, que expondré a continuación. Protesto respetuosa pero no menos formalmente contra la forma en que se ha interrogado a los acusados y se les ha obligado a admitir cuestiones que, por estar distorsionadas, se han convertido en incriminatorias. Llamo la atención del tribunal sobre el hecho de que el interrogatorio de los testigos ha sido extremadamente injusto y de que se ha impedido contrastar otros testimonios, cuando no se ha prescindido de ellos por completo. Como he dicho, si no elevara estas protestas formales ante el tribunal consideraría que faltó a mi obligación hacia los hombres a los que se me ha encomendado defender.

Ahora, con el permiso del tribunal, quisiera decir unas palabras sobre los tres hombres que están aquí sentados bajo el estigma de una de las peores acusaciones que se pueden realizar contra un soldado: cobardía.

Caballeros, les aseguro que estos hombres no han sido cobardes. ¡Han sido héroes! Pertenecen a un célebre regimiento de tropas de asalto, un regimiento cuya norma de actuación ha sido certificada con las condecoraciones que un país agradecido ha vertido sobre él, un regimiento al que yo mismo me enorgullezco de pertenecer. Sólo en el transcurso de un mes se han vuelto a distinguir en los

feroces combates del valle de Souchez y las montañas circundantes, en las que tanta sangre francesa se ha derramado. Diezmados, exhaustos, insomnes y traumatizados por la guerra, fueron relevados, los que quedaban, hace dos o tres días para disfrutar de un bien ganado periodo de descanso y refuerzo. De hecho, cuando marchaban hacia la zona de descanso, se les desvió de su destino y se les destinó al sector del Pimple con la orden de tomar ese formidable obstáculo, tan formidable que recientemente han fracasado dos tentativas de asalto realizadas por tropas de refresco, repito, de refresco. Sin rechistar, dejaron a un lado la fatiga y volvieron a meterse en las trincheras la misma noche en que debían estar alojados en otro sitio. Durante treinta y seis horas se someten a un devastador fuego enemigo de hostigamiento. El terreno que los rodea está cubierto de cadáveres de camaradas caídos en las ofensivas anteriores. El aire está cargado del hedor a muerte y en él resuena el eco de la muerte.

Llega la hora cero y se inicia la descarga de protección de la artillería. La artillería alemana responde de inmediato, con una precisión milimétrica. El letal fuego ametrallador rocía los parapetos con una densidad propia casi de una lluvia impenetrable. ¿Titubean? No. Avanzan hacia un infierno horrendo mientras, con cada paso adelante que dan, su número disminuye con una rapidez desalentadora.

Férol es quien más lejos llega, hasta bien entrada la mitad de esa avenida de muertos llamada tierra de nadie. Una vez allí, constata que está solo. ¿Se espera de él que ataque el Pimple él solo? No, nadie pediría semejante cosa a un hombre, no tiene sentido. Caballeros, ¡el acusado Férol no fue ningún cobarde!

Langlois, portando su *médaille militaire* y su *croix de guerre*, se encuentra junto al comandante de su compañía, se ve inextricablemente atrapado en su propia alambrada, que resuena con el ruido de las balas de las ametralladoras enemigas. Al comandante de su compañía lo matan, su compañía queda hecha trizas. Como ha testificado él mismo, no asumió el mando porque no había nada sobre lo que asumirlo... excepto los muertos. Detiene su avance, no puede llegar más lejos. Caballeros, ¡el acusado Langlois no fue ningún cobarde!

Didier tiene mala suerte, lo admito. ¿Pero se le puede calificar de cobarde porque el cuerpo de un hombre le cae encima y lo deja sin sentido? He querido llamar a testigos para que prestaran testimonio sobre las condiciones reinantes en el sector del frente de la Compañía Número 2, quizá el peor punto de todo el sector. Les habrían dicho que la oleada ofensiva fue literalmente triturada en la trinchera como si fuera papilla por un fuego arrollador. Didier estaba tratando de avanzar cuando se lo impidió uno de esos accidentes, que podría haber resultado hilarante bajo otras circunstancias pero que, bajo estas, resultaba demasiado elocuente para ser otra cosa que espantoso. También he querido llamar a testigos para que testificaran sobre el hecho de que, antes del ataque, tuvo que realizar en solitario una patrulla audaz y peligrosa junto a la alambrada enemiga, una clase

de misiones para la que lo consideraba un as el comandante de su compañía, muerto lamentablemente pocos segundos después de que hubiera encabezado valerosamente a sus hombres en el asalto. Caballeros, ¡el acusado Didier no fue ningún cobarde!

¡Qué más puedo decir...!

PRESIDENTE: Nada. Ya ha abusado de su tiempo.

ÉTIENNE: Si hacen el favor, caballeros. Sé que se quiere dar ejemplo, pero estos hombres no son los acertados para hacerlo. Sin duda alguna, honorables jueces de este tribunal de justicia militar, no serán ustedes quienes contribuyan con la grotesca ironía de condenar a estos hombres por un delito que se encuentra en la antítesis de las cualidades que de hecho han exhibido y por las que deberían ser condecorados.

Caballeros, convencido del firme sentido del deber que anima su conciencia de oficiales, del profundo sentido de la justicia que rige su conciencia como jueces, del omnipresente sentimiento de compasión que anima su conciencia como hombres, encomiendo los destinos de los acusados a su generosidad de espíritu, convencido de que tres oficiales franceses de su integridad no verán posible actuar de un modo en que se convertirían en instrumentos de lo que podría acabar siendo un aterrador y espeluznante delito. Gracias por su atención y por su paciencia.

PRESIDENTE: Señor fiscal.

IBELS: Señor presidente, señores jueces del consejo de guerra. Yo no tengo el don de la oratoria de mi oponente, pero, si lo tuviera, no lo utilizaría en esta ocasión, porque, desde el punto de vista que la acusación tiene sobre el caso, lo consideraría innecesario. Uno por uno, los acusados han comparecido y han admitido que no avanzaron durante el ataque que se había ordenado realizar. Según la legislación, eso se llama, en el mejor de los casos, cobardía ante el enemigo. Por consiguiente, me limito a solicitar al tribunal que obre en consonancia con las disposiciones del Código de Justicia Militar para declarar a los acusados culpables de las acusaciones que se les imputan e imponerles la condena prescrita en dicho código.

PRESIDENTE: ¡Pónganse de pie los acusados! ¿Tienen algo más que decir en su defensa?

ÉTIENNE: El acusado Férol dice que es inocente y suplica misericordia al tribunal. El acusado Langlois dice que es inocente. Pide al tribunal que tenga en su conocimiento sus condecoraciones. El acusado Didier dice que es inocente, que está casado y tiene cuatro hijos y suplica la misericordia del tribunal.

PRESIDENTE: Muy bien. Los acusados serán conducidos de nuevo al calabozo. Se levanta la sesión. El tribunal se retirará ahora a deliberar.

Un reducido número de hombres se alineaba en el patio, a las puertas de las cocheras del castillo. El sol había caído por detrás de los edificios y las palomas emitían sus agradables y límpidos sonidos bajo unos aleros que estaban ya en sombra. Tres hombres, sin casco y desarmados, estaban alineados en posición de firmes. Detrás de ellos, la guardia estaba en posición de presentar armas. Ante ellos se encontraba el fiscal, flanqueado por el secretario del consejo de guerra y el sargento mayor. El capitán Ibels leyó una hoja de papel.

En nombre del pueblo francés.

En el día de hoy, el consejo de guerra sumarísimo del Château de l'Aigle, en deliberación a puerta cerrada,

El presidente plantea la siguiente pregunta:

«¿Son los soldados Férol, Langlois y Didier, del 181 Regimiento del frente, culpables de haber mostrado cobardía ante el enemigo durante el asalto realizado por ese regimiento en la zona del frente enemigo conocida como el Pimple?».

Una vez realizada la votación, según establece la ley y de forma independiente y comenzando por el militar de rango inferior y manifestando su opinión en último lugar el presidente del tribunal,

El consejo de guerra responde a la pregunta por unanimidad: «Sí, los acusados son culpables».

Tras lo cual, y a instancias del fiscal del Estado, el presidente somete a votación la cuestión de cuál debe ser la condena que se imponga y se vota, según establece la ley y de forma independiente y comenzando por el militar de rango inferior y manifestando su opinión en último lugar el presidente del tribunal,

Por consiguiente, el consejo de guerra sumarísimo, por dos votos contra uno, condena a los soldados Férol, Langlois y Didier a la pena de muerte mediante fusilamiento tal como establece el Código de Justicia Militar,

Insta al fiscal del gobierno a leer esta sentencia sin demora a los acusados en presencia de la guardia armada y formada.

(Firmado) Labouchère, presidente del tribunal

Tanon, juez

Marignan, juez

Se instó al sargento mayor Boulanger del Regimiento a que se ocupara de hacer ciertos preparativos, de dar unas cuantas órdenes. Había hecho lo que correspondía a él con competencia y en aquel momento, en su oficina, impartía instrucciones precisas a un grupo escogido de suboficiales del Primer Batallón.

—Como saben —dijo—, el consejo de guerra ha declarado culpables a los acusados y los ha condenado a ser fusilados. Las ejecuciones tendrán lugar a las ocho en punto de la mañana, en punto. El coronel insiste en que todo debe desarrollarse sin complicaciones y con la menor demora posible. Me han encomendado y hecho responsable personalmente de toda falta de orden y de cualquier error. Pueden dar por sentado que descargaré toda culpa, y lo haré con decisión, sobre cualquiera de ustedes que falte a sus obligaciones. Estas obligaciones, dicho sea de paso, son sencillísimas. Saquen sus cuadernos y asegúrense de que anotan todo lo que les digo.

«Sargento Gounod, se le encomienda comandar la escolta de los prisioneros desde el calabozo hasta los postes de ejecución. Dispondrá de doce hombres armados en tres grupos de cuatro, con los fusiles cargados y las bayonetas caladas. A cada uno

de esos grupos de cuatro hombres se le asignará un prisionero y se le hará responsable únicamente de ese prisionero en caso de que haya problemas. Ante el menor indicio de complicaciones, se debe cubrir de inmediato a los prisioneros. Si los problemas no remiten al instante, se debe disparar al prisionero en el acto. Si se lleva a cabo algún tipo de acción coordinada, se debe disparar o matar a la bayoneta a los prisioneros, pero deben esforzarse al máximo para mantenerlos bajo control sin recurrir a los disparos. ¿Está claro?

»No, los prisioneros no serán maniatados hasta que se encuentren en el poste de ejecución. El coronel no quiere que se les inflija ninguna crueldad innecesaria. Además, les dificultaría caminar.

»La escolta no debe intercambiar ni una sola palabra con los prisioneros, excepto las órdenes de mando. Se les entregará un litro de coñac con el que llenar la cantimplora. Cuando acudan a por los prisioneros, si ellos lo desean, deben dar a cada uno de ellos un buen trago de él y un cigarrillo, pero asegúrense de que no beban demasiado: no olviden que tendrán el estómago vacío; si mis suposiciones son correctas, un estómago muy vacío. Después, cuando el destacamento llegue a la esquina del bosque que se adentra en la campo de parada militar plaza de armas, deben darles otro trago. Ese será el último. ¿Está claro?

»Tan pronto como el encuentro se haya producido, el sargento Gounod acudirá al calabozo y, midiendo muy bien el tiempo, caminará hasta el campo de parada a un ritmo un poco más lento del paso de marcha habitual. Deben saber la cantidad exacta de tiempo que tarda en llegar al centro del campo desde el extremo más próximo a su frontera occidental, junto a la arboleda. Ese tiempo, más ocho minutos, se debe restar de las ocho en punto, y ese será el momento en que la escolta debe partir del calabozo con los prisioneros. ¿Han entendido con claridad todo esto?

»De acuerdo. El suboficial detallará las tareas de dos grupos, uno para instalar los postes de ejecución en los lugares que les voy a mostrar y, el otro, para cavar las sepulturas, una única fosa lo bastante grande para acoger los tres cuerpos, en el bosque situado detrás de los postes de ejecución. Esos mismos grupos permanecerán a la orden hasta que haya concluido todo. El sargento de intendencia se ocupará de tener cuchillo, cuerda y vendas para los ojos. La cuerda es para atarles las manos a la espalda y, después, el cuerpo a los postes, con la fuerza suficiente para impedir que se agachen, si lo intentan, o por si las rodillas les fallan. La Compañía Número 3 nutrirá a este destacamento.

»Bien, en cuanto a los pelotones de fusilamiento, las órdenes son que deben estar integrados únicamente por soldados de reemplazo. No, no sé por qué, pero supongo que es para impresionarlos y grabar en ellos el sentido de la disciplina y, tal vez, para evitar cualquier problema que pudiera plantear algún veterano si se negara a disparar a un camarada. Sí, sé que la normativa dice que los pelotones de fusilamiento deben estar compuestos por soldados de otro regimiento o, al menos, de otro batallón, pero las órdenes son las órdenes y provienen de la división. Ellos saben lo que hacen y, si

no lo saben, no es nuestro problema. En cualquier caso, eso es del todo irrelevante. Además, el coronel quiere que todo se disponga de manera que los pelotones no estén formados por miembros de la misma compañía que los hombres a quienes van a ejecutar. Por consiguiente, la Compañía Número 1 proporcionará el pelotón para ejecutar a Langlois; la Compañía Número 4, para Didier; la Compañía Número 2, para Férol. Doce hombres y un sargento en cada pelotón que deben desfilar por separado hasta el campo de parada y permanecer aislados en el extremo más alejado. Yo los situaré en su posición cuando llegue el momento.

»El regimiento en su totalidad estará en el campo a las siete y quince, situado en formación en el extremo oriental. A las siete treinta, yo me aproximaré a la parada y situaré al regimiento en forma de *U*.

»A las siete cuarenta y cinco, llegarán al campo los oficiales y ocuparán sus puestos. Yo transferiré la formación al oficial al mando.

»Tan pronto como los condenados hayan llegado al campo y se les esté atando a los postes, yo desplazaré los pelotones de fusilamiento para que ocupen su posición y, a continuación, informaré al oficial al mando de que todo está dispuesto. A su orden, la banda doblará los tambores y, después, el ayudante leerá la sentencia del consejo de guerra. Cuando concluya la lectura, los tambores volverán a doblar. Un suboficial dará la orden de disparar. Todavía no sé si el regimiento tendrá que desfilar ante los cuerpos muertos o no.

»¿Alguna pregunta?

»No, no habrá ceremonia de degradación militar. Según parece, eso ha sido pasado por alto en las órdenes procedentes de la división y el coronel va a aprovecharse del descuido. ¿Alguna otra pregunta...?

»Muy bien, ¡retírense!

—En el nombre del pueblo francés... —dijo Langlois.

—Debería haber dicho «en el nombre de los carniceros franceses» —corrigió Didier.

—¡Y pensar que, después de todo —añadió Langlois—, somos el pueblo de Francia, tú, yo, Férol y millones como nosotros!

—No os lo toméis tan a la tremenda —intervino Férol—. Este es el tercer consejo de guerra que he pasado y nunca han quedado en más que un tiempo en presidio. Y el presidio no es tan mal lugar, especialmente durante la guerra. Allí se está a salvo, se reciben tres raciones decentes diarias y nadie molesta. Lo único que se tiene que hacer es sentarse y esperar. Y quizá algo de faena de vez en cuando. Os lo aseguro, después de los trullos argelinos, esto es todo un lujo. Por cómo habláis, cualquiera diría que es el fin del mundo.

—Bueno, para nosotros sí lo es —dijo Didier—, pero tú no te enteras.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Férol.

—Interpreto las señales. En primer lugar, Langlois ha llegado aquí por sorteo. Cuando empiezan a sortear, uno puede empezar a redactar su suerte de testamento. En segundo lugar, Roget me escogió a mí. Añagazas de astuto hijo de puta, de acuerdo, para quitarme de en medio con toda limpieza. Bueno, nunca he sentido deseos de matar a nadie, salvo en la guerra, claro está, pero daría cualquier cosa por hacer que Roget se arrastrara delante del cañón de mi revólver. ¿Y sabéis qué haría? Llenaría cinco recámaras con balas de fogueo y pondría en la última una bala real. Dispararía una por una las de fogueo, a intervalos, y le haría pasar por cinco muertes antes de la verdadera...

—Oye, eso es una idea brillante —dijo Férol, con los ojos encendidos de admiración—. ¿Cómo se te ha ocurrido? Tengo que acordarme para cuando salga. Hay un animal...

—Pero, Férol, ¿acaso no puedes meterte en la cabezota que esta vez no vas a salir de aquí? —dijo Langlois.

—¡Bah! ¡Eres un agorero!

—Bueno, ¿y ese consejo de guerra, si es que se le puede llamar consejo de guerra, no te ha convencido de que no tienes ninguna posibilidad?

—Si os digo la verdad, chicos, no le he prestado mucha atención. Estuve pensando si podría largarme de un salto por la ventana que tenía al lado. El capitán estaba largando su discurso. Eché un vistazo a la sala para ver si había alguien mirando. Y, en el nombre de Dios, cuando me volví, uno de los guardias se había acercado a la ventana y me había puesto encima sus ojos de cerdo.

—Estás loco —dijo Didier.

Langlois dio por válida la descalificación de Férol y él y Didier se agacharon para hablar entre sí.

Estaban preocupados, muy preocupados, pero, hasta el momento, no estaban verdaderamente asustados. Se habían relajado ya de la tensión del consejo de guerra, que había sido una representación más hostil que nunca debido a la severidad del tribunal, el abrumador número de uniformes de oficiales y las largas, delgadas y resplandecientes bayonetas de los guardias. La mayoría de sus secreciones corporales habían vuelto a fluir con normalidad y la saliva les humedecía de nuevo una boca que se les había quedado seca.

Si bien se superaban mutuamente con razonamientos que demostraran que la muerte era segura, al mismo tiempo, estaban convencidos de que era la vida lo que era una certeza. Reaccionaban ante ese curioso instinto que impele a los hombres a convencerse de una situación a base de hablar de ella. Amontonaban desesperanza tras desesperanza y, de ese modo, sentían que servían de alguna manera a su causa. En un intento vano de liberarse de las contradicciones de sus sentimientos, estuvieron hablando durante una hora o más. Sabían que iban a morir y, al mismo tiempo, no se lo creían. O creían que iban a ser ejecutados, pero, la idea de que semejante cosa pudiera suceder les resultaba inconcebible.

Estos sentimientos contradictorios y confusos fueron objeto de cierta dosis de esclarecimiento poco después del anochecer con la aparición de algo que barrió casi la totalidad del edificio de inmunidad que habían erigido esforzadamente y los dejó, repentina y asombrosamente, en posesión de lo que quedaba, es decir, la desesperanza. El esclarecimiento acudió en forma de visita del sargento Picard, el sacerdote.

—Hijos míos —les dijo—, sois soldados y, por tanto, no tengo que andarme con rodeos. Os traigo malas noticias. Debéis prepararos para lo peor. El coronel me ha indicado que así os lo transmita. Se ha puesto en comunicación telefónica con el Cuartel General del Ejército. El comandante del ejército había salido a cenar y no se le podía localizar. El coronel habló con el jefe de Estado Mayor, pero le dijo que él no tenía ninguna autoridad para intervenir en este asunto. El coronel le suplicó y, después, la comunicación se interrumpió. Dax trató de volver a conectar con él, pero cuando le pusieron otra vez con el Cuartel General del Ejército y dijo quién era, lo tuvieron esperando un rato al aparato y, después, le dijeron que el jefe de Estado Mayor había salido y estaba ilocalizable. Dice que comprenderéis que no quieren que se los localice. Ha pasado lo mismo con el cuartel general de la división.

»Hijos míos, no hay nada que pueda deciros ahora, pero sí hay algo que puedo hacer y lo he hecho. Os he traído papel y lápiz. Si alguno no sabe escribir, estoy a vuestro servicio. Será igual que si estuviéramos en un confesionario... Muy bien. Entonces, aquí está el recado de escribir. Volveré después. Podéis escribir las cartas sin miedo al censor, pues me ocuparé personalmente de que lleguen a vuestras familias. Ya sabéis, al igual que el Estado, la Iglesia tiene sus propios medios de comunicación».

—Sargento —dijo Langlois—, ¿cuánto tiempo tenemos?

—No mucho, hijo mío, pero supongo que, al menos, hasta que haya amanecido.

—¿Por qué lo cree así? ¿Está seguro?

—Sí, estoy seguro porque se ha ordenado formar a todo el regimiento. No van a estar formados en la oscuridad. Además, el pelotón... —Picard se detuvo en seco y sintió alivio al oír que Didier desplazaba aquella inconveniencia con una pregunta.

—¿Dolerá mucho, sargento?

—No creo que lleguéis a sentirlo. El dolor se siente ahora y no en el cuerpo. La... eehh... eso llega como un bienvenido fin de la angustia. Regresaré para ayudaros cuanto pueda a pasar esos momentos.

—Sargento —dijo Férol—, tráiganos unos cuantos cigarrillos, ¿quiere? Y no se olvide de traer también cerillas.

El sargento Picard salió.

«Ni uno solo de ellos me ha llamado “padre” —se dijo—. Tal vez después...»

Didier se sentó en los tablones y escribió la carta a su esposa. Al principio, las palabras le salían más despacio del lápiz que de la lengua.

Empezó por el principio y le contó la historia de la patrulla, del acuerdo al que

había llegado con Roget, del asalto al Pimple y de todo lo que, con una rapidez apabullante, había sucedido a partir de entonces. Se concentró tanto en la enumeración de las incidencias militares de su relato que, de vez en cuando, su tono se desviaba y adquiría el estilo de un informe en toda regla. Lo que estaba escribiendo era su defensa, la defensa que se le había privado de exponer. De vez en cuando, la injusticia de todo el asunto lo abrumaba y sus palabras brotaban en estallidos de indignación, casi histéricos, en un afán por transmitir su sensación de rabia. Todo eso iba seguido de un intervalo de pesar más sosegado; tampoco era un pesar incoherente, porque el hilo que lo sostenía era el afecto que sentía por los objetos que llevaba en los bolsillos, esos objetos que una esposa enviaba al frente a su esposo. Dio instrucciones detalladas acerca de cómo quería exactamente que educara a sus hijos, del oficio al que debían dedicarse. Y, en la siguiente frase, encomendaba todo eso a su esposa. Hablaba con dignidad y orgullo sobre su vida y su trabajo. Siempre había sido un hombre íntegro y quería que su esposa preservara su reputación entre sus amigos y conocidos, más por el bien de sus hijos que por el suyo propio. Le aseguraba que jamás había sido un cobarde. Se lo fusilaba, únicamente, para dar ejemplo. Nunca había tenido suerte y se resignaba a su destino. Al fin y al cabo, Francia ya estaba llena de viudas y de niños huérfanos. Le prometía que afrontaría el pelotón de fusilamiento como un soldado valiente. Ni ella ni los niños tendrían que agachar la cabeza jamás por avergonzarse de él. Regresó a los objetos de los bolsillos, que había diseminado ante sí: la petaca del tabaco, una carta, un mechón de pelo, todo de su amada Annette. Entonces, vencido de súbito, acabó la carta abruptamente:

«¡Cuánto te quiero, Dios mío! ¡Y cuánto lloro!»

Y Didier lloró en silencio, volviendo la cara hacia otra parte para que los otros no lo vieran.

La carta de Langlois:

Mi querida esposa,

¿Cómo puedo empezar a contarte lo que me ha pasado? Es demasiado cruel, pero cuando leas esta carta, yo ya estaré muerto, abatido por las balas de un pelotón de fusilamiento francés. Estoy perplejo y absolutamente solo. Tienes que perdonar mis incoherencias. Los pensamientos y los sentimientos se me agolpan tan deprisa que me arrastran.

Si el sargento Picard o el capitán Étienne fueran a verte alguna vez, puedes creer todo lo que te digan. Eran amigos y Picard es el sacerdote, que promete ocuparse de que recibas esta carta. El coronel Dax, creo, era también un amigo, aunque más lejano. Te contarán lo que ha sucedido. En resumen, esto es lo que ha pasado. Esta mañana no conseguimos alcanzar nuestros objetivos en un ataque. Ahora parece que fue hace siglos. No fue nuestra culpa. Ningún ser humano podría haber avanzado bajo semejante fuego. Alguien quería dar ejemplo y yo soy uno de esos ejemplos. Hay otros dos conmigo. Nos han juzgado en consejo de guerra y vamos a ser fusilados por la mañana. Nos han acusado de cobardía y el consejo de guerra ha sido demoledor. Yo no fui un cobarde, te lo juro, pero quieren dar ejemplo. No digo que no tuviera miedo. No hay ningún hombre que no tuviera miedo.

Ay, cariño, queridísima mía. Palabras, palabras, qué lamentables me resultan. El presidente del tribunal era un tal coronel Labouchère y su nombre recuerda a lo que era, un carnicero^[14], aunque

supongo que él pensará que ha cumplido con su obligación.

Me horroriza lo rápido que pasa el tiempo. Ahora, en cualquier momento, oigo los pasos de los guardias que vienen a buscarnos. No, eso no es verdad. Todavía es de noche y no van a fusilarnos hasta el amanecer. Tienen que tener luz para poder apuntar. Es muy difícil ser fiel a la verdad, sobre todo en un momento de crisis. Lo que quiero decir es que siento como si fueran a venir en cualquier momento. En realidad, me quedan unas cuantas horas de vida. Pasarán muy despacio, pasarán muy deprisa. Ya siento entumecimiento por dentro, como si tuviera los intestinos llenos de plomo. Muy pronto lo estarán. Perdóname este sarcasmo fácil y cruel. Tal vez escribiéndote recupere cierto dominio de mí mismo. Intentaré que no sufras tú el dolor que yo siento en mi corazón porque el mío ya habrá pasado cuando te enteres de todo esto. No sabía que el tiempo podía ejercer una presión tan espantosa.

¿Qué va a ser de ti, querida mía? ¿Qué va a ser de esa nueva vida que ya debe de estar revoloteando en tu cuerpo, ese cuerpo al que tanto quiero y que nunca más volveré a ver? Pero no es tu cuerpo en lo que pienso ahora. Al estar yo ya casi a medio despojar de mi cuerpo, he perdido toda capacidad para la sensualidad. Por otra parte, mi mente siente con intensidad, hasta el extremo de que casi va a reventar. Todo lo que te anhelo me produce una angustia casi insoportable. Todas mis fibras te buscan en un intento lastimero y desesperado de acercarte a mí para que podamos consolarnos, pero estoy solo y el único medio de comunicación de que dispongo es dejarte esta carta acongojada para que la leas cuando yo ya no esté.

En eso, creo yo, consiste la brutalidad de la muerte, en la repentina imposibilidad de comunicarse. En este momento, se me agolpa la ira y me pregunto si voy a volverme loco. Después, siento la necesidad de decirle a la vida lo que pienso de ella, ahora que van a arrebatármela. Entonces, descubro la inutilidad de todo esto y la ira remite y me quedo como flotando un instante en un océano sereno de tolerancia y resignación. Acaba de pasarme eso y, durante unos veinte minutos, antes de escribir esta frase, no he escrito nada. Estaba en una especie de trance, creo yo. Miraba a Didier escribir su carta. Miraba a Férol, tumbado en su rincón, fumando tranquilamente como si tuviera todo el tiempo del mundo. Bueno, lo tiene, es verdad, aunque no parece darse cuenta de la forma que va a adoptar el tiempo. Envidio su fatalismo. Siempre pensé que yo también era fatalista, pero su variedad de fatalismo parece que funciona y la mía no.

Ahora, de repente, regresa la amargura. Esta vez me la trae la imagen de una cucaracha que explora las grietas del suelo del calabozo. Esa cucaracha estará viva y, cuando yo esté muerto, seguirá explorando, como ha hecho siempre. Esa cucaracha podrá comunicarse contigo cuando a mí, tu esposo, me estén robando... la capacidad de comunicarse, que es la vida.

Ayer mismo, antes del ataque, estuve hablando con los chicos. Yo decía que no me daba miedo morir, sólo que me mataran. Era verdad, y lo sigue siendo, aunque sé que puedo enfrentarme al pelotón de fusilamiento sin flaquear, pero ahora he aprendido que el miedo a una cita con la muerte es real y terrible. Y pensar en ti, queridísima mía, es lo único que me da fuerza para pasar estas horas.

La injusticia de todo esto es para mí tan evidente que no tengo el menor deseo de extenderme. Por supuesto, me encuentro en estado de rebelión violenta contra ella, pero, cuando me permito pensarlo con detenimiento, es la injusticia hacia ti lo que me pone frenético. Aquí estamos, dos seres humanos que jamás hemos hecho daño a nadie. Nos queremos y, con nuestras dos vidas, hemos creado otra juntos, una vida que es nuestra, absolutamente nuestra, que es nuestra posesión más preciada, hermosa y satisfactoria, intangible pero más real, más necesaria que cualquier otra cosa en la vida. Hemos dedicado nuestros esfuerzos y nuestra inteligencia a construir, ensanchar y mantener la estructura en buen estado. De repente, entra alguien, sin preocuparse, sin averiguar siquiera quiénes somos y, en un segundo, ha reducido nuestra relación absolutamente privada a una ruina espantosa, destrozada, ensangrentada y dolorida de pesar.

Mi dulce y adorada mitad de mí mismo, divago. No digo ni la mitad de lo que siento o lo que quiero decir, no puedo. Si pudiéramos tenernos en nuestros brazos, si pudiéramos mirarnos a los ojos, esa sería la única comunicación que haría falta, pero no puedo avenirme a terminar esta carta. Es el único medio que tengo para hablar contigo. Cuando me detenga, como tendré que hacerlo, el silencio, por lo que sé, será eterno. ¿Me culpas por entretenerme en una conversación que quizá no se reanude jamás? ¿Me culpas por intentar demorar una despedida que será definitiva? ¿Me culpas por tratar de expresar mi incapacidad para expresarme?

Te quiero mucho.

Fui escogido por sorteo. El sargento mayor la pifió en el sorteo, así que hubo que repetirlo. Fue en el segundo sorteo cuando salí elegido. Simplemente, una confusión de números y aquí estamos, tú y yo, sometidos a la tortura, no intento comprender nada.

Por favor, por favor, busca un abogado y haz que investiguen mi caso. Tu padre te ayudará. Consigue todas las influencias que puedas y, si es necesario, pide dinero prestado, llévalo hasta el más alto tribunal, hasta el mismísimo Presidente. Ocúpate de que mis asesinos paguen por el delito de asesinato. No guardo clemencia en mi corazón para ellos, quienesquiera que sean, sino tan solo venganza, un deseo profundo de venganza que te entrego como una obligación que debes cumplir.

Cuánto te quiero, mi único amor. Tengo en la mano la cartera que me diste. La toco. Es algo que tú has tocado. Te la enviaré. La beso por todas partes, un desesperado intento de transmitirme unos cuantos besos. Triste, viejo y sucio pedazo de cuero. Qué oleada de amor se vierte de mí sobre este objeto desamparado, el único y trágico objeto personal que me vincula a ti. Brotan las lágrimas y no puedo retenerlas. Caen sobre la cartera, la dejan más mustia y fea que nunca. Cuánto me alegro de no haber traído esa fotografía tuya. ¿Te acuerdas, cuando me la diste, cómo lloré por lo encantadora que era y por lo triste que tenías tú el gesto? Me mataría tenerla aquí ahora, pero no podría apartar los ojos de ella.

Los límites de mi alma parecen a punto de reventar. Me ahogo de dolor y de anhelo. El tiempo te ayudará. Ahora me domino. Ya no tengo miedo. Me enfrentaré a las balas francesas como un francés. El sacerdote acaba de volver. Cuánto te quiero, cuánto te necesito. Queridísima mía, siempre te he querido, siempre te he necesitado. Siempre me has llenado en todos los aspectos. Adiós, adiós. Ahora no me importa lo que sea nuestro hijo. Creo que espero que sea niño, pues tu sufrimiento cuando leas esta carta será mucho mayor que el mío al escribirla. Todo mi amor es sólo para ti...

El sargento Picard, el sacerdote, regresó al calabozo poco después de medianoche. Recogió las cartas de los prisioneros y se las guardó con cuidado en un bolsillo interior.

—¿Tú no tienes? —preguntó a Férol.

—No.

—¿No tienes nadie a quien escribir? ¿Ni familia, ni nada? ¿Ni siquiera un amigo?

—Sí, tenía una amiga —respondió Férol, todavía tumbado en su rincón—. Una puta de Marsella, pero no me acuerdo cómo se llama.

—¿Así que tu mejor amigo es una puta cuyo nombre has olvidado? —dijo el sacerdote con compasión, con aire reflexivo—. ¡Pobre chico!

—Puede guardarse su compasión —replicó Férol—. El mejor amigo de un hombre suele ser una puta. Mejor que un montón de esposas que he visto.

—Cierra tu asquerosa boca —dijo Didier.

El sacerdote percibió un destello extraño en sus ojos y, entonces, decidió que era la sal de las lágrimas secas.

—Vale —dijo Férol—. No es nada personal.

—Mejor que no lo sea o me ocupo de hacer aquí mismo el trabajo del pelotón de fusilamiento.

—Tranquilo, no te remangues la camisa —dijo Férol, no sin amabilidad—. No te queda mucho tiempo para llevarla y, de todas formas, enseguida va a necesitar remiendos, ja, ja.

Férol estaba encantado con su ingenio.

—Déjalo en paz —dijo el sacerdote.

Durante un rato se hizo un silencio en el calabozo, salvo por la monótona marcha de los pasos de Langlois mientras recorría el costado más largo de la sala, volvía, caminaba, volvía...

El sacerdote quería introducir el tema de la confesión y la extrema unción, pero

no tenía ni idea de cómo hacerlo. Tampoco parecía recibir mucha ayuda de los hombres a quienes iban destinados los sacramentos. Su actitud, así se lo parecía, era amistosa hacia él en cuanto hombre, pero hostil como sacerdote. Decidió que rezaría en voz alta.

—¡Dios te salve, María, llena eres de gracia! El Señor es contigo...

—Mire, sargento —interrumpió Didier—, es usted un buen tipo y un amigo y todo eso, pero no empiece a descargar todas esas mierdas por aquí. Si los demás quieren, cuénteselo bajito en un rincón. Mi estómago ya no puede más...

—Didier —replicó el sacerdote con cierta dureza en su tono—, tú puedes ser ateo, si quieres, pero deberías mostrar un poco de respeto por mis sentimientos y mi labor, sin blasfemar.

—¡Usted y su labor! ¡Usted y su Jesús! En bonito apuro nos ha metido. No me haga reír. Me dan ganas de vomitar.

—No, no, hijo mío. No sabes lo que dices...

—¡Sí, claro que lo sé, por Dios! Digo que Dios y sus obras no son más que mentiras, mentiras... Y digo también que si no deja de decir esas paparruchas, yo mismo le haré cerrar la boca.

Didier fulminó con la mirada al sacerdote y le levantó la mano, un tanto temblorosa. Langlois y Férol miraron a Didier, sorprendidos por su repentina pérdida de la imperturbabilidad.

—No tienes derecho a privar a tus camaradas del consuelo que yo pueda brindarles.

—No trate de jugar conmigo. Vaya y consuélelos, si quieren. ¡Dios! ¡Jesús! Diablos, digo yo...

Didier se calmó y empezó a farfullar para sí.

El sacerdote pasó por alto el estallido de ira y, a pesar de la descortesía, aceptó aquella sugerencia. Se volvió hacia Férol.

—Hijo mío, ¿te gustaría confesarte?

—No, no me gustaría. Además, tardaría demasiado.

—Nunca es tarde para arrepentirse...

—Bueno, esperaré un poco más. Ya he esperado treinta años.

—¿No crees en Dios y en Jesucristo, su único hijo, quién...?

—Quizá creyera hace tiempo. No me acuerdo, pero precisamente ahora me gustaría echar un buen trago de coñac. Eso me haría más bien que todos los hijos únicos de la creación.

—A tu pesar, y en nombre del Redentor, te perdono tu estúpida blasfemia.

—Y yo le perdono que me impida echar un sueñecito.

Langlois seguía paseando por la habitación cuando el sacerdote se le acercó y acomodó su paso al de él. Didier, sentado todavía contra la pared, los observó, con una ligera mueca de desprecio en el rostro, ir de un lado a otro.

—Por favor, padre, por favor —dijo Langlois, antes de que Picard tuviera

oportunidad de empezar—. Es completamente inútil y no quiero herir sus sentimientos. Me eduqué como católico. Sé exactamente lo que me va a decir. Respeto su fe, pero no hay tiempo para tratar de embutírmela. No la necesito.

—Pero, hijo mío, tú eres un hombre inteligente, culto, de manera que tu mente está abierta a la razón...

—Precisamente, padre, las cosas que dice usted no son razonables. No son más que supersticiones. Una superstición cruelmente irónica, dadas las circunstancias — Langlois le dirigió una sonrisa con un dejo de amargura y, a continuación, prosiguió—. No puede hacer nada por mí. Por favor, compéndalo. Se lo digo con tanta amabilidad como sé que me lo dice usted, pero tengo que pasar esta noche en solitario. Si mi esposa pudiera estar conmigo...

De los ojos de Langlois brotaron lágrimas y aceleró el paso un momento.

Indefenso, invadido por un pesar profundo, perplejo, el sacerdote se apartó de Langlois y se dirigió al centro de aquella estancia. Se arrodilló sobre el cemento y empezó a repetir en voz alta una absolución general.

Didier lo observó un instante; a continuación, se levantó, despacio, y se dirigió decidido hacia el hombre arrodillado. Langlois giró en su deambular justo a tiempo de ver a Didier dar al sacerdote una sañuda patada en el estómago.

—¡Pare! —aulló Didier, para arrojarse sobre la forma encogida del sacerdote—. ¡Lárguese de aquí, cerdo llorón, y llévese sus murmuraciones!

Empezó a arrastrar al sacerdote hacia la puerta al tiempo que gritaba a los guardias que la abrieran. Dada la brutalidad y la ira de la agresión a Picard, Langlois salió de su estupefacción y se abalanzó sobre la espalda de Didier. Se cayeron formando una pila sobre el cuerpo postrado del sacerdote y, al hacerlo, golpearon el cubo de orina. Didier se desembarazó de Langlois, lo dejó en posición arrodillada y le propinó un puñetazo demoledor en el mentón. Langlois cayó de espaldas, tambaleándose, con la boca abierta y sangrando y, después, se derrumbó y se hizo un ovillo. Férol se incorporó un poco y empezó a adoptar la actitud atenta de un espectador que presencia una gresca. Se preguntaba qué sucedería a continuación.

Didier todavía gritaba:

—¡Abrid la puerta, en el nombre de Dios, canallas, y sacad de aquí a este buitre!

Se había apartado un poco de la puerta y estaba de pie con el cubo vacío sujeto por encima de la cabeza.

La puerta se abrió de golpe con el empujón de un guardia, que entró a toda prisa. Didier les arrojó el pesado cubo a la cara y cayeron dos hombres. Didier gritaba con todas sus fuerzas. Parecía un loco y, además, como tal actuaba, pues arremetió contra la mole compacta de hombres que se amontonaba en la puerta. Arremetió imprudentemente contra las bocas de los fusiles, sin reparar en las bayonetas, a la altura de su cuerpo. Al parecer, los hombres tenían órdenes porque levantaron las bayonetas para que Didier no se ensartara en ellas y, después, lo obligaron a retroceder al fondo de la habitación, golpeándolo con la culata de los fusiles.

Didier luchaba frenéticamente soltando arañazos, puñetazos, patadas... echando espuma por la boca.

De repente, sintió un dolor agudo por encima de la rodilla, empezó a derrumbarse e, inmediatamente después, perdió el conocimiento. Había recibido al mismo tiempo un culatazo de un rifle que le rompió la pierna y otro en la cabeza que lo derribó.

En cuanto Didier estuvo sometido, los guardias se serenaron, recogieron del suelo al sacerdote inconsciente y se lo llevaron sin mirar a Langlois, todavía tumbado sobre el cemento, ni a Férol, que seguía sentado con la espalda apoyada en la pared de su rincón lamentando muchísimo que la diversión pareciera haber llegado a su fin.

A las cuatro menos diez de la madrugada, Didier empezó a volver en sí. A las cuatro en punto había recuperado la suficiente consciencia para bramar de dolor.

El sargento de guardia entró y vio que le pasaba algo en la pierna, algo realmente grave, porque parecía haberle crecido una articulación más entre la rodilla y la cadera. El sargento salió y mandó a un corredor a buscar al médico.

Tres cuartos de hora después apareció el médico. Era joven y estaba soñoliento e irritable. Miró a Didier y comprendió de un vistazo que tenía roto el fémur izquierdo.

—¿No podíais haber esperado unas cuantas horas más? —dijo, pensando en que le habían interrumpido el sueño—. Amigos, no tenéis el menor don la oportunidad. Se os ocurre arregláros las para romperos una pierna justo antes de que no vayáis a necesitarla nunca más.

Didier no oyó la burla, pues tenía los oídos inundados de un rugido que nacía en su propia cabeza. Férol y Langlois se acercaron y observaron cómo el médico cortaba la pernera del pantalón. Lo hizo con brusquedad y Didier empezó a bramar de nuevo.

El médico dejó de cortar, se apartó y cogió su maletín. Sacó una jeringuilla hipodérmica ya cargada, la levantó y expulsó de ella las burbujas de aire hasta que salieron unas gotas; después, rebuscó en el pecho de Didier un lugar carnoso y le inculó la dosis. Sacó del bolsillo un lápiz indeleble, humedeció la punta con la lengua e hizo unas marcas en la frente de Didier que indicaran a cualquier iniciado que a las cinco en punto le había suministrado quince miligramos de morfina.

—¿Cómo ha ocurrido esto? —preguntó al sargento.

El sargento se lo contó.

—¡Uf! —dijo el médico—. Vaya a buscar por ahí algo que me pueda servir para entablillar.

Los aullidos de Didier ya habían amainado hasta convertirse en gemidos. Sentía vagamente que algo en él se marchaba, lenta, placenteramente, desvaneciéndose como un paisaje al que un banco de niebla en ciernes fuera borrando poco a poco. No tuvo tiempo de distinguir, de hecho ni siquiera lo intentó, si ese borrón balsámico que con tanta limpieza lo invadía era físico o mental. Lo único que sabía era que le hacía sentirse bien. Después, perdió el conocimiento.

Cuando el sargento regresó con la tablilla, el médico ya había cortado la pernera del pantalón de Didier y había estirado y encajado de cualquier manera los dos extremos del fémur roto para alinearlos y volver a ponerlos en contacto. Cogió la tablilla y la fijó con las polainas de Langlois, que encontró oportunamente a mano.

—Esto tendrá que servir —dijo mientras se levantaba y recogía sus cosas—. Claro que no podrá ponerse de pie con el fémur roto. Tendré que informar de esto al coronel a fin de que actúen en consecuencia. Y, a propósito, que vengan un par de hombres y limpien toda esta asquerosidad. Apesta.

Aproximadamente una hora después, el médico había vuelto.

—¿Cómo está? —preguntó al sargento.

—Tranquilo, señor, parece dormido.

—Eso es la morfina. Espero no haberle dado demasiada.

—¿Qué vamos a hacer con él, señor?

—He levantado al coronel y se lo he contado. Se enfadó con usted por permitir que sucediera semejante incidente.

—En el nombre de Dios, señor, no he podido evitarlo. Ese hombre luchaba como un loco.

—Lo sé, lo sé, pero ¿por qué no lleva a buen término su misión cuando le toca hacerlo? Da igual, el coronel ha llamado a la división y ha sacado de la cama al general. Intentó que se pospusiera la ejecución de este hombre. Tengo entendido que la conversación ha sido breve y no demasiado amigable y que el general le colgó el teléfono. El coronel estaba hecho un nubarrón. Sólo me ha dicho una cosa: «El general dice que el oficial médico se las arregle para que ese hombre pueda mantenerse de pie, de tal modo que pueda enfrentarse al pelotón de fusilamiento. ¡Márchese y, si puede, hágalo!»

»Y bueno, como es natural, no puedo. No puedo hacer milagros. De modo que lo que habrá que hacer es lo siguiente. Voy a hacer que manden aquí una camilla. Se trata de una camilla plegable, las únicas que tenemos. Debe clavar en ambos extremos un travesaño firme, justo por debajo de las asas. Tumbes al tipo en la camilla y átelo con fuerza pasándole la cuerda por debajo de las axilas y por encima del travesaño, de tal manera que se quede sujeto cuando la camilla se coloque en vertical. Hágalo en cuanto llegue el camillero, mientras todavía esté bajo los efectos del narcótico. Yo ya estaré aquí cuando empiecen y podré ayudarles a alzarlo, pero, si todavía no he llegado, tendrán que despertarlo si todavía sigue inconsciente. La forma de hacerlo es darle unas buenas bofetadas. Si no responde, denle un par de apretones en la pierna con el pulgar, justo aquí, verá, donde se ve descolorida e hinchada. Eso lo hará volver en sí. Por alguna razón que jamás he sido capaz de comprender, hay que devolver a la consciencia a un hombre antes de ejecutarlo. Bueno, ahora voy a tratar de acabar de dormir...

—Doctor —dijo Langlois con una voz que quedaba muy cerca de ser temblorosa—, ¿será muy doloroso? Suponga que sólo nos hieren...

—Para eso es para lo que está el sargento mayor —dijo el médico.

Y salió andando.

—¡Menudo personaje! —exclamó Férol.

Langlois dibujó una sonrisa, una sonrisa leve, al borde de ser absurda.

El sargento Gounod llegó al puesto de guardia con una escolta que se había ampliado con ocho camilleros. Se llevó consigo a cuatro y entró en la sala de los prisioneros.

Langlois y Férol estaban de pie, esperándolo. Didier seguía tumbado en la camilla y mascullaba, medio inconsciente.

—Bien —dijo el Sargento Gounod... y eso fue todo lo que consiguió obligarse a decir durante un buen rato.

Langlois y Férol lo miraron. Él les devolvió la mirada y lo que vio fue dos animales acorralados y atemorizados.

—Bien —volvió a decir Gounod—, a trabajar. ¿De qué sirve esperar?

—Sí —dijo Langlois—. Deprisa, deprisa. ¿Hacia dónde? ¿Está lejos? Vamos corriendo, ¿qué le parece?

Langlois se reía y Gounod tuvo que apartar la mirada.

—Por el amor de Dios, ¿no nos van a dar un trago? —preguntó Férol.

—Por supuesto —respondió Gounod, aliviado al ver que la conversación se desplazaba del rumbo descabellado que estaba empezando a adquirir—. Casi se me olvida. Aquí lo tiene.

Férol dio un trago de la cantimplora tan largo que Gounod tuvo que arrebatársela.

—Deje algo para los demás, ¿quiere?

—Sí, para los sargentos, supongo, para variar.

Gounod no dijo nada y entregó la cantimplora a Langlois.

Langlois tomó un buche y se lo tragó con esfuerzo. El coñac descendía lentamente calentando en su camino una columna de su gélido y tembloroso cuerpo, atravesando el corazón palpitante, hasta un lugar desde donde empezó a diseminarse por los lados.

De repente, tenía todo de nuevo en la garganta, luchando por manar a través de la nariz y la boca. Se quedó quieto, sorprendido por lo inesperado de la reacción, con el coñac goteándole por la cara, en forma de lágrimas desde los ojos.

—No puedo soportarlo —dijo, y volvió a sonreír con esa sonrisa amarga y absurda.

—Bueno, déjalo para quien pueda —dijo Férol.

El sargento Gounod volvió a apartar la mirada.

—Aquí tienen unos cuantos cigarrillos —dijo el sargento.

Los dos hombres cogieron uno y Gounod les dio fuego. El de Langlois temblaba

tanto que el sargento encontró dificultades para mantener la cerilla cerca.

Gounod se aproximó a Didier y se inclinó para ofrecerle un trago, pero Didier no pareció comprender nada y apartó la cara de la cantimplora.

—Démelo a mí —dijo Férol—. Yo lo necesito. Ni siquiera he podido saborear el último trago.

Gounod le dio otro trago y lo observó aspirar el humo del cigarrillo profundamente hasta los pulmones.

—Vamos —dijo Gounod—. Tenemos que salir. ¡Recojan la camilla, aquí! Vamos, ustedes dos. Valor. Pronto habrá terminado todo y estarán en mejor sitio que en el que estoy yo.

Los camilleros levantaron a Didier y lo sacaron por la puerta. El sargento de guardia, allí de pie, vio que tenía los ojos cerrados, de modo que le dio un par de cachetes cuando pasó. Didier abrió los ojos.

Férol salió inmediatamente detrás del camillero. Había estado conteniendo una acumulación de gases y los dejó escapar sonoramente cuando pasó junto a la guardia.

—Eso es lo que pienso de vosotros —dijo, complacido con su acierto para sincronizarlo.

Nadie se rió.

Langlois salió detrás de Férol. Cuánto adoraba ese calabozo, su último hogar en la tierra... Frunció los labios para silbar, pero lo único que le salió fue un suspiro.

—Oh, cariño mío...

El regimiento, como lo están siempre todos cuando tienen que formar, y raras veces para atacar si es cierto lo que cuentan los historiadores militares, estaba listo antes de la hora fijada.

Allí estaba el sargento mayor Boulanger del regimiento, ocupado, competente, como lo están y son siempre los sargentos mayores de los regimientos, del mismo modo que los *maitres* están ocupados y son competentes o parecen estarlo y serlo si son buenos *maitres*.

Allí estaban los pelotones de fusilamiento, esperando en el costado del campo de parada más alejado del lugar por el que habían ingresado en él. Miraban los postes de ejecución y se miraban los unos a los otros. Miraban al sargento mayor Boulanger y hacia la entrada al campo. A ellos los miraba el regimiento. El regimiento los miraba como si fueran hombres de otra especie. En muchas de esas miradas se adivinaba curiosidad o conjetura.

Allí estaban el sargento de intendencia y sus destacamentos, cerca de los postes de ejecución. Estaban esperando, inquietos, hablando en voz baja, inspeccionando y volviendo a inspeccionar los postes, las sogas y las vendas que Boulanger ya había examinado y había considerado correctas.

Allí estaban los postes, a distancia desigual entre sí, pero cuidadosamente alineados. Tenían un aspecto austero, solitario y un poco absurdo. Lo absurdo se debía sin duda a su rareza. No se veía tres postes como esos a menudo tan adentrados

en los confines del campo de parada. No parecía que estuvieran en su sitio, rasgo que quizá se veía acrecentado por los pequeños montículos de tierra fresca en los que hundían su base. Por lo que había que hacer allí, la forma y textura verdaderas de los postes parecían distintas de las de los postes corrientes. Ni uno de los mil quinientos hombres presentes que los miraban podía definir la diferencia, pero todos percibían que existía.

El campo de parada estaba animado por una especie de electricidad, la electricidad de las miradas de los hombres que no dejaba de saltar constantemente de un lado a otro, desde los postes de ejecución hacia el sargento mayor, a la zona de acceso, al propio campo, a los pelotones de fusilamiento.

A pesar de la orden del sargento mayor de que nada debía ser precipitado, todo el mundo, incluido él mismo, mostraba querencia a adelantar o anticipar la hora. A las 7:25, Boulanger ya estaba plantado ante el regimiento, gritando órdenes desde el centro del campo. Durante unos minutos instruyó e hizo maniobrar a la masa de azul que lo rodeaba hasta que la dispuso en la formación que deseaba. La formación configuró tres lados de un cuadrado, en forma de *U*, en una doble fila con el Primer Batallón formado en la base. Salvo por los postes de ejecución, los hombres que permanecían en sus inmediaciones y las largas sombras matutinas que los postes y los hombres proyectaban, el cuarto lado del cuadrado estaba desocupado. El sargento mayor ordenó descansar al regimiento y se aproximó a los postes de ejecución.

Inspeccionó los pelotones minuciosamente, mirando a los ojos a todos y cada uno de los hombres como si estuviera evaluándolos para la tarea que iba a tener que hacer. Inspeccionó sus fusiles con idéntica meticulosidad y advirtió a dos hombres que ajustaran la mira. Dio la orden de cargar y la acompañó de inmediato de la orden de descargar. 36 disparos resonaron en el campo y Boulanger supo entonces con certeza que los cargadores llenarían automáticamente todas las recámaras de nuevo y que ningún hombre podría eludir su obligación por tener la recámara vacía. A continuación, les dirigió unas palabras:

—Esta es una obligación que deben desempeñar. Es como cualquier otra obligación en el ejército y se debe realizar debidamente. Cuanto mejor lo hagan, más fácil será para los condenados. No estarán a más de siete metros de los postes. Apunten al pecho de los prisioneros y disparen cuando el suboficial dé la orden. ¡Atención! ¡Carguen!

Una vez más, se oyó el chasquido de entrada de 36 balas en sus 36 recámaras.

Entonces se vio llegar al campo a los oficiales en grupo. Boulanger puso firme a la parada y, a continuación, acudió a reunirse con el coronel y le informó de que todo el mundo estaba presente y preparado.

El coronel Dax hizo descansar de nuevo al regimiento e hizo una señal al sargento de intendencia para que se aproximara.

—Sabrá ya, sargento —dijo—, que un hombre se ha roto la pierna y estará en una camilla. ¿Puede usted sostenerla contra el poste de la forma oportuna?

—Sí, señor.

—Bien, asegúrese de fijarla bien. No quiero que suceda nada inconveniente.

Dax miró su reloj.

—Ocupen su puesto los oficiales —dijo.

El grupo en marcha empezó a desplegarse y, luego, se dispersó y se distribuyó en la primera línea de los tres batallones. El coronel Dax empezó a caminar de un lado a otro con el ayudante.

—El hecho de que el día empiece siendo tan apacible vuelve todo aún más duro —dijo—. ¡Pobres chicos! ¡Qué tortura más espantosa!

Herbillon no dijo nada. Estaba preocupado por leer la sentencia del consejo de guerra. Tenía una sensación desagradable en su interior y temía no poder dominar la voz. También le obsesionaba la idea de que, cuando dejara de leer, a los prisioneros les quedarían sólo unos segundos. Eso parecía depositar sobre él una responsabilidad, una responsabilidad que era casi aberrante.

Los prisioneros y su escolta se detuvieron en la arboleda próxima a la entrada al campo de parada mientras sacaban de la ambulancia la camilla de Didier. Gounod ofreció de nuevo su cantimplora a los dos, pero Férol fue el único que quiso un trago.

—Ha perdido el conocimiento —dijo uno de los guardias señalando a la figura de la camilla que respiraba profundamente. Gounod se acercó a Didier y le pellizcó en la cara hasta que abrió los ojos.

—Esto es comodidad en estado puro —dijo Didier—. ¿Me han herido?

—Sí —dijo Gounod.

—¿Y hacia dónde nos dirigimos?

—Al hospital —contestó Gounod.

—¿Ves eso de ahí arriba, en las ramas de ese árbol?

Y prosiguió hablando lentamente y más para sí mismo que para quienes lo rodeaban.

—Es gracioso lo que está pasando. No lo entiendo bien. Tiene un nombre que no parece ser el suyo. ¿Quién ha visto que a una cosa como esa se la llame Sambre et Meuse?^[15]

—¿Qué cosa? —preguntó el sacerdote, que estaba de pie junto a la camilla—. Yo no veo nada.

—Esa. No deja de deslizarse hacia abajo, pero nunca cae del todo. No deja de moverse, pero siempre está ahí... —murmuró Didier, a todas luces fascinado por lo que entreveía por debajo de unos párpados que tenían tendencia a cerrarse—. Ah, ahora empiezo a comprender. Tiene algo que ver conmigo... Es mi dolor, eso es lo que es... ¿Pero qué hace ahí arriba, en el árbol...? Raro ese dolor, además... No parece doler como debe ser... Curioso, pero jamás en mi vida me he sentido mejor... Estoy maravillosamente... Tan maravillosamente que creo que debo de estar

muerto...

—Pronto lo estarás —dijo Férol, y esquivó con rapidez la mirada que Gounod le lanzó.

Didier había vuelto a cerrar los ojos. Su rostro mostraba una expresión de satisfacción indescriptible.

—Es casi un placer conducir a un animal como tú al campo de ejecución —espetó Gounod, mirando a Férol.

—El placer es todo suyo —dijo Langlois, que empezó a sonreír con suficiencia, con aire obsequioso, casi como un idiota.

—Vamos —dijo Gounod—. Usted, con la camilla, abra el camino.

—Venga, más deprisa, más deprisa... —dijo Langlois.

Hacía con la mano un débil gesto y nada pudo haber transmitido desesperación de forma más precisa.

Gounod se sentía profundamente incómodo y, de los tres condenados, fue Langlois quien le hizo sentirse aún más así. Cada vez que miraba a ese hombre o le oía hablar, era consciente de encontrarse al borde de un espanto desconocido. Era incapaz de definir lo que veía desarrollarse, pero tenía la sensación de que estaba contemplando una mente en su proceso de ensimismarse hasta el abandono, una vida humana en las oscuras y sutiles fases de una solitaria desintegración. Le hacía marearse un poco y sentirse algo más que asustado. Gounod se persignó disimuladamente.

El grupo abandonó la arboleda y se dirigió hacia el campo, avanzando despacio. Férol iba inmediatamente detrás de la camilla y mantenía un flujo continuo de invectivas profanas y obscenas, en un tono de voz lo bastante alto para ahogar las oraciones que musitaba el sacerdote, que era el objeto de buena parte de sus improperios. Férol había bebido lo justo para conseguir que todo le pareciera muy nítido y próximo, pero no estaba tan borracho como para ver las cosas dobles. Gesticulaba a las espaldas de los soldados del regimiento mientras se acercaba a ellos y gritó:

—¡Asesinos! ¡Mirad cómo muere un héroe!

Langlois entró en el campo mirándose los pies, viéndolos dar los pasos, observando el suelo y pensando: «Esta hierba que estoy pisando es la línea divisoria del mundo en que he vivido. Jamás lo había pensado, pero la siguiente parada después de esta superficie es la infinitud». Levantó la vista, como si buscara la infinitud en el cielo, pero lo que vio, en ese preciso instante, fue el regimiento, los postes de ejecución y, al otro lado, los pelotones de fusilamiento.

—¿Me permitirán quitarme la chaqueta? —preguntó volviéndose rápidamente hacia Gounod—. Temo que los botones conviertan a las balas en expansivas.

El pánico lo acechaba justo desde el otro lado de los ojos.

—Claro —respondió Gounod, sin devolverle la mirada.

—¿Sabe? —prosiguió Langlois, aliviado—. Se me ha ocurrido sin más. Se me

están ocurriendo un montón de cosas. Se me acaba de ocurrir que no he tenido un solo pensamiento sobre sexo desde que se hizo el sorteo. Es bastante anormal en un hombre. Eso es lo que consigue el miedo. El miedo y el dolor son los neutralizadores más absolutos de la sexualidad. Por supuesto, el miedo es dolor, el más terrible de todos, pero precisamente en este instante no tengo tanto miedo. Es gracioso, ¿verdad? Son esos postes los que lo han conseguido, creo, esos postes que marcan el final de mi vida. Apuesto a que hay pocas personas a quienes les hayan marcado el final de su vida así, en el tiempo y el espacio a la vez. O quizá sea el movimiento. ¿Se ha fijado alguna vez en lo difícil que es dominar el miedo si se permanece inmóvil?

El momento anterior a la hora cero es mucho peor que el momento posterior. Espera, espera, eso es lo insoportable. Pero ahora veo los postes y esos compañeros de allí. Deben de ser los pelotones de fusilamiento. Eso significa que la espera llega a su fin. Eso significa que este coágulo de hielo macizo que hay en mi interior se licuará enseguida...

»Esos postes recuerdan a la Crucifixión, ¿verdad? Y si nos mantenemos en este orden, será Férol el que desempeñe el papel de Cristo. Ese es el toque de ironía debido, de acuerdo. ¿Le ha llamado la atención alguna vez que ese toque de ironía raras veces parece estar ausente ni en los sucesos más triviales? Y lo cierto es que se trata de un asunto trivial para todo el mundo, salvo para nosotros. Media hora después de que nos hayamos marchado, usted estará de vuelta en el comedor de los sargentos, terminando esa cantimplora de coñac, tratando de averiguar cuándo volverá a tocarle marcharse de permiso y estar con su esposa...

Langlois dejó de hablar bruscamente. Lo cegaba un torrente de lágrimas, perdió un poco el equilibrio, tropezó con uno de los guardias y, a continuación, se recuperó. El guardia lo miró de soslayo. Vio un rostro pálido, magullado, sucio, sin afeitar y empapado. Un labio inferior que temblaba y estaba totalmente fuera de control. Una chaqueta arrugada, colgada de un par de hombros caídos, dos medallas oscilando desganadas de la parte izquierda de la pechera. Pantalones amplios, desaliñados y alicaídos, agitándose en torno a un par de piernas un tanto temblorosas. Un pordiosero. El guardia apartó la mirada.

—Ya hemos llegado —dijo Gounod—. ¡Valor, amigo! Muéstreles la frente bien alta. Muchos de nosotros nos uniremos a ustedes muy pronto. Esta guerra...

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Jesús!

Langlois frunció la boca para silbar, pero, una vez más, lo único que salió fue el aire huidizo de un suspiro profundo. Se sintió agarrado por los hombros y se volvió.

—Déjenme quitarme la chaqueta —dijo.

Le quitaron la chaqueta de manera un poco ruda porque los hombres que lo hicieron pusieron celo en exceso y estaban muy nerviosos. Langlois oyó tintinear sus medallas.

—Por favor, denme las medallas.

Desprendieron las medallas de la chaqueta y se las entregaron.

—Devuelvo al pueblo francés estas condecoraciones al valor. Ahora no me siento valiente.

Lo dijo con absoluta sencillez y también arrojó las medallas al suelo sin intención melodramática. Las observó surcar el aire, brillar bajo la luz del sol y luego, separadas, caer al suelo. Las siguió con la mirada, como había seguido la colilla del cigarrillo que arrojara entre las herramientas del carpintero... ¿Cuándo había sucedido aquello? ¿En otra vida? No, nada más que antes de ayer. Las medallas yacían allí sobre la hierba, con sus vistosas cintas, que recordaban a los bailes en momentos de permiso y a las miradas admirativas de las mujeres o las miradas envidiosas de los hombres...

Cuando Langlois levantó la vista de donde habían caído las piezas de metal, descubrió que se había formado un muro de azul grisáceo delante de sí, tan cerca que ocultó el mundo entero salvo una estrecha franja de terreno.

Exhaló de nuevo un suspiro profundo, tratando de aliviar la angustia solidificada en su espíritu. En ese momento, sintió que le agarraban las muñecas, tiraban de ellas hacia la espalda y se las ataban. Estaba rodeado de hombres que le resoplaban en la cara, pestilentes, desgarrados, pero amables. Le gustó sentirlos cuando le rozaban, le gustó su olor.

Lo obligaron a retroceder un par de pasos, sintió el apoyo duro del poste a su espalda, sintió pasar las sogas alrededor del pecho y de la cintura y, luego, una opresión y el poste y él quedaron amarrados con fuerza, con tanta fuerza que le hacía daño en los puños atados y apretados.

Una voz desde detrás le preguntó si quería que le vendaran los ojos.

—No —dijo.

La mirada era el último resto de libertad que le quedaba y se aferraría a ella hasta el final.

La pequeña aglomeración formada en torno al poste se marchó. Langlois permanecía allí de pie, empapado en sudor, resollando, solo. La rigidez de su actitud le confería un aire desafiante que no sentía. Miró la línea azul que tenía delante, pero los rostros de los hombres parecían no tener ningún rasgo.

Un hombre se le acercó y le examinó, palpó la tensión de las cuerdas, quitó la gorra a Langlois y la arrojó a su lado.

—¡Valor! —dijo el sargento mayor Boulanger, que después desapareció con la misma rapidez con la que había llegado.

El silencio sepulcral en el que Langlois parecía estar flotando se vio interrumpido de repente por el sonido de tambores. Era un sonido lacerante, feroz y cargado de fatalidad, pero confortó un poco a Langlois porque absorbía parte del punzante dolor de su propio corazón palpitante.

Los tambores callaron y una voz empezó a perorar. Entendió algunas palabras y le sonaron familiares. Las había oído utilizadas en diferentes combinaciones y cadencias en algún otro lugar, en algún otro lugar donde también se oía el ruido de agua

corriendo ¿o acaso se trataba de palomas? Los rostros del pelotón de fusilamiento empezaban ahora a diferenciarse más. Ese tipo del extremo, ¿dónde lo había visto antes? Ah, sí, el recluta que quería ganar medallas. Bueno, podría quedarse esas dos, las medallas que tenía allí a sus pies. ¿Cómo se llamaba? Du... algo. ¿Duelos? No. ¿Morval? No, Morval no. Claro, ¡Duval! El mismo nombre que el del restaurante donde Louise y él comían antes de casarse...

Férol permanecía atado a su poste, murmurando, murmurando, si hubiera habido allí alguien que lo escuchara, un batiburrillo incoherente de datos autobiográficos, opiniones, prejuicios y blasfemias. El último trago de coñac se había apoderado por completo de su cerebro y veía enfrente de sí a doce hombres que emborrataban parcialmente a otros doce, duplicados de sí mismos. El tiempo no significaba nada para Férol. Nada significaba nada para él. Sin darse cuenta, mediante una mezcla de odio, desprecio y coñac, había conseguido alcanzar un estado de desapego que lo volvía casi tan ajeno a lo que estaba sucediendo a su alrededor como el hombre que tenía a su izquierda.

De los tres, Didier era quien más se aproximaba a alimentar la ilusión de que se estaba desarrollando una crucifixión. Colgaba de la camilla, que había sido afianzada contra el poste. Colgaba allí, con la estructura de los hombros deformada por las sogas, del mismo modo que los hombros de los tullidos quedan deformados por las muletas. La parte alta del poste, presionando a través de la lona la camilla, arrojaba la cabeza de Didier hacia adelante y un poco hacia abajo. Sus dos brazos se desplegaban hacia el exterior y, enseguida, descendían en picado desde los codos dibujando una despedida ebria. Tenía la boca abierta y le colgaba la lengua. Respiraba con cierta fatiga, babeando un poco, ahogándose de vez en cuando. Cuando se ahogaba, la cabeza experimentaba una sacudida hacia arriba para liberarse de la obstrucción, pero era un mero acto reflejo, pues Didier estaba sumido en un estupor de morfina de considerable profundidad.

Y habría muerto allí de todas formas, porque su posición lo dejaba de tal forma que estaba estrangulándose lentamente. Didier no sabía eso. Didier no sabía nada.

La perorata monótona de la voz que leía llegó a su fin de forma brusca.

Los tambores volvieron a doblar.

—¡Que la justicia siga su curso! —dijo una voz alta y clara.

Hubo cierto movimiento, el coronel y el ayudante dieron media vuelta. El sargento mayor del regimiento se acercó hasta donde el suboficial al mando de los pelotones de fusilamiento, apostado en su flanco, formando ángulo recto con ellos. Picard, el sacerdote, de pie detrás de este hombre, vio que Boulanger desabrochaba la funda del sable. El suboficial desenvainó y lo levantó por encima de la cabeza. Una borla colgaba de la empuñadura. Dio una orden. 36 fusiles se alzaron.

—¡Apunten!

Los fusiles se estabilizaron.

—¡Fuego!

El sable cayó con un destello. La descarga resonó con estruendo, salió escupido el humo y 36 hombros retrocedieron ligeramente al unísono. El humo se dispersó hacia los lados y, luego, desapareció rápidamente.

Los cuerpos rígidos de los postes comenzaron a relajarse imperceptiblemente.

La camilla de Didier empezó a moverse, furtivamente, así lo parecía al principio, y enseguida se volcó hacia la izquierda y cayó con él debajo. Didier parecía un animal apisonado que se hubiera derrumbado y perecido por la mole de su propio peso.

Férol también cayó poco a poco cuando las sogas rotas cedieron lentamente el apoyo que ofrecían. Cayó hacia adelante y, suministrando y siguiendo al mismo tiempo el reguero de su propia sangre, quedó de rodillas. La cabeza, ya irreconocible, se agachó y golpeó el corazón. Durante un instante quedó suspendido, como un mahometano rezando y, enseguida, lo abandonó el equilibrio y cayó desplomado.

A Langlois le había impactado una bala en la pierna y empezó a vencerse hacia ese lado. La descarga, que le había desgarrado los intestinos y los pulmones, no había cortado las cuerdas limpiamente y quedó allí colgando, con los brazos rodeados al poste. Se tambaleaba un poco, grotesco y lastimoso, como si implorara que lo liberaran, y después se deslizó un poco más abajo hasta producir la impresión de que abrazaba y suplicaba descarnadamente al poste.

El sargento mayor Boulanger se acercó a tan horrenda hilera, pistola en mano. Tuvo que dar la vuelta a la camilla para poder acceder a la oreja de Didier, colocó el cañón junto a ella y le disparó el *coup de grâce*. Férol fue más fácil de manipular, pero su oreja más difícil de encontrar. Boulanger se inclinó y lanzó un disparo en algún punto de la cabeza. No podía decir exactamente dónde porque dos balas de fusil ya la habían atravesado.

Se debe decir de Boulanger que tenía cierto sentido del decoro, pues, cuando llegó a Langlois, su primer pensamiento y su primer acto consistieron en desembarazarle de la vergonzosa y miserable pose en la que se encontraba antes de poner fin a la vida que todavía pudiera estar aferrándosele. Por consiguiente, su primer disparo fue uno que cortó diestramente la soga y dejó caer el cuerpo desde el poste hasta el suelo. El siguiente disparo penetró en un cerebro que ya estaba muerto.

Nota del autor

Todos los personajes, unidades militares y lugares mencionados en este libro son ficticios.

No obstante, si el lector se pregunta «¿Sucedieron realmente cosas como estas?», el autor responde «Sí», y le remite a las siguientes fuentes, que sirvieron de inspiración para esta historia: *Les crimes des conseils de guerre*, de R.-G. Réau; *Les fusillés pour l'exemple*, de J. Galtier-Boissière y Daniel de Ferdon; *Les dessous de la guerre révélés par les comités secrets e Images secretes de la guerre*, de Paul Allard; un despacho especial del 2 de julio de 1934 enviado a *The New York Times*, que apareció bajo este titular: «LOS FRANCESES ABSUELVEN A 5 FUSILADOS POR AMOTINAMIENTO EN 1915; DOS DE SUS VIUDAS RECIBEN UNA INDEMNIZACIÓN DE 7 CÉNTIMOS CADA UNA»; y *Le fusillé*, de Blanche Maupas, una de las viudas que logró que exculparan a su esposo ejecutado y a la que se concedió un franco por daños y perjuicios.

Apéndice

EXTRACTOS DEL DIARIO DE HUMPHREY COBB (OCTUBRE DE 1917 - NOVIEMBRE DE 1918)

Anotados por Humphrey Cobb^[16]

Lunes, 1 de octubre de 1917. Revista con el brigadier general Landry. Reconocimiento médico y desfile bucodental. Por la noche, en el centro de la ciudad. Hermosa luz de luna.

En esa época, yo pertenecía al Vigésimotercer Batallón de Reserva Canadiense, acantonado en el Campamento de Shoreham. Se trataba de un batallón de reserva desde el que se enviaban a Francia reclutas de reemplazo y hombres ya restablecidos después de haber sido heridos. Estaba al mando de Fisher, el «Veintiocho Días», un hijo de puta de primera. El apodo del coronel Fisher se debía a la costumbre de repartir veintiocho días de calabozo a la mínima oportunidad que se le presentaba. Era el máximo castigo que podía infligir un coronel.

Domingo, 21 de octubre. Misa en Guoy-Servins. Mujeres de negro. Paseo hasta Monte Saint-Éloi.

Como de costumbre, los desfiles siguieron celebrándose los domingos, casi alcanzaban las líneas de apoyo y yo era católico. Aunque creo que mi sentimiento religioso había desaparecido, yo participaba en toda la parafernalia del ritual. De todas formas, en aquella época ese sentimiento estaba muy comprometido. Era difícil reconciliar al Dios Todopoderoso y Misericordioso y Bueno con lo que sucedía a mi alrededor. Resultaba un tanto sospechoso y yo lo notaba. «Mujeres de negro». Me parecía que todas las mujeres de Francia iban de negro, me llamaba la atención tanto que hasta llegué a apuntarlo.

Martes, 1 de enero de 1918. La Compañía N° 4 se ha negado a participar en desfiles, de manera que los han suspendido. Hablo con Harrison y con Hemming. No formulamos ningún buen propósito para el año entrante en el ejército porque sería imposible mantenerlo. Me pregunto qué sucederá este año. Con 1917 ya hemos tenido suficiente. Escribí cartas. Espantosa discusión sobre las nacionalidades.

Ahora no recuerdo por qué se negó a participar en los desfiles la Compañía N° 4. Lo único que sé es que todos simpatizábamos absolutamente con la iniciativa. En ese periodo de descanso nos alojaron en unos barracones que estaban al nordeste del Château de La Haie, cerca de la carretera entre Guoy y Ablain-Saint-Nazaire. Recuerdo que andábamos escasos de leña y que hacía un frío de mil demonios. Cuando lográbamos conseguirlas, quemábamos galletas de pan duro, que nos daban muy buen fuego. Fue más o menos en esta época cuando Dixon (hablaré de él más adelante) birló las botas de Von Berg y las vendió para obtener coñac. Llegó con una buena cogorza y después, por la noche, cuando tuvo que salir a mear, se equivocó de puerta para salir del barracón y llenó de orín las botas de alguien. En todo caso, esos fueron los únicos síntomas de fetichismo que exhibió Dixon.

Harrison era un judío de Montreal. Lo conocí en Shoreham. Era un tipo brillante y mantuve muchas conversaciones y compartí un par de borracheras con él. Es el Charles Yale Harrison que escribió *Los generales mueren en la cama*: un libro magnífico sobre la vida en las unidades de combate canadienses, un poco como *Sin novedad en el frente* fue representativo de la vida de los soldados del ejército alemán.

29 de enero. Desfile. Disparos de artillería de 12 pulgadas y localización de blancos con aviones. Carta de B. R.

Ese cañón estaba unos cuarenta metros por detrás de nuestro barracón y yo tenía interés en verlo funcionar en conjunción con el avión de observación. Misterioso asunto: señales que se transmiten por el éter; un oficial haciendo cálculos y dando órdenes; artilleros haciendo girar manivelas, embutiendo los obuses y el explosivo. «¡Listo, señor!» Pausa. «Fuego». ¡Pum! Y allí salía disparado al cielo el obús,

silbando y haciendo vibrar todo, hasta perderse en su punto de fuga. Larga pausa. Después, el tipo de la radio: «¡Corto por doscientos metros, señor!» O «¡De lleno, señor!» Un día espléndido. Pero mientras observaba disparar a ese cañón me olvidaba de que, en algún momento, seguramente atraería sobre nuestro barracón un cargamento de hierro alemán.

31 de enero. Más frío. Salgo de Bully-Grenay a las 5:30 p.m., llego al refugio a las 8:30. Un infierno de caminata por tierra. Ametralladoras muy cerca. Salen patrullas de exploración. Una granada mata a Young. Jesucristo, Nuestro Señor, ¿acaso es esto justo? Soñé que había resucitado.

Estábamos de nuevo en el frente, en las trincheras de la Colina 70, enfrente de Loos. Caminata por tierra significaba que no utilizamos trincheras de comunicación para llegar. La primera línea del frente se encontraba en la ladera delantera de la loma, mirando a los alemanes. Nos aproximamos a ella por la ladera opuesta y raras veces utilizamos trincheras de comunicación hasta que llegamos casi justamente hasta la cima de la loma, como si estuviéramos fuera de la línea de fuego directo. Pero no estábamos fuera de la línea de fuego indirecto y Fritz tenía bien calibrado el disparo hacia la ladera anterior de la colina con puestos de ametralladoras fijos, de manera que durante toda la noche barrió a conciencia esa zona y sus vías de acceso. Perdimos allí unos cuantos hombres.

Nunca nadie supo con certeza qué fue lo que le sucedió a Young. Algunos pensaban que un machaca paratas alemán había ido a parar dentro de su máscara de gas y que explotó justo cuando trataba de quitársela de encima. Pruebas: la cara reventada y la mano derecha amputada. También se discutía si había sido siquiera una granada alemana. Había salido una patrulla en dos secciones, una por la derecha y la otra por la izquierda de nuestro frente. Ambas informaron de haber tenido escaramuzas con una patrulla alemana. No se quiso hablar de ello apenas, pero estaba bastante claro que las dos secciones se habían encontrado y habían combatido entre sí en la oscuridad. De todas formas, esa fue la última vez que una patrulla nuestra salió en dos secciones.

Creo que la razón por la que quedé tan afectado por la muerte de Young era que él fue el primer amigo íntimo que tuve y eso me gustó.

1 de febrero. Una sensación espantosa tras la inesperada muerte de Young. Le quité las botas. Una misión absolutamente desagradable.

«Muerte inesperada», curiosa expresión de la que servirse en estas circunstancias. Y eso significa, supongo, que la muerte de alguien a quien conoces bien siempre produce un sentimiento de ira. No pasa nada si le toca a otro, pero a un amigo personal... es cosa distinta.

El incidente de las botas fue una pura bravuconada por mi parte. Quería demostrarles que, aun cuando fuera el más joven y el más novato de la sección, yo era un tipo muy duro con todas esas cosas. A Young lo habían matado justo a las puertas de la alambrada alemana y, cuando cesó el fuego, el resto de la patrulla regresó arrastrando su cuerpo. Sobre el suelo de hielo machacado teniendo que atravesar nuestra propia alambrada, una tarea penosa. Lo trajeron hasta la trinchera de apoyo, donde estaba el refugio y lo tendieron sobre una manta a lo largo del parapeto. En el refugio todo eran carraspeos y no saber qué decir por las botas que calzaba, un excelente par de botas altas de cazador canadiense, ¿y por qué íbamos a permitir que se las quedara el asqueroso pelotón de sepultureros? Nosotros éramos sus amigos y todo eso. Aun así, nadie se decidía a ser el que subiera a quitárselas. De manera que dije que lo haría yo. Cambié la orientación del cuerpo para que quedara perpendicular a la trinchera, con los pies caídos hacia mí. Luego, empecé a desabrochárselas. Ya se había quedado rígido, así que me costó un infierno quitárselas. Cuando, por fin, lo conseguí, como pesaba demasiado para mí, lo dejé tal como estaba, con los pies atravesados sobre la trinchera, de tal modo que se daba uno en la cara al pasar. Pero, después, aunque había tres o cuatro compañeros que usaban el mismo número, nadie quería coger las malditas botas. Y todo porque que eran «las botas de un hombre muerto». Y yo no me separaba de las botas. Al final se las entregué a un civil francés en Bully-Grenay y, dos años después, cuando volví a ese lugar después de la guerra, fueron lo primero que me vino a la mente cuando recorrí la ciudad.

Más tarde, aquella misma noche, salí a la letrina. Young había ido resbalando. Bajo el parpadeo de

las bengalas me topé con su figura, envuelta en una manta, sin cabeza, de pie en la trinchera.

23 de febrero. Todavía buscando al espía alemán y la botella de whisky. Ninguno de los dos aparece. Maldita la suerte. Se retrasa hasta mañana lo de ir a clase.

Recuerdo que el espía era un individuo desdentado y con un acento extraño, seguramente porque no tenía dientes, que durante un rato anduvo merodeando por la cantina conectada con nuestro barracón. Vestía uniforme británico pero no llevaba ninguna insignia. Se comportaba de forma muy rara. Y la idea no era tan absurda como pudiera parecer, pues nos encontrábamos precisamente en el corazón de una zona minera de Francia y las galerías subterráneas se extendían a lo largo de kilómetros, algunas de ellas llegando incluso a adentrarse claramente en las líneas alemanas. Nunca averigüé qué le sucedió a mi espía, pero me sentí bastante satisfecho por participar en la búsqueda.

29 de marzo. En pie a las 3:00 a.m. Marcha de doce kilómetros a Arras. Derrumbado. Desplomado otra vez y dormido. Buena comida. Encontramos mantas, beicon y un montón de sobres de correo para el frente. Abandonados a toda prisa. En el puesto 7:309:30. Dormido.

Jamás olvidaré esa marcha a Arras, ni los días posteriores. Fue una pesadilla absoluta. Los alemanes habían intentado penetrar en Arras. Las cuevas, de tierra caliza, se encontraban en las afueras de la ciudad, en el lado alemán, y las tropas enviadas allí —imperiales— los habían atizado, lo que nos dejó los artículos de lujo mencionados arriba. Los civiles habían salido corriendo de la ciudad dejando todo abierto de par en par. Por lo que parecía, estaban muertos de miedo. Nuestros amigos llegaron allí y encontraron todo hecho un caos. Muy pronto fueron llegando otras divisiones y la artillería, que situó sus cañones, los apuntó y, sin más, empezó a disparar sin esperar a que caváramos emplazamientos. Pero estoy seguro de que durante dos o tres días Fritz habría podido arrasar el lugar con los ojos cerrados. El primer día estábamos demasiado destrozados para plantar batalla; los dos días siguientes andábamos demasiado borrachos por las bodegas civiles que quedaban. Además, en el frente había abierta una brecha de buen tamaño. Y todos los días, al amanecer, esperábamos la avalancha de hombres y acero y no teníamos ninguna fortificación defensiva tras la que recibirla. Que me dejen saltar cualquier día en lugar de tenerme aquí plantado y dejar que el enemigo me atice en la boca, cuando quiera y como condenadamente quiera.

31 de marzo. Domingo de Pascua. Silbido y estallido de obuses un metro por encima de mi cabeza. Derribado y enterrado. Endiabladamente cerca, buena sacudida.

Uno de esos obuses era una birria, así que tuve interés por averiguar lo cerca que había caído. Nunca sabré lo que sucedió realmente. Yo estaba apostado en un tramo de trinchera enano, visible desde el frente, con el fusil apoyado en tierra, a mi lado. Lo siguiente que recuerdo fue que tenía el fusil a unos dos metros y yo estaba enterrado hasta los sobacos. Mi fusil quedó como si le hubiera caído un rayo. Silencio sepulcral. Diez minutos después, el compañero que estaba conmigo llegó arrastrándose por un montículo como si estuviera acechando un venado. Buscamos un hoyo mejor y nos metimos en él.

5 de abril. Listos para las bombas. Obuses a cien metros. Muertos de miedo y pasándolas canutas. Subimos al frente esta noche. Todo el mundo está nervioso. Nos desorientamos en la oscuridad. proyectiles terriblemente cerca. Atascados en el barro. Empapado y cubierto de lodo y hecho polvo. Alerta de gas. Carta de madre.

Aquella noche yo sí que me di por vencido de verdad. Vagamos en círculos durante varias horas atravesando alambradas, embudos y barro pegajoso y resbaladizo. Una y otra vez caía en los cráteres

lLENOS de agua. Estaba cubierto de fango endurecido, agotado por la ira y exasperado hasta el extremo de tirar la toalla. La decimoquinta vez —y es literal— que tropecé, quedé tumbado en un embudo. «¡Sal de ahí y sigue!», berreó el sargento MacDonald bajo el rugido del bombardeo nocturno. He olvidado lo que le contesté, pero lo esencial es esto: «Al demonio. Que le den por culo a todo. No sabe adonde va y a mí me da igual. Estoy muerto. No pienso dar un paso más. Aquí estoy y aquí me quedo. Que vengan los cabezacuadradas. Me importa un pimiento. Estoy absolutamente agotado y no pienso dar un paso más. Esperaré a que amanezca y ya os buscaré después, si sigo vivo».

27 de abril. Incurción a la 1:00 a.m. 22 prisioneros. Dixon muerto y Jones. Gran éxito. La Betel del Primer Batallón del 188 Regimiento. Cartas de madre y de Arthur.

La misión previa de los exploradores en esta y otras incursiones consistía en reconocer la tierra de nadie y la alambrada alemana. Se escogieron los puntos de entrada y la artillería localizó las alambradas lo más discretamente posible. La noche de la incurción, los integrantes de los pelotones se tizaron la cara, se quitaron toda clase de insignias de identificación y se reunieron en los lugares establecidos de la primera línea. Los exploradores condujeron luego a los pelotones hacia la zona de tierra de nadie de los tramos de alambrada a través de los cuales iban a pasar. A la Hora Cero se inició un bombardeo de caja en el sector en el que se iba a realizar la incurción, una descarga de artillería perimetral que teóricamente la aislaría de su trinchera de apoyo mientras otros cañones disparaban sobre la alambrada y abrían claros en ella. Gran parte de esta tarea no se podía hacer de antemano porque habría anunciado la incurción. Al cabo de unos minutos, el bombardeo de la alambrada cesó y se transformó en fuego de hostigamiento. El bombardeo de caja prosiguió con mucha intensidad. Fue entonces cuando los pelotones de la incurción cruzaron la alambrada y se introdujeron en la trinchera alemana. Creo que en esta incurción participaron cuatro pelotones, a cada uno de los cuales se había asignado limpiar una determinada zona. Todo eso se había entrenado en la trinchera de reserva, en un terreno delimitado y señalado con cintas para que reprodujera exactamente las posiciones alemanas. La incurción concluyó al cabo de una media hora. En la parte derecha todo transcurrió de acuerdo con lo planeado. Sin embargo, en la parte izquierda, el teniente McKean encontró algún problema imprevisto y fue allí donde mataron a Dixon. McKean tuvo que someter dos puestos de ametralladoras y lo hizo prácticamente en solitario. Por esta hazaña le impusieron después la Cruz Victoria. McKean era el oficial de los exploradores y una persona decente. Era un tipo ligero, con la cara pálida y de aspecto infantil, que había sido maestro de escuela. Era difícil imaginarse a una persona más endeble y menos belicosa, pero tenía agallas y lo demostró más de una vez. Empezó siendo soldado raso, momento en que consiguió la Medalla Militar. Después de recibir la Cruz Victoria se apuntó una Medalla al Mérito Militar con Broche y, luego, consiguió lo que seguramente le complacería más: una bonita «magulladura» patriótica en la pierna, que lo mandó a casa. Perder sólo dos hombres en una patrulla como aquella significaba, sin lugar a dudas, haber hecho un trabajo magnífico. Y Jones saltó por los aires al colocar un cilindro de amonal en un pequeño arsenal de un abrigo, en lugar de en un refugio, y esperar a asegurarse de que estallaba. No se concedió ninguna medalla a los exploradores sobre quienes descansó toda la responsabilidad de la incurción, exceptuando a McKean. Entre los demás se repartieron 2 Cruces Militares, 2 Medallas a la Distinción y 5 Medallas Militares.

7 de agosto. El día del «si...». Bombardeados al acudir al punto de reunión. Dormidos en un trigal, al descubierto. Después de mediodía, charla sobre las operaciones. Más obuses. Por la noche en la trinchera de asalto, preparados para la Hora Cero.

Ahí estábamos, en lo que Ludendorff llamó «el día negro del ejército alemán en la historia de esta guerra». Más bien, en la víspera. Yo lo llamé «el día del “si...”», porque la «charla sobre las operaciones» estaba salpicada de esa palabra: «“Si llueve...” “Si la artillería...” “Si los tanques...” y, sobre todo, “Si Fritz hace o deja de hacer tal o cual cosa”».

Nosotros, la Sección de Inteligencia del Decimocuarto Batallón de Infantería Canadiense, pasamos el día en unos trigales de la aldea de Cachy, al este y un poco al sur de Amiens. En torno a nosotros

estaban las unidades de combate canadienses; a nuestra izquierda, las australianas y, a nuestra derecha el Primer Ejército francés. Sin embargo, aquel perezoso día estival transcurría monótonamente y no se veía ni un soldado. Tampoco había el menor indicio de los cuatrocientos tanques y los dos mil cañones y el resto de esa congestión increíble que había abarrotado las carreteras y los caminos la noche anterior. No se veía nada, todo estaba oculto en los bosques, en los altos trigales o en los pliegues del terreno. De vez en cuando, caían unos cuantos obuses desperdigados. A lo lejos, una ametralladora tableteaba desganada y espasmódicamente. Aviones y abejas zumbaban por todas partes produciendo un soniquete dormidero. Holgazaneábamos por ahí en la hierba alta de aquellos campos. En aquella parte del frente occidental, ciertamente no había ninguna novedad.

Después de anochecido, toda la zona pareció resucitar. Se daba uno cuenta de que había estado sumergido en medio de una multitud inmensa, pero invisible y silenciosa. Había mucho ruido por todas partes. Unos cuantos aviones en lo alto. Estos tenían que ahogar el ruido de los tanques. Me puse en marcha con cuatro o cinco de mi zona para llegar a las secciones de la primera oleada a las que nos habían asignado. Llegamos a la trinchera de ataque bajando por la ladera de la colina desde el trigal en el que estábamos y recorrimos la trinchera del frente, que cubría sólo hasta la altura de la rodilla y estaba abarrotada de hombres. Dejé a Tatton y a McLaren en su sección. McLaren estaba extendiendo sobre el parapeto su cubierta de hule: «Es para no mancharme los pantalones cuando salte», me dijo. Nos deseamos buena suerte y yo recorrí la trinchera e informé al oficial de la sección. Yo diría que debían de ser las once o ya medianoche. Tenía sueño, apenas lograba mantener los ojos abiertos y encontré un refugio subterráneo. D. R. McClare, a quien habían destacado en la misma sección que a mí, dijo que él me avisaría cuando empezaran las cosas. Y cuando parecía que no había hecho más que cerrar los ojos, ya estaba él golpeándome: «¡Hora de levantarse! Dentro de media hora se levanta la tapa». Ocupé mi sitio a su lado en la trinchera, comprobé la munición de mi fusil, bueno, más bien la palpé, pues estaba oscuro del demonio, y me acuclillé en la trinchera dando la espalda a Fritz. Zumbaron un par de obuses en lo alto y estallaron por detrás. Una voz con el típico acento londinense salmodiaba a unos cuantos metros en voz baja: «Justo antes de la batalla, madre, estaba comiendo pan con queso». Recuerdo que pensé que no debía avanzar muy deprisa para no toparme con nuestra propia descarga de artillería. Parecía oírse un murmullo sordo a nuestras espaldas; por lo demás, silencio absoluto.

De repente, un gran fognazo de relámpagos difusos iluminó el horizonte por el oeste, hasta donde alcanzaba la vista. Luego, en un instante, el cielo se llenó de silbidos y chillidos fantasmagóricos. Se oyó un clamor y un estallido y el suelo se sobresaltó. Después, más relámpagos, el olor de los explosivos y, casi encima de nosotros, dos o tres grandes moles: los tanques. Un cañón disparó directamente a nuestra trinchera y, antes de que hubiéramos avanzado un solo centímetro, se oyó el grito de «¡Camilleros!» (Para mantener la ofensiva en secreto ningún cañón había calibrado los disparos de la descarga de protección). Pasaron dos minutos en medio de este terremoto y huracán juntos. A continuación, sonaron los silbatos en toda la línea del frente. Cogimos los fusiles y avanzamos.

6 de noviembre. Sigue lloviendo.

8 de noviembre. Prácticas con el revólver.

A las nueve en punto de esta mañana, la delegación alemana para el armisticio se reunió con el mariscal Foch en el vagón de su tren especial, en el bosque de Compiègne.

9 de noviembre. Muchos rumores de paz.

11 de noviembre. Se firma la paz. Cese de hostilidades a las 11:00 a.m. ¡Vive Dios!

27 de diciembre. Devolución de revólveres. Imposible acceder a Colonia. Algún maldito idiota se ha dedicado a robar a la gente.

En Colonia se habían producido unos cuantos disturbios entre las propias tropas. La División de Guardias se presentó allí y sus oficiales estaban muy susceptibles con eso de que los saludaran. Además, los habitantes de Colonia habían decidido que la guerra ya había terminado y nunca habían sido muy entusiastas del saludo. Algunos piquetes del imperio arrestaron a soldados canadienses y empezaron los jaleos. Hubo unas cuantas grescas en bares, que acabaron con otra mayor en el barrio chino, en la que acabaron muertos algunos hombres. Más que nunca, los miembros de la Policía Militar actuaron como unos auténticos hijos de puta, lo que no contribuyó precisamente a aliviar el espíritu de agitación general imperante. El resultado fue que poco después nos sacaron de allí y dejaron «La vigilancia del Rin» a los soldaditos de chocolate del imperio^[17].

La lentitud de la desmovilización, las insistentes noticias sobre el gran número de estadounidenses que regresaban a casa antes que nosotros, la asquerosidad de los cabrones gallinas de los desfiles que se habían arremolinado para adecentarnos y la reacción generalizada tras el armisticio empezaron a animar la cosa.

1 de enero de 1919. Cobro 30 marcos. Recibo un paquete de los Fisher. No formulo ningún buen propósito para el año entrante. Concierto de una banda en la calle. Se obliga a los civiles a que se quiten el sombrero cuando suena el himno nacional. Un ejemplo de canallada y de mezquindad que debería ser indigno de los británicos. El maldito hatajo de cabrones acosadores prusianos responde diciendo «Oficiales y caballeros británicos»^[18].

Lo que me había sacado de quicio era que uno de nuestros oficiales le había quitado el sombrero a un civil de un golpe y lo arrojó al barro. La víctima era un anciano inofensivo que, seguramente, no conocía la melodía que se estaba interpretando. Al menos, eso parecía. Me siento profundamente avergonzado y abochornado con este asunto, es ese tipo de cosas que nunca consiguen hacer reaccionar al que la comete y la hacen parecer un maldito estúpido.

19 de mayo. En la lista del pasaje del *Regina*. Eliminado de la lista cinco minutos más tarde. Ordinariéces a la orden del día, por no hablar de blasfemias. Me prometen que me incluyen en otra lista mañana, pero *estar* en una lista de pasajeros merece *esperar* para todo lo demás. Y espectáculo musical de Emmas. Bastante bien.

20 de mayo. En la lista del pasaje del *Carmania*. Zarpa mañana. Reconocimiento médico, etcétera. Antes del mediodía cavamos las sepulturas de los hombres muertos en los disturbios. Debo reconocer que no me maté a trabajar. En este ejército he tenido que trabajar en un buen montón de cosas y la que me faltaba era cavar sepulturas.

21 de mayo. Salgo de Rhyl a las 7 a.m. Tren hasta Liverpool. Embarco en el SS *Carmania*. En tercera, Sección R. No está mal del todo. La Brigada de Caballería y unos cuantos civiles a bordo. Después de andar perdiendo el tiempo con un montón de cosas absurdas, zarpamos por fin a las 7 p.m.

31 de mayo. Llego a Montreal a las 8 a.m. Licenciado a mediodía. Baño y cambio de

ropa y al tren de las 7:40 con destino a Nueva York.



HUMPHREY COBB (Siena, 1899 - Nueva York, 1944)*, hijo del artista estadounidense Arthur Murray Cobb y de la doctora Alice Littell. Transcurrió su infancia entre Italia e Inglaterra, y a los trece años se marchó a Estados Unidos para continuar sus estudios. Tras ser expulsado a los diecisiete años del instituto, se fue a Montreal donde, en 1916, se alistó en el Ejército canadiense para participar durante tres años en la Primera Guerra Mundial. Tras los años de la guerra —combatió en la crucial Batalla de Amiens, en Francia, donde fue herido—, regresó a Estados Unidos donde trabajó en el sector editorial y publicitario, en la Marina mercante y en el *Office of War Information*, servicio de propaganda antecesor de la CIA. Su carrera literaria empezó en 1935 cuando escribió su primera novela, *Senderos de gloria*, que se convirtió enseguida en un *best seller* internacional. Fue, además, guionista de la película *San Quentin* (1937), con Humphrey Bogart de protagonista, y escribió otra novela, *None But the Brave*, aparecida por entregas en 1938. Murió en 1944.

* La única foto del autor que se conserva es una de un grupo familiar de cuando era un niño (reproducido con más detalle en el óvalo).

Notas

[*] David Simon, escritor norteamericano (Washington-1960), es el creador, entre otras, de la exitosa serie televisiva *The Wire*, ganadora en el año 2006 del *Premio del Instituto de Cine Americano* al mejor *Programa de Televisión del Año*. <<

[1] «Para infundir ánimo en los demás». (*N. del T.*) <<

[2] El título original de la obra, *Paths of Glory*, procede de un verso de la «Elegía escrita en un cementerio de aldea», de Thomas Gray, cuya traducción podría ser: «Los senderos de gloria no conducen sino a la tumba» (N. del T.). <<

[3] Thomas Gray (1716 – 1771), poeta inglés al que se le considera integrante del grupo prerromántico de los *Graveyard Poets* (literalmente: «Poetas de cementerio», con melancólicas aportaciones sobre la futilidad de la vida, la muerte y las miradas evocadoras de las «últimas moradas») escribió en 1751 la *Elegy Written in a Country Churchyard*, mencionada en la nota anterior. Su novena estrofa dice:

*The boast of heraldry, the pomp of power,
And all that beauty, all that wealth e'er gave,
Awaits alike the inevitable hour.
The paths of glory lead but to the grave.*

(La siguiente traducción es de Ángel Rupérez, de la «Antología de la poesía inglesa» editada por Austral):

**La gloria de la heráldica, la pompa del poder,
y todo lo que aportan la riqueza y belleza
aguardan por igual la inevitable hora:
los senderos de gloria conducen a la tumba.**

(N. del E. D.) <<

[4] «*Boche*», en francés, significa «asno». Es el término con el que en la primera guerra mundial los soldados franceses se referían a los enemigos alemanes. (*N. del T.*)

<<

[5] En francés, el edificio de la alcaldía. (*N. del T.*) <<

[6] En inglés, «Grano». (*N. del T.*) <<

[7] Tirailleur significa literalmente en francés «tirador». La denominación de este cuerpo procede del periodo napoleónico, cuando se utilizaba para designar a la infantería ligera entrenada para hostigar en la vanguardia de las principales columnas. Posteriormente, pasó a utilizarse en el Ejército Francés para la infantería reclutada en los diferentes territorios coloniales, así como para las unidades metropolitanas que servían como infantería ligera. (N. del T.) <<

[8] En francés, «Trinchera de los zuavos». (*N. del T.*) <<

[9] En francés, respectivamente, «Galería de los Perdidos», «Trinchera de las Súplicas» y «Encrucijada de la Muerte». (*N. del T.*) <<

[10] En francés, se podría traducir como «Galería de los Cojones Perdidos». El sustantivo «*couille*» es femenino en francés. (N. del T.) <<

[11] En francés, «Castillo del Águila». (*N. del T.*) <<

[12] En francés, «forrajeras»: distinción militar con que se condecora a unidades del ejército por su actuación en el combate. (*N. del T.*) <<

[13] El personaje parafrasea una cita bíblica (Mateo 6, 34): «Cada día tiene bastante con su propio mal». (*N. del T.*) <<

[14] En francés, «*boucher*» significa carnicero. (N. del T.) <<

[15] Sambre et Meuse es el nombre de un departamento francés, actualmente perteneciente a Bélgica, y el título de una canción e himno militar francés. (*N. del T.*)

<<

[16] Este apéndice reproduce el publicado en la edición de Penguin de 2010. Contiene algunos fragmentos del diario de guerra, inédito, que el autor escribió durante la contienda. Comenzó a escribirlo el día que se alistó, con diecisiete años, y siguió escribiéndolo en él hasta «más o menos un año después de la guerra», según sus palabras. A la edad de los treinta y cuatro años lo revisó y anotó porque, a su juicio, había llegado el momento de «comentar estas líneas lacónicas y entrecortadas, de descifrar las referencias crípticas antes de que olvide la clave. El momento, también, de atrapar y fijar, estos recuerdos vagos antes de que, al menos algunos, desaparezcan por completo». (*N. del E.*) <<

[17] «La vigilancia del Rin» o «La guardia del Rin» es el nombre por el que se conoce popularmente a un monumento de Hesse (el «*Niederwalddenkmal*»), así como el de un poema e himno patriótico muy popular todavía en la época, obra de Nikolaus Becker (1809-1845) e inspirado en la tradicional enemistad francoprusiana. Por otra parte, se denominó despectivamente «*chocolate soldiers*» a los reclutas del ejército de reserva australiano, milicianos sin formación militar, porque se derretirían en cuanto tuvieran que entrar en acción. Por extensión, ha pasado a ser una expresión despectiva para referirse a los soldados que se preocupan más por la elegancia del uniforme que por las acciones de combate. (N. del T.) <<

[18] En lugar de «Damas y caballeros británicos». (*N. del T.*) <<